

LA FLOTA PERDIDA

INTRÉPIDO

«Una excelente serie de ciencia ficción militar que puede convertirse en un fenómeno tan importante como lo fue 'Honor Harrington', de Weber»

—Washington Post

A character in a futuristic, purple and black suit walks through a tunnel. The tunnel is lined with soldiers in dark, futuristic armor, all holding rifles and pointing them towards the center. The tunnel is illuminated by a bright light at the end, creating a strong silhouette effect. The character is walking towards the viewer, carrying a helmet and a weapon.

JACK CAMPBELL

Lectulandia

«El mundo ideado por Campbell es tan innovador, detallado, y lógico en sus bases que su serie me recuerda inevitablemente a dos creaciones imprescindibles: la Federación de Hamilton y la cultura de Banks» —Locus

La Alianza lleva combatiendo contra los síndicos todo un siglo y siempre ha acabado perdiendo irremisiblemente. Su única esperanza es un hombre idealizado hasta lo impensable.

Las hazañas legendarias del capitán John Black Jack Geary son bien conocidas por todos. Reverenciado por su forma de resistir heroicamente durante los primeros días de la guerra, se pensaba que había muerto. Sin embargo, un siglo despues, Geary regresa milagrosamente despues de superar su periodo de hibernación, y acepta a regañadientes tomar el mando de la flota de la Alianza en un momento en el que los síndicos amenazan con aniquilarla. Aunque le abruma toda la parafernalia de heroe que hay montada a su alrededor, Geary sigue siendo un hombre comprometido con su deber. Sin embargo, para ganar esta guerra, tendrá que estar a la altura de la heroica leyenda de Black Jack.

Intrepido, el primer volumen de la serie 'La flota perdida', ha confirmado la valía de un autor imprescindible en el panorama de la ciencia ficción militar actual. La saga de Jack Campbell es original, oscura y perturbadoramente adictiva.

Lectulandia

Jack Campbell

Intrépido

Saga La Flota Perdida - 1

ePUB v1.4

elchamaco 05.08.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *Dauntless*

Jack Campbell, 2006.

Traducción: Roberto Geldo Marcos

elchamaco: (v1.0) 18.02.2012. Escaneado + OCR + 1ª Revisión + Maquetado

Malorix: (v1.1) 25.02.2012. Erratas

Malorix: (v1.2) 04.03.2012. Erratas

elchamaco: (v1.3) 19.04.2012. Arreglados estilos

elchamaco: (v1.4) 05.08.2012. Actualizado a plantilla V2, erratas

ePub base v2.0

A Christine y a Larry Maguire.
Buena gente y buenos amigos que enriquecen nuestras
vidas por el mero hecho de estar ahí.
Para S., como siempre.

Agradecimientos

Estoy en deuda con mi editora, Anne Sowards, por su valioso apoyo y su trabajo de revisión, así como con mi agente, Joshua Blimes, por sus sugerencias acertadas y por su ayuda. Gracias también a Catherine Asaro, J. G. (Huck) Huckenpöhler, Simcha Kuritzky, Michael LaViolette, Aly Parsons, Bud Sparhawk y Constance A. Warner, por sus sugerencias, comentarios y recomendaciones.

1

El aire frío que se colaba en el interior a través de los conductos de ventilación aún destilaba una ligera peste a metal sobrecalentado y equipamiento quemado. A su camarote llegó el tenue eco de una explosión y la nave se paró abruptamente. Mientras al otro lado de la escotilla empezaban a escucharse voces colmadas de miedo, una batida de pies pasó a toda prisa por delante de donde él se encontraba. Pero no se movió, sabedor de que si el enemigo había reanudado el ataque, las alarmas tendrían que estar sonando y en la nave se notaría algo más que un golpe. Además, independientemente de que hubiera o no ataque, no se le había asignado misión alguna que debiese apresurarse a cumplir; no había, por ende, tarea alguna que completar.

Se sentó en el pequeño camarote que le habían dado, de brazos cruzados y con las manos metidas por dentro para intentar ahuyentar un frío interno que no parecía abandonarlo nunca. Desde allí escuchaba los sonidos de la nave y de su tripulación y, siempre y cuando la escotilla siguiera cerrada, podría seguir fingiendo que la nave era la nave que conocía y la tripulación era la gente con la que había trabajado. Sin embargo, aquellas naves y aquella gente ya no estaban allí, y aquello era lo mismo que, indudablemente, debería haber sucedido con él.

Cambió ligeramente de postura, juntando sus manos con más fuerza para combatir el frío que manaba de su interior y, en ese momento, se golpeó una rodilla contra el borde tosco del pequeño escritorio que adornaba el camarote. Se quedó mirando aquel borde, tratando de descifrar qué era aquello. Se suponía que el futuro era suave. Suave y limpio y brillante. Se suponía que no iba a ser más tosco y usado que el pasado. Era algo que sabía todo el mundo. Pero por aquel entonces tampoco se suponía que las guerras pudiesen ser aparentemente interminables, no había manera de imaginar que durasen años y años en los que se fuese borrando hasta el más mínimo vestigio de suavidad y luminosidad de un futuro en el que ahora ya solo se podía aspirar a la eficacia.

—Capitán Geary, se requiere su presencia en el muelle del transbordador —ordenó una voz.

Él tardó un momento en comprender lo que implicaba aquello. ¿Por qué se le reclamaba? Con todo, las órdenes eran órdenes y si ahora le daba por empezar a ignorar la escala de disciplina podría encontrarse con que al final no le queda nada a lo que agarrarse. Suspiró profundamente, y acto seguido se levantó, con las piernas aún rígidas por el frío que sentía tanto dentro como fuera. Las dudas lo invadieron antes de abrir la escotilla. No quería enfrentarse a la gente del exterior, pero finalmente tiró de ella, la abrió y comenzó a caminar.

Los pasillos del crucero de batalla *Intrépido*, perteneciente a la Alianza, estaban

repletos de personal reclutado y una amalgama de otros oficiales. Se apartaron a su paso, formando así un camino estrecho que parecía abrirse por arte de magia y que se iba cerrando justo detrás de él a medida que iba caminando con una cadencia pesada y continua hacia el muelle del transbordador. Sus ojos seguían sin posarse de manera fija en ninguna parte y su mirada seguía yendo hacia delante sin reparar en las caras que lo rodeaban. Él sabía qué era lo que se estaría reflejando en ellas. Ya había visto esa mezcla de esperanza e intimidación, aunque ni la comprendía ni la deseaba. Ahora sabía que la intimidación estaría salpicada de angustia y desesperación y, precisamente por eso, ahora menos que nunca deseaba ver esas caras. Como si los hubiera decepcionado, cuando nunca les había prometido nada ni había dicho ser nada más de lo que realmente era.

De repente la multitud se hizo tan densa delante de él que tuvo que detenerse. Una joven oficial miró hacia atrás y lo vio aparecer.

—¡Capitán Geary! —exclamó, con el rostro iluminado por un halo de esperanza irracional.

La oficial tenía una parte de la cara manchada con fluido hidráulico y una escayola de luz en un brazo, que le tapaba una herida sufrida recientemente en una batalla. Su uniforme mostraba marcas de quemaduras en el lado del brazo dañado.

Geary sabía que debía decirle algo a la oficial, pero no fue capaz de encontrar palabra alguna.

—Muelle del transbordador —farfulló finalmente.

—No puede llegar hasta allí por aquí, capitán —repuso con avidez la teniente, fatigada y ajena a la falta de reacción de Geary. Su entusiasmo repentino la hacía parecer tan joven que casi resultaba imposible, lo cual provocaba que Geary se sintiese incluso más viejo.

—Está sellado hasta que reparen los daños ocasionados durante la batalla. ¿Sintió usted el último choque, verdad? Tuvimos que deshacernos de varias células de combustible antes de que explotaran. Pero pronto volveremos a estar preparados. Todavía no nos han derrotado, ¿a que no? No pueden derrotarnos.

—Tengo que ir al muelle del transbordador —repitió Geary lentamente.

La teniente pestañeó.

—Muelle del transbordador. Baje dos niveles y a partir de ahí siga todo recto —indicó—. No tiene pérdida. Me alegro de verlo, señor.

Su voz se quebró al pronunciar la última frase.

¿*Que se alegra de verme?*, pensó Geary. La ira al escuchar aquello provocó que ardiese de ira que, por un momento, combatió el frío que seguía sintiendo en su interior. ¿*Por qué?* Con todo, se limitó a asentir con la cabeza y a responder sin mostrar emoción alguna.

—Gracias —espetó Geary.

Tras bajar los dos niveles por las escaleras y seguir recto después, Geary continuó caminando en solitario entre la multitud que seguía abriéndose y cerrándose a su paso. A pesar de sus esfuerzos por no mirar, esta vez sí percibió de reojo caras que reflejaban la misma angustia y se iluminaban con el mismo optimismo chiflado al ver a Geary.

El almirante Bloch esperaba a la entrada del muelle del transbordador, junto con su jefe de personal y una pequeña multitud compuesta por otros oficiales. Bloch se movió hacia Geary y se lo llevó hacia un lugar más apartado para hablar con él en privado. Al contrario que el resto, Bloch no parecía tan desesperado como sorprendido por la batalla que acababa de acontecer, como si todavía no fuese capaz de alcanzar a comprender qué había pasado.

—Los líderes síndicos han aceptado negociar. Insisten en que tanto yo como todos los demás oficiales de mando participen en las negociaciones en persona. No estamos en posición de rechazar sus exigencias. —La voz del almirante sonaba triste, muy distinta del entusiasmo atronador que Geary se había acostumbrado a escuchar en sus años mozos. Sus ojos también mostraban tristeza

—Eso lo deja a usted como oficial de mayor rango en nuestra ausencia, capitán —prosiguió Bloch.

Geary frunció el ceño. No se había parado a pensar en eso hasta aquel momento. Su rango preferente databa del momento en el que fue ascendido a capitán. Pero de aquello hacía mucho tiempo. Y aquel rango comportaba unas responsabilidades.

—No puedo...

—Sí —replicó el almirante Bloch, tras lo cual respiró hondo—. Por favor, capitán. Su flota lo necesita.

—Señor, con el debido respeto...

—Capitán Geary, no lo voy a culpar por preguntarse si estaría usted mejor si no lo hubiésemos encontrado. Yo pensé, al igual que mucha otra gente, que había sido un golpe de buena suerte enorme. *Black Jack* Geary vuelve de entre los muertos para unirse a la flota de la Alianza y conducirla hacia su victoria más grande. —Bloch cerró los ojos durante un instante—. Ahora tengo que dejar la flota en manos de alguien de quien me pueda fiar.

Geary hizo una mueca de disgusto. Deseaba pegarle un grito a Bloch, quería decirle al almirante que el hombre al que quería dejar al mando de la flota no era el que tenía allí delante, que tal persona no había existido nunca. Pero no era solo que los ojos de Bloch estuvieran tristes, y Geary se empezaba a dar cuenta de ello ahora. Estaban muertos. Finalmente, Geary se limitó a asentir lentamente con la cabeza.

—Señor, sí, señor —acató Geary.

—Estamos atrapados. Esta flota es la última esperanza de la Alianza —explicó Bloch—. Doy por sentado que usted lo comprende. Si ocurriese algo... hágalo lo

mejor posible. Prométamelo.

Geary tuvo que hacer esfuerzos para frenar un nuevo impulso de gritarle al almirante todas sus objeciones. Sin embargo, habría costado mucho romper todo ese hielo que tenía en su interior y, además, dentro de él seguía latiendo un empeinado sentido del deber que le insistía en que no podía rechazar la petición del almirante Bloch.

—Así lo haré —asintió Geary.

—El *Intrépido*. escuche, capitán. —Bloch se acercó a Geary, hablando aún más bajo—: El *Intrépido* tiene la llave aquí a bordo. ¿Me entiende? Pregúntele a la capitana Desjani. Ella sabe de lo que hablo y se lo podrá explicar. Esta nave debe llegar a casa. Da igual cómo lo consiga. La Alianza tiene que recuperar la llave hipnética. Si lo logramos, todavía habrá una oportunidad y las naves y la gente que hemos perdido no habrán sido en vano. Prométamelo, capitán Geary.

Geary se quedó mirándolo, sin comprender muy bien, sorprendido incluso a pesar de sus sentidos adormecidos por el tono de súplica que se desprendía de la voz del almirante. Pero aquello tampoco quería decir que Geary fuese a estar al mando eternamente. Bloch iba a negociar con los síndicos, después regresaría y volvería a ponerse él al mando. Geary nunca tendría que conocer más detalles de la tal llave del *Intrépido* que, de algún modo, tenía algo que ver con una forma de desplazamiento interestelar que era mucho más rápida que el transporte «más rápido que la luz» por salto entre sistemas que se usaba en los tiempos de Geary.

—Sí, señor —aceptó Geary.

—Estupendo. Gracias. Gracias, capitán. Sabía que si podía confiar en alguien, ese alguien era usted. —Si la reacción de Geary a la afirmación del almirante se vio reflejada en su cara, Bloch no mostró señal alguna de haberse dado cuenta—. Yo voy a hacerlo lo mejor que pueda, pero si las cosas fueran a peor...

Bloch se quedó en silencio durante un momento

—Como pueda, si puede, salve lo que queda de la flota —concluyó el almirante, alzando la voz mientras conducía a Geary de nuevo al lugar en el que se encontraban los demás—. El capitán Geary se quedará al mando de la flota durante mi ausencia.

Todo el mundo se giró para mirar a Geary. Sorpresa, euforia en los rostros de los oficiales más jóvenes, escepticismo en algunas de las caras de los oficiales más veteranos y un murmullo generalizado en señal de aceptación de la orden del almirante.

Geary alzó la mano para ofrecer el saludo formal que siempre había conocido pero que ahora no veía ejecutar con normalidad entre los miembros de su flota. No tenía ni idea de en qué momento el saludo había dejado de ser un gesto de cortesía habitual entre los militares de la flota de la Alianza, pero no podía evitar pensar que, si no se despedía así de un superior, se llevaría un buen correctivo. Bloch respondió

con un medio saludo que denotaba una cierta falta de práctica, se giró y atravesó rápidamente la zona de entrada por la que se accedía al transbordador en espera para salir. Dos oficiales veteranos lo acompañaron.

Geary observó cómo partía el transbordador sin moverse, mientras se preguntaba cómo debería sentirse. Al mando de toda una flota. O de lo que quedaba de ella, en cualquier caso. El cenit de la carrera de cualquier oficial de la Marina. Su mandato duraría solo un corto período de tiempo, por supuesto. Daba igual lo feos que se pusieran las cosas, la gente realmente no quería tenerlo a él al mando. El almirante Bloch tan solo estaba teniendo un pequeño gesto con el legendario capitán *Black Jack* Geary al concederle unos honores simbólicos antes de regresar con cualquiera que fuese el acuerdo que consiguiese cerrar. Ciertamente que las negociaciones podían prolongarse durante un tiempo, pero Geary ya había tenido oportunidad de conocer y tratar en una ocasión con representantes de los Mundos Síndicos y, aunque nunca le habían llegado a gustar sus gentes, estaba seguro de que a ellos les interesaría más alcanzar un acuerdo ahora antes que tener que hacer frente a las pérdidas que una flota atrapada como la de la Alianza les podría infligir en su caída.

Geary se percató de que los oficiales que quedaban lo observaban y en sus rostros la expectación pugnaba por abrirse paso en medio del resto de emociones. Entonces se volvió hacia quien comandaba el grupo y asintió con la cabeza.

—Pueden retirarse —ordenó.

Todos se dieron la vuelta para emprender el camino hacia la salida, excepto dos, que hicieron una pausa para saludarle con cierta torpeza, como queriendo hacer acuse de recibo de la orden. Geary devolvió los saludos y se preguntó por qué y en qué momento tales cosas habían quedado desfasadas.

Acto seguido se levantó y observó cómo se marchaban los tripulantes, pero no estaba muy seguro de qué debería hacer a continuación. ¿Dónde debería ubicarse el comandante de la flota de operaciones? En el puente de mando del *Intrépido*, quizá. Todo el mundo lo observaba y no tenía en realidad gran cosa que hacer. ¿Qué más dará dónde vaya? Puedo dar órdenes desde mi camarote si es necesario, pero no lo será. ¿Y qué voy a hacer cuando me toque actuar? Todas las cosas que conocía, toda la gente a la que conocía no está ya aquí. Estoy tan cansado... Me he pasado casi un siglo en una hibernación de supervivencia, durmiendo mientras mis amigos vivían, y aun así sigo cansado. Que le den.

Geary regresó a su camarote, se sentó en el escritorio de borde tosco y trató de dejar la mirada perdida y de volver a dejar la mente en blanco. Pero no pudo porque, después de todo, ahora sí que tenía trabajo por hacer. Después de varios minutos, la costumbre del deber, adquirida hacía muchos años, volvió a resonar en su cabeza hasta obligarlo a ponerse en marcha. Geary echó un vistazo al panel de comunicaciones que había junto al escritorio y se aseguró de presionar los botones

adecuados.

—Puesto de mando, aquí el capitán Geary. Comandante de la flota de operaciones. Por favor, notifíquenmelo cuándo los transbordadores de la flota lleguen al buque insignia sándico.

—Señor, sí, señor —respondió rápidamente el recluta que estaba al otro lado de la pantalla virtual, con los ojos inundados por una admiración reverencial provocada sin duda por el hecho de estar viendo a Geary—. La hora estimada de llegada es dentro de quince minutos a partir de ahora.

—Gracias. —Geary apagó rápidamente la pantalla virtual, enervado por la expresión de adoración al héroe que se había dibujado en el rostro de aquel tripulante.

Tras aquella comunicación, Geary hizo ademán de volver a sumirse en su adormecimiento anterior, pero el deber le clavó sus garras y no dejó de darle golpecitos para evitar que cayese en el sueño. En lugar de seguir remoloneando, Geary se estiró para alcanzar otro panel de control. En primera instancia, el sistema de combate del buque insignia le impidió ver los datos actualizados del estado de la flota, pero en algún momento le debió de llegar la información de que ahora era Geary quien estaba a los mandos y le proporcionó de mala gana el acceso necesario. El nuevo comandante leyó lenta y metódicamente el listado de naves mientras sentía como, por fin, una sensación dolorosa se abría paso en su interior para acabar con el entumecimiento reinante. *Qué de naves perdidas. Cuántas de las demás dañadas.* No había duda de por qué el almirante Bloch había salido a consultar qué condiciones exigían los sándicos.

—Capitán Geary. Nuestros transbordadores han llegado al buque insignia sándico.

—Gracias —espetó Geary.

A Geary no le apetecía en absoluto pensar en como estarían arreando al almirante Bloch hacia el interior de la nave enemiga para que, una vez allí, se pusiera a suplicar y tratase de ratear cualquier mínima concesión que pudiese sacarle al victorioso enemigo. A Geary nunca le había gustado lo más mínimo el modo en el que los sándicos trataban a su propio pueblo, por no hablar de cómo se las gastaban con los demás. Pero se podía razonar con ellos.

—Ca... capitán Geary. Al... al habla el consultor de comunicaciones.

Geary volvió la vista hacia la pantalla virtual. El oficial allí presente estaba más nervioso que cualquier otro al que Geary hubiese visto antes. Mucho más.

—¿Qué ocurre? —respondió Geary.

—Un... un mensaje... del buque insignia sándico. Capitán. Nos... nos lo han enviado a todas nuestras naves.

—Muéstremelo.

La imagen del oficial se desvaneció y Geary pudo ver un plano del almirante Bloch, junto con el resto de oficiales de primer rango de la Alianza, de pie al lado de

una pared que debía de corresponder al interior del buque insignia síndico. Al abrirse el plano se vio que estaban en el muelle de un transbordador y que junto a ellos había un oficial síndico ataviado con un uniforme impecable. La brillante insignia que daba fe de su rango y una arrogancia reconocible al instante dejaba poco lugar a dudas: quien se dirigía a la cámara era un director general.

—Flota de la Alianza, su almirante ha venido a nosotros para «negociar» las condiciones de la rendición —explicó el director general haciendo un gesto.

Geary se quedó con la boca abierta al comprobar que un grupo de tropas especiales de los síndicos daba un paso al frente, se situaban uno delante de cada oficial de la Alianza y empezaban a disparar a quemarropa al almirante Bloch y al resto de su delegación. Bloch y algunos de los demás intentaron permanecer firmes pero se acabaron derrumbando mientras la sangre les empapaba los uniformes. En cuestión de segundos, todos los oficiales superiores de la Alianza yacían inmóviles y, sin duda alguna, muertos.

El director general de los síndicos meneó la cabeza en señal de desaprobación mientras miraba los cuerpos.

—No hay nada que negociar con sus antiguos líderes. Cualquier otro que intente negociar sufrirá el mismo destino que estos idiotas. Aquellas naves y oficiales de la Alianza que se rindan de manera incondicional recibirán un tratamiento razonable. No tenemos nada contra aquellos que se hayan visto forzados a luchar contra nosotros por culpa de líderes tan ineptos como estos.

Incluso en el estado de conmoción en el que se encontraba, Geary tuvo tiempo de preguntarse si el director general de los síndicos se hacía una idea de lo falsa que sonaba aquella afirmación.

—No obstante —prosiguió el líder síndico—, aquellos que se empeñen en intentar «negociar» morirán, si bien es posible que su deceso no sea tan rápido como el del almirante. Tienen una hora para entregar sus naves y rendirse. Transcurrido ese tiempo, lanzaremos un ataque y aplastaremos cualquier intento de resistencia.

Geary se quedó mirando a la pantalla virtual después de que se quedara en blanco y de que volviera a aparecer la cara del oficial de comunicaciones, que le devolvía la mirada con gesto de desesperación. Geary sabía que los síndicos eran despiadados, pero nunca les había visto cometer este tipo de atrocidades. Al igual que sucedía con otras cosas que Geary se había ido encontrando, daba la sensación de que los síndicos habían cambiado a lo largo del prolongado curso de esta guerra y no para bien precisamente.

Geary tardó un buen rato en hacerse a la idea de que su posición al mando de la flota no era ya algo temporal. Una flota diezmada en la batalla y atrapada debía hacer frente a un enemigo increíbilmente superior en número. No se le había dado más tiempo de cortesía que una hora. Y, para colmo, allí estaba aquel oficial de

comunicaciones que, como muchos otros, rezaba con la esperanza de que Geary pudiera hacer algo.

Geary respiró hondo, sabiendo que la sensación de vacío que llevaba sintiendo desde que lo rescataron le estaba ayudando a mantener el rostro sereno.

—Tráigame aquí a la capitana... —¿Qué nombre había dicho el almirante Bloch? —. Desjani. La capitana Desjani. Ya.

—¡Sí, señor! Está en el puente de mando, señor —respondió el oficial.

En el puente de mando. Geary recordó más tarde que Desjani era la oficial al mando del *Intrépido*. ¿La habría visto antes? No se acordaba.

En cuestión de segundos, la cara de la capitana Desjani asomó por la pantalla virtual. Era una mujer quizá de mediana edad y su rostro conjugaba las tensiones propias de los tiempos que corrían, de la experiencia y del desastre de la reciente batalla; así que Geary no se podía ni figurar qué aspecto podría haber tenido en un lugar y una época de paz y tranquilidad.

—Me han dicho que quería hablar conmigo —observó la capitana.

—Capitana, ¿está usted al corriente del mensaje que acaban de mandar los síndicos? —interrogó Geary.

La capitana Desjani tragó saliva antes de responder.

—Sí —acertó a decir finalmente—. Ha sido enviado a todas las naves, así que todos los oficiales al mando lo han visto.

—¿Sabe usted por qué los síndicos han asesinado al almirante Bloch? —insistió Geary.

—Porque son una bazofia desalmada —respondió, después de hacer una mueca de disgusto.

Geary sintió un pequeño arrebató de ira.

—Esa no es razón, capitana —apuntó Geary.

Ella se le quedó mirando durante un instante.

—Han decapitado a nuestro cabeza visible, capitán Geary. Una flota síndica se quedaría inutilizada si la dejaran sin líder y están dando por supuesto que nosotros funcionamos de la misma manera —aseveró Desjani—. Tratan de desanimarnos mostrándonos una carnicería y, al matar tan abiertamente a todos nuestros líderes, intentan al mismo tiempo asegurarse de que no vamos a ser capaces de organizar ninguna resistencia más.

Geary se quedó mirándola, incapaz en un principio de articular palabra alguna.

—Capitana Desjani, esta flota no está huérfana de líder —espetó Geary. La capitana cambió el gesto súbitamente y sus ojos se abrieron de par en par.

—¿Está usted al mando? —inquirió Desjani.

—Así lo dejó dicho el almirante Bloch. Pensé que se le había informado al respecto —repuso Geary.

—Se me informó, pero... no estaba segura de cómo iba a responder usted, capitán Geary —explicó la capitana—. ¿Va a ejercer como comandante? Alabado sea el cielo. Tengo que informar de ello al resto de naves. Estaba siguiendo el debate que estaban manteniendo los oficiales al mando al respecto de qué deberíamos hacer cuando se me notificó que debía ponerme en contacto con usted.

Geary se olvidó de lo que fuera que fuera a decir a continuación al darse cuenta de las posibles implicaciones que se desprendían de la afirmación de Desjani.

—¿Debatir? ¿Pero qué andan debatiendo los capitanes de las demás naves? —inquirió Geary.

—Qué hacer, señor. Debaten qué hacer después de la muerte del almirante Bloch y el resto de oficiales de alto rango —aclaró Desjani.

—¿Que están haciendo qué? —El hielo del interior de Geary se resquebrajaba por momentos—. ¿Acaso no se les informó a ellos también de que el almirante Bloch me había puesto al mando de la flota?

—Sí... señor —musitó la capitana.

—¿Ninguno de ellos ha contactado con el buque insignia para obtener instrucciones? —continuó interrogándola Geary.

A juzgar por el rostro de Desjani, que hasta hacía poco había mostrado una esperanza radiante, asomó una nueva emoción: la cautela de una oficial experimentada que sabe que su jefe está a punto de empezar a subirse por las paredes.

—Esto... no, señor. No ha habido comunicaciones con el buque insignia —informó Desjani.

—¿Así que están debatiendo sobre qué hacer y ni siquiera se han puesto en contacto con el buque insignia? —bramó el capitán.

Geary no podía siquiera imaginarse que algo así pudiera estar sucediendo. Una cosa era dejar que la costumbre de saludar cayese en el olvido, pero ¿cómo podía ser que los capitanes de las naves ignorasen la presencia de una autoridad superior? ¿Qué había pasado con la flota de la Alianza que él había conocido? La capitana Desjani no le quitaba ojo, como si esperase la explosión que, a su juicio, no podía tardar mucho en llegar. Sin embargo, en lugar de eso Geary volvió a tomar la palabra haciendo acopio de una tranquilidad forzada. Las palabras brotaban desde alguna parte de su interior con una cadencia muy lenta, como si aquello fuese una grabación antigua recién rescatada.

—Capitana —resolvió, finalmente—. Por favor, póngase en contacto con los oficiales al mando de todas las naves. Infórmeles de que el comandante de la flota requiere su presencia por conferencia a bordo del buque insignia.

—Nos queda menos de una hora antes de que expire el plazo de los síndicos, capitán Geary —avisó la capitana.

—Lo tengo presente, capitana Desjani. —Y cada vez tengo más presente que

tengo que enseñarle a esta gente que soy yo el que está al mando antes de que esta flota se vaya al garete. Además, tengo que saber algunas cosas sobre ellos, no vaya a ser que cometa algún error de cálculo que pueda resultar fatal. Joder; sé tan poco de todo lo que me rodea—. El almirante Bloch me mostró su sala de juntas. También me dijo que ahí podría mantener una reunión virtual con sus capitanes si lo deseaba.

—Sí, señor —coincidió la capitana—. La red de datos que se precisa para ello sigue funcionando con normalidad dentro de la flota.

—Estupendo. Quiero que estén listos para la conferencia dentro de diez minutos y que den acuse de recibo de la orden uno por uno en un plazo de cinco minutos, y si alguno de ellos trata de escurrir el bulto, dígame que la asistencia es obligatoria —decretó Geary.

—Sí, señor —respondió Desjani.

En ese momento Geary se dio cuenta, no sin un cierto remordimiento de conciencia, de que había estado dándole órdenes a la capitana de un navío en su propia nave sin mostrar ninguna cortesía especial. Y aquello era algo que, cuando se lo habían hecho a él en el pasado, había odiado profundamente. Este era el momento de acordarse de aquello.

—Gracias, capitana. Por favor, reúname conmigo en el exterior de la sala de juntas principal dentro de... ocho minutos.

Si la memoria no le fallaba, la sala de juntas estaba a unos cinco minutos andando desde su camarote. Geary aprovechó los tres minutos que le quedaban para volver a echar un vistazo a la disposición de la flota, prestando especial atención a la formación de las naves que conformaban la flota de la Alianza y echando cuentas mentalmente del nivel de daños que presentaba cada una. Aquello, que en su momento había sido un simple ejercicio mental inherente a sus obligaciones, se había convertido en algo que debía captar con toda la precisión de la que fuera capaz en cuestión de minutos. Fue entonces cuando se dio cuenta de que había algo que faltaba en aquella lista, algo que sabía que tenía que estar allí por fuerza. Lo añadió y se quedó mirándola un rato más, tratando de comprender por qué había algo que no encajaba.

Otra vez por los pasillos del *Intrépido*, otra vez las caras de la tripulación girándose hacia él. Geary recordó su promesa al almirante Bloch y trató de hacer ver que sabía lo que se traía entre manos. Había ejercido de oficial subalterno en otros tiempos, así que hacía mucho que había aprendido a dar aquella imagen de cara al exterior. De lo que no estaba seguro era de si había más cosas que hubiera aprendido en el pasado y que ahora le pudieran servir realmente de ayuda.

Al llegar al exterior de la sala de juntas principal, Geary vio que estaba escoltada por un infante de Marina de la Alianza que estaba allí de pie sin mover una pestaña. Al verlo, el infante de Marina realizó un saludo que, por un momento, consiguió

sorprender a Geary. Finalmente, el capitán llegó a la conclusión de que, ciertamente, si había alguien capaz de mantener las viejas tradiciones, esos eran los infantes de Marina.

—Capitán Geary, todos los oficiales al mando de las naves están presentes —informó la capitana Desjani, dando un paso al frente.

Geary dirigió la mirada hacia la sala de juntas, que parecía estar vacía desde su posición y fuera de la zona de visión.

—¿Todos? —inquirió el capitán.

—Sí, señor. La mayoría de ellos parecían estar muy contentos de poder recibir sus órdenes, señor —añadió Desjani rápidamente.

—Así que contentos —apostilló Geary.

Claro que estaban contentos. Como que hasta entonces no tenían ni idea de qué hacer. Sin embargo ahora tenían a alguien en quien inspirarse: él. Desjani también parecía haberse quitado diez años de encima desde que Geary le confirmara que era él quien estaba al mando. *A esperar que el héroe nos salve el día*, pensó Geary amargamente. *Pero eso no es justo. Después de todo lo que han tenido que pasar...* Geary pensó en cómo se sentía, la sensación de vacío en su interior, y se preguntó qué sensación de vacío podrían tener los demás si de repente su mundo sufriese un cambio que superase cualquier expectativa. Entonces le lanzó una mirada penetrante a la capitana del *Intrépido*, tratando de ver más allá del desánimo que ella estaba proyectando hacia el exterior.

—¿En qué estado se encuentran? —preguntó el capitán.

Desjani frunció el ceño como si no estuviera muy segura de qué se le estaba preguntando exactamente.

—Nos acaban de facilitar los últimos informes de situación al respecto de los daños sufridos en sus naves, señor —aseveró Desjani—. Usted tiene acceso a estos informes...

—Ya los he visto —la interrumpió Geary—. No me refiero a las naves. Usted ha hablado con ellos. Doy por sentado que los conoce bien. ¿En qué estado se encuentran?

La capitana Desjani dudó antes de contestar.

—Todos han visto el mensaje de los síndicos, señor —apuntó Desjani.

—Eso ya me lo había dicho antes. Ahora dígame su opinión sincera sobre estos comandantes. ¿Se sienten derrotados? —insistió el capitán.

—¡No estamos derrotados, señor! —La exclamación se volvió más titubeante a medida que fueron saliendo las palabras y los ojos de Desjani se volvieron hacia la cubierta por un momento—. Están... cansados, señor. Todos lo estamos. Pensábamos que este ataque al corazón de los síndicos lograría finalmente inclinar la balanza a nuestro favor, acabar con la guerra al fin. Llevamos luchando mucho tiempo, señor. Y

hemos pasado de ese estado de esperanza a... a...

—A esto —concluyó el capitán.

No quería escuchar nuevamente una descripción de los planes. El almirante Bloch los había explicado unas cuantas veces en sus conversaciones con él. Un golpe audaz, posible gracias a algo llamado hipernet, que no existía en la época de Geary, y gracias a un síndico traidor. O un supuesto traidor, al menos.

—¿Estoy en lo cierto si digo que las naves a las que nos enfrentamos representan el grueso de la flota de los síndicos? —continuó preguntando Geary.

—Sí, señor. Casi toda la puta flota de los síndicos está aquí. —La voz de Desjani se resquebrajó y, al notarlo, la capitana hizo esfuerzos por seguir manteniendo todo bajo control—. Nos estaban esperando. Nuestras piezas principales no tuvieron ni una mínima oportunidad.

—Pero la parte principal de nuestra flota consiguió abrirse paso hasta aquí —repuso Geary.

—Sí. Pero a qué precio —contravino Desjani—. Ni Black... discúlpeme. No podemos tener esperanzas de derrotar a las fuerzas síndicas que hay ahí fuera con lo que nos queda a nosotros.

Geary frunció el ceño, dándose por enterado solo a medias del modo en que Desjani había cambiado abruptamente su discurso. Más importante que eso, por el momento, era lo que estaba dando a entender. No había esperanza. Según el mito ancestral de la caja de Pandora, se suponía que la esperanza era el regalo que estaba dentro de la caja, entremezclado con los males que también estaban guardados en su interior. La esperanza era algo que podía permitir que la gente siguiera adelante cuando todo lo demás había fallado. Pero si esta gente había perdido la esperanza de verdad... Geary miró en ese momento fijamente a la capitana Desjani y vio de nuevo algo que no deseaba ver. La esperanza aún anidaba en su interior, en el interior de aquellos ojos que estaban clavados en él.

—Señor. —La capitana del *Intrépido* retomó la palabra con un tono extrañamente rebuscado—: Con su permiso, señor. Lo necesitamos a usted, señor. Todos nosotros necesitamos algo en lo que creer. Necesitamos a alguien que nos pueda sacar de aquí.

—Yo no soy una leyenda, capitana, ni nada de lo que usted pueda pensar que soy —indicó Geary

Ya estaba. Por fin lo había dicho.

—No soy más que un hombre —apostilló el capitán—. No puedo hacer milagros.

—¡Usted es *Black Jack* Geary, señor! —exclamó Desjani—. Usted luchó en una de las primeras batallas de esta guerra y lo hizo contra un enemigo tremendamente superior.

—Y perdí, capitana —recordó Geary.

—¡No, señor! —Geary volvió a fruncir el ceño ante la sorpresa que le provocaba

la vehemencia de Desjani—. ¡Usted supo contener el ataque y se aseguró de que todas las naves de la flota lograran huir! Y aun entonces consiguió mantener a raya al enemigo, lo que permitió que el resto de acompañantes escaparan también. Usted contuvo a los síndicos hasta que ordenó a su tripulación que se salvaran, mientras usted se quedaba luchando contra el enemigo hasta la destrucción de su nave. ¡Esa historia me la aprendí en el colegio, señor, como todos los niños de la Alianza!

Geary se quedó mirándola. No fue eso lo que ocurrió, capitana, quiso decir en voz alta. Luché porque tenía que hacerlo. Porque eso fue lo que juré hacer. Si nos quedamos allí entonces fue porque mi nave estaba tan dañada que era imposible volver a ponerla en marcha. Es verdad que ordené evacuar a mi tripulación, sí, pero esa era también mi obligación, no ningún acto de heroísmo. Alguien tenía que cubrirlos un poco más de tiempo para que las cápsulas de salvamento pudieran emprender la huida y ese era el trabajo que yo tenía que hacer.

Yo no quería morir. Cuando inutilizaron el último sistema de combate de mi nave; activé el mecanismo de autodestrucción y traté de huir utilizando la última cápsula de supervivencia que quedaba. Un navío que, por cierto, quedó todavía más dañado cuando la nave de la que yo estaba al mando saltó por los aires. Allí no funcionaba ninguna señal. Aquel navío no era más que otro trasto en medio de una montonera de trastos, que era lo único que había quedado después de la batalla. Nadie pudo dar conmigo. No hasta cien años después; cuando vuestra poderosa flota rebuscó entre aquellos restos y se topó conmigo.

Fue entonces cuando finalmente me despertaron y me dijeron que la Alianza se había convertido en algo que yo no era capaz de reconocer. Poco después de lo que se suponía que había sido mi muerte, acontecida en plena resistencia me ascendieron a capitán y héroe legendario de la Alianza. Creo que puedo ser capitán. ¿Pero cómo puede alguien vivo ser un héroe legendario?

Con todo, Geary no dijo nada, porque con solo mirar a Desjani comprendió que no lo iba a creer y porque sabía que, en caso de que lo creyese, al decirle aquello estaría acabando con su última esperanza. *Le prometí al almirante que salvaría su flota si podía. No sé cómo voy a poder hacerlo. Pero tal vez este ídolo heroico en el que ellos creen pueda tener alguna opción de hacer algo.*

—Aquello pasó hace mucho tiempo, capitana —murmuró finalmente Geary—. Pero lo haré lo mejor que pueda. —*Y recemos porque con eso sea suficiente*—. Bueno, antes de que celebremos la reunión, ¿en qué consiste toda esta historia de la llave?

Desjani miró cuidadosamente a ambos lados del pasillo antes de responder y solo entonces comenzó a hablar, pero lo hizo tan bajo que Geary apenas podía escucharla.

—La llave hipernética de los síndicos está a bordo del *Intrépido*—musitó Desjani.

—¿Qué coño quiere decir eso? —saltó Geary.

La capitana parecía sorprendida.

—Lo siento. Se me olvidaba que en su época no existía hipernet —se disculpó Desjani.

—Lo único que sé es que hipernet permite realizar viajes interestelares mucho más rápidos que el salto entre sistemas —apuntó Geary.

—Mucho más rápidos. Sí, señor —corroboró Desjani—. La ventaja exacta sobre el salto entre sistemas varía en función de alguna ley científica que, para ser sinceros, no comprendo muy bien; pero el caso es que normalmente la mejora hace que los viajes puedan realizarse con un intervalo que oscila entre diez y cien veces más rápido que el antiguo sistema.

—Joder —se sorprendió Geary.

La capitana Desjani asintió con la cabeza, mirando a su alrededor rápidamente una vez más para asegurarse de que nadie podía escucharlos.

—Al contrario que el salto entre sistemas, que aprovechaba de los pozos de gravedad de las estrellas, la hipernet hay que crearla —explicó Desjani—. Una vez que está instalada, toda la red se alinea con lo que normalmente denominamos una frecuencia; aunque lo cierto es que todo es un poco más complicado de lo que se lo estoy contando. A cada puerta se le asigna una especie de subfrecuencia. Para usar una hipernet en concreto hace falta algo que se llama llave y que permite acceder a esa red y seleccionar la puerta que se desea.

Geary asintió, tratando de hacerse una idea de todo lo que aquello implicaba.

—Entonces, si tenemos una llave que nos permite acceder a la hipernet de los síndicos, usémosla. ¿De dónde sacó el *Intrépido* la llave de los síndicos?

—Nos la dio el traidor. —Desjani torció el gesto—. El doble traidor. Gracias a la llave se hizo posible nuestro ataque al sistema central de los síndicos.

—Ya veo. Les facilitó los medios para llegar hasta aquí y entonces se dispuso a esperarles. —*No en vano supondría que no ibais a ser capaces de resistiros a algo tan tentador.*

—Sí, señor —aceptó Desjani con una mueca.

—Entonces los síndicos saben que tenemos esta llave. ¿Por qué es tan importante que esté en el *Intrépido*? —insistió Geary.

—Porque saben que la tenemos, pero no saben en qué nave está —alegó Desjani—. No saben si ya ha sido destruida o no. No saben si alguna de las naves supervivientes la guarda aún en su interior. Si se enteran de que está en el *Intrépido*.

—Se lanzarían inmediatamente a por él y no pararían hasta asegurarse de que la llave ha sido destruida —completó el capitán.

—Sí, señor —reconoció Desjani.

—¿No pueden limitarse a cambiar la... esto... la frecuencia de su hipernet? —inquirió Geary.

Desjani meneó la cabeza.

—Eso es imposible, capitán Geary —afirmó Desjani—. Una vez que se construye la red, no se pueden cambiar sus características fundamentales.

Geary se quedó pensando un momento, plenamente consciente de lo mucho que le quedaba por aprender pero también sabedor de que tenía que entrar en la sala de juntas rápidamente para reunirse con los capitanes de las naves allí congregados.

—¿Cómo es la llave de grande? —preguntó Geary.

—Demasiado grande para que nadie la pueda transportar, si es a eso a lo que se refiere. Es grande y pesada —replicó Desjani.

—¿Podemos duplicarla? —insistió Geary—. ¿Se pueden hacer copias y llevarlas a otras naves?

—No. Copiar una llave hipernética está más allá de las capacidades de cualquier nave de esta flota. Si regresamos a casa, ya en suelo de la Alianza, hay mundos en los que sí que existe esa posibilidad —apuntó Desjani.

Geary volvió a pararse a pensar un minuto, cavilando sobre lo que esa llave podría significar para la Alianza en caso de que se la pudieran llevar a casa y dejarla a salvo allí. Una responsabilidad más sobre los hombros del gran héroe.

—Reunámonos con los comandantes de las naves.

Aquella gente tenía su mismo aspecto pero, según parecía, no pensaban exactamente en los mismos términos que él. ¿Cuánto iba a tardar en descubrir lo que les diferenciaba, teniendo en cuenta que tales diferencias se habían forjado durante cien años, cien años que se habían pasado además envueltos en una guerra? Geary iba a tener que escuchar atentamente a todo lo que dijeran...

—Espere. Una cosa más. Hace unos pocos minutos, cuando estaba diciendo que no teníamos ninguna oportunidad de derrotar a la flota de los síndicos aquí, empezó a decir otra cosa. ¿Qué era? —inquirió Geary.

Desjani parecía incómoda, con los ojos tratando de mirar por encima del hombro de Geary.

—Lo que... lo que estaba a punto de decir entonces era que ni Black Jack mismo podría derrotar a esta flota de síndicos. Señor.

Ni Black Jack mismo podría hacerlo. La expresión tenía pinta de ser un dicho que se utilizaba de manera recurrente. Por un momento, a Geary no se le ocurrió cómo responder a algo así. Poco después, sintió el impulso de reírse de sí mismo:

—Bueno, capitana Desjani, más nos vale que no esté en lo cierto, ¿verdad?

Ella se le quedó mirando y después sonrió abiertamente de manera inesperada.

—Sí —musitó.

Geary pasó adentro. Desjani lo siguió hasta el interior de la habitación y, cuando vio que Geary se detenía, le indicó con la mano que se sentase en un asiento que no estaba muy lejos de la puerta. La sala de juntas no era, en realidad, tan grande. Geary

la había visto con los sistemas de conferencia apagados, momento en el que no era más que una habitación de un tamaño humilde con una mesa de tamaño humilde para acoger a aquellos que se fueran a sentar de facto allí. Sin embargo, ahora que los sistemas estaban encendidos, mientras Geary se aposentaba en el asiento reservado para él junto a la mesa, pudo ver como la estancia se expandía con decenas de asientos, cada uno de los cuales estaba ocupado por el oficial al mando de cada una de las naves. Geary no pudo evitar quedarse mirándolos un poco, sorprendido por el hecho de que cada oficial tuviese pinta de estar sentado allí mismo en lugar de en sus propias naves. Cuando los ojos de Geary se posaban en un oficial en concreto, su imagen se acercaba, de tal modo que parecía que estuvieran sentados más cerca el uno del otro y, al mismo tiempo, aparecía una pequeña etiqueta que lo identificaba claramente con su nombre y el de la nave a la que pertenecía. En el centro de la mesa, fácilmente visible desde cualquier asiento, se proyectaba una gran imagen con la disposición de la flota de la Alianza y la flota de los síndicos. Estaba claro que la tecnología de imagen virtual había mejorado mucho durante su larga hibernación.

Parece que hoy en día es mucho más fácil mantener reuniones. Geary se tomó un momento para preguntarse si aquello era algo bueno o si, por el contrario, sería una de esas cosas que había acabado desgastando el espíritu de la flota. Tras eso, se quedó de pie junto a su sitio, preguntándose si alguien iba a hacer un primer llamamiento general al orden, pero al ver que no ocurría, se sentó con cierta rigidez.

Nadie pronunció palabra alguna. A excepción de la capitana Desjani, que había tomado asiento de verdad justo a su izquierda, el resto de oficiales se quedaron mirándolo. Geary les devolvió la mirada, uno por uno, posando brevemente la vista sobre cada uno de ellos antes de continuar el chequeo. Algunos devolvían la mirada con un gesto cuidadosamente inexpresivo, como queriendo ocultar sus pensamientos. Otros presentaban un rastro de desafío en sus ojos, lo que claramente indicaba que no se mostraban receptivos a reconocer la autoridad de Geary. Sin embargo, la mayoría lo miraban con la desesperación de los moribundos que rezan por encontrar algo que los libere. En distintos grados, todos y cada uno de ellos parecían cansados y preocupados.

Geary respiró hondo y decidió saltarse a propósito la informalidad que había visto entre la flota para dar paso al discurso y las acciones formales que siempre había conocido.

—Para aquellos de ustedes que no me conozcan, soy el capitán John Geary. Cuando el almirante Bloch abandonó el *Intrépido*, me puso a mí al mando de la flota. Tengo la intención de desempeñar tal responsabilidad lo mejor que sepa.

Geary se preguntaba cómo les estaría sonando su voz, qué estarían significando aquellas palabras para ellos.

Una mujer que debía estar a punto de llegar a la edad de su jubilación lanzó

entonces una agria mirada en dirección a Geary.

—¿Dio el almirante Bloch alguna razón para hacer tal cosa? —inquirió la mujer.

Geary le frunció el ceño mientras notaba cómo una oleada de calor se empezaba a formar en su interior, todo un alivio teniendo en cuenta la sensación de frío que lo había venido persiguiendo desde que fue rescatado.

—Personalmente no acostumbro a preguntar a mis superiores por las razones que justifican las decisiones que adoptan. —Un murmullo se propagó entre los capitanes de los navíos, pero Geary no sabía muy bien qué quería decir aquello—. No obstante, el almirante Bloch sí me informó de que yo era el oficial de más categoría tanto por rango como por tiempo de servicio en esta flota.

Las cejas de la mujer salieron disparadas hacia arriba.

—¿Tiempo de servicio? ¿Me está hablando en serio? —discrepó.

—¿Está sugiriendo que comparemos las fechas en las que cada cual llegamos a nuestro rango actual, capitana... —Geary miró a la etiqueta identificadora que flotaba cerca de ella— capitana Faresa?

—Eso no significa nada, como bien sabrá usted —repuso.

—No, no lo sé. —Geary permitió que la oleada de calor que sentía en su interior se hiciese notar por primera vez en su tono de voz—. Si esta flota empieza a entrar en discusiones sobre qué factores de rango y antigüedad importan y cuáles no, acabará sumida en el caos, y todos ustedes morirán.

El silencio invadió la reunión por un momento antes de que otro oficial interviniese. Geary pudo ver que se trataba del capitán Numos, de la nave *Orión*.

—¿Está sugiriendo que, de alguna manera, usted puede salvarnos? Ahora mismo solo tenemos dos opciones disponibles como flota, capitán —apuntó Numos—. O morimos luchando, o asumimos que nuestro destino será, en el mejor de los casos, una vida de esclavitud y una muerte más lenta.

Geary se dio cuenta de que, de manera inconsciente, su sonrisa se había vuelto cansina.

—Yo ya sé que puedo morir luchando. Me imagino que la segunda vez será más fácil —ironizó.

El capitán Duellos, de la *Osada*, soltó una carcajada.

—¡Muy bueno, capitán Geary! —celebró Duellos—. En fin, si ese es nuestro destino...

Numos irrumpió de nuevo en la conversación.

—Hay otra opción —propuso Numos—. Si nos separamos, cada nave por su cuenta, algunos de nosotros pueden conseguir llegar a la puerta hipernética...

—¿Separarnos? —preguntó otro capitán—. ¿Está queriendo decir que cada nave debe irse por donde pueda?

—¡Pues sí! —insistió Numos—. Las naves más lentas y dañadas ya están

condenadas de todas formas. No tiene sentido que...

—¡Si mi nave está dañada es porque se llevó el fuego enemigo que, de otra forma, habría acabado dañando la suya! —criticó Duellos—. ¿Y ahora pretende abandonarnos a nuestra suerte en los campos de trabajo de los síndicos?

—Si no hay otra alternativa...

—Silencio. —Hizo falta que todo el mundo se quedara mirándolo para que Geary tomara conciencia de que era él mismo quien había hecho ese llamamiento al orden. A juzgar por los gestos de los demás, se preguntaba por qué su voz había sonado así esta vez—. Esta flota no va a abandonar a ninguna nave.

Numos volvió a intervenir y Geary pudo comprobar que algunos de los demás oficiales asentían con la cabeza para expresar acuerdo con sus palabras.

—Esa no es una opinión razonable porque usted no está capacitado para comandar esta flota. Usted lo sabe. Su conocimiento de armas y tácticas está completamente anticuado —replicó Numos—. Usted carece de la información necesaria para comprender cuál es la situación actual, tanto aquí como en casa. Usted...

Algo en el interior de Geary estalló hasta propagarse como un incendio devastador.

—Capitán Numos, no estoy aquí para debatir cuestiones de mando, ni con usted ni con ningún otro oficial de esta flota —bramó Geary.

—¡Usted no está capacitado para asumir el mando! —repitió Numos—. Usted no sabe...

—Yo sé que estoy al mando en virtud de mi antigüedad y de la última orden del almirante Bloch y sé también que, si necesito alguna información adicional para sustentar mis órdenes, mis subordinados me proporcionarán tal información —sentenció Geary.

—Yo no...

—Y si usted o cualquiera de los demás comandantes de las naves no se sienten capaces de apoyarme adecuadamente o de seguir órdenes, les relevaré del mando y pondré en su lugar a aquellos oficiales de los que sí me pueda fiar. Y, debería añadir, oficiales en cuyo apoyo el resto de naves puedan confiar. —El rostro de Numos se enrojeció—. ¿Se siente usted incapaz de apoyarme adecuadamente, capitán Numos?

Numos tragó saliva y después retomó la palabra para seguir insistiendo con terquedad, pero sin la arrogancia que había mostrado anteriormente.

—Capitán Geary, su antigüedad es una cuestión circunstancial y usted mismo lo sabe. Su rango data de hace casi un siglo porque se le concedió el ascenso a capitán de manera postuma. Nadie sabía que usted seguía con vida. Un siglo de hibernación de supervivencia no le confiere ninguna experiencia. —Algunos de los otros capitanes hicieron leves movimientos para expresar su acuerdo con aquellas palabras

y aquello pareció volver a envalentonar a Numos—. Debemos escoger a un oficial que pueda asumir el mando sobre la base de su capacidad para manejar la situación actual y eso requiere poseer unos conocimientos actualizados.

Geary volvió a mirar a Numos de una manera tan gélida que su homólogo acabó por recostarse ligeramente hacia atrás, como sintiéndose amenazado.

—En la flota de la Alianza que yo conozco, nadie elige a su mando superior. No tengo intención de permitir que ustedes ni ningún otro interfiera, en mi autoridad de mando —aseveró tajantemente Geary.

Acto seguido, se oyó cómo un hombre corpulento situado a uno de los extremos de la mesa se aclaraba la garganta antes de intervenir.

—El capitán Geary es el más veterano. Está al mando. Fin de la discusión —resumió.

Geary asintió con la cabeza sin dejar de mirarlo, memorizando su nombre y su cara. Capitán Tulev, de la *Leviatán*. Alguien con quien Geary podía contar.

Entonces una mujer con el uniforme de la Marina de la Alianza tomó la palabra. Se trataba de la coronel Carabali, que debía haber heredado el mando al morir el general de la Marina que acompañaba la flota, así como los demás oficiales de rango.

—Hemos jurado obedecer a nuestros comandantes y defender a la Alianza. Los infantes de Marina entienden que el capitán Geary es nuestro comandante según el Reglamento de la flota de la Alianza —sentenció.

Inmediatamente después intervino otra capitana, esta con la voz ajada:

—Joder, si él no nos puede sacar de esto, ¿quién lo hará? —aseguró.

Todos los ojos se centraron en Geary de nuevo como si aquella mujer hubiese dicho abiertamente lo que tantos de ellos habían estado pensando. Lo cierto es que a Geary no le apetecía ver aquellas caras, pero su deber era unirse a su esperanza y aparcar el escepticismo. Ya no podía seguir escondiéndose.

—Voy a intentarlo —aseveró.

2

El silencio se apoderó de la sala por un instante, hasta que la capitana Faresa volvió a intervenir, con un tono y una expresión aún ásperos.

—¿Cómo, capitán? —insistió Faresa—. ¿A qué recurso mágico va a apelar? Nos queda menos de una hora antes de que se cumpla el plazo de los síndicos.

Geary le devolvió una mirada igualmente dura, con la que comprobó también al ver al resto de oficiales allí presentes que su autoridad de mando pendía en esos momentos de un hilo. Por primera vez, se dio cuenta de lo jóvenes que eran muchos de ellos. Más jóvenes que los capitanes de navío que él había conocido un siglo atrás y claramente menos endurecidos o experimentados que aquellos capitanes. Demasiados oficiales de los allí presentes se estaban limitando a observar y esperar, dispuestos a saltar en cualquier momento hacia uno u otro lado. Y si empezaban a saltar, la flota entera se partiría en mil pedazos, lo cual facilitaría enormemente las cosas a los síndicos.

—Entonces más nos vale aprovechar ese tiempo pensando en lugar de tirarnos los trastos a la cabeza, ¿no cree? —observó el capitán.

Geary señaló al centro de la mesa, donde se proyectaba la imagen de las naves de la flota de la Alianza. Las naves más dañadas se encontraban formando una especie de esfera. Entre ellas y el muro imponente de la flota de los síndicos se alzaba una pared rectangular de naves de la Alianza que formaba una media luna frente al enemigo. En condiciones normales, tendría un aspecto impresionante; pero, si se contaban las naves de uno y otro lado, uno se daba cuenta de que la almádena de los síndicos iba a destrozarse la media luna de la Alianza como si fuese tan frágil como el cristal.

El capitán Duellos se expresó en los mismos términos.

—Por desgracia, lo que se ve aquí es bastante preciso y ni la realidad de la guerra ni las leyes de la física han hecho que cambie la situación desde su última batalla, capitán Geary. Nosotros estamos aquí, los síndicos, aquí, a tan solo dos minutos luz y medio de nuestros elementos principales, y la puerta hipernética está... —Su mano se desplazó hasta una zona situada en la otra parte de la flota enemiga—. Aquí, a treinta minutos luz de nosotros, en el punto menos conveniente del suelo enemigo.

—Si pudiéramos tener unas pocas horas más para reparar las naves que tenemos dañadas —sugirió alguien.

—Unas pocas horas más o unos pocos días más no serían de gran ayuda —repuso otro—. Los síndicos también están reparando lo que tienen dañado. ¡Y además pueden contar con la llegada de refuerzos y nuevos suministros a través de la puerta que tienen detrás de ellos!

Duelos asintió, mirando a Geary.

—Estoy de acuerdo. El tiempo no está de nuestra parte, ni siquiera aunque los síndicos no hagan cumplir el plazo que han estipulado.

Geary asintió también, recorriendo una vez más con la mirada la fila de oficiales dispuestos alrededor de la mesa.

—No podemos repeler el ataque. Tampoco podemos atacarles si queremos mantener alguna esperanza de sobrevivir —apuntó Geary.

Numos volvió a tomar la palabra, esta vez con la cara ya roja.

—Se debería permitir que las naves, a título individual, puedan...

—¿Puedan qué, capitán? ¿Llegar a esa... puerta? ¿Y después qué? —Geary escuchó cómo todo el mundo inspiraba al unísono—. Esta flota tiene una llave hipernética de los síndicos. Eso ya lo sé. Pero doy por supuesto que las naves que quieran emplearla deben ir juntas a todas partes.

Al oír las palabras de Numos, se escuchó un murmullo de acuerdo en toda la sala.

—Lo repito —insistió Geary—, esta flota no va a llevar a cabo ningún plan del tipo «sálvese quien pueda», y si cualquier oficial al mando intenta algo así y yo me entero, me aseguraré de que acabe ante un tribunal militar, si es que los síndicos no acaban con él antes, cuando lleguen solos a la puerta y descubran que no pueden franquearla.

Silencio.

Geary se echó hacia atrás y empezó a frotarse el mentón.

—Hasta aquí hemos visto lo que no podemos hacer. Pero no todas las opciones se acaban ahí. Tal vez alguno de ustedes me pueda explicar qué significa esto.

Geary titubeó un instante sin saber muy bien cómo manejar los mandos del dispositivo que proyectaba la imagen, pero al final dio con los adecuados.

—Aquí. —Geary señaló un punto situado ligeramente hacia un lateral y en la retaguardia de las fuerzas de la Alianza—. Está a veinte minutos luz de la nave de la Alianza más cercana. ¿Por qué no está protegido?

Todo el mundo frunció el ceño y estiró el cuello para intentar ver lo que les señalaba Geary. Finalmente, la capitana Faresa le regaló a Geary una de sus miradas habituales, una de esas que parecía ser capaz de fundir el metal.

—Porque es insignificante —concluyó Faresa.

—Insignificante. —Geary se quedó con esa palabra en la cabeza durante un momento, preguntándose mientras lo hacía si se le podría ocurrir alguna manera legal de evitar tener que volver a ver la cara de Faresa—. Ese es el punto de salto entre sistemas.

Los oficiales se encogieron de hombros encogidos a modo de respuesta.

—Joder —insistió Geary—, ¿por qué no vamos a poder usarlo para salir de aquí?

Duellos optó por responder lentamente.

—Capitán Geary, no habrá más que una o dos estrellas dentro del radio de salto

de ese punto.

—Solo hay una —corrigió Geary rotundamente. Era un dato que no le había resultado difícil obtener—. Corvus.

—Entonces ahí tiene el problema, señor. El método de salto entre sistemas tiene un radio de acción muy limitado. El sistema Corvus está solo a unos pocos años luz de aquí, por lo tanto sigue estando bastante metido dentro del territorio de los síndicos.

—Eso ya lo sé. Pero desde Corvus podríamos saltar a cualquiera de los... — Geary repasó sus datos— tres otros sistemas que hay. —El capitán vio que el resto de oficiales intercambiaban miradas, pero ninguno de ellos pronunciaba una sola palabra—. De uno de estos sistemas podríamos saltar a otros.

La capitana Faresa meneó la cabeza.

—No nos estará sugiriendo de verdad que regresemos al espacio de la Alianza usando el salto entre sistemas, ¿verdad? —inquirió.

—¿Y por qué no? Sigue siendo más rápido que la luz —argumentó Geary.

—¡Pero ni siquiera se asoma a algo lo suficientemente más rápido que la luz! ¿Tiene usted idea de lo dentro del espacio síndico que nos encontramos? —insistió la capitana

Geary fulminó a la capitana con la mirada.

—Dado que la forma de la galaxia no se ha visto alterada de manera apreciable desde la última vez que estuve al mando, sí, sé lo dentro del espacio síndico que nos encontramos —zanjó Geary—. Lo que significa que nos queda un largo trayecto por recorrer hasta salir de aquí. Es una opción. ¿Prefiere quedarse a morir aquí?

—¡Mejor eso que un suicidio lento! No tenemos suministros como para sustentar un viaje así —aseveró Faresa—. Nos llevaría meses. Años, quizá, depende de la ruta. ¡Pero lo peor es que ni siquiera importaría, porque la flota de los síndicos simplemente llegaría antes y nos destrozaría en cuanto apareciésemos!

Geary estaba intentando contener su furia lo suficiente como para formular una respuesta, pero entonces la capitana Desjani comenzó a hablar como si lo estuviese haciendo para sus adentros.

—El sistema Corvus no está dentro de la hipernet síndica. La flota de los síndicos no podría atacarnos allí. —Desjani miró a su alrededor—. Tendrían que seguirnos a través del mismo punto del salto entre sistemas. Y eso les llevará tiempo.

—¡Sí! —interrumpió el capitán Duellos con avidez—. Tendríamos una ventana libre para pasar por Corvus hasta nuestro siguiente punto de salto. No muy grande, pero suficiente. Y entonces los síndicos tendrían que adivinar cuál será nuestro siguiente destino.

—¡Que no tenemos suministros! —recordó Faresa.

Duelos le lanzó una mirada fulminante que dejó clara la animadversión que había

entre ellos

—¿Quién sabe siquiera qué habrá en Corvus? —continuó la capitana Faresa.

—Eso tampoco es tan importante —señaló alguien—. Es más, si el sistema no pertenece a la hipernet síndica, eso es lo de menos.

—¡No sabemos qué hay allí! —rezongó Faresa

—Capitana Faresa. —Se volvió para ver cómo Geary se dirigía a ella mientras señalaba a la representación de la flota de los síndicos—. Lo que sí sabemos es lo que hay aquí, ¿verdad? ¿Acaso algo de lo que pueda haber en Corvus va a ser peor que esto? La situación mejorará nos pongamos como nos pongamos y tendremos tiempo de tránsito suficiente entre salto y salto para reparar los daños internos de las naves.

Los demás asintieron con la cabeza y empezaron a esbozar las primeras sonrisas.

—Pero los suministros... —intentó insistir Faresa.

—Doy por supuesto que en Corvus habrá algo. —Geary estiró el cuello para mirar los datos más de cerca—. Aquí dice que había una base de autodefensa de los síndicos. ¿Seguirán teniendo suministros esos almacenes para que las naves síndicas que pasen por allí repongan materiales?

—Así solía ser... —apuntó alguien.

—Tienen que tener algo. Y hay un planeta habitado en ese sistema —observó Geary—. Además, tiene que haber más instalaciones al margen de las que haya en el planeta, seguro que hay tráfico por ese sistema. De ahí podemos sacar repuestos, comida y otros artículos básicos.

Geary estudió con detenimiento la imagen, perdiéndose momentáneamente en cálculos y sin reparar por un instante en que había más oficiales allí.

—Nuestro paso por Corvus será un saqueo sencillo. Los síndicos vendrán a por nosotros después de que saltemos por ese punto todo lo rápido que puedan, así que todo estriba en que intentemos meter nuestras naves más lentas y dañadas a través de este sistema antes de que nos puedan atrapar. —Geary miró a su alrededor y vio dudas en muchas caras—. Podemos hacerlo.

—Capitán Geary —intervino de nuevo el capitán Tulev—. Debo advertirle que no va a ser fácil llegar hasta el punto de salto.

—Si no tiene vigilancia —replicó Geary.

—No. Pero la flota de los síndicos está cerca y tienen algunas naves realmente rápidas. Pueden dejar atrás a sus naves más lentas para ir a por nosotros. No podemos —concluyó Tulev.

Geary asintió con la cabeza.

—Muy cierto —aprobó el capitán—. Damas y caballeros, voy a intentar entretener a los síndicos todo lo que pueda. Pero en cuanto empecemos a movernos...

—Capitán. —La mujer pequeña y de ojos intensos se inclinó hacia él—. Podemos hacer maniobras con la flota, hacer que parezca que estamos reagrupándonos para

atacar de nuevo y, mientras tanto, hacer que las naves más lentas y dañadas se vayan acercando al punto de salto al amparo de esos movimientos.

Geary sonrió. Comandante Crésida, de la *Furiosa*. También tendría que acordarse de ella.

—¿Tiene usted más ideas que aportar? —preguntó Geary.

—Por supuesto —confirmó Crésida.

—Me gustaría echarles un vistazo en cuanto sea posible —solicitó Geary.

—Será un placer, capitán Geary. —Crésida se volvió a echar hacia atrás y dedicó una mirada de desdén hacia la zona en la que se encontraban sentados Numos y Faresa.

Geary volvió a mirar a todo el mundo. Aún estoy temblando. Al menos les estoy dando algo que hacer. Algo que podría funcionar, aunque parezca un plan tan a largo plazo que ellos ni siquiera se lo plantearían si no me tuvieran a mí presionándolos para que lo ejecuten. Asímelo, Geary, sin ti ni siquiera habrían pensado en esta posibilidad porque estaban absolutamente obcecados con la puerta hipernética, le estaban haciendo el trabajo al enemigo limitándose sus propias opciones.

—En ese caso, pongámonos en marcha. —En lugar de responder directamente, el resto de capitanes se intercambiaron miradas de sorpresa—. ¿Qué ocurre? Que alguien me lo diga.

La capitana Desjani tomó la palabra con una renuencia palpable.

—Es costumbre que cuando se propone una medida, para que quede instaurada, primero se debata entre los oficiales de alto rango y los comandantes de las naves y posteriormente se realice una votación para confirmar el apoyo.

—¿Una votación? —gruñó Geary.

El capitán se quedó mirando a Desjani, y después paseó la vista alrededor de la mesa. Lo cierto es que ya antes le había dado la sensación de que el almirante Bloch en ocasiones se parecía más a un político que defendía su candidatura que al oficial al mando de una flota, una actitud que sin duda le chocaba. Ahora todo tenía mucho más sentido.

—¿Y cuándo cojones empezó a ponerse en práctica esta costumbre? —agregó Geary a continuación.

Desjani esgrimió una mueca de disgusto.

—No es que yo esté personalmente familiarizada con...

—Bueno, ahora mismo no tengo tiempo para que me den una clase de historia —la interrumpió Geary—. Y tampoco tenemos tiempo para ponernos a debatir sobre qué hacer. Puede que no sepa cómo se hacen todas las cosas hoy en día, pero si algo sé es que quedarse quieto esperando a que una serpiente decida atacar es la peor medida posible. La indecisión se lleva por delante naves y flotas. Tenemos que actuar, y actuar con decisión además, durante el tiempo que tengamos. Mientras esté

al mando no voy a presidir ninguna votación. Eso sí, estoy abierto a sugerencias y propuestas. Quiero ideas por su parte. Pero soy yo el que está al mando. Eso es lo que quieren, ¿no? Quieren que *Black Jack* Geary se ponga al frente y los saque de todo este jaleo, ¿verdad? Bien, en ese caso, el cielo será testigo de que, desde este mismo momento, yo me voy a poner al frente de todos ustedes, ¡pero lo haré de la forma en la que yo sé hacer mejor las cosas!

Tras la arenga final, Geary se calmó, observó a los presentes, y se preguntó si tal vez había ido demasiado lejos. Después de un momento que se hizo eterno, la comandante Crésida volvió a acercarse hacia el capitán.

—Tengo órdenes que cumplir —espetó Crésida—. Órdenes del comandante de la flota. No tengo tiempo para tonterías cuando hay trabajo que hacer a bordo de la *Furiosa*. ¿Capitán Geary?

—Faltaría más, comandante —respondió Geary con una sonrisa de oreja a oreja.

La conexión se cortó y Crésida desapareció de su puesto en la mesa. Entonces, como si sus palabras y sus actos hubiesen servido de efecto dominó, todos los demás oficiales se apresuraron a levantarse y a despedirse. Por irónico que pareciera, a Geary le dio la sensación de que a muchos de ellos les parecía que, llegados a ese punto, continuar debatiendo era una opción más engorrosa que limitarse a seguir sus órdenes.

Geary observó cómo una a una las pantallas se iban fundiendo en negro y no pudo evitar tener una extraña sensación de añoranza. En ese momento debería de haber apretones de manos y palabras. Aquel era el momento en el que todos salían en fila por la escotilla y se daba pie a unos breves momentos de interacción personal, aunque fuera algo forzado por la sencilla necesidad de hacer pasar por una pequeña puerta a un montón de gente apiñada en una gran habitación. Pero no, aquello era algo que no se podía dar en ese lugar ni en ese momento. Las figuras de sus subordinados simplemente se esfumaron y el tamaño aparentemente grande de la habitación y su enorme mesa de conferencias se fue reduciendo a medida que sus ocupantes virtuales se desvanecían. En cuestión de segundos, la sala de juntas se convirtió en un compartimento mediocre presidido por una mediocre mesa de conferencias.

Con todo, aparte de la presencia real de la capitana Desjani, que seguía de pie allí cerca, seguían quedando dos pequeños grupos de oficiales. Geary frunció el ceño al mirarlos y reparar, por primera vez, en que sus uniformes diferían en pequeños detalles de los de la flota de la Alianza. Así las cosas, Geary se centró en sus identificaciones. Uno de los grupos de oficiales pertenecía a la Federación Rift, mientras que el otro, ligeramente más grande, formaba parte de la República Callas. Ni la Federación Rift ni la República Callas tenían demasiados mundos habitados en su época y en ambos casos siempre se habían declarado neutrales. Con todo, estaba

claro que los acontecimientos habían hecho que acabaran metiéndose en la guerra en el bando de la Alianza. Geary asintió mirando en su dirección, mientras se preguntaba hasta qué punto podría ejercer su autoridad sobre estos aliados.

—¿Sí? —preguntó Geary.

Los oficiales de la Federación Rift miraron hacia los oficiales de la República, que abrieron paso a una mujer vestida de civil. Geary trató de no fruncir el ceño al verla. *Me parece que no dije que la asistencia era obligatoria solo para los comandantes de las naves, ¿no? No, creo que no. ¿Y esta quién es? La etiqueta de identificación que estaba junto a su imagen rezaba «C-P Rione». ¿Qué significa eso?*

La mujer miró a Geary con un rostro impassible.

—¿Sabe usted que según las condiciones de nuestro acuerdo, nuestras naves pueden ser retiradas del control de la Alianza si la autoridad competente determina que no están siendo empleadas para defender lo mejor posible los intereses de nuestros mundos? —interrogó Rione.

—No. No lo sabía. ¿Debo asumir que usted es la «autoridad competente» en cuestión? —repuso Geary.

—Sí —respondió ella, inclinando muy levemente la cabeza hacia Geary—. Soy la copresidenta Victoria Rione, de la República Callas.

Geary miró a la capitana Desjani, que se encogió de hombros como pidiendo disculpas, y después volvió la vista de nuevo hacia Victoria Rione.

—Es un honor conocerla, señora. Pero hay muchas cosas que hacer y...

Rione alzó una mano con la palma mirando hacia Geary.

—Por favor, capitán Geary. Debo insistir en la necesidad de mantener una conferencia en privado con usted —solicitó Rione.

—Estoy seguro de que más adelante habrá tiempo de sobra...

—Antes de que confíe nuestras naves a su mando —insistió, mirando a los oficiales de la Federación Rift—. Las naves de la Marina de guerra de Rift también han accedido a seguir mis recomendaciones sobre este particular.

Joder, qué bien. Geary echó otro vistazo en dirección a Desjani y esta le respondió meneando la cabeza. Iba a tener que pasar por esto.

—¿Dónde...? —accedió Geary.

Desjani se apartó para darle indicaciones al capitán.

—Aquí, capitán Geary. Yo abandonaré la sala y caerá un escudo de privacidad virtual alrededor de usted y la copresidenta. Cuando hayan terminado la conferencia privada, diga «fin conferencia privada fin» y los dos podrán interactuar con el resto de oficiales de nuevo si así lo desean —explicó Desjani.

En cuanto terminó de hablar, Desjani se apresuró a salir por la escotilla como si estuviese contenta de poder evitar al menos ese compromiso.

Geary observó como la capitana se marchaba y recompuso el gesto con todo el

cuidado del que fue capaz. Con un cierto deseo de volver al estado de entumecimiento en el que había permanecido desde que lo despertaran, Geary se giró para mirar cara a cara a la política, quien al parecer no había dejado de posar su mirada fría sobre él en ningún momento.

—¿De qué quiere hablar? —inquirió Geary.

—De confianza. —Su voz no era ni un grado más cálida que su expresión—. Concretamente, de por qué debería confiar las naves supervivientes de la República a su mando.

Geary miró hacia abajo, se frotó la frente y después volvió a alzar la vista para mirarla de nuevo.

—Podría señalar que la otra alternativa que hay es confiar su destino a los síndicos y hace poco hemos podido ver cómo se las gastan esos tipos —argumentó Geary.

—Tal vez se porten de manera distinta con nosotros, capitán —apuntó la copresidenta.

¡Si es así, deje que los síndicos arrasen su querida retaguardia, me importa una mierda! Con todo, el caso era que Geary sabía que iba a necesitar todas las naves de las que pudiera disponer. Además, lo quisiera o no, había una parte de él que odiaba la idea de dejar a nadie atrás.

—No creo que esa sea una buena idea —repuso Geary.

—Si es así, explique por qué, capitán Geary —insistió.

Geary respiró hondo y buscó con sus ojos la mirada de la copresidenta.

—Porque, a pesar de que contaban con todas las naves que nos quedan para cubrirle las espaldas, los síndicos asesinaron despiadadamente al almirante Bloch y a todos los que iban con él en plenos intentos de negociación. Piense que, si usted va a negociar, no contará con más retaguardia que una mínima parte de la flota. ¿De verdad cree que los síndicos van a portarse mejor con alguien que se encuentra en una posición mucho más débil que el almirante Bloch?

—Ya veo —musitó Rione, apartando por fin la mirada y empezando a caminar de un lado a otro por un extremo de la habitación—. Usted no cree que las naves de la República y de la Federación juntas sean suficientes para impresionar a los síndicos.

—Si los síndicos deciden arrasarnos con todas esas fuerzas que han acumulado ahí fuera, no creo que las naves de la República, de la Federación y de la Alianza juntas tengan más opciones de sobrevivir que una bola de nieve en el infierno —matizó Geary—. Y, o los síndicos han cambiado radicalmente desde que traté con ellos por última vez, o sé de buena tinta que nunca juegan limpio. En estos casos, la parte más fuerte siempre impone las condiciones que cree que el otro puede ser obligado a cumplir.

Rione dejó de moverse, miró hacia la cubierta y después volvió la vista hacia

Geary.

—Cierto —admitió Rione—. Se ve que ha pensado en la situación a conciencia, más allá de la mera perspectiva de combate.

Geary se puso junto al asiento más cercano y se dejó caer sobre él. Desde que fue rescatado, no se había sometido a un esfuerzo así, ni físico o ni mental. Y eso que, desde que lo descongelaron, los médicos de la flota le habían advertido hasta la saciedad sobre los posibles problemas que se derivarían de los sobreesfuerzos. No hay manera de saber qué resultados podría haber tenido una hibernación tan larga en la fisiología de Geary, le dijeron. *Creo que me voy a ir enterando sobre la marcha.*

—Sí, señora copresidenta —observó Geary—. He tratado de pensarlo a conciencia.

—No me trate con condescendencia —advirtió Rione—. Estas naves son la vida de mi República. Si las destruyeran...

—Quiero llevarme a casa todas las naves que pueda —declaró Geary.

—¿De veras? ¿En lugar de ordenar que nos reagrupemos y tratar de ejecutar un contraataque brillante que concluya en una victoria gloriosa? ¿No es eso lo que realmente desea, capitán Geary? —inquirió Rione Geary se limitó a mirarla, sin molestarse mucho en esconder su cansancio.

—Parece que cree conocerme —musitó Geary.

—Por supuesto que lo conozco, capitán Geary. Lo sé todo sobre usted. Es usted un héroe. Y no me gustan los héroes, capitán. Los héroes llevan a los ejércitos y a las flotas hacia la muerte —reprochó Rione.

Geary se recostó y empezó a frotarse los ojos.

—Se supone que estoy muerto —le recordó.

—Lo cual lo convierte en un ejemplo más que paradigmático si cabe. —Rione dio dos pasos hacia el visualizador que todavía se podía ver en la mesa de conferencias y lo señaló con el dedo—. ¿Sabe por qué el almirante Bloch se jugó esta baza, por qué arriesgó tanto poder de la Alianza en esta operación?

—Lo que él me dijo fue que este parecía un buen modo de forzar el final de la guerra —respondió Geary.

—Claro que sí. —Rione asintió con la cabeza, con los ojos aún clavados en el visualizador que había sobre la mesa—. Un ataque audaz y atrevido. Una operación a la altura del mismísimo *Black Jack* Geary —agregó en voz baja—. Palabras textuales, capitán.

Geary se agarrotó.

—Nunca me dijo tal cosa —se defendió Geary.

—Claro que no. Pero sí se lo dijo a otros. Y fue precisamente el invocar el espíritu del gran *Black Jack* Geary lo que lo ayudó a ganar apoyos para sacar adelante este ataque que, como ve, tan bien nos ha ido.

—¡No me culpe por eso! ¡Voy a tratar de sacar lo que queda de esta flota de aquí si es que puedo; pero tenga presente que, para empezar, no fui yo el que nos metió aquí!

Rione se detuvo, como si realmente estuviese escuchando con atención a Geary.

—¿Por qué asumió el mando? —La copresidenta optó por cambiar de tercio.

—¿Por qué? —Geary movió una mano en dirección a la escotilla—. Porque el almirante Bloch me lo pidió. ¡Me lo ordenó! Y entonces... ellos... —Hizo una pausa, miró con el ceño fruncido hacia la cubierta, sin gana alguna de mirarla—. No tuve elección.

—Usted ha peleado para reafirmar su autoridad. Lo he visto, capitán Geary —apuntó Rione.

—Tenía que hacerlo. Sin alguien que asuma el mando, alguien con un derecho legítimo para hacerlo, esta flota se desmembraría y los síndicos la acabarían destruyendo poco a poco. Usted también ha tenido que ver eso.

Rione se agachó y buscó con su mirada la de Geary.

—¿Puedo fiarme de *Black Jack* Geary? Porque usted no es otro sino ese —le recordó Rione.

—Yo no soy más que un oficial de la Alianza. Y... tengo una tarea que cumplir. Si puedo.

Geary no fue capaz de morderse la lengua antes de decir esas dos últimas palabras, a pesar de que no quería mostrar signo alguno de debilidad, pues no estaba seguro de cómo podía afectar aquello a las opciones de la flota, ya de por sí escasas.

—Eso es todo lo que soy —apostilló.

—¿Eso es todo? ¿No es usted un héroe de leyenda? —Rione se acercó aún más, escrutándolo con la mirada—. ¿Quién es usted, entonces?

—Creí que había dicho que ya lo sabía todo sobre mí —señaló Geary.

—Yo sé todo de *Black Jack* Geary. Y, precisamente, tengo miedo de que el gran *Black Jack* Geary intente hacer algo heroico que marque para siempre el destino de esta flota y tal vez también el de la Alianza y el de mi propio pueblo. ¿Es usted *Black Jack* Geary?

Geary soltó una carcajada, no pudo remediarlo.

—Nadie puede serlo —reconoció Geary.

Rione se quedó mirándolo durante un buen rato y después se dio la vuelta y volvió a alejarse unos cuantos pasos —¿Dónde está la llave hipernética? —preguntó.

—¿Cómo? —disimuló Geary.

Rione se giró, con ojos centelleantes.

—La llave hipernética de los síndicos. Sé que todavía queda una dentro de la flota. Si hubiera sido destruida, se lo habría dicho a todo el mundo para asegurarse de que seguían su plan —razonó Rione—. Aún existe. ¿Dónde está?

—Lo siento, pero...

—¿Existe aún? —insistió.

Geary la miró a los ojos mientras trataba de decidir qué hacer, qué decir. Odiaba la idea de tener que mentir.

—Sí —resolvió, finalmente.

—¿Dónde? —continuó preguntando la copresidenta.

—Preferiría no revelarlo —se resistió Geary.

—Supongamos que le dijera que voy a dar mi visto bueno para que mis naves y las de la Federación pasen a estar a sus órdenes si me revela ese dato —ofreció Rione.

A Geary le salió una media sonrisita falsa.

—Seguiría prefiriendo no tener que decirlo; pero, por el bien de esas naves, lo haría —admitió Geary.

—¿Lo haría? ¿Sabe cuán importante es esa información? —insistió la copresidenta.

—Sí. Y sí, se lo diría, si es lo que hace falta para sacar estas naves de aquí con el resto de la flota —zanjó Geary.

Los ojos de la copresidenta Rione se estrecharon.

—En ese caso yo podría ofrecerles la información a los síndicos a cambio de inmunidad —sugirió Rione.

A Geary no se le había ocurrido esa opción. Se quedó mirándola antes de volver a intervenir.

—¿Por qué cojones me está diciendo esto? —rugió Geary.

—Para que sepa que fiarse de quien no debe puede ser mortal. Pero tampoco olvido que usted estaba buscando ganarse mi confianza. Seré sincera, capitán Geary. Voy a dar mi visto bueno, pero solo porque no veo otra opción mejor. Las naves de la República seguirán formando parte de esta flota y estoy segura de que las de la Federación Rift seguirán mi recomendación y tomarán el mismo camino. Pero me reservo el derecho a ordenar a esas naves que dejen de seguir sus indicaciones cuando lo estime oportuno.

Geary se encogió de hombros.

—No parece que me queden muchas más opciones, ¿no? —se resignó Geary.

Rione esbozó una sonrisa.

—No las tiene, no —resolvió Rione.

—Gracias. —Geary se detuvo y después se puso de pie cuidadosamente, apoyándose con una mano sobre la silla—. Me gustaría pedirle algo

La copresidenta frunció el ceño.

—Necesito a un político —prosiguió Geary—. Alguien que pueda defender la necesidad de llevar a cabo el plan hasta el final todo el tiempo que sea posible.

Alguien que sea bueno diciendo montones de palabras que no signifiquen lo que parece y que sea capaz de evitar adquirir compromiso alguno.

—Vaya, gracias, capitán Geary —apostilló Rione con sorna.

Según parecía, la copresidenta Rione tenía sentido del humor en algún punto escondido de su interior.

—No lo vaya contando por ahí. —Geary señaló el visualizador en el que se podía ver que un panel de naves síndicas se cernía sobre la flota de la Alianza—. No queda mucho más de media hora para que se cumpla el plazo dado por los síndicos. Vamos a necesitar cada minuto que podamos para reparar los daños y recolocar a nuestra flota para que esté lista para salir disparada hacia el punto de salto. ¿Podría usted hablar con los síndicos, ya sabe, distraerlos e intentar que no se nos acerquen el máximo tiempo posible?

—¿Se refiere en nombre de la República y del Rift, o de la flota entera? —inquirió Rione.

—Lo que funcione mejor. Lo que nos permita tenerlos distraídos con palabrería. Solo quiero que nos permita ganar algo de tiempo, señora copresidenta. Todo el que pueda —instó Geary.

Rione asintió con la cabeza.

—Es una petición razonable, capitán Geary —aceptó Rione—. Abriré conversaciones con los síndicos en cuanto haya embarcado en mi transbordador.

Geary se quedó mirándola.

—¿Transbordador? No irá a...

—¿Al buque insignia de los síndicos? No, capitán Geary —lo tranquilizó Rione—. Voy hacia aquí. Al *Intrépido*. Quiero tenerlo vigilado personalmente. A usted y a cierta parte importante del equipo. Vaya que sí, usted no me lo ha dicho. Pero creo que puedo salvaguardar mejor los intereses de mi pueblo estando en su nave.

Geary respiró hondo para acabar asintiendo con la cabeza.

—Notificaré a la capitana Desjani que va a venir usted hacia aquí —agregó Geary.

—Gracias, capitán Geary. —Nueva sonrisa, tan desafiante como sus ojos—. Ahora tengo que intentar meter miedo a los síndicos para que nos den algo más de tiempo.

Dicho eso, su imagen se desvaneció.

Geary se quedó sentado durante un momento, mirando al hueco que parecía que había estado ocupando Rione. Tal vez sea capaz de meterles miedo a los síndicos para que no se lancen al ataque inmediatamente y así ganemos algo de tiempo. Lo que está claro es que a mí sí que me mete miedo.

La capitana Desjani asumió la noticia de la inminente llegada de la copresidenta

Rione como si fuera otro episodio negativo más dentro de un día repleto de ellos.

—Por lo menos seguimos teniendo sus naves con nosotros —apuntó resignada.

—Sí. —Geary echó un vistazo a su alrededor—. Capitana Desjani, ¿dónde está el equipo del almirante Bloch?

—¿Su equipo? —preguntó Desjani.

—Sí. Los oficiales que se le asignaran como comandante de la flota. ¿Dónde están? Pensé que me estarían buscando —apuntó Geary.

Durante unos breves instantes, Desjani pareció desconcertada, pero después se dio cuenta de por dónde iban los tiros.

—Ah, ya comprendo. Usted está pensando en lo que se solía hacer en el pasado. Lo siento —se apresuró a añadir, aparentemente a modo de respuesta a la reacción que percibió en el rostro de Geary—, pero han cambiado muchas cosas. Hace tiempo ya que nos faltan oficiales experimentados. Los equipos que usted conoció fueron mermando a medida que fue haciendo falta que los oficiales se pusieran al frente de las naves.

Geary meneó la cabeza.

—¿Tantas bajas ha habido? —inquirió.

—¿Tantas? —Desjani tenía dudas de cómo continuar—. Bueno, lo cierto es que hemos perdido muchas naves durante el curso de la guerra. Pero los síndicos han perdido más —añadió rápidamente.

—Me preguntaba por qué había tantos comandantes que parecían tan jóvenes —señaló Geary.

—No siempre... nos podemos permitir el lujo de proporcionarles a los oficiales una carrera larga antes de que se les promocióne y se les ponga al mando de una nave.

—Entiendo —admitió Geary, aunque en realidad no comprendía nada.

Tantos comandantes jóvenes, tantas naves nuevas... otra vez el frío gélido volvía a apoderarse de su interior por un momento a medida que se iba dando cuenta de que todas las naves cuyos datos había examinado eran nuevas o casi.

Geary había dado por supuesto que aquello era así porque las naves más veteranas se habían quedado atrás por estar menos capacitadas. Ahora su duda se reducía a saber cuántas naves veteranas existirían en general. ¿A cuánto habría quedado reducida la esperanza de vida de oficiales, tripulantes y naves de la Alianza bajo el influjo de la guerra?

La capitana Desjani proseguía con sus explicaciones, como si tuviese la sensación de que debía justificar la situación a título personal:

—Las bajas no siempre han sido tantas. Pero, en ocasiones, hemos sufrido muchas. Un siglo de guerra se lleva por delante a muchas naves y a muchos tripulantes de una flota. —Desjani tenía pinta de estar enfadada y, a la vez, cansada

—. Muchos. Al almirante Bloch se le habían asignado dos ayudantes de alto rango. Tal vez usted no los vio cuando embarcaron en el transbordador de camino al buque insignia de los síndicos, pero iban con el almirante Bloch y su jefe de personal.

—No —respondió lacónico Geary. Pero también es verdad que en ese momento no estaba al corriente de casi nada.

—Por supuesto, ahora están todos muertos. Hay algunos oficiales jóvenes que secundaban al equipo, pero todos forman parte de la compañía de la nave. Todos tienen puestos de responsabilidad a bordo del *Intrépido* —informó Desjani.

—Doy por supuesto que en estos momentos se los necesita allí —apreció Geary.

—Sí, si bien uno de ellos está muerto y otro tiene heridas tan graves que no podría abandonar la enfermería. Me gustaría poder seguir disponiendo de los otros dos para que continúen desarrollando sus funciones primordiales...

Geary alzó la mano para evitar que Desjani siguiera dando explicaciones. —Cómo no... Iré a verlos cuando las condiciones lo permitan. ¿Puede decirme cómo se le ocurrió al almirante Bloch poner en marcha una flota con tan poco personal? —preguntó Geary.

Desjani puso mala cara.

—Porque hizo lo que había que hacer y dejó el resto a los comandantes de las naves, supongo. Además, los sistemas de apoyo que usted tiene a su disposición son muy eficaces. —Desjani miró la hora y puso cara de alarma—. Capitán Geary, con su permiso, debo volver al puente de mando.

—Permiso concedido —sentenció Geary.

Desjani ya estaba saliendo a toda prisa cuando el brazo de Geary se anticipó a devolver un saludo de despedida que nunca llegó a producirse. *O me acostumbro a estas cosas o me pongo serio y cambio la manera que tiene esta gente de hacer las cosas.* Geary echó un vistazo al infante de la Marina de la puerta, que seguía cuadrado en el exterior de la entrada a la sala de juntas, a poca distancia de donde se hallaba él.

—Gracias —dijo Geary.

El infante de Marina realizó un saludo disciplinado con una ejecución más que aceptable y Geary se lo devolvió convenientemente.

Tras ello, el capitán siguió los pasos de Desjani, sabedor de que él también debería estar en el puente de mando. Pero, de repente, le empezaron a temblar las piernas como si se hubiera vuelto a quedar sin fuerzas. Geary apoyó una mano contra la pared y, una vez que consiguió estabilizarse, comenzó a caminar lentamente hacia su camarote.

Al llegar se tumbó aliviado sobre la silla, respirando con dificultad. *No me puedo permitir esto ahora. Hay muchas cosas que hacer.* Metió la mano en un cajón y sacó un parche de medicamentos que contenía un mejunje con las sustancias que los

médicos de la flota habían previsto que podrían serle de más utilidad para seguir manteniéndose en pie. *Me dijeron que estos chismes no interferirían con mi capacidad de pensar. ¿Y si no es así? Da igual porque, como no me tome esto, voy a ser incapaz de hacer mi trabajo.*

Tengo que dejar de meterme en situaciones en las que todas las opciones posibles sean perjudiciales en potencia.

Geary se pegó el parche de medicamentos en el brazo y empezó a sentir un ligero cosquilleo que significaba que los fármacos estaban haciendo su trabajo. El efecto tardaría unos segundos en notarse, así que, mientras tanto, Geary fue activando los sistemas de apoyo que había mencionado Desjani.

En cuanto lo hizo, vio un mensaje de la comandante Crésida, de la *Furiosa*. Contenía el plan que había prometido mandar sobre cómo recolocar las naves de la flota para preparar el traslado al punto de salto. Geary lo estudió con todo el detenimiento de que fue capaz, pero tampoco pudo evitar sentir que el péndulo del tiempo pendía constantemente sobre su cabeza. En menos de media hora, tal vez, los síndicos moverían ficha. Incluso menos si habían mentido sobre el plazo que habían dado para que los comandantes de la Alianza se pensaran qué iban a hacer. Una vez que todas las naves de la Alianza estuvieran en posición, o una vez que los síndicos empezaran a moverse si es que eso ocurría primero, el plan apelaba a la palabra clave «Obertura» para dar paso a la retirada de la flota hacia el punto de salto.

Geary sintió un amago de frustración al revisar los nombres de las naves, pues hubiera deseado saber más acerca de cómo se movían y de cómo combatían. *Numos tenía razón al decir que mis conocimientos están anticuados pero mis antepasados saben que; como comandante; sigo siendo mejor de lo que él llegara a ser nunca.* Y, como le había dicho a Numos, en este momento actuar en lugar de quedarse a la expectativa era algo primordial. Rezando entre dientes una rápida oración, Geary acabó marcando la señal que daba la aprobación al plan y lo etiquetó para que fuera transmitido a la flota.

Después, Geary comenzó a incorporarse, pero en ese momento le recorrió un espasmo de inestabilidad y se volvió a sentar, obligándose a sí mismo a esperar unos pocos minutos más. Volvió a girarse hacia las estadísticas de la flota y empezó de nuevo a repasar el listado, intentando absorber todo el conocimiento de los navíos que pudiera. Como había sospechado, todas las naves eran nuevas o prácticamente nuevas. Si la edad media de esas naves significaba lo que él creía que significaba, las bajas debían de haber sido, debían de seguir siendo, para caerse de espaldas.

Que se perdiera una nave no significaba necesariamente que la tripulación entera se hubiera ido al garete, eso por supuesto; pero, así y todo, seguían siendo un montón de bajas.

Geary miró al borde tosco de su escritorio y finalmente se dio cuenta de qué

quería decir aquello. Quería decir que las naves se estaban produciendo a toda prisa para reponer las bajas sufridas en la batalla. Los oficiales y tripulantes pasaban el período de capacitación a toda velocidad para entrar a formar parte del personal de esas naves y finalmente se les promocionaba rápidamente para reemplazar a los caídos en combate. Así, al mismo tiempo que el personal inexperto poblaba las nuevas tripulaciones, un buen puñado de naves construidas a toda prisa eran arrojadas sin remilgos al fragor de la batalla, lo que provocaba que se siguiesen produciendo numerosas bajas de gente que moría antes de haber podido aprender lo suficiente. *¿Cuánto tiempo llevaba la flota atrapada en este bucle mortal? No me extraña que se hayan olvidado de saludar. No me extraña que se hayan olvidado de cómo se comanda una flota. Son todos unos aficionados. Aficionados que tienen las vidas de sus compañeros de tripulación y el destino de la Alianza en sus manos. ¿Es que soy yo el único profesional preparado que queda en toda esta flota? ¿Qué ha pasado con todas las naves y la gente que conocí? ¿Murieron todos en el campo de batalla mientras yo dormía?*

Como no quería seguir pensando en ello, Geary trató de concentrarse en los datos que tenía delante de él. De hecho, comenzó a pasarlos deprisa para obligarse a prestar atención. De repente frunció el ceño al darse cuenta a medias de que se había saltado algo y volvió a mirar los datos de nuevo con más detenimiento. Ahí estaba. Crucero de batalla *Resistente*; oficial al mando: comandante Michael J. Geary. *Mi hermano se llamaba Michael Geary. Pero debe llevar muerto mucho tiempo y nunca entró a formar parte de la flota que yo conocí. Al menos no antes de que me fuera a dormir un siglo, vamos.*

¿Tengo tiempo para andar mirando estas cosas? Bueno, vamos a meternos en una batalla, así que si pasa algo tal vez nunca llegue a enterarme.

Geary dudó por un momento, pero al final acabó marcando el código para hablar con el oficial al mando del *Resistente*. Tardó unos segundos, pero después apareció un rostro que le resultaba casi familiar, lo cual no dejaba de ser inquietante.

—¿Sí, señor? —respondió Michael Geary.

Ni el tono ni la expresión del comandante del *Resistente* parecían muy agradables, pero Geary no pudo evitar preguntar, sobre todo después de haberle visto la cara:

—Discúlpeme, comandante Geary, pero quería saber si usted y yo estamos emparentados —inquirió John.

El rostro de Michael permaneció duro e impasible.

—Sí —espetó el capitán del *Resistente*.

—¿Cómo? Entonces tú eres...

—Mi abuelo era su hermano —explicó Michael lacónicamente.

De nuevo el hielo amenazaba con apoderarse de él. Su hermano. Unos pocos años más joven que él en su época. Geary miró aquel rostro que reflejaba el legado que su

hermano le había transmitido a su nieto y, de repente, la pérdida de su propia época se volvió insoportable, y no solo porque el comandante del *Resistente* pareciera tener unos pocos años más de los que John aparentaba tener. Su resobrino había roto todas las estadísticas al sobrevivir tanto tiempo, pero aquel hecho no parecía haber supuesto un motivo de alegría para él.

—¿Qué...? —Geary miró hacia otro lado y respiró hondo hasta sentir escalofríos —. Lo siento. No sé nada sobre ti y... y... mi hermano. ¿Qué pasó con él?

—Vivió y murió —respondió el resobrino de Geary sin más.

Hubo algo en aquella hostilidad que hizo que John perdiera los papeles.

—Eso ya lo sé. Era mi hermano, cabrón desalmado —incredó John.

—¿Necesita algo más, señor? —inquirió Michael.

Geary se quedó mirando a aquel hombre y pudo ver cómo las marcas de la edad se mezclaban con las líneas impresas por las emociones fuertes que debía de haber vivido. Su resobrino era sin duda un par de décadas mayor que él y esos años no habían sido precisamente agradables.

—Sí. Hay algo más. ¿Se puede saber qué cojones te he hecho yo a ti? —incredó John.

El otro hombre sonrió, pero en aquella expresión no había nada de divertido.

—¿Usted? Nada. Ni a mí, ni a mi padre, ni a mi abuelo. El abuelo solía decir que habría cambiado los honores que recibió por volver a tenerlo cerca, pero al menos él vivió iluminado por el resplandor de *Black Jack Geary*, «héroe» de la Alianza, y no a la sombra de ese «héroe».

Geary notó cómo su resobrino pronunciaba la palabra «héroe» con sarcasmo y no pudo evitar volver a sacar su ira a pasear.

—¡Ese no soy yo! —repuso Geary.

—No. Usted era humano. Ya lo suponía. Pero para el resto de la Alianza, usted no era humano. Usted era el héroe perfecto, el ejemplo brillante para la juventud de la Alianza. —El comandante Michael Geary se inclinó para acercarse más a la pantalla virtual—. Todos y cada uno de los días de mi vida he visto cómo se me comparaba con el estándar de *Black Jack Geary*. ¿Se hace usted una idea de lo que es eso?

Se lo podía imaginar, a juzgar por las emociones que había dejado entrever su resobrino.

—¿Y por qué cojones te enrolaste en la Marina? —preguntó el capitán Geary.

—¡Porque no me quedó otro remedio! —se quejó el comandante del *Resistente* —. Lo mismo que le pasó a mi padre. Éramos Gearys. Eso ya lo decía todo.

Geary cerró los ojos apretándolos bien fuerte y se oprimió la cabeza entre las manos. Solo he vivido con esta imagen de mí mismo unas pocas semanas. Para vivir toda una vida a su sombra...

—Lo siento mucho —se disculpó Geary.

—Usted no hizo nada —repitió su resobrino.

—¿Entonces por qué me odias así? —insistió Geary.

—Resulta difícil romper con los hábitos de toda una vida —repuso su homólogo.

Desearía saber cosas de mi hermano, de lo que pasó con sus hijos, de cualquier detalle que me pudieras contar sobre mis otros amigos y parientes, pero no puedo preguntarle a alguien que lleva toda la vida odiándome y que ni siquiera se preocupa lo más mínimo por ocultar su aversión hacia mí.

—¡Que te jodan! —blasfemó Geary.

—Eso ya lo hizo usted —repuso su resobrino.

Geary se dispuso a cortar la conexión, pero antes clavó una mirada gélida en el rostro que había al otro lado.

—¿Se siente capaz de seguir mis instrucciones lo mejor que sepa? —preguntó Geary.

—Oh, sí. Eso sí que puedo hacerlo —repuso su resobrino.

—Si me entero de que está obstaculizando o poniendo en riesgo de alguna manera al resto de naves por sus acciones, lo relevaré de su puesto en un abrir y cerrar de ojos. ¿Me entiende? Me da igual que me odie. —Lo cual era mentira y tanto era así que Geary estaba seguro que su resobrino sabía que era mentira, pero había que decirlo—. Lo que no voy a tolerar es que nadie haga nada que pueda poner en peligro a las naves y a los tripulantes de esta flota.

El otro Geary arqueó la boca forzando una media sonrisa.

—Le aseguro que me haré cargo de mis obligaciones como si el mismísimo *Black Jack* Geary estuviese al mando —repuso.

El Capitán Geary se quedó mirándolo otra vez.

—Dime que no es una frase hecha —imploró John.

—Es una frase hecha —corroboró Michael.

—No sé si mandarte a tomar por culo otra vez o pegarme un tiro —se lamentó John.

La sonrisa de su resobrino se hizo más grande.

—¿Tú también lo odias, verdad? —inquirió Michael.

—Claro que sí —aseveró John.

—Entonces quizá, aunque solo fuese por el abuelo, debería desearte lo mejor —dijo su resobrino—. Es duro, y será más duro teniendo en cuenta que te veo más joven que yo, pero ahora tú también tendrás que vivir con el estigma de *Black Jack* Geary.

—Estás cruzando los dedos para que fracase, ¿verdad? —apostó John.

—El fracaso es algo relativo. Yo he tenido que lidiar con exigencias muy altas a lo largo de mi vida. Tú vas a tener que enfrentarte a exigencias aún mayores.

Geary asintió con la cabeza, un asentimiento que iba tanto como para él mismo

como para responder a su viejo y cortante resobriño.

—Y ahí vas a estar tú para ver cómo fracaso en mi intento de estar a la altura de un semidiós. Muy bien. Tengo trabajo por hacer. Y tú también —recordó John.

—Sí, señor. Pido permiso para regresar al trabajo —solicitó Michael—. El *Resistente* quedó gravemente dañado en la batalla, como a buen seguro ya sabe.

No, a buen seguro no lo sé. Son tantas cosas de las que enterarse en tan poco tiempo...

—Muy bien, comandante.

Geary cortó la conexión y después se quedó sentado mirando a la pantalla apagada durante un buen rato antes de intentar de nuevo ponerse de pie. La pierna izquierda le temblaba un poco, así que cerró el puño y empezó a golpearse el muslo tan fuerte que no hubiese resultado descabellado pensar que le fuese a acabar saliendo un cardenal. Después se dirigió al puente de mando del *Intrépido*. agradecido incluso por esa distracción menor que le provocaba el dolor persistente en la pierna.

Los tripulantes que abarrotaban los pasillos del *Intrépido* durante los momentos inmediatamente posteriores a la batalla ya se habían ido en parte, pues la mayoría de ellos ya habían llegado a las posiciones en las que tenían que estar y se habían metido en faena para completar las labores que tenía que hacer cada uno. El resto abrió paso a Geary, pero había cambiado algo en la manera en la que lo miraban. En sus rostros no solo estaba ya esa admiración y ese anhelo que no le gustaba nada ver, sino también una confianza creciente. Confianza en él o por él, no importaba. El caso era que ahora tenía que ser su comandante, así que su mirada se cruzó con la de ellos y trató de devolverles la misma confianza con sus gestos.

El puente de mando semicircular no era tampoco un compartimento muy grande, pero no tenía sentido poner compartimentos muy grandes en una nave espacial, sobre todo en un navío de guerra. El asiento del capitán, que normalmente presidía el recinto, había sido desplazado hacia un lado, mientras que otro asiento, este con una bandera del mando de la flota puesta en relieve sobre su parte trasera, estaba sujeto al escritorio junto al del capitán. La capitana Desjani estaba sentada en su sitio con el cinturón abrochado y miraba atentamente las pantallas virtuales que flotaban delante de ella, dando alguna que otra orden o haciendo alguna pregunta de vez en cuando a alguno de sus oficiales o al personal alistado que ocupaba los distintos puestos de vigilancia que completaban el medio arco del compartimento que tenía delante de ella. Geary necesitó un momento para absorber toda la escena, pero descubrió una sensación agradable y reconfortante en aquella observación de los rituales de mando de los navíos que tan familiares le resultaban.

En ese momento, un consultor de guardia se percató de su presencia y le hizo un gesto a la capitana Desjani, que se giró lo suficiente como para ver a Geary, y asintió levemente con la cabeza a modo de saludo antes de volver a supervisar las

reparaciones y la preparación para los combates posteriores. Geary caminó hacia el asiento del almirante con cierta rigidez, deteniéndose un instante para recorrer con los dedos de una mano la bandera en relieve. Le daba la sensación, en cierto modo, de que sentarse allí representaba un paso para el que ya no habría marcha atrás posible. Llegados a ese punto, estaría comandando la flota sin ningún género de dudas. Era un muy mal momento para recordar que el período de mando más largo que había tenido con anterioridad había sido al frente de una fuerza de acompañamiento compuesta únicamente por tres naves.

Geary se sentó y miró a su alrededor, tratando de acostumbrarse a su nuevo papel.

—Capitana Desjani, ¿está la copresidenta Rione a bordo ya?

—Eso me han dicho. —Desjani le lanzó una mirada rápida y estudiadamente neutral—. Su transbordador atracó hace varios minutos.

Geary revisó la hora.

—Debe de habernos permitido ganar algo de tiempo ya. El plazo de los síndicos expiró hace más de diez minutos.

—Tal vez. —Desjani se inclinó hasta colocarse más cerca de Geary y bajó el tono de voz—. ¿Cuánto sabe Rione? ¿Algo del *Intrépido*.

Geary intentó responder sin inmutarse.

—Demasiado —espetó Geary.

—Es bien posible que el almirante Bloch ya se lo hubiera contado, ya sabe —apuntó Desjani.

Geary no había pensado en eso, pero parecía razonable que Rione pudiera haberle puesto a Bloch las mismas exigencias que le había puesto a él y que por tanto ya supiera dónde estaba ubicada la llave. *¿Entonces por qué me preguntó? Tal vez para descubrir lo sincero que podía llegar a ser con ella. Supongo que aprobé el examen.*

—Al menos no se ha venido aquí con nosotros al puente de mando —se consoló Geary.

—Estoy segura de que sigue hablando —observó Desjani con cara de póquer.

Geary se dio cuenta de que estaba esbozando una sonrisa a pesar de todo, pero enseguida volvió a recuperar el rictus de seriedad y volvió a pedir los visualizadores. Cuando aparecieron flotando al nivel de sus ojos, pudo comprobar que las naves síndicas seguían manteniendo su posición en la formación. Los vectores de velocidad y dirección, en cambio, mostraban que una buena parte de las naves de la Alianza estaban moviéndose en varias direcciones: los navíos más lentos tendían a acercarse hacia el punto de salto y el resto se movía hacia otros lados a fin de ocultar las intenciones de la flota. *Hay muchas naves en esta flota. Si me centro demasiado en una sola zona, dejaré de tener una perspectiva general.* Inmerso en sus pensamientos, Geary desplazó la mirada hacia la formación del enemigo sin poder evitar que se le hiciese un nudo en el estómago. *Y muchas naves síndicas. ¿Y si ellos*

son más rápidos, o nosotros más lentos, o qué pasa si alguien simplemente hace lo que no debe?

¿Y si soy yo ese alguien?

Geary escrutó los botones del cuadro de mandos con la intención de encontrar el que le proporcionase información sobre las naves de la Alianza. En lugar de eso, le aparecieron los ficheros personales de todos los oficiales de la flota. Geary farfulló algo que puso de relieve su enfado y volvió a probar con otro botón. Esta vez lo que le salió fue un fichero con las estadísticas de cada clase de nave. No era exactamente lo que quería, pero aun así era útil. Ahora solo le faltaba tener unos pocos minutos más para saber algo más de las naves, por ejemplo cuáles eran las diferencias principales con respecto a las que él conocía. Acto seguido le hizo una señal a Desjani.

—Le estaba echando un vistazo a las especificidades de las naves y me he dado cuenta de que la mayoría de las armas las conozco —explicó Geary.

Desjani ordenó rápidamente algo a uno de sus subordinados y después asintió con la cabeza.

—Sí —confirmó Desjani—. Los conceptos básicos de armamento no han cambiado en la mayoría de los casos, si bien lo que ha mejorado mucho son las capacidades de esas mismas armas. Las lanzas infernales siguen siendo nuestra principal arma, pero ahora las puntas con carga de partículas son más rápidas, tienen un mayor alcance, contienen más energía y los lanzadores se pueden recargar mucho más rápido que las que tuvo usted en su última nave.

—Y todavía se usa la metralla —añadió Geary.

—Por supuesto. Se trata de un arma sencilla y mortal. Eso sí, ahora las armas de rieles pueden imprimir más velocidad a la metralla que en su época. Además, las mejoras en el sistema de blanco nos permiten emplear la metralla con un alcance ligeramente superior. Aun así, sigue siendo un arma que solo es eficaz a corta distancia, porque una vez que los proyectiles se dispersan, las probabilidades de dañar las defensas del enemigo de manera significativa son muy pequeñas —argumentó Desjani.

—¿Qué son los espectros? —preguntó Geary.

—Básicamente una versión más destructiva de los misiles a los que usted estaba acostumbrado —respondió Desjani.

—¿Se refiere a los aparecidos? —insistió Geary.

—Sí. Los espectros son misiles autónomos, lo mismo que los aparecidos de antes; solo que se manejan mejor, contienen una ojiva múltiple, lo que les da más opciones de atravesar los escudos y penetrar en el casco del enemigo, y sobreviven mejor a sus defensas activas. —Desjani señaló hacia el exterior—. Las defensas también han mejorado. Los escudos son más fuertes, reconstruyen y ajustan la cobertura de una

manera más rápida. Además, los cascos físicos de las naves también han adquirido características de supervivencia mejoradas.

O sea que no había habido cambios radicales en lo que a armamento se refería, entonces. Las naves seguían usando misiles de largo alcance, además de las lanzas infernales y la metralla cuando el enemigo se acercaba lo suficiente. Armamento más pesado pero cargado también contra defensas más potentes.

—¿Y esto qué es...? —continuó preguntando Geary.

—¿Capitán? —Tanto Geary como Desjani giraron las cabezas para ver al tripulante que había llamado su atención, aunque a Geary le costó un momento darse cuenta de que el llamamiento debía de ir dirigido expresamente hacia él. El tripulante, en cambio, no parecía muy seguro de a quién debía informar—. La flota síndica está exigiendo a cada una de las naves por separado que anuncien su rendición una a una de manera inmediata.

Geary contuvo las ganas de hacer una mueca, ya que era consciente de que todos los ojos estaban posados en él a la espera de observar su reacción. Era obvio que los esfuerzos de Rione por entretener a los síndicos habían llegado hasta donde podían llegar. Geary se preguntó entonces si el mero hecho de seguir callados podría provocar que los síndicos perdieran el tiempo repitiendo sus exigencias.

—Capitana Desjani, le agradecería que me dijera qué piensa usted que podría ocurrir si no respondemos —instó Geary.

Desjani dudó por un momento, y después dijo rápidamente:

—No puedo estar segura de qué van a hacer los síndicos; pero, si no respondemos, existe la opción de que algunas de nuestras naves respondan por su cuenta —apuntó Desjani—. Y si se empiezan a rendir algunas...

—Mierda —blasfemó Geary.

Por mucho que odiase admitirlo, Geary sabía por lo que había visto en la sala de juntas que Desjani tenía razón. No podía quedarse callado y arriesgarse a que sucediera eso.

—Quiero hablar con el comandante de los síndicos —resolvió Geary.

—¿Canal privado, señor? —inquirió Desjani.

—No. Quiero que todo el mundo nos vea y nos escuche —espetó Geary.

—Llamaremos al buque insignia de los síndicos —respondió Desjani—. Está a pocos minutos luz de aquí.

Desjani señaló con el dedo al panel de comunicaciones, trasladando la orden con su movimiento. El tripulante que estaba allí asintió con la cabeza y se puso a manejar los mandos. Varios minutos después, el tripulante empezó a hacer gestos indicando algo que tenía delante. Geary siguió el gesto con los ojos y vio como aparecía una nueva imagen. En el centro se podía ver una figura que le resultaba familiar: el director general de los síndicos que anteriormente se había ocupado de anunciar los

asesinatos del almirante Bloch y del resto de sus colegas de alto rango de la Alianza.

—¿*Intrépido*? —preguntó el director general—. Ustedes eran el buque insignia de Bloch, ¿no? ¿Serán capaces entonces de ordenar una rendición generalizada de la flota?

Geary se enderezó, tratando de no enfurecerse, pero tampoco se molestó en ocultar demasiado lo que le pasaba por la cabeza.

—No habla con el capitán del *Intrépido*. Habla con el comandante de la flota —lo corrigió Geary.

El buque insignia de los síndicos se encontraba ligeramente detrás de los elementos de vanguardia de la flota enemiga, a unos tres minutos luz del *Intrépido*. Geary acertó la respuesta todo lo que se atrevió y después esperó a que la respuesta llegase a la otra nave, consciente de que el tiempo de demora intrínseco a la comunicación iba a ayudar automáticamente a conseguir ganar más tiempo para su flota.

Tres minutos desde el *Intrépido* hasta el buque insignia del enemigo y después tres minutos más de vuelta. Unos seis minutos después de la respuesta de Geary, finalmente el comandante vio cómo los ojos del director general de los síndicos se llenaban de irritación.

—Me da igual cómo se denomine usted a sí mismo. He sido muy generoso preocupándome humanitariamente por el bienestar de compañeros humanos, pero se les ha acabado el tiempo. Transmitan la señal de rendición, bajen sus escudos y desactiven todos los sistemas de armamento ofensivo y defensivo inmediatamente o serán destruidos —amenazó el director general.

Geary meneó la cabeza tratando de dar énfasis a su respuesta.

—No —respondió lacónico Geary.

Seis minutos después, Geary vio como el director general de la flota síndica fruncía el ceño a modo de respuesta ante su escueta negativa.

—Muy bien. En ese caso el *Intrépido* será destruido. Ahora, si no le importa, voy a hablar con otras naves que, a buen seguro, sí desean rendirse —añadió el director general.

—Las naves de esta flota están todas bajo mi mando, no el suyo, y por ende lucharán todas bajo mis órdenes —aseveró Geary, tratando de revestir su tono de voz de ese hielo que antes lo había inundado por dentro.

Geary era consciente de que su respuesta llegaría mucho antes a sus propias naves que al lejano buque enemigo y, con un poco de suerte, eso coartaría a cualquier comandante que pudiera sentirse tentado a declarar la rendición de su nave a título individual

—La flota de la Alianza no está derrotada y no se va a rendir —agregó el capitán.

Geary esperaba que sus palabras transmitieran una confianza que, en realidad, no

sentía. El caso era que, mientras que él proyectara tal confianza hacia el exterior, ni sus propias naves ni las de los síndicos sabrían qué le estaba pasando realmente por la cabeza.

La conversación a larga distancia se prolongó durante casi veinte minutos hasta que Geary vio que el director general de los síndicos miraba hacia algún lugar fuera de la pantalla, aparentemente comprobando algo en una de las suyas propias.

—Parece que tendré que volver a preparar a mi personal de Inteligencia. No encuentro ninguna ficha que coincida con usted en mi base de datos de oficiales de la Alianza —comentó el director general.

—Eso es que no está mirando en el lugar adecuado. —Geary esbozó una pequeña sonrisa que no tenía nada de divertido—. Pruebe a mirar entre los oficiales fallecidos. Busque todo lo atrás que se remonten sus archivos.

Otros seis minutos.

—¿Está usted muerto, entonces? —El director general meneó la cabeza—. ¡Qué táctica tan idiota y qué manera de perder el tiempo! Estoy buscando en toda la base de datos, incluyendo a todos los oficiales de la Alianza de los que se sabe que han servido en algún momento en esta guerra, y sigue sin haber coincidencias en ab...

El director general de los síndicos dejó de hablar, con los ojos todavía clavados en la pantalla virtual que estuviese mirando.

Geary volvió a sonreír, esta vez dejando al descubierto los dientes.

—Veo que ya me ha encontrado —anticipó Geary—. Hace más o menos un siglo.

Cuando llegó la última respuesta del director general de los síndicos, su cara había enrojecido de furia.

—Vaya truco más simple y estúpido. Si se cree que voy a ser tan tonto como para creerme esto, se equivoca terriblemente. No está haciendo más que entretenerme para ganar tiempo. No voy a tolerar más retrasos —amenazó el director general.

—Me da igual lo que crea usted. —Geary siguió su discurso dejando que las siguientes palabras fluyeran muy despacio, consciente de que el resto de su propia flota estaba escuchando la conversación—. Soy el capitán John Geary. Estoy ahora al mando de la flota de la Alianza. Es conmigo con quien está usted tratando ahora. Estas son mis naves. Así que retírese.

El director general fruncía el ceño cuando llegó su último mensaje.

—Aunque usted fuera esa persona, no podría hacer nada. Somos superiores en número, en armas y, además, ustedes se encuentran aislados. ¡No les queda más opción que rendirse! Repito, no voy a tolerar más retrasos. Mi paciencia está llegando a su fin —advirtió el director general.

Geary usó sus mejores artes para no parecer impresionado por aquello.

—Yo ya he vencido a los síndicos en una ocasión y puedo hacerlo una vez más —declaró Geary.

Geary sabía lo que tenía que decir. No en vano seguía hablando tanto para sus propias naves como para el director general de los síndicos. Tal vez así haría que los síndicos se lo pensarán dos veces y, con suerte, le insuflaría de paso algo más de confianza a su flota. Lo cierto es que Geary descubrió que estaba disfrutando un poco con esa situación. Ser *Black Jack* Geary a los ojos de los tripulantes de la Alianza había sido como someterse a un juicio constante, pero emplear su leyenda para meterles miedo a los síndicos tenía realmente un punto divertido.

—Un buen comandante siempre puede hacer algo —prosiguió Geary—. Se lo repito, esta flota no está derrotada. Si son ustedes lo suficientemente estúpidos como para intentar atacarnos, se encontrarán con que estamos listos para darles una patada que los mande directos al próximo sistema estelar.

Geary sabía que aquello no era cierto, pero estaba claro que las medias tintas no iban a hacer que consiguiese nada llegados a este punto.

Seis minutos más. El director general de los síndicos posó su mirada sobre Geary con evidente cautela, si bien seguía intentando proyectar esa seguridad arrogante tan suya.

—Eso son tonterías, como usted bien sabe. Su situación no tiene salida. Si no se rinden ahora, morirán. Esta conversación ha llegado a su fin. Espero que en su próxima respuesta quede expresada su rendición —insistió el director general.

Geary ignoró el ultimátum.

—Lamento decepcionarlo. La flota síndica ya creía haberme matado en una ocasión. ¿Qué le hace pensar que tendrán más suerte esta vez? Usted, en cambio, ni siquiera ha muerto una vez. Y, después de ver lo que le hizo al almirante Bloch, me haría más que feliz mandarlo a hacer una visita anticipada a sus antepasados.

El director general había conseguido mantener su expresión cuidadosamente bajo control, pero a Geary le había parecido leer en ella también un cierto resquicio de inseguridad. Lo cual, de ser cierto, estaba muy bien. Hacer tambalear la confianza de un comandante enemigo era el primer paso para asegurar su derrota.

Por otro lado, la capitana Desjani y el resto de los miembros de la tripulación del *Intrépido* que estaban dentro del círculo de visión de Geary parecían debatirse entre la felicidad que les provocaba el modo en el que Geary se jactaba ante el comandante síndico y la preocupación que les producía pensar que aquellas burlas podrían acabar desatando un ataque síndico inmediato.

Geary se quedó a la expectativa, observando con el rabillo del ojo como las naves de la Alianza seguían reubicándose lentamente. ¿Cuánto más sería capaz de entretener al director general antes de que sus naves estuviesen preparadas para lanzarse hacia el punto de salto?

—No tengo ni tiempo ni paciencia para tratar con un idiota —vomitó finalmente el director general de los síndicos seis minutos después. Acto seguido, cortó la

conexión.

Geary suspiró y relajó su postura rígida.

—Capitana Desjani, ¿en cuánto tiempo estarán todas nuestras naves en posición?

Desjani revisó sus propias pantallas virtuales.

—Sus, *ejem*, negociaciones con el comandante síndico nos han hecho ganar una media hora, pero creo que hará falta otra media hora más, señor. La *Titánica* se está quedando rezagada, no obstante. Tiene daños muy importantes —añadió Desjani rápidamente.

—Ya veo —dijo Geary, revisando el estado de la *Titánica*.

Tal vez debería ordenar a su tripulación que evacuara el navío... No. La Titánica era una nave auxiliar móvil que servía para reconstruir y reparar los daños en la flota. En esencia, era un pequeño astillero que acompañaba a la flota para reparar daños demasiado graves como para que las naves los subsanaran por su cuenta, así como para producir piezas de repuesto. Geary comprobó que había dos naves del estilo de la Titánica dentro de la flota. La otra había quedado reducida a pedazos en la última batalla. Todavía quedaban otras naves de reparación y reconstrucción, pero ninguna de ellas tenía todas las capacidades de la Titánica. Si quiero llevar a esta flota a casa me va a hacer falta poder disponer de la Titánica. Pero va tan despacio... y encima ahora que tiene daños en el motor va todavía más despacio. Solo me queda rezar para que le haya metido el suficiente miedo a ese síndico idiota como para que su flota se quede quieta otra media hora más.

Hasta donde Geary sabía, la flota síndica seguía sin moverse. Mantenía la misma posición con respecto a la flota de la Alianza. Como resultado de su reorganización, las naves de Geary habían cambiado su formación en media luna a algo que parecía más o menos un óvalo. En las pantallas, aquello parecía un escudo protector que cubría a las naves más dañadas y lentas de la Alianza, las cuales, a su vez, habían emprendido su camino, con un poco de suerte de manera discreta, hacia el punto de salto. Geary observó los símbolos que representaban a sus naves avanzando por el espacio y rezó para que tuvieran un poco más de tiempo.

—Estamos detectando un cambio de posición de las naves síndicas. Movimiento azul.

Eso significaba que los navíos síndicos habían incrementado su velocidad en dirección hacia la flota de la Alianza. Geary blasfemó algo entre dientes y se quedó mirando a la pantalla virtual sobre la que se proyectaba la posición de las fuerzas enemigas. No era que la flota síndica hubiese cambiado su formación, que seguía siendo aquel muro de artillería; pero, fijándose bien, Geary se dio cuenta de que los sensores ópticos de largo alcance del *Intrépido* estaban detectando vectores de movimiento asociados a un navío tras otro, lo que significaba que estaban acelerando con dirección a la flota de la Alianza. Como en todos los demás navíos que Geary

había conocido, el comandante deseó tener un sistema mágico de detección que le pudiera proporcionar información a una velocidad superior a la de la luz. Pero, al igual que ocurría con las comunicaciones, los sensores en el espacio normal seguían estando limitados a la velocidad de la luz. *Lo que significa que se empezaron a mover hace menos de tres minutos, así que ahora ya nos tendrán a tiro.*

—Están manteniendo la formación. Las naves más lentas están marcando el paso —advirtió Geary.

Desjani asintió, con el rostro rígido por la tensión.

—Eso puede querer decir que no sospechan que esté poniendo en marcha su plan —apuntó Desjani.

Mi plan. Eso es. Espero que funcione.

—¿Cómo puedo hablar con la flota? —le preguntó a Desjani.

—Ya puede hacerlo —respondió Desjani después de pulsar los botones pertinentes.

Geary respiró hondo.

—Llamando a todas las naves, aquí el comandante de la flota, el capitán John Geary. A la recepción, ejecuten «Obertura» inmediatamente. Repito, a la recepción, ejecuten «Obertura» inmediatamente —ordenó Geary.

No había tiempo para ejecutar una maniobra de manera impecable, coordinada de antemano de tal modo que cada nave tuviera tiempo para recibir la señal antes de que la flota entera se moviese al unísono. Con todo, la flota tampoco estaba tan dispersa. Todas las naves recibían el mensaje en un plazo de un minuto y empezarían a moverse en cuanto escucharan la orden.

Las naves se fueron iluminando con puntos verdes en la pantalla virtual de Geary a medida que iban recibiendo la orden. La oleada verde se fue extendiendo desde el *Intrépido* en todas las direcciones, lo que daba a entender que a las naves les estaba llegando la orden y daban el correspondiente acuse de recibo. Del mismo modo, a partir de las naves que se encontraban más próximas al *Intrépido*, la flota de la Alianza comenzó a moverse de manera irregular hacia el punto de salto. Igualmente, el *Intrépido* puso sus motores en marcha y se colocó en el centro de la formación. Geary observó que sus naves aceleraban, comprobando como las más rápidas se colocaban alrededor de las más lentas para cubrirles las espaldas, siempre sin quitar ojo del avance síndico para ver en qué momento el enemigo se daba cuenta de lo que estaban intentando hacer, de que la flota de la Alianza no estaba simplemente retrocediendo en un intento por postergar una batalla inevitable dentro de su sistema, sino que planeaba pegar un salto que la sacara de aquel peligro inminente.

—La *Titánica* sigue quedándose atrás —le informó Desjani.

Geary asintió con la cabeza para responder a Desjani, mientras sentía cómo se le formaba un nudo en el estómago al ver el movimiento torpe y lento de la nave.

—Hubiera estado bien que se hubiese podido acercarse un poco más al punto de salto —apostilló Geary.

—Teniendo en cuenta la cantidad de daños que ha sufrido, la *Titánica* se ha acercado todo lo que ha podido dado el tiempo que tenía a su disposición y las limitaciones del propio plan —lo justificó Desjani.

Los dientes de Geary rechinaron, pero no de rabia hacia Desjani. La capitana se estaba limitando a hacer exactamente lo que tenía que hacer: decirle la verdad tal y como ella la estaba viendo. Pero era él quien le había dado el visto bueno al plan. En el poco tiempo que había tenido para estudiar el plan, Geary sí se había percatado de la presencia de la *Titánica* dentro del marco de operaciones, pero no había llegado a hacerse a la idea de que la enorme nave de reparación pudiese convertirse en un motivo de preocupación. No sabía que se movía tan lentamente. También era verdad que ni habían tenido mucho tiempo para desplazarla ni habían podido hacerlo de manera directa, sino que había sido preciso camuflar sus movimientos, lo cual había supuesto un elemento más de ralentización. Pero el caso es que el visto bueno definitivo al plan se lo había dado él, lo cual, sumado al hecho de que no habían sido capaces de distraer a los síndicos el tiempo suficiente, y ahora la *Titánica* se encontraba en un serio aprieto.

Geary empezó a ver señales de que el enemigo estaba reaccionando, dándose cuenta por fin de que la flota de la Alianza estaba huyendo hacia el punto de salto. Las imágenes del muro de acorazados síndicos, que a Geary le llegaban con el desfase propio de la distancia, mostraban que estos estaban perdiendo la formación que, a su vez, se iba estirando a medida que las naves más rápidas empezaban a destacarse de las más lentas. *Han tardado tres minutos en darse cuenta de lo que estábamos haciendo, algo más en imaginarse qué significaba y otros tres minutos más hasta que hemos visto cómo reaccionaban ante tal información. Ahora mismo deben de estar realmente cerca de nosotros y la información irá llegando cada vez con menos retraso, pero eso tampoco es una buena señal, ya que significa que el enemigo se está acercando lo suficiente como para ponerse a tiro de nuestras naves más rezagadas.* Geary no podía considerarlas una retaguardia, porque las naves que se encontraban en esa posición lo estaban porque no podían ir más deprisa, no porque formasen parte de una estrategia.

Geary se dio cuenta de que estaba cruzando los dedos mentalmente para que aparecieran escuadrones de naves ocultos, esperando a saltar de algún escondite imposible para rebanar la cabeza de la formación síndica. Pero lo cierto era que no contaba con tales escuadrones, ni tampoco habría habido manera alguna de esconderlos por allí. Además, cualquier navío que enviase a un hipotético ataque contra la avanzadilla síndica no iba a ser capaz de retirarse de manera segura antes de que el grueso de la flota síndica volviese a reagruparse.

Geary siguió observando las naves y sus vectores de movimiento deslizarse por la pantalla. No le hacía falta calcular el resultado. Su propia experiencia anticipando cómo acababan los movimientos de las flotas le dio una respuesta a medida que pasaban los minutos.

—Los interceptores síndicos se aproximan demasiado deprisa. La *Titánica* no va a llegar al punto de salto antes de que alguno de ellos se aproxime lo suficiente como para tenerla a tiro —comentó Geary.

Desjani asintió con la cabeza.

—Estoy de acuerdo —afirmó la capitana.

—¿Pueden detenerlos los navíos que escoltan a la *Titánica*.—preguntó Geary.

Desjani evaluó la situación por un momento antes de responder y después meneó la cabeza.

—No con sus armas de popa. Tienen que darse la vuelta —explicó Desjani.

—Y si hacen eso están perdidos —agregó Geary. Podría verme obligado a hacerlo. Podría tener que dar esa orden. No quiero perder esas naves, esas tripulaciones, pero si es o ellos o la *Titánica*, teniendo en cuenta que la *Titánica* es necesaria para que todos los demás puedan volver a casa...

La capitana Desjani volvió a asentir con la cabeza.

—Podemos abandonar a la *Titánica*. Intentar rescatar a parte de su tripulación —apuntó Desjani.

—Necesitamos ese navío —se opuso Geary.

Desjani dudó por un momento, pero finalmente asintió por tercera vez.

—Sí —aseveró.

—Entonces no podemos abandonarlo —sentenció el capitán.

Desjani lo miró con preocupación. *A ver, intentemos pensar en cómo saldría de este lío el legendario Black Jack Geary. Si se te ocurre algo, dímelo, ¿eh? ¿Cómo podríamos ganar algo de tiempo para la Titánica?* Geary escudriñó las pantallas, tratando de encontrar alguna manera de cambiar las leyes físicas y obtener alguna solución al enigma, daba igual cómo.

Sacrifiquemos al menos una nave por otra. O un escuadrón de naves ligeras, o alguna nave lo suficientemente poderosa como para conjurar la avalancha de los elementos de avanzadilla síndicos pero, a la vez, menos importante que la *Titánica*. Al Intrépido sí que no lo puedo usar. ¿Pero no sería un alivio si lo hiciera?. Si resisto una última vez, ahora sí que se acabaría todo seguro. No más cargas de mando, no más legiones de gente desesperada mirándome como si fuera su única esperanza. No más sino de la Alianza, quizá, pendiendo sobre mi cabeza, y no más oír hablar de Black Jack Geary, el héroe de la Alianza. Pero no puedo. La llave está a bordo. Hice una promesa. Incluso aunque no la hubiera hecho, no puedo olvidarme de mis obligaciones para con toda esta gente. Pero, en ese caso, ¿qué nave elijo? ¿Por qué

mandarlos a ellos a una muerte segura y no a otros? Sus ojos rebuscaron entre las naves, tratando de tomar una decisión que odiaba.

Y entonces vio algo.

—¿Qué está haciendo el *Resistente*? —musitó Geary—. Se está replegando.

Desjani hizo una señal a su equipo y esperó respuesta.

—Me están informando de que el *Resistente* ha notificado a la flota que va a maniobrar de manera independiente —reveló Desjani.

—¿Cómo? Póngame con el oficial al mando —ordenó Geary.

El *Resistente* estaba tan solo a treinta segundos luz, así que solo hubo que esperar un minuto a que el *Intrépido* mandase su solicitud y el *Resistente* su respuesta. El rostro del oficial al mando del *Resistente*, que recientemente se había convertido en algo familiar para Geary, apareció de nuevo frente a él.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Geary sin preámbulos—. Como no vuelvan a coger velocidad pronto, las naves síndicas los van a adelantar. Regresen inmediatamente a su posición en la formación.

Un minuto después, en lugar de responder directamente, el comandante Michael Geary se limitó a sonreír triunfalmente.

—La cagaste, tío abuelo Black Jack. Y lo sabes, ¿verdad? La *Titánica* está en aprietos. Crésida no es mala oficial, pero no tiene tanta experiencia como le gusta creer. Y puede ser muy impulsiva, a veces salta sin pensarse las cosas primero. Deberías haber examinado su plan mejor. Hay que navegar mucho tiempo alrededor de la *Titánica* para darse cuenta de lo lenta que es esa bañera, incluso en condiciones óptimas. Y eso significa que solo hay una alternativa para salvarla.

Geary trató de emplear las yemas de sus dedos para hacer retroceder un dolor cada vez mayor en las sienas.

—Soy consciente de que la *Titánica* está en apuros —reconoció Geary—. Me hago cargo de que hay que hacer algo. Pero hay diferentes formas de solucionarlo.

Un minuto más y, mientras tanto, los perseguidores síndicos seguían acercándose. Geary los observó, impresionado pese a sus reticencias al comprobar la aceleración de la que eran capaces esos modernos acorazados.

El oficial al mando del *Resistente* meneó la cabeza.

—Todas las opciones llevan al mismo sitio. Y lo sabes. Bueno, te voy a hacer un gran favor, tío abuelo Black Jack. Te voy a ahorrar el problema de elegir quién muere. El *Resistente* está cerca de la línea que separa a las naves síndicas más cercanas y la *Titánica*. Mi nave está bien posicionada para emprender esta acción y tiene la munición suficiente. Además, los propulsores principales de la nave están dañados por lo mucho que los he tenido que forzar y amenazan con fallar en cualquier momento, así que es posible hasta que no sea capaz de seguir a la flota en ningún caso. ¿Te sientes mejor así?

Geary volvió a sentir esa sensación gélida en su interior, pero lo único que se le ocurrió decir fue una palabra.

—No —rezongó.

La sonrisa del comandante del *Resistente* se ensanchó aún más al escuchar la respuesta de su tío abuelo y adquirió un punto grotesco.

—¡Gracias a tu error, al final voy a estar a la altura del legado de *Black Jack Geary*! ¡Mi nave se va a encargar de contener a toda la flota síndica! Mis antepasados, «nuestros» antepasados, se sentirán orgullosos. ¿Cuánto crees que aguantará mi nave, tío abuelo *Black Jack*? —preguntó Michael.

Geary apenas pudo aguantarse las ganas de gruñir de frustración. Una nave iba a perecer por su culpa. Por lo menos una, porque si el *Resistente* no conseguía contener al enemigo el tiempo suficiente, la *Titánica* seguiría sin poder llegar al punto de salto a tiempo, a no ser que Geary mandase más naves para cubrirle las espaldas. Además, lo peor era que este hombre al que quería abrazar como si en él anidase un vínculo con su hermano muerto no podía deshacerse de su furia ni siquiera ahora.

—Contenlos todo el tiempo que puedas. Van a intentar colar algunas naves por encima de la tuya, seguro —adelantó *Black Jack Geary*.

Un minuto después, Michael Geary volvió a menear la cabeza.

—No lo conseguirán. Tendré una posición de disparo franca para darles en los costados si lo intentan. —La sonrisa finalmente se desdibujó hasta acabar desapareciendo—. ¿No resulta fácil, verdad? Ahora lo comprendo un poco. De verdad que no deseaba esto. Sin embargo, uno hace lo que tiene que hacer, pero cómo acaba saliendo depende de tus antepasados. Uno solo tiene que... los síndicos capturarán a cualquier miembro de mi tripulación que pueda salir del *Resistente* antes de que quede destruido. Sé que ahora no puedes quedarte a esperar para recogerlos. Pero prométeme que un día tratarás de sacarlos de los campos de trabajo de los síndicos. No los olvides.

Otra promesa más, otra exigencia más para él, de alguien que sabía además de sobra que Jack Geary no era ningún semidiós, pero que aún necesitaba creer en él.

—Te juro que no los olvidaré y que haré todo lo que pueda para traerlos a casa algún día —se comprometió *Black Jack Geary*.

—¡Lo recordaré! ¡Y nuestros antepasados también habrán escuchado tus palabras! —Michael Geary soltó una risotada repentina mientras los ojos se le iban rápidamente hacia otro lado, en dirección hacia el puente de mando de su propia nave—. La cosa se va a poner muy caliente en cualquier momento. Tengo que irme. Saca la flota de aquí, cabrón. —Dudó antes de seguir—: Tengo una hermana. Está en la *Impertérrita*, su nave sigue en el espacio de la Alianza. Dile que ya no te odio.

La conexión se cortó y Geary se quedó mirando la sombra del rostro de su resobrino que se había quedado grabada en su memoria.

Acto seguido se dio cuenta de que la capitana Desjani lo estaba mirando como preguntándose qué se habría dicho en la conversación privada con el *Resistente*. Geary se dirigió a ella, intentando mantener su voz inquebrantable y bajo control en todo momento.

—El *Resistente* va a intentar contener a las naves síndicas el tiempo necesario para que la *Titánica* llegue al punto de salto —le explicó Geary. Desjani dudó por un momento, con los ojos abriéndose como platos.

—Señor, debe saber que el oficial al mando del *Resistente* es...

—Sé quién es —la interrumpió.

Geary se figuró que su tono de voz había sonado áspero y no tenía ni idea de cómo iba a sentar eso al personal del puente de mando del *Intrépido*, pero realmente en ese momento no le importaba en absoluto.

Desjani se quedó mirándolo durante bastantes segundos para acabar volviendo la vista hacia otro lado.

Cada minuto después de aquello parecía imposible de puro eterno. Geary observaba a la *Titánica* avanzar lenta y dolorosamente mientras que los vectores de los acorazados síndicos seguían incrementando la velocidad a medida que iban recortando la distancia. Las naves síndicas más rápidas habían aumentado su cadencia hasta sobrepasar una décima parte de la velocidad de la luz.

—¿No hay ninguna manera de hacer que la *Titánica* vaya más rápido? —saltó Geary finalmente.

Los otros hombres que se encontraban en el puesto de mando se miraron los unos a los otros, pero ninguno dio ninguna respuesta. A pesar de que antes se había convencido de la necesidad de no perder la perspectiva general, Geary se centró en el *Resistente*, sabedor de que lo que pasara en torno a esa nave iba a determinar el sino de los demás navíos. El resto de la flota de la Alianza se encontraba acelerando hacia el punto de salto, limitando la velocidad para evitar que las naves más lentas se quedaran atrás, pero alejándose del *Resistente* con paso firme. El crucero de batalla, que a estas alturas ya tenía bastantes daños, había dejado de acelerar, surcando el espacio por detrás del resto de la flota como si se le hubieran roto por completo los sistemas de propulsión. Ahora se encontraba ya a casi cuarenta y cinco segundos luz del *Intrépido* y no dejaba de perder terreno. Geary hizo un cálculo mental rápido y llegó a la conclusión de que para cuando los perseguidores síndicos hubieran alcanzado al *Resistente*, este se encontraría a más de un minuto luz del resto de la flota.

El muro que antes formaba la flota síndica se había estrechado hasta originar una especie de cono desigual, con el grueso de las naves síndicas en la base y las más rápidas a la vanguardia, deslizándose todo lo rápido que podían para dar caza a la *Titánica*. Geary divisó entonces la gran oportunidad que ofrecía la formación tan

dispersa de los síndicos para cebarse con un contragolpe. Era justo la clase de oportunidad que un comandante mítico como *Black Jack Geary* seguramente no desaprovechar a. *Pero sí que le ocurriría a mi flota si lanzo un ataque contra la vanguardia de las naves síndicas y el resto de la flota síndica nos coge después. Además, no soy el Black Jack Geary que esta gente se piensa que soy.*

Como si fueran miembros de un majestuoso *ballet* ejecutando los pasos del gran final, las naves síndicas dibujaron un grácil arco descendente en dirección a la *Titánica* y el solitario navío de guerra de la Alianza, el *Resistente*, bloque ndoles el camino. A la cabeza del destacamento, tres naves de caza asesinas síndicas, que debían de estar apurando sus propulsores al máximo y que trataron de adelantar al *Resistente* incrementando su aceleración hasta sobrepasar una décima parte de la velocidad de la luz, fueron directamente a por la *Titánica* y sus escoltas. Geary observó la batalla en la pantalla virtual que flotaba delante de él, consciente de que lo que él estaba viendo ya había sucedido hace un minuto, observando como la silueta del *Resistente* se giraba con parsimonia para hacer frente a los perseguidores. Demasiado despacio. Según parecía, sus propulsores principales habían perdido gran parte de su capacidad de maniobra y aceleración, lo cual dejaba al *Resistente* sin poder moverse a mucha velocidad.

Según la última actualización de datos del *Resistente*, su sistema de propulsión no estaba tan dañado.  Por qué se ralentiza tanto entonces? Segundos después Geary se dio cuenta de que las naves de caza asesinas síndicas no alteraban su ruta, sino que pasaban de largo a la altura del *Resistente*. Aquello bastó para que Geary comprendiese lo que estaba haciendo su resobrino. Est  fingiendo estar peor de lo que está. Es la única baza que le queda y la est  jugando muy bien. Ojalá tuviera algo más de tiempo para conocer a ese hombre.

El *Resistente*, que se balanceaba lenta y majestuosamente hacia arriba y hacia los lados, a duras penas se las podía apa nar para seguir cargando sus armas, así que empezó a disparar metralla cinética, largas hileras de bolitas metálicas destinadas a interceptar a las naves de caza asesinas antes de que llegaran a su objetivo. A la velocidad que se estaban moviendo las naves enemigas, los efectos de la relatividad implicaban que estarían teniendo una imagen distorsionada del universo exterior; lo cual, unido a los desfases temporales provocados por las distancias involucradas en el movimiento, significaba, en suma, que las naves síndicas podrían perder un tiempo vital a la hora de percibir y responder a las amenazas que se cerniesen sobre ellas.

Ya fuera porque tenían muy poco tiempo de reacción o simplemente porque optaron por ignorar el ataque, el caso fue que las naves de caza asesinas se metieron de lleno en la cortina de metralla y sus escudos de vanguardia empezaron a chisporrotear al absorber los impactos de la munición. Los acorazados síndicos siguieron avanzando en tropel hacia adelante, centradas aún en la *Titánica*.

—Ni un impacto —comentó Geary descorazonadamente.

La capitana Desjani meneó la cabeza.

—Tampoco había muchas opciones, pero los impactos que han conseguido las ráfagas cinéticas contra los escudos de las naves de caza asesinas deben haberles debilitado inmensamente las protecciones. La velocidad relativa de los impactos era enorme. Tendrán que utilizar un montón de fuerza de los lados y de la retaguardia para intentar reconstruir los escudos frontales —explicó Desjani.

—Ya veo.

Y ahora sí que sí lo veía. O más bien, estaba viendo lo que había ocurrido hacía más de un minuto. Era obvio que las naves de caza asesinas que seguían como una exhalación la estela del *Resistente* no se preocuparon por la posibilidad de que la nave de la Alianza pudiera alcanzarles con más disparos. Pero antes de que hubieran comenzado a rebasar al *Resistente*, el crucero de batalla se dio la vuelta con una rapidez y agilidad inusitadas, cambiando de orientación de tal modo que sus baterías de artillería ya tenían en su punto de mira los sitios por los que iban a pasar las naves de caza asesinas. Probablemente los síndicos no vieron la maniobra a tiempo para reaccionar, así que siguieron su trayectoria y permitieron que el *Resistente* los pudiese apuntar directamente a los lugares por donde iban a pasar.

En ese momento, la nave de la Alianza vomitó toda una cortina de lanzas infernales, que salieron disparadas a toda velocidad hasta alcanzar un punto en el espacio por el que, justamente, acabó pasando uno de los acorazados síndicos. Las cabezas con carga de partículas de las lanzas se incrustaron en las naves de caza asesinas y, mientras tanto, el *Resistente* siguió virando para colocar las armas apuntando hacia otro punto por el que estaba previsto que pasase el enemigo. Acto seguido, una nueva ráfaga de artillería dio de lleno en una segunda nave de caza asesina. A una distancia tan corta, los chisporroteos de energía se abrían paso entre los ya de por sí debilitados escudos laterales y acabaron desgarrando la armadura que había bajo ellos para, finalmente, destrozar las entrañas de las naves síndicas.

Siguieron moviéndose por encima de una décima parte de la velocidad de la luz, pero lo que quedaba de las naves enemigas tras el ataque ya no aceleraba, ya no tenía vida, ya no suponía una amenaza para la *Titánica* ni para ninguna otra nave de la Alianza.

Sin embargo, los ojos de Geary seguían clavados en la tercera nave de caza asesina. En la pantalla, el *Resistente* giraba hacia arriba y hacia un lado ejecutando una dolorosa maniobra para intentar ponerse de cara a la siguiente amenaza. Geary sintió una tensión que le resultaba familiar brotando en su interior, como si lo que se proyectaba en la pantalla estuviera sucediendo en tiempo real en vez de retransmitiendo los acontecimientos que ya habían tenido lugar hacía más de un minuto. En la imagen se veía lo que parecía una enorme bola incandescente saltando

del *Resistente* en dirección hacia el camino trazado por la tercera nave de caza asesina. La bola pareció dudar por un momento al tropezar contra los escudos de la nave de caza asesina, pero al final logró colarse por los entresijos de aquella barrera debilitada para acabar metiéndose en plena nave. Al impacto de la bola, la nave de caza asesina simplemente se desvaneció. Un tercio de la nave se esfumó en un instante y el resto de piezas fueron cayendo merced a una serie de explosiones secundarias.

—¿Qué cojones ha sido eso? —susurró Geary.

La capitana Desjani sonrió dejando los dientes al descubierto.

—Un campo de anulación. Hace exactamente lo que indica su nombre, anula temporalmente la fuerza que mantiene unidos a los átomos —explicó Desjani.

—Está de broma —musitó incrédulo Geary.

—No —insistió Desjani, señalando a lo que quedaba de la nave de caza asesina—. Dentro del campo de anulación, los enlaces atómicos fallan. La materia, simplemente, se deshace.

Geary se quedó mirándola y después volvió la vista hacia la imagen proyectada sobre la pantalla virtual. Materia. La materia de la que estaba hecha una nave y la materia de la que estaba hecha su tripulación. *Se deshace y adiós muy buenas. No solo es que estén muertos, es que se esfuman hasta no ser nada.*

—¿Todas las naves poseen uno de esos campos de anulación? —preguntó Geary.

—No. Solo las más importantes y no todas ellas. —La fiera sonrisa de Desjani desapareció—. Son bastante nuevos, tienen un alcance limitado y tardan mucho en volver a cargarse. Sé por qué lo disparó en ese momento. Era la única manera de detener a esa nave de caza asesina. Pero es probable que no pueda volver a tirar otro y dudo que haya más naves principales síndicas que le permitan acercarse lo suficiente como para que las enganche así.

—¿Puede un escudo detener ese tipo de cosas? —incidió Geary.

—Si es suficientemente potente, sí. —Desjani empezaba a mostrar signos de frustración—. Los campos de anulación no pueden ser recargados si uno se encuentra en un punto demasiado profundo en el interior de un pozo de gravedad importante. Además, solo se puede retener la carga durante un período de tiempo muy corto antes de que la nave se vea obligada a disparar. Es por eso que todavía no hemos sido capaces de emplearlas contra objetivos planetarios síndicos.

—¿Objetivos planetarios? —siguió preguntando Geary—. ¿Se refiere a planetas, no?

La frustración se tornó en irritación, pero poco después Desjani suavizó el gesto.

—Claro —sentenció.

Claro. Golpear un planeta habitado con algo que reduciría su materia a meras partículas fundamentales era una cuestión clara. *¿Pero qué le ha pasado a esta gente?*

¿Cómo pueden hablar así, lamentándose de no ser capaces de destruir mundos de ese modo?

En ese momento su atención volvió a saltar al punto en el que se encontraba el *Resistente*. Una nueva columna de naves de caza asesinas había intentado adelantar al *Resistente*, pero la nave de la Alianza volvió a girar sobre sí misma con una agilidad absolutamente inusitada para su tonelaje, de tal modo que la mayoría de sus baterías de lanzas asesinas pasaron a apuntar de nuevo al camino por el que tendría que pasar una de las naves enemigas. Al abalanzarse sobre aquella cortina de munición concentrada, los escudos delanteros de la nave de caza asesina acabaron envueltos en llamas y se desplomaron, lo que permitió que las lanzas infernales asolaran la nave de principio a fin, hasta convertirla en un vertedero que se transportaba a gran velocidad.

La capitana Desjani señaló algo con el dedo para captar la atención de Geary, que vio entonces cómo el *Resistente* estaba descargando misiles espectros todo lo rápido que podían los lanzamisiles de la nave. La nave de caza asesina que quedaba repelió los primeros espectros con sus defensas, pero justo a continuación empezaron a desfilar los torpedos, impactando primero contra los escudos y socavando después agujeros en la nave. En cuestión de momentos, la nave quedó también fuera de combate.

—Ahí ha gastado la mayoría de los espectros que le quedaban, Capitán Geary — advirtió Desjani—. El capitán del *Resistente* está usando todo lo que tiene en su mano para detener a la vanguardia de las naves síndicas.

Geary asintió con la cabeza lentamente, tratando de no revelar sus emociones.

Se está guardando demasiado poco para luchar con las naves síndicas que le vienen por detrás. Pero tampoco importará mucho, ¿no? No en lo que respecta al plan general, en el que sacar a la *Titánica* sana y salva de ahí es de una importancia crucial. Puto plan general y putos síndicos.

Geary estudió los vectores de movimiento, tratando de hacerse una idea de en qué situación se habían quedado una vez que las cinco naves de caza asesinas estaban fuera de combate. La respuesta a aquel rompecabezas le vino de manera natural.

—Es posible que lo haya conseguido —apuntó Geary.

—Todavía no —replicó Desjani.

La siguiente oleada de naves de caza asesinas se topó con otra cortina de metralla y lanzas infernales. Entre estas apareció un espectro que aprovechó la confusión para deslizarse silenciosamente y percutir contra los escudos síndicos, pero cuatro de las cinco naves de caza asesinas que componían el destacamento consiguieron salir con vida del ataque. Eso sí, tres de ellas vieron como su velocidad se ralentizaba notablemente a causa de los impactos provocados por la metralla y como su capacidad de aceleración quedaba minada por tales daños. Por su parte, la cuarta había perdido a todas luces un montón de armamento solo para conseguir franquear la

barrera del *Resistente*.

—Lo ha conseguido —afirmó Desjani eufórica—. Le recomiendo que dé la orden a los escoltas de la *Titánica* de atacar a la nave de caza asesina que va en cabeza lanzando media docena de espectros con sus lanzamisiles de popa. Si lo hacen, la nave de caza asesina no será capaz de sobrevivir después de todo lo que ha tenido que resistir ya para rebasar al *Resistente* a menos que se desvíe de su trayectoria y, si lo hace, no será capaz de alcanzar a la *Titánica* antes de que esta efectúe el salto.

—Muy bien —aceptó Geary—. Dé la orden, por favor.

Geary no escuchó como Desjani daba la orden, estaba concentrado viendo como más naves de caza asesinas, en esta ocasión apoyadas por cruceros ligeros, pasaban por encima del *Resistente* y descargaban parte de su artillería sobre la nave de la Alianza al pasar sobre ella. A pesar de que las naves sindicas se estaban moviendo demasiado rápido, lo que sin duda estaría distorsionando su visión del universo exterior, el *Resistente* sufrió más daños que ellas. Además, estaba ya tan maltrecho que no podía maniobrar lo suficientemente rápido como para evitar los disparos realizados contra su posición estimada. El *Resistente* revolvió a disparar entonces otro campo de anulación, pero el crucero ligero al que había dirigido el ataque hizo un quiebro hacia un lado y solo se llevó un golpe de refilón en los escudos.

La batalla se desarrollaba ya a unos setenta segundos luz del *Intrépido*. Los visualizadores ya solo podían contarle a Geary lo que había pasado hasta un minuto y diez segundos, pero Geary seguía sabiendo con exactitud lo que estaría pasando en el *Resistente* en ese momento. Él ya había estado en esa misma situación, si bien en su caso sus opciones habían sido algo mejores. Geary sabía que, a continuación, se usarían la artillería recargable, la metralla y los espectros. Los escudos de la nave echarían chispas casi constantemente por todos los lados, a medida que el fuego enemigo fuera colándose y destrozando las capas defensivas exteriores. Después llegarían los impactos ocasionales sobre el casco, en el momento en el que los escudos empezaran a fallar en algunos puntos. Dentro de la nave la sensación sería idéntica a si un gigante ciego estuviera dando martillazos al azar sobre la nave. Finalmente, los escudos dejarían de ejercer su protección por completo y fallarían por todas partes. Las baterías de lanzas infernales seguirían saliendo disparadas e irían cayendo, bien una a una o bien en bloque, sobre el enemigo, hasta que los suministros de la batería quedaran agotados. Acto seguido aparecerían a toda velocidad las bolas de metal y las esquirlas de gas hipercalentado que, cada vez más rápido, camparían a sus anchas en el interior de la nave, de lado a lado, de extremo a extremo, aplastando todo y a todos los que se cruzaran en su camino.

—El *Resistente* está lanzando las cápsulas de salvamento —informó Desjani.

Empezaba a resultar difícil saber exactamente lo que estaba ocurriendo. La batalla había dejado tal cantidad de escombros que parte de ellos impedían seguir viendo

adecuadamente el curso de los acontecimientos. Sin embargo, los sistemas del *Intrépido* seguían siendo capaces de detectar las señales que partían de las cápsulas de salvamento a medida que eran expelidos del *Resistente*. Los sistemas del *Intrépido* calcularon automáticamente las opciones de interceptación de las cápsulas de salvamento para que Geary supiera qué tendría que hacer para tratar de rescatar a los supervivientes del *Resistente*. Geary se quedó mirando la trayectoria de cada uno de ellos, observando como atravesaban el grueso de la flota sódica que avanzaba en dirección contraria a ellos, y supo perfectamente que ahora no iba a ser capaz de ayudar a los tripulantes de esas. Serían los sódicos los que los recogieran una vez finalizada la batalla y quedarían condenados a una vida en los campos de trabajo sódicos. *Pero no me olvidaré de la promesa que te hice, Michael Geary. Si es humanamente posible, algún día los sacaré de ahí.*

Las naves sódicas adelantaban al *Resistente* una tras otra, sin que ninguna de ellas se detuviese para nada. Simplemente, se limitaban a disparar según pasaban, mientras crecía el número de naves sódicas que dejaban atrás la solitaria nave de la Alianza. En ese momento empezaron a pasar los cruceros pesados, que añadieron su amplio tonelaje a la carga de artillería que ya se cebaba con el *Resistente*.

—Hace setenta y cinco segundos luz que el *Resistente* ha dejado de disparar —indicó Desjani—. Parece que, en ese momento, todas sus armas ya habían quedado inutilizadas o destruidas.

Geary se limitó a asentir con la cabeza, pues no se sentía capaz de hablar. De la nave seguían saliendo de vez en cuando cápsulas de supervivencia, pero muy pocas.

—Hemos recibido una señal de inicio de autodestrucción por parte del *Resistente* —siguió informando Desjani.

—¿Cuánto tiempo queda hasta que explote el interior? —Geary no fue capaz de reconocer la voz en un principio; después se dio cuenta de que era la suya.

—No es seguro. Tampoco se sabe a ciencia cierta cuál será la intensidad de la deflagración. No sabemos cuál es el nivel de daños que se ha sufrido ya en el interior —explicó Desjani.

—Entendido.

Tal vez el *Resistente* ya se hubiera ido para siempre, si bien a bordo del *Intrépido* aquello era algo que todavía no se sabía con seguridad. Pero no tardaría en saberse, seguro. Geary distrajo su atención de la batalla por un momento, observando como las naves de la Alianza caían en la zona especial del pozo de gravedad que estaba alrededor de aquella estrella que reunía las condiciones adecuadas para permitir la transición hacia el espacio de salto a través del cual se podría llegar a otras estrellas que se encontraban solo a semanas o meses de viaje.

—El plan de la comandante Crésida estipulaba que las naves podrían realizar los saltos hoy a una velocidad máxima de una décima parte de la velocidad de la luz —

recordó Geary.

—Correcto —confirmó Desjani.

Los sistemas de transmisión de salto alcanzaron esa posibilidad antes de que la hipernet hiciese detener su investigación y desarrollo.

—Bien —contestó Geary en un tono desprovisto de emoción—. Ninguna de nuestras naves tendrá que ralentizar su marcha para poder hacer el salto.

La *Titánica* estaba a punto de llegar al lugar deseado, pero los vectores de movimiento de las naves síndicas de vanguardia estrechaban la distancia que las separaba a toda velocidad. La nave de caza asesina síndica más cercana, la que había conseguido pasar a duras penas la barrera del *Resistente*, quedó despedazada en enormes fragmentos al recibir el impacto de los espectros lanzados por la escolta de la *Titánica*. Otras naves síndicas intentaban en vano alcanzar la gran nave de la Alianza y se quedaban sin armas de interceptación en el momento de tratar de detener a la *Titánica* y a sus escoltas antes de que se desvanecieran en el punto de salto. Otras naves síndicas más que se encontraban al frente de la flota, todas ellas unidades ligeras, empezaron a desmoronarse al recibir los ataques de artillería de las naves pesadas de la Alianza que todavía no habían realizado el salto. Las naves de caza asesinas síndicas que habían sobrevivido a los ataques frenaron súbitamente y cambiaron a toda prisa los vectores, tratando de inutilizar alguna nave más de la Alianza antes de que pudiera realizar el salto sin ser aniquiladas.

Cuando Geary miró hacia atrás, ya no quedaba nada del *Resistente*. Una zona cada vez más grande de restos y gases en medio de la flota síndica indicaba en qué punto había tenido lugar el deceso. *Que las estrellas te sirvan de guía y que nuestros antepasados te reciban con los brazos abiertos, Michael Geary. Hasta que nos volvamos a encontrar de nuevo en ese lugar.*

—Mensaje a todas las naves que queden. Salten lo antes posible. Repito. Salten lo antes posible. Ya, ya, ya.

3

Los saltos espaciales no habían cambiado ni lo más mínimo. Geary sabía que no debería haberse esperado muchos cambios (¿qué podía significar un siglo en estándares humanos dentro de la inmensidad vital del universo?), pero no había podido evitar que le persiguiera el temor de que los nuevos sistemas hipernéticos pudieran ser visibles de algún modo a través del vacío. Por el contrario, el espacio de salto ofrecía la misma vista que conocía: un negro mate interminable que siempre parecía estar a punto de convertirse en gris oscuro. En medio de aquella inmensidad centelleaba algún que otro destello de luz que no seguía ningún patrón conocido y cuya causa, incluso entonces, seguía siendo desconocida.

—Los tripulantes dicen que las luces son los hogares de nuestros antepasados —musitó Desjani.

Geary volvió la vista hacia la capitana.

—Eso mismo decían en mi tiempo —corroboró Geary.

No sentía demasiadas ganas de hablar, pero tenía la sensación de que debía hacerlo. Desjani se había tomado la molestia de ir a visitarlo a aquel gran camarote que en cierta ocasión había pertenecido al almirante Bloch y que ahora era su casa. Geary no añadió que desde que fue rescatado no había sido capaz de mirar al gris infinito del espacio de salto sin que le empezaran a doler los huesos, como si el frío que había experimentado durante la hibernación no lo hubiera acabado de abandonar nunca.

Desjani se quedó mirando al visualizador un momento antes de hablar.

—Algunos de los tripulantes dicen que usted ha estado allí. Donde brillan las luces. Dicen que estuvo esperando allí hasta ahora, hasta el momento en el que la Alianza lo necesitó —apuntó Desjani.

Geary empezó a reírse, incapaz de resistirse a pesar de que era consciente de que el momento no era especialmente distendido.

—Creo que si hubiera tenido alguna opción de elegir —señaló Geary—, no habría escogido jamás regresar en este momento.

—Bueno —rebató Desjani—, no dicen que usted eligiera el momento. Dicen que usted hacía falta.

—Ya veo. —Geary dejó de reírse y la miró—. ¿Y usted qué cree?

—¿La verdad? —murmuró ella.

—Eso es precisamente lo que siempre quiero oír de usted —ratificó Geary.

Desjani sonrió.

—Está bien —aceptó Desjani—. Creo que si son nuestros antepasados quienes intervinieron directamente en el curso de los acontecimientos y eligieron traerlo a esta flota en el momento en el que lo hicieron, pues bien estuvo.

—Capitana —repuso Geary—, en caso de que no le haya quedado claro todavía, no soy el *Black Jack* Geary del que usted oyó hablar en el colegio.

—No —suscribió Desjani—. Usted es mejor.

—¿Cómo? —espetó sorprendido Geary.

—Lo digo en serio. —La capitana Desjani se inclinó hacia adelante, gesticulando enfáticamente con una mano—. Un héroe legendario puede servir de inspiración, pero no es de mucha ayuda cuando hay que llevar a cabo acciones concretas. No estoy segura de que el *Black Jack* Geary del que siempre oí hablar hubiera sido capaz de conducir a esta flota fuera del sistema de los síndicos. Usted sí lo ha hecho.

—¡Porque todos ustedes piensan que yo soy *Black Jack* Geary! —saltó Geary.

—¡Pero es que usted es ese hombre! —insistió Desjani—. Si no lo fuera, entonces todos los que hubiéramos sobrevivido estaríamos ahora de camino a los campos de trabajo síndicos. Usted sabe que es así. Si no hubiera estado usted aquí, la flota habría sido destruida.

Geary blandió una mueca de disgusto.

—Está dando por sentado que nadie más hubiera estado a la altura de las circunstancias. Piense en usted, o en el capitán Duellos, por ejemplo.

—Los capitanes Faresa y Numos están los dos por encima de mí en cuanto a grado de veteranía, y el capitán Duellos también. Ninguno de los tres me hubiera seguido. Tal vez alguno de nosotros hubiera intentado huir hacia el punto de salto, pero no habríamos sido suficientes para poder tener una oportunidad de sobrevivir a un largo viaje de regreso a casa. No, la flota se habría desmembrado y habría ido pereciendo nave a nave. —Desjani puso cara de angustia, pero inmediatamente volvió a sonreír—. Usted lo evitó.

Geary se encogió de hombros, evitando responder directamente a lo que Desjani estaba planteando.

—¿Me había dicho que tenía algo para mí? —cambió de tercio Geary.

—Sí —respondió Desjani—. Ha recibido un mensaje de la comandante Crésida, de la *Furiosa*.

Geary la miró con cierta confusión.

—¿Lo transmitió antes de que saltáramos? —apuntó Geary.

—No. Hace bastante tiempo que se desarrolló un método para transmitir mensajes en el espacio de salto. No podemos emitir flujos de datos de mucha capacidad, pero sí hacer llegar mensajes sencillos —expuso Desjani.

—Oh —musitó Geary.

El capitán reflexionó un momento sobre la expresión «hace bastante tiempo» antes de recordar qué le había llevado a hacer la pregunta.

—¿Qué quiere la comandante Crésida? —Desjani le pasó a Geary una agenda electrónica. Él la miró y leyó el breve mensaje que había en ella—. ¿Ha puesto su

cargo a mi disposición?

Desjani meneó la cabeza mientras Geary volvía a alzar la vista hacia ella.

—No he leído el mensaje, capitán Geary. Era algo personal y estaba dirigido a usted.

—Oh. —*Tengo que dejar de decir eso*—. Bueno, pues sí. Pone su cargo a mi disposición por lo que ha ocurrido con el *Resistente*.

El mero hecho de mencionar el nombre hizo que los recuerdos recientes le dejaran la misma sensación que una patada en el estómago.

—Pero usted ordenó que...

—El capitán del *Resistente* se ofreció voluntario —aseveró Geary, con una voz que hasta a él le sonó lóbrega—. No. El plan que ella desarrolló precisaba del sacrificio de otra nave para asegurarse de que la *Titánica* llegaba al punto de salto.

Geary se vino abajo, mirando la libreta y preguntándose si iba a necesitar otro chute de medicamentos o si simplemente era que estaba reaccionando al estrés de tener que pensar en lo que había ido mal y en los costes que ello había supuesto. *Crésida lo intentó. Cuando todo el mundo se quedó sentado pensando en cómo planear sus funerales, ella ofreció aquel plan. A Michael Geary le caía bien, creo. Y yo di el visto bueno a aquel plan. Yo.*

—No creo que hubiera otra forma de sacar a la *Titánica* de aquí. No con lo que Crésida tenía a su disposición. —Desjani lo observó sin decir ni una palabra—. ¿Puedo escribir mi respuesta aquí?

—Sí —respondió Desjani—. Cuanto más corta mejor, claro.

Geary cogió el lápiz óptico y empezó a escribir.

Para la comandante Crésida, ASN de la Furiosa. Solicitud denegada. Sigue contando con mi entera confianza. Atentamente, John Geary, capitán, ASN.

Geary se la volvió a entregar a Desjani, que le miró interrogante. Geary le hizo una señal para que leyese la respuesta. Al hacerlo, Desjani asintió con la cabeza y después sonrió levemente.

—Justo lo que esperaba de usted, señor —concluyó.

Geary la miró, con una sensación de vacío en su interior. Todo lo que hago lo interpretan como algo que esperarían de *Black Jack* Geary. ¡O alguien incluso mejor que el legendario *Black Jack* Geary! Que nuestros antepasados nos asistan. ¿Por qué no pueden conocerme como lo que soy, igual que me conozco yo a mí mismo?

Pero, en realidad, ¿cuánto los conozco yo a ellos?

Geary volvió a mirar a la capitana Desjani, tratando de verla como si fuera la primera vez.

—Por cierto, ¿cuál es su nombre de pila? —preguntó Geary.

Desjani sonrió un instante.

—Tanya —respondió.

—Creo que no conozco a ninguna otra Tanya —apuntó Geary.

—Hubo un tiempo en el que el nombre se hizo muy popular. Ya sabe cómo funcionan estas cosas. Muchas mujeres de mi generación se llaman Tanya.

—Sí. Los nombres vienen y van, ¿verdad? ¿De dónde es usted? —continuó Geary.

—Kosatka —dijo ella.

—¿De verdad? Yo he estado en Kosatka —aseveró Geary.

Desjani parecía incrédula.

—¿En los bordes o en el interior del sistema? —inquirió Desjani

—En los bordes. —Los recuerdos se desvanecieron y dejaron un fulgor agradable a su paso—. Por aquel entonces era solo un oficial subalterno. Enviaron mi nave a Kosatka dentro de una comitiva oficial que representaba a la Alianza en una boda real. Algo realmente gordo. Todo el planeta se volvió loco con aquella boda y ellos se comportaron de una manera extraordinariamente amable con nosotros. Nunca he bebido ni comido tanto gratis —Geary vio que, a juzgar por su rostro, Desjani no sabía de qué le estaba hablando—. Supongo que no fue algo que pasara a la historia.

—Esto, no. Me imagino que no. —Desjani sonrió cortésmente—. Kosatka ya no le presta tanta atención a la familia real como antes.

Geary asintió con la cabeza, tratando de mantener la sonrisa intacta.

—Supongo que lo que ayer fueron fastos y pompas inolvidables, hoy ya es algo que se olvida con facilidad —agregó.

—No obstante, no estoy segura de que alguien recuerde que usted estuvo en Kosatka. Eso es algo especial. ¿Le gustó? —prosiguió Desjani.

La sonrisa de Geary volvió a ser auténtica.

—Sí. No recuerdo que hubiera ningún enclave espectacular ni nada por el estilo, pero parecía un sitio realmente agradable y acogedor. Parte de la tripulación hablaba incluso de irse a vivir allí cuando se jubilasen. —Geary forzó una carcajada—. Apuesto a que las cosas han cambiado ahora.

—No tanto —repuso Desjani—. Hace mucho tiempo que no paso por casa, pero así es como la recuerdo yo también.

—Claro que sí. Es su casa. —Ambos se quedaron sentados en silencio durante un momento hasta que Geary exhaló pesadamente—. ¿Y cómo está nuestra casa?

—¿Señor? —inquirió Desjani.

—Nuestra casa. La Alianza. ¿Qué aspecto tiene? —especificó Geary.

—Pues... sigue siendo la Alianza. —Desjani meneó la cabeza y su rostro pareció mucho mayor y más cansado que un momento antes—. Ha sido una guerra muy larga. Se han dedicado tantos esfuerzos a lo militar, a construir más naves, más defensas, más fuerzas de infantería... Y han sido tantos los jóvenes que han tenido que meterse en estas cosas... Todos nuestros mundos tienen una riqueza enorme

cuando se unen, pero ahora todo eso ha desaparecido.

Geary frunció el ceño y se miró las manos porque no quería ver la cara de Desjani justo en ese momento.

—Dígame la verdad. ¿Van ganando los síndicos?

—¡No! —La respuesta llegó tan rápida que a Geary le dio por pensar que debía de reflejar una especie de fe ciega más que un análisis profesional—. Pero nosotros tampoco —admitió Desjani—. Es demasiado complicado. Las distancias que hay entre las cosas, la capacidad de cada bando para recuperarse de las bajas y reclutar nuevas fuerzas, el equilibrio armamentístico... —Desjani soltó un suspiro—. La guerra lleva mucho tiempo en un punto muerto.

Punto muerto. Tenía sentido, por las razones exactas que le había indicado Desjani. Tanto la Alianza como los Mundos Síndicos eran demasiado grandes como para ser derrotados a no ser que transcurriesen varios siglos de guerra.

—¿De todos modos, por qué cojones empezarían los Mundos Síndicos una guerra que no se puede ganar? —se preguntó Geary.

Desjani se encogió de hombros.

—Ya sabe lo que son. Un estado corporativo dirigido por dictadores que se autoproclaman siervos de un pueblo al que esclavizan. Los mundos libres de la Alianza suponían una amenaza constante para los dictadores de los Mundos Síndicos, ya que no eran sino ejemplos vivientes de que el gobierno representativo y las libertades civiles podían coexistir con un nivel de seguridad y prosperidad superior al que los síndicos podrían siquiera soñar. Por eso la Federación Rift y la República Callas acabaron uniéndose a la Alianza en esta guerra. Si los síndicos consiguen aplastar a la Alianza, irán después a por los mundos libres que queden —vaticinó Desjani.

Geary asintió con la cabeza.

—A los líderes síndicos siempre les ha preocupado la posibilidad de que hubiera revueltas dentro de sus mundos. ¿Fue por eso por lo que nos atacaron cuando lo hicieron? ¿Fue porque hacer que la Alianza dejase de ser una alternativa atractiva y se convirtiese en una amenaza de guerra era la única manera de mantener a su propio pueblo bajo control? —inquirió Geary.

En esta ocasión Desjani frunció levemente el ceño y después se volvió a encoger de hombros.

—Supongo, señor. Para ser sinceros, la guerra empezó hace mucho tiempo. La verdad es que nunca he estudiado las circunstancias exactas. Lo único que nos importa a mí y al resto de la Alianza a día de hoy es, por supuesto, que los síndicos lanzaron un ataque sobre nosotros sin que mediara provocación. O, mejor dicho, sobre nuestros antepasados. No podemos permitir que obtengan ningún beneficio de aquello —desafió Desjani.

—¿Acaso lo han obtenido? —incidió Geary.

—No hasta donde yo sé —repuso Desjani con una sonrisa feroz que acabó diluyéndose—. Ni nosotros tampoco, no hace falta que lo diga.

—Nadie se está beneficiando de la situación y nadie puede vencer. ¿Por qué no acabar con esto, entonces? Negocien —sugirió Geary.

La cabeza de Desjani se irguió de repente y se quedó con la mirada clavada en Geary.

—¡No podemos! —exclamó.

—Pero si ni la Alianza ni los síndicos pueden ganar...

—¡No podemos fiarnos de ellos! —repitió Desjani—. No van a respetar ningún pacto. Usted lo sabe. ¡El ataque que usted fue capaz de repeler hace tanto tiempo fue una agresión por sorpresa, una puñalada trapera sin que mediara provocación! No. —Desjani meneó la cabeza, esta vez con furia—. Es imposible negociar con criaturas como las de los Mundos Síndicos. Es preciso aplastarlas para que su maldad no se expanda más allá, para que no acabe segando la vida de más inocentes. Cueste lo que cueste.

Geary volvió a mirar hacia el exterior, pensando en cómo un siglo de guerra podía afectar no solo a las economías, sino también a la mentalidad de la gente. Supongo que Desjani está en lo cierto cuando dice que las razones por las que los síndicos atacaron hace un siglo ya no son tan importantes. Pero tendré que tratar de acordarme de mirarlo en algún momento, tratar de descubrir qué razones exactas causaron esta guerra en lugar de quedarme simplemente en la naturaleza inmoral de los líderes síndicos. No es que los síndicos no se hayan mostrado ya capaces de cometer actos horribles. El almirante Bloch podría, ciertamente, atestiguar lo fútil que resulta negociar con ellos. Pero si ningún bando puede ganar y ningún bando va a negociar, eso nos condena a todos, buenos o malos, a una guerra interminable. Geary volvió a mirar a Desjani y vio que ella lo observaba con una mezcla de seguridad y calma. No me queda más remedio que estar de acuerdo con ella, ¿no soy yo acaso el legendario *Black Jack Geary*?

Como si le estuviera leyendo la mente, la capitana Desjani asintió en ese momento.

—Ya ve usted lo importante que es que regresemos a casa. El ataque en suelo síndico podía haber sido el medio para que finalmente inclinásemos la balanza a nuestro favor. Ha fracasado, es cierto, pero si podemos devolver la llave hipernética de los síndicos a casa y duplicarla, los síndicos se verán abocados a una situación imposible. Tendrán que desactivar su propia hipernet o saber que podemos usarla contra ellos en cualquier momento y en cualquier punto de la red —argumentó Desjani.

Geary respondió asintiendo con la cabeza.

—Y si desactivan su hipernet, la Alianza podría desplazar unidades mucho más rápido que los síndicos, tanto que seríamos capaces de concentrar unidades una y otra vez, aplastando por ende a los síndicos, ya que ellos se verían obligados a reunir a sus fuerzas de manera mucho más embarullada y esta desorganización les impediría sistemáticamente atraparnos. Sería una ventaja enorme aunque solo fuera por eso —aseveró Geary—. Solo puedo pensar en la ventaja económica que supondría para la Alianza conseguir algo así. ¿Por qué se iban a arriesgar entonces a entregarnos una de sus llaves?

Desjani puso mala cara.

—Desde su punto de vista, el plan probablemente parecía infalible. Nos ponían el cebo del sistema local de los síndicos, nos ofrecían una llave a través de un supuesto traidor y finalmente nos atrapaban tan lejos de casa que no teníamos posibilidad de escape —Desjani sonrió de oreja a oreja—. Lo que no sabían es que lo teníamos a usted.

Oh, por todas las estrellas. Pero ahora que ha sacado el tema...

—¿Cómo me encontraron, después de todo este tiempo? ¿Por qué nadie me encontró antes? —interrogó Geary.

Las preguntas ya se le habían pasado por la cabeza antes, pero nunca había querido saber las respuestas, porque no le apetecía escarbar en la secuencia de sucesos que lo había separado de su propio tiempo y lo había dejado allí en medio de aquellos extraños que ahora le resultaban tan familiares.

Desjani tecleó algo sobre la mesa pequeña que los separaba y, acto seguido, apareció una pantalla virtual con una representación de los sistemas estelares.

—¿Sabía usted que podía hacer esto? Su última batalla... Discúlpeme, lo que creímos que había sido su última batalla, tuvo lugar aquí. —Desjani señaló una estrella que no tenía nada de especial—. Grendel.

Geary asintió con la cabeza y deslizó su propio dedo a lo largo de una línea de estrellas.

—Era parte de una ruta de tránsito estándar. Por eso mi convoy se movía por esa zona —aclaró Geary.

—Eso es. Pero también era una zona próxima al espacio síndico, razón por la cual el convoy tenía una escolta rutinaria, ¿verdad? —Geary asintió y Desjani movió la mano para indicar las estrellas que había más allá—. Los síndicos podían saltar directamente al sistema Grendel. Y eso fue lo que hicieron cuando lo atacaron a usted.

La capitana se quedó sentada y en silencio un rato.

—Después de aquello —prosiguió Desjani—, bueno, por lo que yo sé, el sistema fue arrasado, pero había fuerzas síndicas entrando y saliendo constantemente, con la esperanza de atrapar más naves. Todo lo que se hiciera tenía que desarrollarse en

condiciones de combate, por lo que las batallas acumuladas fueron dejando más y más desechos por todo el sistema. Finalmente, se abandonó Grendel de manera efectiva, a excepción de algunos sistemas automatizados de alerta temprana que se dejaron allí para informarnos en caso de que los síndicos volvieran a pasar por aquel lugar. Simplemente tenía más sentido saltar sin riesgo a través de Beowulf, Caderock y Rescat que jugársela a través de Grendel. —Desjani volvió a encogerse de hombros—. Y una vez que apareció la hipernet, nadie volvió a necesitar aquello.

Geary se quedó mirando la pantalla virtual y el frío pareció colarse a través de los muros que lo rodeaban mientras él pensaba en las décadas que su cápsula de supervivencia había pasado dando tumbos por el espacio en un sistema que solo estaba lleno de los desperdicios ocasionados por la guerra.

—Pero el caso es que volvieron a pasar por allí —precisó Geary.

—Sí. Necesitábamos saltar a un sistema síndico en el que hubiese una de sus puertas hipernéticas y Grendel ofrecía un punto de salto perfecto. Aislado, tranquilo, vacío. —Desjani deslizó un dedo suavemente a través de la representación de la estrella solitaria—. Nuestros sensores son mejores, tienen una sensibilidad mayor de la que solían tener. Detectaron la batería que estaba siendo usada en su cápsula de supervivencia, así como la minúscula cantidad de calor que generaba. Podía tratarse de un escape procedente de una nave espía no tripulada de los síndicos, así que decidimos ponernos a investigarlo. —Desjani apretó los labios—. Las estimaciones de los médicos de la flota indicaban que a usted le quedaban solo unos pocos años más de vida, como mucho, antes de que la batería de la cápsula se agotase.

El frío se apoderó de Geary, amenazando con congelarle la respiración en la garganta.

—Eso no lo había oído —repuso Geary.

—Se supone que las cápsulas no pueden mantener a nadie vivo durante tanto tiempo, ya sabe. La única razón por la que la suya consiguió hacerlo durante todos esos años fue porque usted era el único que había a bordo. Con que hubieran quedado solo dos supervivientes que hubieran tenido que nutrirse de esa batería para sustentar su hibernación...

—Qué suerte la mía —completó Geary.

Desjani tenía los ojos clavados en él otra vez.

—Muchos creen que no es una simple cuestión de suerte, capitán Geary —agregó Desjani—. Han tenido que confluír un montón de circunstancias para que usted acabase estando con vida dentro de esta nave justo cuando la Alianza lo necesitaba. Justo cuando nosotros lo necesitábamos.

Estupendo. Más pruebas para aquellos que quisieran creer que las estrellas me habían mandado para... ¿para hacer qué? ¿Están solo esperando que lleve a esta flota a salvo a casa o ese es el principio de sus sueños?

¿Cómo les voy a decir lo contrario? ¿Y qué pasará cuando se enteren de que soy un hombre perfectamente falible al que el destino le ha jugado un montón de malas pasadas?

Geary se dio cuenta de que Desjani lo miraba con preocupación.

—¿Qué? ¿Ocurre algo? —preguntó Geary.

—¡No! Es solo que... llevaba usted en silencio mucho rato, con la mirada perdida. Me estaba preocupando un poco —se justificó Desjani.

A Geary se le debían de estar empezando a pasar los efectos de la última tanda de medicamentos. O eso, o los últimos acontecimientos simplemente habían desbordado las capacidades de los fármacos.

—Supongo que necesito descansar un poco —reconoció Geary.

—No hay ninguna razón para que no lo haga ahora mismo. Tardaremos tres semanas en realizar el tránsito hasta Corvus. Tiene tiempo de sobra para recuperarse.

—Desjani se sintió culpable por un momento—. Los médicos de la flota quieren volver a verlo lo antes posible. Se suponía que debía decírselo yo.

Claro que querrán. ¿Pero me irá mejor si me voy a descansar y paso de ellos o debería ir a buscarlos?

—Gracias. Y gracias por todo lo demás, Tanya. Me alegro de estar en el *Intrépido* —indicó Geary.

Era sorprendente cómo una sonrisa podía transformar el rostro de la capitana Desjani.

—Lo mismo digo, capitán Geary.

Geary se quedó sentado unos minutos después de que Desjani abandonara la estancia, incapaz de recobrar la energía física o mental necesaria para hacer nada más. Tres semanas hasta llegar a Corvus. No era tanto, pero podía convertirse en una eternidad para una flota de naves cuyo futuro hasta hacía nada parecía confinado a extinguirse en una hora.

Alguien había hecho la cama en algún momento y aquello le ahorró a Geary el dilema de decidirse entre pedir ayuda para que le pusieran sábanas nuevas o dormir directamente sobre las sábanas del almirante Bloch. El capitán durmió durante un buen rato, si bien el descanso no fue todo lo reparador que hubiera sido deseable. Durante los breves períodos de vigilia que se intercalaron a lo largo de su descanso, Geary se dio cuenta de que había estado soñando con algo intensamente y, sin embargo, no era capaz de recordar del todo de qué trataban aquellos sueños.

Finalmente se acabó levantando, porque el ruido atenuado del exterior, provocado por las rutinas del trabajo cotidiano a bordo del *Intrépido*, no lo dejaba dormir, y eso que la habitación estaba bastante bien insonorizada. Geary dio gracias por sentirse con más fuerzas y empezó a hurgar entre los compartimentos, tratando de ignorar cualquier cosa que tuviese pinta de haber sido un efecto personal del malogrado

almirante Bloch. En su búsqueda se encontró con algunas barras de racionamiento sin abrir que, a juzgar por su apariencia, parecían cronológicamente tan viejas como él mismo.

Con todo, tampoco era como si en ese momento tuviera muchas ganas de ponerse a paladear una buena comida, así que las barras de racionamiento bastaron para hacer las veces de un desayuno frugal.

¿Y después qué? Ahora ya se podía permitir el lujo de tener tiempo. La flota de la Alianza iba a estar surcando el espacio de salto durante semanas, así que podía dedicarse a intentar descubrir más cosas sobre lo que había ocurrido desde que se metió en aquella cápsula de supervivencia y empezó su largo sueño. Por lo que había visto y oído hasta ahora, gran parte de la historia reciente no era demasiado halagüeña, pero tenía que conocerla si quería entender a esos extraños al mando de los cuales se había visto en un abrir y cerrar de ojos.

En sus manos cayó una versión moderna del *Manual del Tripulante* y, con el paso de las hojas, Geary pudo comprobar que en su interior había lo que parecía ser una versión condensada bastante cabal de la historia que relataba los acontecimientos que habían tenido lugar desde su «última batalla».

Geary echó un vistazo rápido al relato de lo que se suponía que había sido su último combate. Nunca se había sentido cómodo escuchando siquiera los rutinarios elogios hacia su persona, así que la idea de leer una versión escrita que rindiese pleitesía a sus actos lo ponía casi enfermo. Sobre todo cuando hasta oficiales con experiencia y una cabeza bien amueblada como la capitana Desjani parecían creer que las estrellas habían enviado a Geary de vuelta para que se convirtiese de algún modo en el salvador de la Alianza.

Pero, en cuanto empezó a ojear la historia de «La última batalla de *Black Jack Geary*» se detuvo a mirar la fecha. Hacía casi cien años. A mí me da la sensación de que todo ha ocurrido hace menos de dos semanas. Lo recuerdo con nitidez. Recuerdo aquella batalla y aquella gente de mi tripulación, recuerdo como me metí en la cápsula de supervivencia mientras mi nave quedaba reducida a cenizas y la muerte me sobrevolaba por encima de los hombros. Fue tan solo hace dos semanas. Esa es la sensación que me da a mí.

Todos están muertos. Los que murieron en mi nave y los que consiguieron huir. Todos están igual ahora. Y hasta los hijos de los que sobrevivieron están muertos, también. Yo soy lo único que queda de aquello.

Geary agachó la cabeza y durante un buen rato en su cabeza no hubo lugar para otra cosa más que no fuese una pena enorme.

Al final, Geary llegó al término de aquel repaso histórico y se dio cuenta de que era poco más que una sucesión de interpretaciones positivas de batallas perdidas y

ganadas. Hasta lo que a los ojos de Geary se antojaban derrotas parecían ser, de algún modo, algo que entraba dentro de los cálculos, una parte más dentro de un plan maestro superior. Lo que le había contado la capitana Desjani, la historia del punto muerto en el que llevaban estancados ambos bandos varias décadas, resultó ser algo obvio cuando Geary se esforzó por leer entre líneas. A medida que la historia se iba acercando al presente, el relato parecía hasta estridente de puro patriótico, una señal que a Geary le pareció evidenciar claramente que la moral de sus tropas no estaba en su mejor momento.

El *Manual del Tripulante* siempre había estado destinado a enseñar lo básico, así que su contenido no pudo confirmar la creencia de Geary de que los oficiales y tripulantes de la flota de la Alianza eran, por norma general, jóvenes y escasamente preparados. Pero, como comandante de la flota que era, Geary podía tener acceso a cualquier archivo de personal que quisiese y aquellos que consultó de manera aleatoria sí que confirmaron su teoría. La mayoría del personal de la flota tenía una experiencia absolutamente nimia. Unos pocos habían sobrevivido lo suficiente, bien por suerte o por habilidades innatas, como para saber lo que estaban haciendo, pero eran una pequeña minoría. Cada una de las grandes victorias que se celebraban a bombo y platillo en la historia que había leído Geary habían comportado igualmente un alto número de bajas. Incluso aunque la historia oficial no admitía ninguna derrota, Geary imaginaba que las que se hubieran producido habrían traído consigo un montón de bajas igualmente.

Geary se preguntó cómo oficiales como los capitanes Numos y Faresa habían sobrevivido tanto tiempo cuando tantos otros habían ido pereciendo por el camino. A pesar de que Geary solo había tenido oportunidad de verlos durante unos minutos, no le había dado la impresión de que ninguno de los dos fuera un oficial especialmente habilidoso. Geary sospechaba que Numos y Faresa eran como ciertos oficiales que él había conocido en su tiempo, gente que de alguna manera se las apañaba para dejar que siempre fueran otros los que asumieran los riesgos, que trabajaba arduamente para mantener su reputación y, al mismo tiempo, procuraba evitar cualquier acción que los pudiera poner en peligro a ellos o a esa reputación. Sin embargo, Geary no tenía prueba alguna de aquello, así que por el momento lo único que podía hacer era observar los comportamientos de Numos y Faresa con la esperanza de que la observación confirmase o refutase sus sospechas.

Después de quedarse quieto todo el tiempo que pudo, Geary se armó de valor y pidió el historial del comandante Michael Geary. Como se había imaginado, y como había dejado entrever la manera en la que batalló con su nave, su resobrino había sido uno de esos que habían logrado sobrevivir gracias a su experiencia y habilidades. Y su supervivencia no se debía precisamente a que se hubiera quedado en la retaguardia durante las operaciones. De hecho, Michael Geary se había pasado la vida tratando de

estar a la altura de los estándares de heroicidad de *Black Jack Geary*. Al final había logrado su objetivo muriendo en combate.

Un montón de aficionados y unos pocos supervivientes. No, todos eran supervivientes de una guerra que había seguido su curso durante mucho, mucho tiempo, con algún alto el fuego ocasional que, según parecía, solo se había pactado para que ambos bandos pudieran rearmarse después de haber sufrido bajas especialmente graves.

Tengo que hablar con esta gente. Geary miró a la puerta de su camarote, agradecido por la protección que le ofrecía pero también sabiendo que no se podía esconder allí eternamente. Tengo que conseguir conocerlos, saber hasta qué punto pueden seguir trabajando bajo estas condiciones de presión. A juzgar por la gente que he conocido hasta ahora, van a seguir intentándolo durante algún tiempo más porque han depositado en mí una fe irracional, ¿pero qué ocurrirá después de que haya cometido suficientes errores, después de que haya dejado claro que no soy el mítico *Black Jack Geary* sino simplemente el comandante John Geary, ascendido a capitán después de su muerte, alguien que no está muy seguro de qué cojones hacer para conseguir devolverlos sanos y salvos a casa? ¿Qué pasará entonces?

La única manera de saber la respuesta a esa pregunta era franquear la puerta de su camarote.

Durante los siguientes días, Geary dedicó más o menos la mitad de su tiempo a estudiar y la otra mitad a caminar por el interior del *Intrépido*. De manera informal se había fijado el objetivo de tratar de pisar todos los compartimentos de la nave, aunque solo fuera porque sabía que era algo importante para la moral de los miembros de la tripulación dejarse ver entre ellos. También quería a toda costa que lo vieran como humano antes de que volviese a dar señales de su falibilidad, pero no estaba seguro de estar realizando muchos progresos en ese sentido.

En uno de sus paseos, se detuvo junto al compartimento en el que se encontraba el proyector de campos de anulación del *Intrépido*. El personal de campos de anulación se quedó de pie, sonriendo, mientras Geary observaba aquel artilugio enorme y achaparrado. Había algo en el tamaño y la forma de aquella arma que le hizo pensar en un mítico trol gigante posado sobre sus patas a la espera de que la víctima se acercase lo suficiente. Geary escondió lo mejor que pudo sus recelos y devolvió una sonrisa a la tripulación.

—¿El arma está lista para ser utilizada? —preguntó Geary.

—¡Sí, señor! —El jefe del equipo, que parecía tan joven que Geary se preguntó si haría mucho tiempo que había empezado a afeitarse, posó una mano posesiva sobre el monstruo—. Está en perfectas condiciones. Le hacemos revisiones todos los días, exactamente como dicen los manuales, y si algo parece ir mínimamente mal, nos aseguramos de repararlo.

Otra integrante del equipo de campos de anulación tomó la palabra con un tono de voz que alcanzó al jefe del equipo.

—Estaremos listos, capitán. Cualquier buque de guerra síndico que se acerque lo suficiente como para que lo tengamos dentro de nuestro radio de disparo se va a enterar de lo que es bueno.

Geary tardó un minuto en darse cuenta de que «lo que es bueno» debía de referirse a lo que queda de ellos después de que un disparo del campo de anulación dejara a todos los que estuvieran dentro de la zona fijada reducidos a partículas subatómicas. Por alguna razón, Geary acabó asintiendo con la cabeza y sonriendo a modo de respuesta ante aquella bravata. A los artilleros les encantaba su artillería. Siempre había sido así y probablemente siempre lo sería. Por eso eran artilleros. Y sus antepasados sabían que la flota necesitaba buenos artilleros.

—La próxima vez que nos podamos acercar a los síndicos, veremos si podemos brindarle a usted un buen disparo.

El equipo sonrió de oreja a oreja y cerró los puños en el aire. No tengo agallas para decirles que, si puedo evitarlo, no permitiré que pongamos en peligro al Intrépido. Con todo, sigue habiendo muchas posibilidades de que acabemos acercándonos a los buques de guerra síndicos nos guste o no antes de que todo esto llegue a su fin.

Los equipos responsables de las baterías de lanzas infernales no eran tan entusiastas, pero al contrario que los de los campos de anulación, sus juguetes no eran armas sin estrenar que hubieran sido ellos los primeros en usar. Geary reconoció con facilidad los proyectores de lanzas infernales, a pesar de que su tamaño era tres veces más grande que los que él había conocido.

Un veterano suboficial de la Marina que se encontraba junto a las baterías de lanzas infernales dio unas palmaditas sobre las armas.

—Apuesto que hubiese deseado tener consigo una de estas mozas durante su última batalla, ¿eh, capitán?

Geary volvió a sacar esa sonrisa de cortesía de nuevo.

—No me hubiera venido mal, no —repuso el capitán.

—No quiero decir que a usted le hiciera falta, señor —agregó apresuradamente el jefe—. Esa batalla suya... todo el mundo ha oído hablar de ella. Estas cosas de hoy en día están bien, pero ya no se hacen naves ni tripulantes como aquellos.

Geary sabía hasta qué punto era cierto aquello, pero también sabía otra verdad. Echó un vistazo a la superficie mate de las lanzas infernales durante un momento y después meneó la cabeza.

—Se equivoca, jefe —respondió, levantando una ceja mientras volvía la vista hacia el resto de los presentes—. Una de las ventajas de ser comandante de esta flota es que puedo decirle a un jefe que se equivoca.

Todo el mundo se echó a reír, pero enseguida se volvió a hacer un silencio cuando Geary volvió a tomar la palabra, en esta ocasión con una voz más comedida.

—Todavía se hacen buenas naves y salen buenos tripulantes. Ya vieron todos al *Resistente*. —La voz se le atragantó en la última palabra, pero no pasó nada porque vio las reacciones de los tripulantes y supo que todos lo entendían y se sentían de la misma manera—. Repararemos los daños de nuestras naves, repondremos la artillería que necesite ser recargada y la próxima vez que nos encontremos con la flota síndica les haremos pagar cien veces por lo que le hicieron al *Resistente*.

Todos jalearon la arenga. Geary se sentía como un fraude, pues de su boca salían palabras en las que realmente no creía. Pero tenía que creérselas y, atinadamente o no, ellos sí que creían en él.

Cuando Geary ya se estaba dando la vuelta para marcharse, el jefe del equipo lanzó un grito por encima del de sus subordinados.

—¡Haremos que se sienta orgullosos de haberse puesto a nuestro mando, Black Jack! —vociferó.

Que nuestros antepasados me asistan. Sin embargo, Geary se giró y volvió a referirse a ellos mientras se volvía a hacer el silencio para escuchar sus palabras.

—Yo ya estoy orgulloso de ser su comandante —sentenció el capitán. Nuevos vítores, pero no le importó, porque lo que había dicho esta vez era completamente cierto.

Cuando Geary fue a ver la llave hipernética, protegida en la zona de seguridad, tuvo que ser escoltado por la capitana Desjani. El aparato medía más o menos la mitad que un contenedor de carga y el artilugio en sí ocupaba la mayor parte del compartimento en el que lo habían depositado. Geary dio varios pasos a su alrededor, visualizando los cables que salían de allí y los que estaban dispuestos a modo de elementos de control. Geary se quedó mirándola un buen rato, preguntándose cómo algo de una apariencia tan normal podía ser tan importante.

—Capitán Geary.

Lo único bueno de la expresión de la copresidenta Victoria Rione era que era ligeramente menos fría que el tono de su voz.

—Señora copresidenta. —Geary dio un paso atrás para permitir que Rione entrase en su camarote.

En su intento por dejar de depender de los medicamentos, no se había tomado ninguno en todo el día, lo cual lo había dejado en un estado todavía peor que el de costumbre, además de sin ganas de recibir visitas. Pero, teniendo en cuenta su autoridad sobre algunas de las naves de la flota, Geary era consciente de que no podía dejar de recibir a Rione.

—¿A qué debo el honor de esta visita? —preguntó Geary. Aparentemente, no

consiguió eliminar del todo la ironía de su voz, porque la temperatura de la expresión de Rione bajó unos pocos grados más hasta rozar el cero más absoluto. Con todo, la copresidenta caminó hacia el interior del camarote, esperando a que Geary cerrase la puerta y después lo miró sin articular palabra.

Si está tratando de ponerme nervioso, lo está haciendo bastante bien. Geary trató de no permitir que Rione lo encolerizara, ya que le había dado la sensación de que la copresidenta usaba ese tipo de emociones para confundir a sus oponentes y que acabaran diciendo y haciendo cosas de las que probablemente acabarían lamentándose.

—¿Le gustaría tomar asiento? —inquirió Geary.

—No —zanjó Rione.

La copresidenta se volvió y dio tres pasos hasta llegar al muro más lejano, aparentemente absorta en el ejercicio de estudiar el cuadro que había allí. Se trataba de parte del legado del almirante Bloch, por supuesto, un impresionante paisaje estelar, que era una de esas cosas que uno esperaba encontrar en el camarote de un oficial de navío. Rione pasó quizá un minuto mirando el cuadro para después volverse hacia Geary de nuevo.

—¿Le gustan los paisajes estelares, capitán Geary? —interrogó Rione.

Conversación. Algo que Geary no se había esperado y que lo ponía más en estado de alerta que nunca.

—No especialmente —repuso el capitán.

—Puede cambiarlo. Puede poner cualquier cuadro de la biblioteca gráfica de la nave aquí —apuntó Rione.

—Lo sé —musitó Geary.

Geary no quiso añadir que no había sido capaz de quitar el cuadro porque en cierto modo representaba un legado que daba fe de que el almirante Bloch había estado antes allí.

Rione se quedó mirándolo durante varios segundos antes de volver a tomar la palabra.

—¿Cuáles son sus intenciones, capitán Geary? —inquirió Rione.

Mis intenciones son puras y honestas, señora. Aquel pensamiento incongruente le invadió la mente sin poder evitarlo, lo que provocó que Geary tuviera que toser fingidamente para no reírse.

—Discúlpeme. Señora copresidenta, como debatimos con anterioridad, pretendo llevar esta flota de vuelta al espacio de la Alianza —respondió Geary.

—No evada la cuestión, capitán. Estamos en ruta hacia el sistema Corvus. Quiero saber qué pretende hacer después —insistió Rione.

Si lo supiera seguro, se lo diría. Bueno, quizá la visita de Rione no fuera algo tan malo, a fin de cuentas. Según parecía, la copresidenta era una de las pocas personas a

bordo de esa nave que no besaba el espacio que surcaba Geary. Rione ya había dejado claro que no iba a tener dudas a la hora de expresar sus propias opiniones y, hasta donde Geary había podido saber a partir de su conversación anterior, tenía la cabeza bien amueblada. Ciertamente que tampoco se había molestado en ocultar que Geary no le gustaba, pero al contrario de la hostilidad que había visto en gente como los capitanes Numos y Faresa, al menos el desdén de la copresidenta de la República parecía estar tamizado por un cierto grado de sentido común.

—Me gustaría debatirlo con usted —aseveró Geary.

—¿De verdad? —El escepticismo de Rione quedó patente tanto por su tono de voz como por su expresión.

—Sí. Con todo, le rogaría que nuestras charlas sigan siendo privadas. Espero que lo comprenda —aclaró Geary.

—Por supuesto —corroboró Rione.

Geary se acercó un paso hacia la mesa y se las apañó con esfuerzo para manejar los mandos, que aún seguían sin resultarle familiares, y conseguir pedir el visualizador. La primera vez empezaron a refulgir estrellas en el aire, justo encima de la superficie de la mesa, pero después se desvanecieron. Blasfemando entre dientes, Geary volvió a intentarlo, y esta vez el visualizador sí se quedó quieto.

—Tenemos varias opciones —comentó Geary.

—¿Opciones? —preguntó ella.

—Sí —espetó Geary. Si ella sabe responder con una sola palabra, yo también.

Geary manipuló cuidadosamente los botones de su panel de mandos y en el visualizador, las estrellas dieron paso a una representación en miniatura de la flota de la Alianza vista desde arriba, como si los ojos que la mirasen fueran los de un observador omnipotente.

—Lo normal es que lleguemos a Corvus antes de que aparezca ningún síndico que nos pueda pisar los talones. Tendremos, como mínimo, unas pocas horas de margen —expuso Geary.

Rione frunció el ceño y se acercó hasta la posición de Geary, casi tocándolo con un brazo, pero aparentemente, reaccionaba a su presencia física del mismo modo en que lo hubiera hecho de tener al lado una pared.

—La flota síndica estaba muy cerca de nosotros cuando entramos en el espacio de salto. Seguramente seguirán ahí justo detrás de nosotros cuando lleguemos al sistema Corvus —apuntó Rione.

—No lo creo —advirtió Geary señalando el visualizador—: Cuando terminemos el salto tendremos esta formación. Y lo que es más importante: tendremos un montón de artillería pesada en la retaguardia de la formación.

—¿Más pesada que la de los síndicos? —insistió Rione.

Geary llegó a la conclusión de que, definitivamente, la copresidenta Rione no

entendía de sarcasmos.

—En esa zona, sí. Cuando entramos en el espacio de salto, el objetivo de los síndicos era tratar de detenernos o de ralentizar a algunas de nuestras unidades más grandes el tiempo suficiente como para que sus naves más grandes las atraparan y las destruyeran. Pero la situación será diferente en el otro lado del salto si los síndicos aparecen justo detrás de nosotros. Nos siguen en fila. Sus naves más ligeras se van a dar de bruces contra lo más potente de nuestra flota. Podríamos incluso mandar a nuestras unidades más lentas a la vanguardia de la formación mientras nuestras mejores naves permanecen en la salida del salto para ir destrozando las naves más ligeras de los síndicos a medida que vayan pasando por ella. —Geary hizo una pausa y después meneó la cabeza—. No, no nos habrán seguido inmediatamente. Tendrán que tomarse un tiempo para retocar la disposición de sus fuerzas. No pueden saltar con esa formación en muro porque estarían tan desperdigados que las partes más alejadas del centro ni siquiera podrían pasar por el punto de salto. Habrán vuelto a llamar a filas a las naves de caza asesinas y el resto de unidades ligeras, habrán recolocado a las más pesadas y después...

—¿Después? —preguntó Rione alzando una ceja.

—Ese es el gran interrogante —apostilló Geary mirándola, tratando de descifrar si podía fiarse de la copresidenta y sus apreciaciones. *Me fíe o no, puede que se le ocurra algo que a los demás no se les haya ocurrido todavía*—. Me gustaría escuchar su opinión sobre una cosa.

—¿Mi opinión? —Rione le lanzó una mirada cautelosa, su escepticismo era aún obvio.

—Sí, su opinión sobre lo que habría que hacer ahora —especificó Geary.

—En ese caso, permítame decirle algo antes de que diga usted nada más. No sobreestime la fuerza de que dispone, capitán Geary —advirtió Rione.

Geary frunció el ceño y sintió la debilidad de su cuerpo, que se resentía tanto de su flaqueza como de la aparente alusión de Rione a ella.

—¿Qué quiere decir exactamente con eso? Físicamente me siento capaz de...

—No —lo interrumpió Rione—. No hablo de su fuerza personal. La fuerza de esta flota.

Rione agitó la mano desdeñosamente por encima del visualizador en el que aparecía representada la disposición de la flota de la Alianza.

—Eso solo le proporciona una impresión superficial —añadió la copresidenta—. No le permite saber qué hay por dentro.

—¿Me está diciendo que no me puedo fiar de mi información? —inquirió Geary.

—La información sobre la flota es todo lo precisa que puede llegar a ser —se explicó Rione, gesticulando con frustración—. No me sale la palabra exacta para describir el problema. Esta flota es como un trozo de metal que parece muy fuerte.

Pero cuando se lo golpea se rompe muy fácilmente. ¿Lo entiende?

Geary lo entendía.

—Frágil. Está diciendo que la flota es frágil —apuntó Geary—. Fuerte en apariencia pero fácilmente destruible en un solo golpe. ¿Es eso?

—Eso es justamente lo que quería decir —coincidió la copresidenta, aparentemente sorprendida por la sintonía con el capitán.

—Pero no se trata de una debilidad física. No es que haya fallos en la construcción de las naves o en la artillería —aseveró Geary.

—Empiezo a estar segura de que usted sabe que no es eso a lo que me refiero —se congratuló Rione.

Y yo empiezo a estar seguro de que usted es más de lo que aparenta, copresidenta Rione.

—Le agradezco sus estimaciones —dijo Geary.

—No parece sorprendido por ellas. Francamente, pensé que reaccionaría con enfado —se sinceró Rione.

Geary le lanzó una sonrisa evidentemente forzada.

—Me gusta sorprender a la gente —ironizó Geary. Razón por la cual no te diré que no tengo intención de dejar que esta flota siga siendo frágil si puedo evitarlo. El metal puede forjarse de nuevo, puede templarse. Y esta flota también. Espero. Eso sí, que yo o cualquier otro pueda conseguirlo en estas condiciones es harina de otro costal—. He intentado llegar a conocer... —Geary estuvo a punto de decir «a esta gente» antes de repasar mentalmente sus palabras—. A esta flota. Son buenos, pero como se me dijo tiempo atrás —hacía menos de una semana—, están cansados.

—Esta no es la clase de cansancio que puede aliviarse con una buena noche de descanso, capitán Geary —advirtió Rione.

—Ya lo sé, señora copresidenta —aceptó Geary.

—Si usted envía a estas naves a una batalla de primer orden, incluso aunque se den las condiciones que ha descrito, puede que le fallen —avisó Rione.

Geary bajó la vista y se mordió el labio. Eso es exactamente lo que me temo, pero no sé qué parte de esta conversación va a contarles a los demás.

—No tengo en mente buscar ninguna confrontación de primer orden entre mi flota y el enemigo en estos momentos —dijo Geary.

—Eso no me tranquiliza. ¡Para la Alianza, así como para la República Callas y la Federación Rift, es de una importancia crítica que estas naves regresen al espacio de la Alianza! —recordó Rione.

—Eso ya lo sé, señora copresidenta —aseguró Geary.

—Debemos evitar perder más naves.

Geary la miró con el ceño fruncido.

—Señora copresidenta, al contrario de lo que usted parece creer, no tengo por

costumbre malgastar naves y vidas de tripulantes como si no valiesen nada. —Sus ojos se estrecharon, pero Rione permaneció en silencio durante un momento—. No tengo intención de salir a buscar un choque de flotas. No tengo ni idea de si los síndicos serán capaces o no de forzar tal acción, pero yo voy a hacer todo lo que pueda para incrementar nuestras posibilidades hasta el máximo, cueste lo que cueste.

Rione se quedó en silencio un rato más antes de responder.

—Eso a duras penas llega a promesa, capitán Geary —refunfuñó la copresidenta.

—No hago promesas que no puedo mantener —replicó Geary—. No puedo controlar lo que van a hacer los síndicos y no puedo estar seguro de la clase de situaciones que vamos a afrontar. Seguramente usted entiende lo suficiente la realidad militar como para saber que en ocasiones hay que poner unidades en riesgo.

—¿Unidades como el *Resistente*? —rememoró Rione.

Geary se quedó mirándola.

—Sí —murmuró Geary con voz ronca.

En lugar de volver a hablar, dio la impresión de que Rione se limitaba a estudiar a Geary durante unos segundos.

—Muy bien, capitán Geary. Debo añadir que, en el caso del *Resistente*; he obrado con descuido. —Rione inclinó levemente la cabeza hacia él—. Permítame mostrarle mis condolencias personales por la pérdida de su familiar, así como mis condolencias oficiales y mi agradecimiento por el sacrificio de su familiar, en nombre de la República Callas.

Geary bajó la vista hacia el escritorio, como tratando de recuperar la compostura, y después asintió con la cabeza.

—Gracias, señora copresidenta. No sabía que estaba al corriente de mi vinculación con el comandante del *Resistente*. —Geary sabía que su voz tenía un sonido áspero y sabía también que no podía hacer nada para evitarlo.

—Sí. Debí haberle mostrado mis condolencias mucho antes, le ruego me disculpe por ello —se excusó Rione.

—No pasa nada. —Geary se irguió y respiró hondo—. Ha habido muchos, muchos sacrificios.

La actitud de Rione seguía sin ser del todo amistosa, pero tal vez sí algo más cálida. Con todo, lo último que quería hacer ahora era ponerse a hablar de los muertos, así que cambió de tema sin preocuparse de que aquello resultase demasiado evidente.

—Como dije antes —prosiguió el capitán—, le agradecería que me diese su opinión respecto a algo. —Geary apartó la vista de ella y se concentró en los mandos de la mesa para, una vez más, volver a solicitar un visualizador estelar—. Estamos realizando un salto aquí, dentro del sistema Corvus. Nos desplazaremos a través de él y cogemos todos los suministros que podamos en el tiempo que tengamos.

Geary volvió a señalar el punto de salida del salto, después su dedo se movió para señalar otro punto.

—Este es el punto de salto que nos sacará de Corvus. Tenemos tres destinos posibles. —Geary señaló una estrella—. Uno de ellos es Yuon y está bastante cerca de un punto a partir del cual podríamos volver rápidamente al espacio de la Alianza. —Otra estrella—. Voss, que va un poco en la otra dirección, más dentro del territorio interno síndico. —Y la tercera—. Kaliban. Que nos llevaría más o menos por el espacio síndico, pero que nos colocaría en un punto potencial de salto hacia otras cuatro estrellas. —Geary se detuvo un momento—. Piense que estuviera usted en el lugar de los comandantes síndicos, copresidenta Rione. ¿Dónde esperaría que fuéramos?

—Yuon —respondió Rione sin dudar.

—¿Por qué? —inquirió Geary.

—Estamos en plena huida, capitán Geary. La flota huye para salvar la vida. Y Yuon ofrece la ruta más rápida de vuelta a casa. No es rápida, en ningún caso, si se compara con la hipernet, pero es significativamente más rápida que las otras alternativas.

Geary bajó la vista hacia el visualizador mientras se frotaba la barbilla.

—¿No es una opción demasiado evidente? ¿Lo bastante como para que una flota síndica vaya allí a esperarnos? —dudó el capitán.

—Lo repito, nuestra flota salió pitando del sistema síndico. Estamos en territorio hostil. La huida es la única opción razonable —insistió Rione.

—Está bien, estoy de acuerdo en que tenemos que huir. También tenemos que evitar que nos atrapen, lo que significa que tenemos que apartarnos de la ruta evidente —advirtió Geary.

—En teoría, sí. Pero estamos limitados por las condiciones en las que nos encontramos, que no se pueden obviar. Los síndicos sabrán que usted quiere ir a Yuon, capitán Geary.

Geary esbozó una sonrisa retorcida.

—Pero yo no quiero ir a Yuon, señora copresidenta.

Rione se puso tensa, tanto que Geary hubiera jurado haber visto como se formaba hielo en el interior de sus ojos.

—¡Voss! Su plan es saltar para atrás, más dentro del sistema interior síndico, y luego volver a saltar de nuevo, con la esperanza de que sus defensas se vean sorprendidas y la flota deje de perseguirnos...

Geary alzó las dos manos con las palmas mirando en dirección hacia Rione.

—No.

—¿No? —Rione se apartó un paso, como rodeándolo con recelo, y observó su rostro.

—No. En un mundo ideal, tal vez. —*En un mundo ideal, no estaríamos metidos en una guerra que ya se ha prolongado durante un siglo*—. Pero aquí y ahora conozco bien los informes de daños de nuestras naves y tengo una idea bastante precisa de la cantidad de armas que hemos gastado y del estado de nuestros suministros. Igual que puedo hacerme una idea bastante aproximada de la capacidad actual que tiene esta flota de permitirse otra batalla de primer orden. —Geary meneó la cabeza—. Asumir ese riesgo sería de locos.

—Estoy de acuerdo —repuso Rione con cautela, como si todavía estuviera esperando que Geary tendiese una trampa a continuación.

—Así y todo, los síndicos tendrán que defenderse si elegimos esta opción, ¿no? Eso significa que pondrán un bloque de unidades en Voss y mantendrán refuerzos a mano para su sistema interior. Solo por si me da por estar loco —añadió fríamente—. Eso reducirá las fuerzas de que disponen para darnos caza.

—¿Entonces sí que irá a Yuon?

—No. Quiero ir a Kaliban —rectificó Geary.

—¿Kaliban? —Los ojos de Rione se movieron rápidamente de Geary al visualizador de estrellas—. ¿Qué nos proporcionaría Kaliban?

—Tiempo y una seguridad relativamente mayor. —Geary alzó de nuevo la mano para prevenir objeciones ulteriores—. Sé que el tiempo también es nuestro enemigo. Pero la flota necesita ese tiempo para recuperarse. Nuestras naves auxiliares están fabricando ahora más artillería recargable, metralla y espectros, y espero que podamos coger más material para seguir fabricando cuando estemos en Corvus. Conseguiremos reparar más naves dañadas. Sí, una vez que llegemos a Kaliban, tendremos que salir echando chispas hacia casa. Y vamos a necesitar desesperadamente más suministros, así que tendremos que encontrar suficientes cosas de las que necesitemos cuando estemos allí. Pero tendremos un par de estrellas que se convertirán en opciones interesantes para nuestro próximo salto: una opción buena y otra arriesgada. Eso obligará a los síndicos a vigilar cuatro sitios incluso en el caso de que hayan sido capaces de localizar nuestra flota por aquel entonces.

Rione asentía con aspecto meditabundo.

—¿Y qué me dice de esa seguridad relativamente mayor? —inquirió la copresidenta.

Geary volvió a señalar las estrellas.

—Nos han golpeado ya con dureza, por no mencionar que los síndicos nos sobrepasan en número con creces. Pero lo que la flota síndica no tiene es un número infinito de naves. Cuanto más se dividan tratando de atraparnos, más opciones tendremos de hacerles frente cuando lo consigan. Mire aquí. —Geary señaló a Yuon—. Van a tener que poner suficientes naves para al menos causarnos algún daño si atravesamos ese sistema. Pero también van a tener que poner naves en Voss para

prevenir esa posibilidad. Y, al mismo tiempo, van a tener que seguir presionándonos, lo que significa que hará falta un comando lo suficientemente fuerte como para perseguirnos por Corvus.

—Ya veo. Siendo así, tendrán pocas fuerzas para Kaliban. Si está en lo cierto. ¿Pero cómo de seguro puede estar de que los síndicos van a despreciar la posibilidad de que usted opte por ir a Kaliban? —preguntó Rione.

—No creo que la vayan a despreciar —la corrigió Geary—. Creo que van a considerarla, con mucho, nuestro objetivo menos probable, por lo que la contemplarán como un problema menor comparado con la posibilidad de que vayamos a Yuon o Voss. Si vamos a una de esas dos estrellas les crearíamos un problema inmediato. Si vamos a Kaliban, seguimos siendo un problema, pero la diferencia es que, en ese caso, creerán tener tiempo suficiente para ocuparse de nosotros. —Geary bajó la vista hacia la representación de Kaliban. *Ojalá supiera qué tienen los síndicos en Kaliban. Los escasos datos de Inteligencia que tenemos datan de hace más de medio siglo. Joder, ojalá supiera qué tienen en Corvus.*

—¿Por qué me está explicando todo esto? —espetó Rione.

Geary se quedó mirándola.

—Como ya he dicho, quiero conocer su opinión —respondió el capitán.

—Por cómo habla parece que ya ha tomado una decisión —repuso la copresidenta.

Geary trató de que su voz no sonase irritada.

—No. Estoy tratando de formular un plan y estoy barajando opciones. Usted tiene un modo distinto de ver las cosas, así que valoro mucho sus impresiones —corrigió Geary.

Por un momento, Geary habría jurado que Rione parecía estar divirtiéndose.

—En ese caso le digo que yo iría por Yuon —apuntó Rione.

—Ya veo...

—No he acabado. Yo iría por Yuon. Pero lo que ha dicho usted es cierto y eso que yo le he advertido de que tenemos que evitar a toda costa una gran batalla. Ahora creo, igual que usted, que Kaliban será la mejor opción —apostilló Rione.

Geary esbozó una sonrisa forzada.

—¿Entonces debo dar por sentado que las naves de la República y del Rift obedecerán mis órdenes y se dirigirán a Kaliban? —preguntó Geary.

—Sí, capitán Geary. —Rione cambió el gesto—. Conseguir que el resto de la flota de la Alianza llegue hasta allí será una tarea que tendrá que lograr en solitario, me temo.

Ella cree que eso va a ser un problema. Ni me había planteado pensar tan a largo plazo. Los comandantes de las naves de la flota me siguieron cuando los saqué del sistema interior síndico. Pero en ese momento estaban afrontando una muerte

inminente e incluso entonces alguno quería discutir ciertas cosas.

Ahora están todos cansados y se quieren ir a casa.

De nuevo Rione parecía estar estudiando el paisaje estelar.

—Lamento comunicarle que sé muy poco de su vida personal, capitán Geary — señaló Rione—. ¿Dejó a alguien atrás?

Geary se pensó la pregunta.

—Depende de lo que quiera decir con eso. Mi padre y mi madre estaban aún vivos. Mi hermano estaba casado, aunque todavía no tenía hijos. —Resultaba curioso pensar en cómo podía decir eso y, en cierto modo, suscribir un divorcio emocional entre aquello y la imagen de aquel hombre mayor que había sido nieto de su hermano y que había muerto a bordo del *Resistente*.

—¿Ninguna pareja? —inquirió la copresidenta.

—No. —Geary se dio cuenta de que Rione lo miraba y se preguntaba cómo una respuesta monosilábica podía revelar tantas cosas—. Nada que funcionase.

—¿Una bendición, quizá? —apuntó Rione.

—A juzgar por lo que me ocurrió, sí. —Geary meneó la cabeza—. Siempre pensé que, al final, acabarían descubriendo cómo aumentar la esperanza de vida a estas alturas.

—Por desgracia, no. —Rione estaba, sin ningún género de dudas, estudiando el paisaje estelar de nuevo mientras seguía hablando—. Ya sabe lo que ha ocurrido siempre que lo hemos intentado. La naturaleza nos permite ser humanos fuertes y saludables prácticamente hasta el final, pero el final sigue llegando, a pesar de que los científicos han conseguido reducir el cuerpo humano hasta el nivel cuántico y reconstruirlo, en un esfuerzo por cambiar eso.

Geary se volvía a sentir cansado nuevamente, por lo que se sentó y se reclinó hacia atrás, dejando los ojos cerrados durante un momento.

—Es como para hacerse creyente —señaló Geary.

—Ciertamente, es como para darle a uno qué pensar. —Rione volvió la vista hacia Geary—. Y la casa de sus antepasados, ¿existe?

—No, a no ser que construyeran una desde la última vez que estuve allí —repuso Geary.

—¿Adonde irá cuando regresemos al espacio de la Alianza? —indagó Rione.

—No lo sé. —Geary se quedó con la mirada perdida, pensativo—. Tengo que buscar a una persona de la *Impertérrita*, dondequiera que se encuentre esa nave.

Rione no ocultó su sorpresa.

—¿Conoce a alguien que está en una nave del espacio de la Alianza? —dijo la copresidenta.

—La verdad es que no. Aun así, alguien me pidió que le hiciera llegar un mensaje. —Geary se quedó mascando aquello durante un momento mientras Rione

terminaba por encogerse de hombros—. Después de eso tal vez vaya a Kosatka.

—¿Kosatka? —dijo Rione.

—Hace tiempo era un lugar agradable. Me han dicho que sigue siéndolo —explicó Geary.

—Kosatka —repitió Rione—. No creo que su futuro esté ligado a Kosatka, capitán Geary.

—¿Predice el futuro igual que lee las mentes? —masculló Geary.

—Lo único que leo es a las personas, capitán. —La copresidenta Rione caminó hacia la escotilla, deteniéndose en la entrada—. Gracias por su tiempo y por sus confidencias.

—De nada. —Geary se medio levantó al marcharse Rione y después volvió a sentarse dejándose caer pesadamente, de nuevo cansado y preguntándose por qué tendría ese nudo en el estómago.

—¿Kaliban? —La capitana Desjani se quedó mirando a Geary—. Pero si el camino de vuelta a casa es por Yuon.

—Capitana, los síndicos saben que eso es lo que usted está pensando. Allí es donde estarán —explicó Geary.

—Pero no con la suficiente fuerza...

—¿Y eso cómo lo sabe? —Geary se dio cuenta de que estaba contestando bruscamente a Desjani, así que moderó el tono—. Usted misma me lo dijo. Las naves síndicas en su sistema interior pueden usar la hipernet para ir a, esto, Zaqi y después saltar a Yuon en menos tiempo del que tardaríamos nosotros en llegar a Corvus, transitar por ese sistema y saltar a Yuon. En ese tiempo ellos podrían haber mandado a toda su puta flota hasta allí, a excepción de las naves que nos están persiguiendo, que aparecerían por la salida del salto y nos golpearían por la retaguardia.

—Pero Yuon... —La voz de Desjani se fue apagando.

Al notar el cansancio y la desesperación de Desjani, Geary sintió una punzada de vergüenza por su arrebató de furia anterior.

—Lo siento, Tanya —se excusó Geary—. Sé lo mucho que quiere volver a casa. Yo también quiero que lleguemos allí.

—La Alianza necesita esta flota, capitán Geary. Y necesita al *Intrépido* y lo que hay dentro del *Intrépido*. Cuanto antes mejor —advirtió Desjani.

—Los síndicos estarán esperándonos en Yuon, Tanya. Si vamos por ese camino, no llegaremos a casa.

Desjani asintió finalmente.

—Nos conocen demasiado bien, ¿no? —Como Geary no respondió inmediatamente, Desjani prosiguió—. Los síndicos sabían que saltaríamos a por el cebo que nos ofrecieron, la oportunidad de golpearles en su propio suelo, y ahora

saben que nos iremos a casa como locos a través de Yuon.

—Eso me temo —asintió Geary.

—Sin embargo usted ha sido capaz de adelantarse a eso. Usted sabe que tenemos que ir por la ruta más larga —continuó Desjani.

Geary evitó un gruñido de exasperación. ¡Tal vez es solo que, a diferencia de todos vosotros, no tengo la misma necesidad emocional de llegar a casa a toda costa!

—Voy a notificar a todas las naves de cuál es nuestro destino antes de que terminemos nuestro salto...

—¡Capitán! —exclamó Desjani.

—¿Qué? —repuso Geary.

La capitana Desjani adoptó una postura formal.

—Señor, debería informar a los oficiales al mando de las naves de esta decisión en persona —expuso Desjani.

Geary trató de aplacar el fuego de la ira que se formó inmediatamente en su interior.

—Me han dicho que si transmitimos el mensaje mientras estamos saltando no hay ninguna posibilidad de que los síndicos lo intercepten. Y en ningún caso voy a someterlo a votación —avisó Geary.

—No estoy diciendo que deba someterlo a votación, capitán, pero necesita decírselo en persona. —Desjani debió de leer los pensamientos de Geary a través de su cara—. Ya sé que no es así como se hacían las cosas en los viejos tiempos, pero es como estamos acostumbrados a hacerlas ahora. —Nueva pausa—. ¡Señor, debe ejercer su mando de manera personal! No puede hacerlo mandando un breve mensaje de texto.

Lo último que deseaba era mirar cara a cara a aquella multitud de oficiales otra vez, sabedor de que algunos creían en él con todo el fervor de la capitana Desjani, pero que otros lo veían como un fósil viviente al que no había que tener en cuenta.

—Tanya, es muy probable que vayamos a estar tremendamente ocupados durante el tiempo que esta flota esté en el sistema Corvus. Incluso si los síndicos no envían naves a perseguirnos, van a acabar llegando en algún momento. No sabemos qué tipo de defensas tienen los síndicos en Corvus. Vamos a tener que decidir qué cosas saqueamos y cuáles no, además de estar preparados para aplacar cualquier tipo de resistencia que pueda surgir...

Desjani se limitó a devolverle la mirada con terquedad. Asumámoslo. Mi instinto me dice que Desjani tiene razón. He tenido que convencerla a ella en persona sobre lo de Yuon. Si se está resistiendo a aceptar mi plan ahora es porque su juicio profesional le dice que tengo que tratar de convencer a los demás comandantes de las naves para que acepten ir a Kaliban.

Está bien saber que Desjani no se va a arredrar cuando piense que estoy

equivocado, incluso si cree que soy el regalo que le han hecho los antepasados a esta flota.

Geary asintió con la cabeza, sin preocuparse por ocultar su renuencia.

—Está bien, Tanya. Usted gana. En cuanto estemos seguros de que no hay ningún perseguidor sódico cerca del punto de salto, convocaré una conferencia y le diré a todo el mundo en persona que vamos a ir a Kaliban y no a Yuon. —Desjani no respondió—. Vale. También les diré por qué vamos a ir a Kaliban y no a Yuon.

—Gracias, capitán. Espero que lo entienda...

—Lo hago. Y gracias por dejarme clara su recomendación —reconoció Geary.

—Sea lo que sea lo que nos espere en Corvus no puede ser demasiado peligroso, capitán Geary. Ni siquiera sabrán el resultado de la batalla en el sistema interior sódico.

—Sí. —*Tal vez podamos usar eso en el futuro de alguna manera*—. Pero Corvus está tan cerca del suelo sódico que podría ser un hueso duro de roer.

Desjani hizo un gesto de desdén.

—No está en la hipernet sódica —apuntó Desjani.

Geary pensó en cómo había dicho aquello la capitana.

—Es obvio que eso significa algo más de lo que soy capaz de comprender ahora mismo. Explíquemelo, por favor —solicitó Geary.

Desjani parecía sorprendida, pero acabó asintiendo con la cabeza.

—Di por supuesto que lo sabía, ¿pero cómo iba a hacerlo? La hipernet permite que alguien vaya muy rápido del sitio en el que esté al sitio que quiere ir. No hay que pasar por los demás sitios para ir a donde se quiere —explicó Desjani.

—Oh. —*Joder. Lo ha vuelto a decir*—. Con los propulsores del sistema de salto tienes que saltar a través de sistemas que se encuentren dentro de tu alcance para llegar finalmente al punto al que te diriges.

—Sí. —Desjani asintió de nuevo—. Había un buen número de sistemas cuya importancia solo estribaba en que había gente que tenía que pasar por ellos para llegar a alguna otra parte. No tenían ningún recurso especial ni nada significativo. Sin embargo, cuando se puso en marcha la hipernet, todos esos puntos de paso se desvanecieron.

Geary se quedó pensando en lo que le había dicho Desjani.

—No creo que eso beneficiara a los sistemas de paso —apuntó Geary.

—No —coincidió Desjani—. La única razón por la que alguien iría allí ahora es porque le empujen motivos personales o porque el sistema tenga algo de especial. Pero si el sistema tuviera algo especial, estaría en la hipernet.

Geary vio en su mente un montón de ramas fulminadas incluso a pesar de que el tronco principal del árbol seguía floreciendo.

—¿Qué pasó con esos sitios? —preguntó Geary.

Desjani se encogió de hombros.

—Algunos de ellos han volcado sus esfuerzos en intentar conseguir puertas hipernéticas, pero pocos lo han conseguido. Otros han tratado de hacerse especiales por algo, de tal forma que los demás pudieran hacer presión para conseguirles una puerta. Igualmente, pocos lo han conseguido. La mayoría ni siquiera fueron nunca tan ricos como para empezar tal empresa, así que iniciaron un lento declive a medida que los intercambios comerciales empezaron a pasarlos por alto y ellos comenzaron a perder el contacto con los desarrollos culturales y tecnológicos que se compartían a través de la hipernet. Los mejores y más brillantes ciudadanos de esos sistemas siempre están contemplando la posibilidad de emigrar a sistemas vinculados a la hipernet, por supuesto —aseguró Desjani.

—Ya veo. —Un poco como yo. Aislado y cada vez más desfasado. Ignorados por la hipernet y por la historia. Me pregunto cómo reaccionarán algunos de esos sistemas síndicos cuando meta allí a la flota de la Alianza. Al menos volverán a ser parte de la historia.

Concluiremos nuestro salto y llegaremos a Corvus en una semana y entonces descubriremos el peaje que ha tenido que pagar ese sistema desde que quedó fuera de la hipernet síndica. Más me vale empezar a trabajar el discurso que voy a pronunciar ante los comandantes de las naves y seguir rezando para que el plan síndico no haya sido tan retorcido como para tendernos una trampa dentro de Corvus que reciba a las naves de la Alianza que se las han apañado para saltar fuera de su sistema.

La estrella que la humanidad conocía como Corvus refulgía como una moneda diminuta y brillante en medio de la oscuridad salpicada de estrellas del espacio exterior en el momento justo en el que la flota de la Alianza salía de su salto interestelar. Geary, que trataba con todas sus fuerzas de no mostrar lo tenso que estaba, bajó la vista hacia los mandos de su butaca y vio que estaba sujetando la silla con tanta fuerza que los dedos se le habían puesto blancos. Respiró hondo y miró al visualizador, deseando que este le facilitase la información que necesitaba.

—No hay minas —informó la capitana Desjani.

Geary se limitó a asentir con la cabeza. Si hubiera habido un campo de minas justo al otro lado del punto de salto ya se habrían dado cuenta por las malas. Con todo, le parecía que había jugado bastante sobre seguro al predecir que no habría minas allí. Incluso en los tiempos en los que solo se podía ir de una estrella a otra saltando, no había muchos puntos de salida protegidos con campos de minas porque suponían un riesgo tanto para las naves amigas que regresasen a su hábitat natural como para las enemigas. Ya fuera dentro del territorio síndico o en el de la Alianza, a esos efectos, nunca se habrían malgastado recursos para desplazar y mantener campos de minas.

Y aquella era la única trampa que a Geary se le ocurrió que le podrían haber tendido estando tan dentro del territorio síndico.

—No se ha detectado navegación cercana en las primeras exploraciones —informó un consultor.

Geary volvió a asentir con la cabeza. El informe tampoco aportaba demasiado. Habían salido del punto de salto aproximadamente a mil millones de kilómetros de Corvus, pero hacía mucho tiempo que Geary había dejado de pensar en términos de kilómetros cuando se trataba de navegar por el espacio. En lugar de eso, prestaba atención al fichero de horas luz que indicaba que se encontraban a ocho horas luz de la estrella. Si los informes, muy antiguos por otro lado, de los que se habían estado fiando habían sido precisos, el principal mundo habitado que orbitaba alrededor de Corvus se encontraba aproximadamente a una coma dos horas luz de su estrella. Aquello significaba que cualquier cosa que estuvieran viendo y analizando los sensores de la flota alrededor de aquel mundo era una imagen que bien podía tener más de siete horas de antigüedad.

Aparte de ese mundo habitable, Corvus presumía únicamente de otros tres satélites que pudieran merecer llamarse planetas. Uno de ellos era una roca llena de abolladuras circunscrita a una órbita ligeramente excéntrica que se encontraba a menos de una hora luz de la estrella. El otro era un gigante gaseoso situado a unas seis horas luz, y la más lejana era un mundo congelado cuya órbita no se encontraba a

más de media hora luz del punto de salto. Lo cual significa que ese mundo congelado estaba también a una media hora luz de la flota de la Alianza.

—Capitana Desjani. —La capitana se giró para mirar a Geary—. Solía ser costumbre entre los síndicos mantener bases defensivas cerca de los puntos de salto. Lo mismo que solíamos hacer nosotros, vaya. Tengo entendido que los síndicos han mantenido activas un buen número de esas bases.

Desjani frunció el ceño.

—Siempre damos por sentado que las viejas bases siguen activas. Si se construye una puerta hipernética, eso implica que allí ha de haber nuevas defensas. Pero en las estrellas que no forman parte de la hipernet, la política de la Alianza ha determinado que si era necesario mantener bases defensivas dentro del sistema, entonces no merece la pena costear su desplazamiento. Los síndicos parecen haber seguido la misma política —argumentó Desjani.

—Eso tiene sentido. ¿Por qué malgastar el dinero? La pregunta es si se habrán molestado en mantener una base tan lejos, aun estando dentro de su territorio. — Geary se frotó la frente, observando como en el visualizador se expandía lentamente una esfera alrededor de las naves de la flota que determinaba la zona en la que se podía aplicar algo parecido a una imagen en tiempo real. La esfera seguía pareciendo ridículamente pequeña en comparación con el tamaño del sistema estelar que estaban invadiendo. Afortunadamente, pronto cubriría la órbita del mundo congelado—. Eso quiere decir que si aún tienen una base aquí, ahí estará —añadió en voz alta.

La capitana Desjani asintió con la cabeza.

—Pronto lo sabremos. Las primeras exploraciones ópticas y de espectro completo muestran instalaciones con señales de calor, así que hay algo activo aún allí dentro, pero necesitamos tener más datos. Aun así, definitivamente no hay una flota de primer orden cerca. De ser así, habríamos visto ya alguna señal, aun sabiendo que la información llega con retardo.

Demos gracias a nuestros antepasados por estas bendiciones no tan nimias, pensó Geary irreverentemente. En realidad, el tráfico espacial en el sistema parecía escaso. Geary, que se había esperado inconscientemente una intensidad en el tráfico del salto entre sistemas similar al que él mismo estaba acostumbrado, vio cómo, para su sorpresa, no había naves interestelares circulando en varias direcciones hacia los distintos puntos de salto. El tráfico detectado en el interior del sistema, que discurría entre el planeta habitado y lo que debían ser puntos de minería e industria fuera del planeta, quedaba confinado al plano del sistema y agrupado entre los planetas interiores. *¿Dónde coño está todo el mundo?* Geary no pudo evitar pensarlo, a pesar de que sabía que, gracias a la hipernet, «todo el mundo» ya había dejado de tener que pasar por Corvus o sistemas como ese.

Geary tecleó un comando en el cuadro de comunicaciones, aprovechando que su

esfuerzo le había costado aprender a manejar los mandos durante el salto a Corvus.

—Aquí el capitán Geary llamando al capitán Duellos y al capitán Tulev. Ustedes se harán cargo del segundo y cuarto escuadrón de cruceros de batalla y adoptarán las posiciones pertinentes para cubrir la salida del salto. Si cualquier fuerza síndica la atraviesa para perseguirnos, debe ser destruida antes de que puedan superar su posición.

Duelos y Tulev expusieron al unísono su conformidad con la orden y Geary casi pudo percibir en sus voces la emoción de pensar en llevar a cabo una carnicería. Geary observó en su escáner cómo los combatientes pesados de los dos escuadrones daban marcha atrás y se movían en dirección al punto de salto. Los cruceros de batalla eran capaces de acelerar bastante rápido para el tamaño que tenían, pero cuando aceleraban perdían capacidad de defensa ya que, al emplear mayor propulsión, perdían capacidad de visualización defensiva. Por eso Geary sabía que tendría que mantenerlos allí el tiempo suficiente como para que pudieran hacer caer sus garras en condiciones sobre cualquier síndico que tratara de pasar a la caza de la flota de la Alianza, todo ello teniendo en cuenta que no se les podía dejar aislados mientras el resto de la flota se marchaba de allí. Era una simple cuestión de coordinación, porque había que conjugar las acciones de siete grandes acorazados y proteger las vidas de sus tripulaciones y Geary era consciente de que todo ello pendía de su capacidad para llevar las operaciones a buen puerto.

Minas. ¿Cómo se me han podido olvidar hasta ahora? No me importan los daños que sufran las naves síndicas.

—Capitán Duellos. Haga que sus naves dispongan un campo de minas alrededor de la salida del salto y amárrelo a la estrella local para que mantenga su posición —ordenó Geary.

Duelos dio acuse de recibo de la nueva orden y esta vez su tono de voz no ocultaba en modo alguno su alegría. La flota de la Alianza había experimentado grandes bajas en el sistema interior de los síndicos a causa de las minas que habían formado parte de las emboscadas, así que a Geary no se opuso a que los tripulantes de la Alianza pudieran saciar los deseos de venganza que pudiesen tener a resultas de aquella mala experiencia.

Geary volvió a teclear un nuevo comando para establecer comunicación con la flota entera.

—Todas las unidades, a excepción del segundo y cuarto escuadrón de cruceros de batalla, deben posicionarse en formación estándar de ataque de flota Alfa Seis inmediatamente a la recepción del presente mensaje. —Las unidades de la flota, que habían quedado entremezcladas después de la batalla en suelo síndico y la retirada a toda prisa hacia el punto de salto, no habían sido capaces de volver a alinearse durante el trayecto por el espacio de salto, así que ahora tenían que intentar parecer

de nuevo una formación ordenada. Geary observó en su visualizador como las naves y escuadrones daban lentamente acuse de recibo de una orden que tardó unos pocos minutos luz en llegar hasta las naves más alejadas y trató de no menear la cabeza al observar lo desperdigada que estaba la flota.

—La flota sigue desplazándose por el interior del sistema a una décima de la velocidad de la luz —le recordó Desjani—. A algunas de esas naves les va a costar un buen rato llegar a las posiciones que se les han asignado.

—Sí. —Geary estudió el visualizador, que seguía básicamente desprovisto de información de amenazas en tiempo real—. Si ralentizamos el ritmo de la flota, las naves podrán ir alcanzando sus respectivas posiciones con más facilidad. Pero no quiero arriesgarme a ralentizar la marcha de la flota hasta que dispongamos de más datos sobre la fuerza síndica a la que, con suerte, sorprenderemos aquí.

—El que amarra nunca gana una batalla —aprobó Desjani como quien recita una lección.

Geary seguía meneando mentalmente la cabeza ante la afirmación de Desjani cuando sonó una alarma que reclamaba atención para el visualizador. Geary observó el listado de datos del mundo habitado que, cómo no, llegaba con retardo. En él se analizaban una serie de imágenes y de elementos, como los subproductos químicos de la atmósfera, que indicaban que en aquel mundo todavía seguía funcionando una economía industrializada. No obstante, había indicaciones que señalaban la existencia de instalaciones inactivas y, según parecía, aquel mundo no estaba tan poblado como se esperaba dada la cantidad de tiempo que llevaban los humanos asentados allí. Aquello encajaba con lo que Geary había oído sobre aquellos sistemas que, tras ser ignorados por el sistema hipernético, habían ido desangrándose poco a poco. También había una serie de objetos que orbitaban en torno a aquel planeta: siete de ellos fueron etiquetados como fríos y probablemente desiertos, mientras que otros dos figuraban como probables instalaciones militares. No había naves militares visibles en el radio de ocho horas luz que se podía ver en el visualizador.

—La instalación del cuarto mundo está activa y ha sido etiquetada como militar —informó el consultor de reconocimiento—. Se han encontrado activos dos combatientes menores cerca de la base con un retardo de cuarenta y un minutos.

Geary movió bruscamente la cabeza a ambos lados y miró al sistema de visualización del planeta congelado. Seguían sin tener ninguna imagen en tiempo real de la zona cercana a la base síndica, pero hacía cuarenta minutos allí había dos naves síndicas. *Hace menos de diez minutos que hemos llegado al sistema, así que seguirán sin vernos durante media hora. Para entonces, ya estaremos mucho más cerca de ellos.*

—¿La identificación de esas naves síndicas es precisa? ¿Estamos seguros de lo que son? —inquirió Geary.

Desjani frunció el ceño, probablemente porque estaba recapitulando la información de su propia nave.

—¿Las identificaciones de las naves cercanas a la base? Sí, capitán Geary. Tanto el tipo como la identificación de clase son seguros. El modelo es aproximado —informó Desjani.

—¡Toma ya! —Desjani miró a Geary como preguntándose a qué venía aquello y él le respondió señalando al visualizador—. En mi época llamábamos a estas cosas corbetas de níquel.

—¿Níquel? —preguntó Desjani.

—Sí. Como las monedas. Son útiles, pero si hay que usarlas no duran mucho. Esas naves ya se habían quedado medio obsoletas cuando... —Geary fue aminorando el tono de sus palabras, porque no estaba seguro de cómo referirse a su aparente deceso en la batalla acontecida hada un siglo—. Cuando combatí por última vez —aseveró finalmente.

Desjani pegó un resoplido de asombro.

—Esa clase de naves no la había visto nunca. Supongo que esas corbetas se debieron de dejar aquí porque era más fácil abandonarlas en manos de las autoridades locales de Corvus que utilizarlas —aventuró Desjani.

—Es probable —coincidió el capitán.

Por un momento, Geary se imaginó a sí mismo en esa base síndica o en esas naves a medida que la flota de la Alianza empezaba a salir por el punto de salto. Si la edad de esas naves síndicas era indicativa, a efectos del mapa general de la guerra, se podía afirmar que este sistema era absolutamente irrelevante. Habían pasado décadas, como poco, desde que Corvus había dejado de participar en el conflicto bélico entre la Alianza y los síndicos, excepto por su obligación de seguir pagando impuestos y de enviar esporádicamente cierto número de jóvenes adultos en edad de combatir. Durante unos pocos minutos más, o tal vez unas pocas horas más, seguirían pensando que eran irrelevantes. Sería entonces cuando empezarían a ver como iba llegando la flota de la Alianza, como se iban haciendo visibles una nave tras otra en los observatorios síndicos. Y todavía seguirían sin creérselo durante unos minutos, ¿o no? No se creerían que lo que estaba llegando era la guerra misma, en forma de una fuerza que entraba en su sistema de manera súbita y avasalladora.

El mando de comunicaciones de la flota volvió entonces a la vida.

—Capitán Geary, aquí el comandante Zeas, de la *Agresiva*. Nos encontramos en el radio de tiro de un emisor de radar activo cuyo objetivo está puesto en el punto de salto.

—Aquí Geary. Elimínenlo. —Geary miró a Desjani—. Ya sé que esto es solo una ayuda de navegación, pero es probable que esté enviando informes de contacto a esa base.

—Estoy de acuerdo —aceptó Desjani—. Con todo, los informes estarán viajando a la velocidad de la luz, así que no llegarán antes de que establezcan contacto visual con nosotros desde la base.

—Cada minuto es importante. ¿La base está mandando algún tipo de emisión de sensores activos? —Geary examinó el visualizador incluso a pesar de que estaba preguntando, sabedor de que la respuesta tendría que estar por ahí en alguna parte.

—No señor. —Desjani le indicó los datos adecuados tomados sobre el terreno—. ¿Se esperaba algo así?

—No. —A Geary casi le molestó la pregunta, pero después le encontró su punto divertido—. Incluso en mi época primitiva resultaba obvio que el radar tardaría el doble de tiempo en identificar algo como un sensor visual, ya que la cadencia del radar tiene que ir y volver, mientras que la luz del sensor solo tiene que recorrer esa distancia una vez.

La diferencia en tiempo era insignificante sobre la superficie de un planeta pero cuando el tamaño del campo de batalla se medía en horas luz, importaba bastante.

Desjani tragó saliva de manera patente.

—No quería en modo alguno faltarle al respeto...

—Lo sé —la tranquilizó Geary—. También sé que me he quedado anticuado en un montón de cosas, así que prefiero que siga dando por sentado que no conozco nada. Estaremos más seguros de esa manera y, sinceramente, capitana, me fío de usted aun a sabiendas de que conoce mi falibilidad.

—Sí señor. —Desjani sonrió abiertamente—. Usted ya conoce la confianza que tanto mi tripulación como yo hemos depositado en usted.

Esta vez, Geary trató de no hacer ninguna mueca. Para cambiar de tema, se limitó a asentir con la cabeza mirando hacia el visualizador.

—Ojalá esto no durase tanto. Es una pena que no podamos hacer microsaltos a una velocidad superior a la de la luz dentro de los sistemas de estrellas —musitó Geary.

—Sí. La espera siempre ha sido lo más difícil para mí —confesó Desjani—. Podemos ver al enemigo, sabemos dónde está, pero quedan todavía unas cuatro horas y media antes de que podamos acercarnos lo suficiente a esa base del cuarto mundo y reducirla a cráteres.

—Se podría ir más rápido —respondió una voz. Tanto Desjani como Geary se dieron la vuelta y vieron que la copresidenta Rione había llegado al puente de mando del *Intrépido*. Rione miró directamente a Geary—. ¿O no es así?

Geary se encogió de hombros, tratando de ignorar la expresión de desdén que veía en el rostro de Desjani con el rabillo del ojo.

—Podríamos. Pero no quiero —sentenció Geary.

—¿Por qué no? —Rione caminó hacia delante y se sentó en una silla vacía

destinada a los consultores, abrochándose el cinturón con unos movimientos cuidadosamente precisos.

—Porque, entre otras cosas, las naves de esta flota están ya a una media de una décima de la velocidad de la luz. Estamos en el espacio normal y por tanto sujetos a las normas que rigen aquí. Eso significa que cuanto más rápido vayamos, peores serán los efectos de la relatividad. —Rione lo miró, esperando abiertamente a que se explicase más en profundidad y dejando que Geary se preguntase una vez más cuánto sabría la copresidenta en realidad y hasta qué punto lo estaba poniendo a prueba—. Para decirlo de la manera más simple posible, nuestra perspectiva de todo lo que hay fuera de esta nave se distorsiona cada vez más cuanto más rápido vayamos.

Viajando a una décima de la velocidad de la luz, seguimos teniendo la posibilidad de hacernos una idea de lo que hay fuera con cierta precisión. Si nos acercamos a la velocidad de la luz, cada vez es más complicado saber dónde está todo en realidad. Ahora mismo ya tengo suficientes problemas tratando de imaginarme dónde está ubicado el enemigo y hacia dónde van sus naves. Lo último que me haría falta ahora sería tener que averiguar también dónde están mis propias naves.

Rione movió la mano hacia el visualizador.

—Tenía entendido que estas cosas ofrecían imágenes que compensaban los efectos de la relatividad cuando era necesario —repuso la copresidenta.

La capitana Desjani, cuyo rango a bordo del navío parecía estar en peligro una vez más, tomó la palabra para responder a Rione.

—Señora copresidenta, los sistemas pueden compensar con bastante precisión los efectos de la relatividad en esta nave porque sabemos qué es lo que está haciendo esta nave. Pero, en lo que a las demás naves se refiere, los sistemas solo pueden proporcionar una estimación de lo que observan. La imagen que tenemos de la otra nave llega distorsionada y con retraso y las subsiguientes correcciones tienen una precisión variable. La imagen que obtenemos podría diferir significativamente en función de dónde esté ubicada la otra nave y del punto en el que se encuentren sus vectores de velocidad y ruta en cualquier momento.

Si Rione tenía más preguntas, estas quedaron aplazadas por el observatorio de comunicaciones.

—Capitana Desjani, hemos recibido una orden de detenernos por parte de las fuerzas de defensa síndicas del interior del sistema.

Desjani, por supuesto, miró a Geary. El capitán frunció el ceño, con la mirada fija en el visualizador.

—Eso sí que ha sido rápido. Corríjame si me equivoco, pero en estos momentos esa base del cuarto planeta solo puede haber establecido contacto visual con la primera nave de la flota que ha salido por el punto de salto —adelantó Geary.

—Estoy de acuerdo. —Desjani recorrió el puente de mando con la mirada—. Esa

señal debe de proceder de una fuente síndica situada a unos quince minutos luz del punto de salto. Encuéntréala —les ordenó a sus consultores.

Aquello solo les llevó unos pocos momentos, gracias a que la flota se encontraba bastante desperdigada. Usando la marcación a partir de la cual se había recibido la señal síndica en diferentes naves, muy separadas unas de otras, se pudo localizar fácilmente la fuente. Los sensores de espectro completo se centraron en ese punto y finalmente descubrieron un pequeño objeto.

—Es minúsculo —informó el consultor de comunicaciones—. No es una nave. Ni un objeto tripulado tampoco. Se estima que la fuente de la señal es un asistente automatizado de gestión de tráfico.

—¿Por qué no lo habíamos descubierto antes? —preguntó Desjani.

—Parece que lleva ahí mucho tiempo, señora. Los efectos de la erosión y el paso del tiempo son muy visibles en él. Los barridos preliminares pensaron que se trataba muy probablemente de un escombros antiguo que se desplazaba a la deriva por el sistema.

Geary, que no pudo evitar pensar en lo mucho que aquello describía a la perfección el último siglo de su propia existencia, se frotó el mentón mientras estudiaba el visualizador. La nave más cercana al objeto, el crucero *Ferviente*, se encontraba a menos de un minuto luz de allí. Esa cosa tal vez no esté equipada con artillería, pero podría tener material que a la base síndica le pudiera resultar de ayuda para seguirnos el rastro. También podría tener capacidad de autodestrucción, lo cual podría dañara cualquier nave que se acerque demasiado a ella. Más vale prevenir que curar.

Ferviente, aquí el capitán Geary a bordo del *Intrépido*. Deshágase de esa cosa —ordenó Geary.

El capitán tuvo que esperar casi dos minutos hasta que llegó la respuesta.

—*Ferviente*, señor, sí, señor. Eliminada. —Geary observó su visualizador, sabedor de que en el mejor de los casos tardaría varios minutos en comprobar que el *Ferviente* había volado el satélite.

—¿Debemos contestar a la señal, capitana Desjani? —insistió el consultor de comunicaciones.

Desjani volvió a mirar a Geary.

—Debo enviar un informe a la base —concluyó.

—Sí. El informe llegará algo después de que establezcan contacto visual con nosotros, supongo. —Geary pensó bien en el problema, consciente de que estaba poniendo en marcha una serie de acontecimientos y decisiones que tendrían que irse ejecutando durante varias horas a partir de entonces. El capitán trató de no pensar en la cantidad de vidas del sistema *Corvus* y de su flota que dependían de lo que decidiera ahora.

—Capitana Desjani —dijo Geary con cautela, pensando de nuevo en los defensores sorprendidos del sistema Corvus—. Por favor, informe a las autoridades síndicas de que estamos aquí para aceptar su rendición. Haga llegar esa orden a través de todo el sistema.

Desjani le lanzó una mirada de asombro y de decepción.

—Hasta ahora, todo apunta a que hay pocas defensas en ese lugar y lo que tienen se ha quedado irremisiblemente anticuado. No resultará difícil derrotarlos.

—No. Pero conseguiremos de ellos muchos más suministros y recambios utilizables si se rinden pacíficamente que si tenemos que obligarles a que se sometan. Es más, tal vez podamos convencerles de que su contribución sea más generosa si piensan que así conseguirán evitar que machaquemos todo lo que hay en este sistema —razonó Geary.

—¿No es mejor asegurarse de que su capacidad de resistencia queda eliminada? —inquirió Desjani.

—No. —Geary meneó firmemente la cabeza—. A los Mundos Síndicos les da igual perder recursos en este sistema, pero para la Alianza todas las naves que resulten dañadas y la munición que se gaste aquí sí que supone algo. Nos irá mejor si ganamos sin pelear. Si emitimos una exigencia de rendición ahora, habrá llegado a todos los puntos del sistema una media hora después que nuestra presencia sea detectada. Tendrán tiempo de darse cuenta de que nuestras fuerzas son muy superiores a las suyas, les dará tiempo también a asustarse de verdad, y eso solo con que les llegue nuestra exigencia.

Desjani seguía pareciendo decepcionada pero se abstuvo de expresar otros argumentos que pudiera tener en la recámara. Unos pocos minutos más tarde, el *Intrépido* transmitió el mensaje mientras la flota de la Alianza seguía cayendo hacia el corazón del sistema a una décima de la velocidad de la luz.

Geary observó su visualizador, deseando que el tiempo y la distancia transcurriesen a una velocidad mayor. La base síndica ya debería haberse percatado de la presencia de la flota de la Alianza, pero incluso si las corbetas de níquel se empezaban a mover de inmediato, el *Intrépido* no iba a ser capaz de ver ese movimiento hasta dentro de otros diez minutos. Geary se concentró en sus propias naves, tratando de descifrar la maraña de vectores de movimiento para evaluar cómo de bien estaban recuperando la formación. A juzgar por lo difícil que le resultaba interpretar sus movimientos, las naves no debían de estar haciéndolo todo lo bien que deberían. De acuerdo, la velocidad a la que circulaba la flota hacía que el reposicionamiento fuera más difícil, pero aun así las naves parecían estar haciendo un trabajo muy pobre individualmente a la hora de colocarse en formación.

—El comandante síndico ha respondido a nuestra exigencia de rendición —refunfuñó la capitana Desjani.

—De acuerdo. —Geary comprobó la hora y confirmó que la respuesta a su exigencia de rendición debía de haber sido enviada con gran presteza. El capitán tardó aún un momento en escoger el botón adecuado, pero al final logró verse cara a cara con la imagen de un hombre mayor vestido con un uniforme impecable hasta denotar obsesión, pero usado, de oficial de la clase directiva de los síndicos.

El directivo síndico tragó saliva de manera palpable, pero entonces meneó la cabeza y trató de mostrar un aspecto resuelto.

—A través de este mensaje hacemos acuse de recibo de su comunicación. Su solicitud debe ser denegada. No tengo permiso para ofrecer la rendición de ninguna fuerza o instalación que se encuentre dentro de este sistema. Fin de la comunicación.

Oh, por... Geary exhaló un aliento exasperado.

—¿Qué nuestra exigencia debe ser denegada? ¿Está de coña? Parece que piensa que le hemos pedido que nos conceda un baile —rezongó Geary.

—En unas pocas horas más echaremos abajo su cuartel general con él dentro —rugió Desjani.

—Tal vez. Hasta entonces, no hay razón alguna para que no intente hacer que ese idiota entre en razón. —Geary casi sonrió al ver el gesto de Desjani—. No se preocupe, no le voy a andar rogando.

—No quería...

—No se preocupe. Permítame que envíe esta comunicación de manera personal. —Geary hizo una pausa para ordenar sus ideas y después tecleó la secuencia de comandos correspondiente—. Aquí la flota de la Alianza, capitán John Geary al mando, entrando en el sistema Corvus. Hemos venido a aceptar su rendición —anunció Geary, sin olvidar lo irónica que resultaba su exigencia después de que el director ejecutivo de los síndicos hubiera usado prácticamente las mismas palabras para dirigirse a él hacía unas semanas—. Como puede observar a través de nuestros vectores de llegada, venimos del sistema interior síndico. Nuestro trabajo allí ha concluido por ahora. —Geary trató de insuflar la cantidad adecuada de arrogancia victoriosa a aquella afirmación engañosa. Si el comandante síndico pensaba que aquello significaba que la Alianza había destrozado el sistema interior síndico, tal vez sería más fácil intimidarlo—. Esperamos de todas las fuerzas militares y locales de los Mundos Síndicos que depongan las armas, desactiven los sistemas defensivos y abandonen cualquier forma de resistencia. Debería resultarles obvio que tenemos fuego de artillería más que suficiente para obligar al cumplimiento de nuestra exigencia y que cualquier resistencia por su parte será inútil. Niéguese a rendirse y enseguida verá cómo su decisión acarrea la muerte inmediata e inútil de sus defensores y un buen número de daños a las instalaciones del interior de su sistema. Espero que en su siguiente mensaje acepte ofrecer su rendición.

El capitán se echó hacia atrás y miró a Desjani, tras lo cual se encogió de

hombros.

—Si eso no funciona con él...

—Una lanza infernal sí que lo hará —completó Desjani.

—Eso. Si llega a este extremo. —Geary frunció el ceño mirando al visualizador—. Sigue sin haber movimiento de corbetas hasta hace diez minutos. Interesante. Se están limitando a mantener la misma posición en su órbita relativa con respecto a la base síndica.

—Quizá estén planeando emplearlas como parte de la defensa perimetral de la base —sugirió la capitana.

—Eso sería terriblemente estúpido, dejar colgadas las naves en posiciones de defensa estática, incluso aunque no les superásemos en número de una manera tan enorme. —Geary estudió el mapa de situación—. Creo que hay otra razón pero...

—¡Crucero síndico detectado orbitando en torno al cuarto planeta! —anunció la unidad de reconocimiento.

—¿Solo uno? —Geary observó el informe entrante. No reconocía la clase de crucero ligero de que se trataba, pero el sistema lo identificaba como un modelo con un diseño obsoleto—. ¿Son ciertas estas especificaciones?

Una docena de personas que se encontraban en el puente de mando se apresuraron a comprobarlo. Desjani contestó por todos ellos.

—Sí, señor.

—Vaya. ¡Mire qué sistema de propulsión tiene esa cosa! ¿Por qué habrán metido tanta capacidad de propulsión en un crucero ligero? Desjani frunció el ceño, estudiando los datos.

—No sabemos. No se ha podido encontrar el modelo y, además, solo se sabe de él por lo que cuentan algunas fuentes de la Inteligencia. Según parece, solo se construyeron unos cuantos de ese tipo y, si se los vio en el campo de batalla, los archivos que poseemos no lo dejaron reflejado.

Geary asintió como ausente, pensando en si podía darse el caso de que la única razón por la que no hubiese quedado constancia del aparato en los archivos fuera que la fuerza de la Alianza que hubiese tenido que lidiar con uno de ellos hubiera acabado hecha pedazos. Con todo, aquel crucero ligero no tenía un gran arsenal armamentístico. Tan solo poseía aquel enorme y alucinante sistema de propulsión. *Con un poco de suerte, no tendré que preocuparme de averiguar con qué intenciones se diseñó. Si el comandante síndico se rinde, ya se lo podré preguntar a alguien. Si no es así, ese crucero acabará convertido en un montón de escombros flotantes después de que le metamos tantos tiros que acabe pareciendo un colador.*

—El crucero y las corbetas siguen dando vueltas alrededor del planeta. Es una señal esperanzadora.

—Eso los convierte en objetivos más fáciles, de todos modos.

Había transcurrido una hora más cuando se recibió la respuesta del comandante síndico.

—Efectúo acuse de recibo de su última comunicación —precisó el directivo con uniforme usado—. Las instrucciones de combate de la flota síndica prohíben la rendición en su artículo siete. El artículo nueve exige la defensa de todas las instalaciones militares de la manera más enérgica posible. El artículo doce estipula que no hay situaciones excepcionales para los artículos siete y nueve. Por ende, debo denegar su petición de nuevo.

Geary se quedó mirando aquella imagen durante un buen rato.

—¿Cómo puede ser tan estúpido? —se preguntó en voz alta.

La copresidenta Rione le respondió:

—Es un burócrata, capitán Geary. Mírele. Escúchele. Su *modus vivendi* se basa en hacer cumplir las leyes independientemente de que tengan o no sentido. —A juzgar por su tono de voz, Rione ya se había topado con más gente de ese tipo de la que podría desear.

Geary casi soltó una risotada ante lo absurdo de todo aquello. Un burócrata. Un tipo que probablemente se ha pasado toda su carrera asegurándose de que cada letra de cada instrucción dispuesta hace décadas y a años luz de allí se cumplían a rajatabla, hasta el último subepígrafe. El tipo de tíos que se creen que la observancia de la norma más insignificante importa más que cualquier otra cosa. ¿Quién si no acabaría al mando de un sistema al que se suponía que la guerra no iba a llegar nunca? ¿Quién si no querría mantener ese mando año tras año sumido en el mismo vacío?

En ese momento a Geary le volvió a la mente la realidad de lo que la insistencia pétrea del burócrata que invocaba el cumplimiento de las instrucciones de combate de la flota síndica, artículos siete, nueve y doce podría provocar. Iba a tener que cargarse a unos cuantos súbditos de este chupatintas para forzar una rendición. *Cabrón.*

Geary pulsó los botones de su intercomunicador con avidez.

—Este es un mensaje para el comandante síndico del sistema Corvus. No le queda más opción que rendirse. Si nos obliga a destruir sus defensas, puede dar por sentado que me esforzaré al máximo para asegurarme de que usted sufre el mismo destino que su personal del frente de batalla. —Geary cortó la conexión y se giró hacia la capitana Desjani—. Haga que su personal de comunicaciones intente filtrar mensajes directamente a las corbetas y al crucero indicándoles que aceptaremos su rendición. —Desjani dejó entrever un gesto de desaprobación por un momento, pero acabó asintiendo con la cabeza y dio la orden correspondiente. *Date un respiro, Tanya Desjani. Machacar a gente que no tiene posibilidades de vencer no reporta gloria alguna.*

Aún quedaban tres horas para que la flota se acercase lo suficiente a la base como

para comprometer a sus defensas. Los ojos de Desjani se dirigieron a la parte del visualizador en la que se podían ver los cruceros de batalla reunidos alrededor del punto de salto y a Geary no le costó mucho leerle el pensamiento. Las naves de Duellos y Tulev iban a poder disfrutar de un baño de sangre, pero según parecía el *Intrépido* se iba a tener que conformar con aceptar la rendición de unas pocas naves anticuadas. Desjani no estaba muy contenta con aquel asunto.

La flota de la Alianza se adentró aún más en el sistema Corvus, mientras que las naves iban dirigiéndose con una amplia variedad de velocidades y precisión a las posiciones que se suponía debían ocupar en relación con el buque insignia. Por su parte, las imágenes con retardo de las corbetas síndicas titubeaban en torno a su base y el crucero ligero síndico parecía seguir orbitando alrededor del cuarto mundo. Geary observaba todos estos movimientos con una irritación cada vez mayor. Trató de apuntar qué naves de la Alianza se estaban quedando a la zaga a la hora de desplegar sus movimientos y adoptar su posición en la nueva formación, pero no tardó mucho en darse cuenta de que acabaría antes si se fijaba en las naves que estaban ejecutando la orden con relativa velocidad. La cosa era bastante sencilla: había demasiados rezagados como para llevar la cuenta de todos ellos, mientras que eran lamentablemente muy pocos los que lo estaban haciendo bien.

Se suponía que las unidades a la cabeza de la flota de la Alianza estaban recreando una formación que debía parecerse a un rectángulo enorme, con la parte plana mirando hacia el enemigo. Del mismo modo, también se suponía que la parte principal de la flota debía de estar formando un rectángulo aún más grande detrás del anterior; mientras que, tras ellos, deberían venir las naves de apoyo y sus escoltas, dispuestas en forma de cubo al fondo del todo. A cada lado debería de haber dos cubos más pequeños para realizar tareas de cobertura que permitiesen defenderse ante las hipotéticas acciones del enemigo en aquellas zonas.

En lugar de todo aquello, a Geary le parecía más bien que las naves de la Alianza eran un enjambre enmarañado que, a ojos de cualquiera, tenían más aspecto de una simple cuña distorsionada con el lado más grueso mirando hacia el enemigo.

En ese momento sonó una alarma y empezaron a encenderse símbolos en el visualizador. Geary contuvo la respiración al observar como el *Intrépido* se hacía eco de la presencia de naves síndicas saliendo por el punto de salto. Naves modernas que se movían a toda prisa. Geary notó un subidón de adrenalina, pese a que sabía que estaba observando acontecimientos que habían tenido lugar hacía diez minutos. Igualmente, fuera cual fuera la defensa por la que hubiesen optado sus cruceros de batalla, aquello también habría sucedido hacía diez minutos.

Geary apenas tuvo tiempo para percatarse de la presencia de un escuadrón de naves de caza asesinas síndicas en formación alrededor de un único crucero pesado antes de comprobar que el fuego concentrado de corto alcance de los cruceros de

batalla de Duellos y Tulev reducía a cenizas a las naves de caza asesinas. Unos momentos después, los ataques de la Alianza se cebaron con las defensas del crucero pesado y lo acribillaron antes de que pudiera siquiera lanzar unos pocos disparos, que fueron rápidamente absorbidos por las cortinas defensivas de los cruceros de batalla. Justo a continuación empezaron a llegar informes procedentes de estos con la confirmación de lo que Geary ya había podido ver con sus propios ojos en el visualizador.

El capitán permaneció a la espera, pero no llegó nada más después de los informes de las primeras naves. Se trataba de una fuerza prescindible, enviada por si acaso la Alianza había continuado su huida y no se había preocupado de defender la salida del punto de salto.

Prescindible. Geary siempre había pensado que se trataba de una palabra fea y un concepto aún más feo. Según parecía, los síndicos no compartían esa sensación.

Alrededor de él había aflorado un aluvión de vítores en el puente de mando del *Intrépido* al observar cómo la pequeña fuerza síndica era masacrada. Aquel sonido le ponía a Geary de los nervios y aquello provocó que tuviera que buscar algo sobre lo que verter su ira. Acto seguido, el capitán volvió a pulsar los botones del cuadro de mandos.

—Se ordena acelerar movimientos a las unidades que todavía no hayan adoptado la formación estándar de ataque de flota Alfa Seis —comunicó Geary.

Desjani miró a Geary con sorpresa, pero ocultó con rapidez su reacción. No era nada de lo que el capitán del *Intrépido* se tuviera que preocupar. Como buque insignia, era la unidad con respecto a la que todas las demás naves tenían que colocarse. El *Intrépido* era el que facilitaba la referencia de posición al resto en el momento de dar la orden.

—¿Cree usted que esas eran todas las naves de persecución a alta velocidad que tenían? —preguntó Desjani con una velocidad tal que Geary sospechó enseguida que su intención real era cambiar de tema.

¿*Cómo cojones voy a saberlo?*, quiso responder Geary. En lugar de eso, se quedó un momento pensando en la respuesta.

—Eso creo. Si fueran a enviar más, ¿qué razón habría para que espaciaran sus momentos de llegada? —Geary hizo una leve pausa—. Con todo, no era una fuerza demasiado grande. Tendrían que haber sido capaces de colarla por el punto de salto justo a tiempo para que nos fuera pisando los talones.

—Y llegaron más de una hora después que nosotros. —Desjani parecía estar cavilando, posteriormente asintió con la cabeza—. En un principio dudaron pero al final acabaron mandaron un pequeño comando por si acaso nos pillaban desprevenidos.

Dudaron. Eso es. Geary asintió con la cabeza.

—Mandaron algo para poder contarles a sus superiores que habían seguido persiguiéndonos con todos los medios. Lo suficiente como para que pareciera serio, pero nada lo bastante grande como para que les importase perderlo. —Lo que sí debió de ser lo suficientemente horrible para los tripulantes de esas naves fue que a sus jefes no les importase perderlos a ellos.

—Exacto. La vida humana no les importa nada en absoluto. —La capitana Desjani miró directamente a los ojos de Geary, con voz rotunda.

—Punto para usted. —*Tendré que acordarme de no juzgar erróneamente a la capitana Desjani. Todo lo que hace está fundamentado en lo que ella entiende como buenas razones.* Geary se mordió el labio mientras estudiaba el visualizador. Si esas eran todas las naves de persecución a alta velocidad de los síndicos, podía ordenar que los cruceros de batalla se reincorporaran al resto de la flota. Pero también cabía la posibilidad de que los síndicos hubieran espaciado deliberadamente las oleadas de persecución para que los defensores pensaran erróneamente que no iban a mandar a nadie más durante un buen rato. Con todo, esos cruceros de batalla ya se encontraban a diez minutos luz del resto de la flota. Diez minutos de desfase para recibir mensajes. Diez minutos de desfase que impedían que Geary supiese siquiera si aquellas naves se encontraban en problemas en estos momentos. Estaba, además, como poco a una hora de distancia para facilitarles cualquier ayuda que pudieran precisar.

—Capitán Duellos, capitán Tulev, al habla el capitán Geary. Bien hecho. Por favor, reincorpórense a la flota con la mayor celeridad posible. Ordenen que sus naves adopten las posiciones asignadas dentro de la formación estándar de ataque de flota Alfa Seis —ordenó Geary.

Duelos y Tulev tardarían diez minutos en recibir el mensaje. En ese momento tendrían que poner en marcha sus naves a toda velocidad y comenzar su particular caza para reincorporarse a la flota. Les llevaría unas cuantas horas reunirse con la formación.

Con todo, parecía que los cruceros de batalla se iban a posicionar en formación antes que ningún otro, porque, en lugar de colocarse en los rectángulos ordenados, la flota de la Alianza parecía estar apresurándose en engordar aún más el extremo de la cuña que encaraba la base síndica.

¿Qué cojones está pasando aquí? Geary volvió al visualizador, tratando de ver si se estaba dejando algo al fijarse en los detalles en lugar de en el mapa de situación global. No. Seguía sin tener sentido. Tan solo las unidades más lentas como la *Titánica* parecían estar en sus posiciones asignadas. Y la maltrecha *Titánica* no tenía elección, ya que se debía limitar a cruzar lentamente el sistema al abrigo de los acorazados más rápidos.

Poco a poco Geary se fue dando cuenta de que la *Titánica* se hallaba

preocupantemente desprovista de compañía.

—¿Dónde están las naves que se suponía que escoltaban de cerca a la *Titánica*? —Geary volvió a mirar hacia el mapa de situación—. Todas las naves de apoyo que acompañan a la flota se han quedado sin escoltas. ¿Dónde cojones están las escoltas de las naves auxiliares? —Nadie en el puente de mando del *Intrépido* abrió la boca para responder.

Geary había evitado explotar verbalmente contra la mayoría del resto de naves de la flota por su lentitud a la hora de formar ya que no estaba seguro de si lo que hablaba era el criterio profesional o el mal genio. Sin embargo, volver a la formación debería haber sido una maniobra que a las escoltas asignadas les debería de haber resultado relativamente rápida y fácil. Si se hubieran dirigido a sus posiciones, en estos momentos ya deberían estar situados en ellas. Parecía un gran descuido... Un descuido, ¿o era otra cosa? Geary volvió a mirar a la ruta hacia la que se estaban desviando las naves de su flota. Después, su vista volvió a posarse sobre las dos corbetas síndicas.

Geary tardó en caer en la cuenta, pero finalmente lo hizo.

—¡Que nuestros antepasados nos asistan! —imploró el capitán. Desjani se quedó mirándolo, claramente preguntándose si aquel arrebató impreciso se refería esta vez a su propia nave.

—¿Capitán Geary? —preguntó Desjani.

Geary se limitó a concentrarse en el visualizador, tratando de controlar la rabia y la voz antes de hablar. Finalmente, señaló a los movimientos de las naves de la Alianza.

—Esos... estúpidos... no están poniéndose en formación porque están tratando de colocarse en la primera línea de fuego para cuando entremos en contacto con esas corbetas. —Ahora que se daba cuenta de lo que había estado ocurriendo parecía obvio, el modo en el que toda la formación de la Alianza se había ido estrechando hacia el lugar en el que la flota iba a proceder a interceptar las corbetas síndicas. La mayoría de la flota de Geary había abandonado o ignorado las posiciones asignadas y las obligaciones estipuladas dentro de la estrategia superior de ataque para poder tener una cuota de gloria cuando las corbetas fueran aniquiladas por una fuerza tan masivamente superior como aquella.

Desjani se quedó mirándolo como si tuviese dudas de si hablar o no, pero al final tomó la palabra.

—La agresividad es la primera...

—¡Agresividad! —la interrumpió Geary—. ¿Así llama usted a esto?

—A por el enemigo —afirmó Desjani, y a Geary de nuevo le sonó como una cita—. Esa fue una de las últimas órdenes que se dieron en Grendel.

Desjani observó a Geary, sabedora de que el capitán había identificado

rápidamente la referencia.

Y vaya si lo recordaba, tanto que de nuevo tuvo que intentar no permitir que aflorasen sus emociones. Después de todo, aquella batalla que se había librado un siglo atrás en el sistema estelar de Grendel para él no había sucedido hacía mucho más de un mes. Su nave había perdido la comunicación con el resto de las unidades del convoy en plena batalla con los sáindicos. Pero antes de que se perdiera, una de las últimas órdenes que había dado a su propia nave, pero que se habría escuchado también por toda la red de mando, había sido: «A por el enemigo».

—No me está diciendo en serio que... que...

Desjani asintió con la cabeza, en un gesto que ahora irradiaba orgullo. Orgullo de sí misma, de la flota, y de Geary.

—Es nuestra primera regla de combate en la flota de la Alianza. Ser agresivo. No dudar nunca, no quedarse atrás nunca. A por el enemigo, como ordenó *Black Jack Geary* hacía tiempo —declaró Desjani, con el rostro refulgente.

Geary tenía ganas de agarrarla por los brazos y zarandearla. ¡Idiota! ¡Panda de idiotas! ¡Esa no es una solución universal para cualquier situación táctica!

—¡Por todos los antepasados de todos los tripulantes de esta flota, capitana Desjani, la disciplina es tan importante como la agresividad! Con unas pocas fragatas bastaría para eliminar esas corbetas. Iba a enviar un único escuadrón para que lo hiciera —reveló Geary.

—¡Ellos saben que están luchando bajo la atenta mirada de *Black Jack Geary*, señor! ¡Quieren demostrarle lo buenos que son! —exclamó Desjani.

—¡No lo son! ¡Están actuando como una banda sin preparación ninguna! ¡Están ignorando mis órdenes! —Geary se mordió la lengua para no decir a continuación lo que se le estuviese pasando por la cabeza. Desjani y el resto de miembros de la tripulación del *Intrépido* lo miraban como si acabase de abofetear a Desjani—. Miren, la agresividad es algo estupendo cuando llega su momento, pero si no se combina con tácticas inteligentes y se coordina con ellas para generar acciones disciplinadas, es un pasaporte al desastre.

El orgullo de Desjani se tornó en obstinación.

—A nosotros nos ha servido, señor. La flota de la Alianza está orgullosa de su espíritu de lucha —replicó la capitana.

En lugar de volver a disparar otra respuesta áspera, Geary inspiró profundamente. Sí, os «ha servido» de cojones. No hay ni que preguntar por qué la flota ha perdido tantas naves. No hay ni que preguntar por qué la flota se abalanzó sobre el cebo que habían tendido los sáindicos y acabó al borde de la destrucción. Y encima habían estado haciendo ese tipo de cosas a partir de una visión completamente distorsionada de la propia filosofía de Geary. No sé siquiera si debo sentirme culpable o no. ¿Es culpa mía que el ejemplo de *Black Jack Geary* que siguen tan ciegamente no se

corresponda ni se haya correspondido nunca con la realidad?

Cambiar esto me va a llevar tiempo. No puedo decirles sin más que se equivocan. Si lo aceptasen, acabaría con su espíritu de lucha. Si no, no cambiarían, y mi propia autoridad sería aún más débil que ahora mismo.

Geary asintió con un cuidado intencionado en dirección a Desjani.

—El espíritu de lucha es inmensamente importante, capitana. Por lo que he podido ver, la flota de la Alianza tiene motivos para sentirse orgullosa de su espíritu de lucha. —Desjani sonrió, aparentemente aliviada por las palabras de Geary. Al echar un vistazo a su alrededor, Geary comprobó que había expresiones similares en los rostros del resto del personal del puente de mando—. Pero tenemos que aplicar ese espíritu adecuadamente, para estar seguros de que conseguimos infligir... —*¿cuál es el término adecuado?*—... el mayor daño posible al enemigo. Es como apuntar con una pistola para asegurarse de que se acaba abatiendo al objetivo. —Geary señaló a su visualizador—. Ahora mismo, esta flota no está apuntando todo lo bien que debería—. *Y me llevo el premio al eufemismo del siglo*—. Tenemos que trabajar esas cosas.

Pero hasta cuando estaba articulando la última frase, Geary pudo ver que las naves de vanguardia de la flota de la Alianza estaban acelerando por encima de la décima de la velocidad de la luz, abandonando así toda pretensión de mantener una especie de formación y abalanzándose una tras otra hacia el objetivo que se pretendía destruir: las dos corbetas síndicas. Para su sorpresa, las imágenes de alrededor de la base síndica, que ahora llegaban con un desfase de cinco minutos, mostraban que las corbetas no habían intentado huir todavía. En lugar de eso, seguían manteniendo una posición de bloqueo no demasiado alejada de la base síndica. Geary seguía intentando averiguar si eran valientes, estúpidos o si simplemente el miedo les había paralizado, cuando la razón última se hizo evidente: desde la base se lanzaba una nave mensajera que salía acelerando a toda pastilla. Los síndicos estaban tratando de mandar un informe a través de uno de los puntos de salto que había alrededor de Corvus. *Me pregunto qué artículo de qué instrucción de combate de la flota síndica ordena el envío de un informe; se preguntó Geary amargamente. Ese idiota que está al mando no lo haría si no se especificase nada concretamente en ese sentido.*

Los elementos de vanguardia de la flota de la Alianza seguían acelerando por encima de la velocidad a la que podían apuntar certeramente a las naves enemigas. *Ya está. Ya va siendo hora de que intente reconducir este desajustado.* Geary pulsó con el pulgar el botón que activaba las comunicaciones.

—Al habla el capitán Geary. Se ordena a todas las unidades de la flota de la Alianza que regresen a sus puestos en la formación. Todas las unidades deben reducir su marcha lo necesario para asegurarse de no estar sobrepasando el límite de una décima de la velocidad de la luz. —A Geary le reventaba tener que dar esa orden en

plena batalla, un momento en el que los comandantes de cada nave deberían tener la flexibilidad necesaria para modificar la velocidad en función de las circunstancias de combate, pero al capitán no se le ocurría otra manera de frenar la afluencia de naves que se agolpaban para dar alcance a las corbetas síndicas.

—Se ordena a las naves del tercer escuadrón de fragatas que entren en combate con las corbetas síndicas. Se ordena que cualquier unidad que se encuentre en posición de interceptar la nave mensajera realice todos los esfuerzos necesarios para detenerla —exigió Geary.

El capitán hizo una pausa, esperando a ver qué ocurría, consciente de que, por el momento, no podía hacer nada más. Todavía tardaría unos minutos en saber si esta vez alguien sí lo estaba escuchando.

Al menos ahora estaba comprobando que los cruceros de batalla habían emprendido el camino de vuelta. No iban a alcanzar a los elementos rezagados de la flota hasta dentro de tres horas, pero al menos estaban haciendo lo que se les había ordenado.

Durante los siguientes quince minutos se pudo ver que algo más de la mitad de las naves de la Alianza que se cernían sobre las corbetas síndicas comenzaban tímidamente a seguir las órdenes de Geary. Por desgracia, como algunas naves reducían la velocidad y otras seguían acelerando, se desvaneció cualquier atisbo de orden y concierto en el seno de la flota de la Alianza. El borde de vanguardia de la cuña se había convertido en una mancha retorcida que impedía determinar a ciencia cierta en qué posición se encontraban un buen número de naves con respecto a la del propio Geary.

Las unidades más periféricas de la flota de la Alianza se reflejaban en el visualizador con un centelleo casi propio de una luz estroboscópica a medida que sus saltos de un lado a otro se iban actualizando en las imágenes que llegaban al *Intrépido* con el retardo de rigor. Parecía como si casi una veintena de naves de la Alianza se hubieran juntado y estuviesen intentando acelerar para interceptar la nave mensajera síndica. Por alguna razón insondable, la *Orión*, que estaba muy lejos de cualquier zona de interceptación posible, había lanzado unos cuantos espectros cuyo objetivo era impactar contra la mensajera, a pesar de que la distancia y las velocidades relativas eran demasiado grandes como para esperar tener opción alguna de conseguir dar en el blanco.

Además, la posición del crucero ligero síndico había variado enormemente en el momento en el que el *Intrépido* finalmente pudo verlo acelerando a toda pastilla hacia la flota de la Alianza. *¿Qué está haciendo? No se encuentra en posición de ayudar a defender a esa nave mensajera.* La mancha que componía ahora mismo la flota de la Alianza se había estrechado en tres direcciones: un brazo fino que se dirigía hacia arriba y hacia el lado de la senda de la mensajera, otra masa de naves más grande que

seguía su camino hacia las corbetas síndicas y su base, que ahora ya se encontraba a menos de una hora de cualquier contacto, y por último un nubarrón de naves cada vez más grande en la retaguardia, donde ciertas unidades de la Alianza se estaban colocando finalmente en sus posiciones de formación. El crucero ligero síndico, después de haber bordeado el cuarto planeta, parecía estar acelerando gracias a la fuerza de su inconmensurable sistema de propulsión, como queriendo pasar por encima de la retaguardia de la mancha que representaba a la Alianza en el visualizador.

Geary se quedó mirando allí, intentando comprender qué pretendía aquel crucero ligero. La estimación de velocidad y los vectores de dirección del navío de guerra síndico seguían pegando saltos mientras este superaba la décima de la velocidad de la luz sin dejar de acelerar. Según parecía, también estaba modificando su trayectoria ligeramente una y otra vez, de tal modo que mientras las naves de la Alianza recibían las observaciones retardadas y distorsionadas por los efectos de la relatividad, la posición «compensada» del crucero también saltaba de un punto a otro, de la misma forma que la previsión de su ruta también saltaba continuamente en el espacio. Solo había dos cosas que parecían seguras. Que el crucero seguía acelerando y que seguía dirigiéndose hacia la flota de la Alianza.

¿Por qué? Si se está limitando a huir, ¿por qué hacerlo a través de la flota de la Alianza? ¿Cómo está pensando enfrentarse a nosotros? Con lo que se está acercando y lo rápido que está yendo; pasará a la altura de nuestras naves a toda pastilla sin saber muy bien dónde están, lo mismo que nuestras naves no sabrán muy bien dónde está él. Incluso con ese sistema de propulsión que tiene; para cuando sea capaz de decelerar hasta lograr la velocidad de combate estará...

—¡Mierda! —Geary ni siquiera se percató de la reacción a su súbita blasfemia en el puente de mando del *Intrépido*. *Debí haberlo visto. Debí haberme imaginado esto hace tiempo. Una nave construida con tanta capacidad de propulsión debe de haber sido creada para un tipo de ataque especial.* Geary gesticuló hacia la zona general de su visualizador en la que la representación del crucero síndico centelleaba aquí y allá.

Va a por la *Titánica* —murmuró Geary.

—¿Qué? —La capitana Desjani siguió el movimiento de Geary con un gesto de sorpresa—. ¿Cómo es posible? Nunca será capaz de imaginarse dónde está la *Titánica* yendo a esa velocidad.

—¡La han diseñado para eso, capitana Desjani! ¡Debí haberme dado cuenta en el momento en el que la vi! —Geary volvió a señalar al visualizador con el dedo, dibujando un arco a través de la parte frontal de la flota de la Alianza para acabar en la *Titánica*—. Su excepcional capacidad de propulsión le permite acelerar rápidamente hasta adquirir una velocidad lo suficientemente alta como para que los efectos de la relatividad hagan que resulte casi imposible apuntarle con precisión,

joder. Una vez que haya conseguido atravesar la barrera de las unidades defensivas, que no serán capaces siquiera de apuntarle de una manera medio decente, se dará la vuelta y usará la misma fuerza de propulsión para frenar lo justo como para situarse a una velocidad que le permita enfrentarse con garantías a los objetivos más débiles que, hasta entonces, hubieran estado protegidos por los buques de guerra.

Desjani soltó un gruñido al estudiar la situación en el visualizador.

—Que nuestros antepasados me perdonen. Va a alcanzar la máxima velocidad cuando horade nuestras unidades de vanguardia. Tendremos muy pocas oportunidades de darle a no ser que seamos capaces de determinar exactamente cuál será su ruta —arguyó Desjani.

—¡No podemos! ¡No podemos predecir su ruta porque no sabemos exactamente dónde se encuentra ahora mismo! —Geary hizo una pausa y después mostró los dientes—. Pero lo que sí sabemos exactamente es hacia dónde se dirige.

—¿A por la *Titánica*. —Las manos de Desjani se movieron entre los mandos y apareció un cono enormemente estirado, con el extremo más ancho centrado en la zona donde los sistemas de la nave preveían que se encontraba ahora el crucero síndico—. Aquí. Si ese crucero se dirige hacia la *Titánica* y tiene que decelerar hasta adquirir una velocidad lo suficientemente baja como para obtener datos que le confieran una alta probabilidad de impacto sobre la *Titánica* al pasar por el punto en el que la tenga a tiro, tendrá que empezar a frenar más o menos por aquí, lo que significa que interceptará la ruta de la *Titánica* aquí. —El dedo de Desjani señaló al lugar en el que el cono se encogía hasta hacerse tan estrecho como la cabeza de una aguja.

Geary asintió con la cabeza, sintiendo un brote de alegría momentáneo. Esa era la razón por la que los síndicos no habían construido más naves como aquel crucero ligero: una vez que se descubriera cuál era su objetivo, las naves escolta que se encontrasen detrás del núcleo central de la flota podrían interceptarlas antes de que lo alcanzasen. Pero la euforia de Geary se desvaneció con rapidez en cuanto estudió la zona que rodeaba la ruta trazada por Desjani. *No hay nada en posición de detener a ese crucero. Los escoltas de la Titánica siguen estando demasiado alejados y preocupados por dar caza a esas inútiles corbetas, los escuadrones de reserva están desperdigados por todas partes y la Titánica se ha quedado todavía más atrás porque la flota la ha ido dejando a la zaga al acelerar tanto.*

Y el comandante de ese crucero ligero síndico había sido lo suficientemente inteligente como para ver qué estaba ocurriendo y para descubrir que la *Titánica* era el talón de Aquiles de la flota de la Alianza. *Más listo que yo*, admitió Geary. *Ahí hay un muy buen tripulante. Una pena que tenga que emplearme a fondo para liquidarlo o liquidarla.*

Lo primero que había que hacer era asegurarse que el crucero ligero tenía alguna

otra cosa de la que preocuparse.

—Se ordena a todas las naves de los escuadrones de crucero ocho y once que persigan al crucero ligero síndico. —Aquello sería, con mucho, más naves de las que harían falta, pero Geary no podía adivinar cuántas naves de esos escuadrones se encontrarían lo suficientemente cerca del crucero síndico como para que pudieran convertirse en una preocupación para el enemigo. Posiblemente ninguna de aquellas naves estaría en condiciones de atrapar al crucero antes de que este diese caza a la *Titánica*. pero si Geary conseguía que aminorase la velocidad, tal vez podrían tener algo que decir—. Se ordena a todas las demás naves que, si consiguen tener al crucero ligero a tiro, se enfrenten directamente a él.

Geary dedicó un instante a revisar la situación de las corbetas. Una vez que habían finalizado su misión de protección de la nave mensajera, habían dado media vuelta y habían emprendido la huida. Geary meneó la cabeza. *Son demasiado lentas y han esperado demasiado*. Había naves de la Alianza a menos de media hora de ellas y aquellas corbetas no aceleraban una mierda.

—Capitana Desjani, por favor informe a esas dos corbetas de que si no se rinden inmediatamente serán destruidas con total seguridad —ordenó Geary.

—Sí, capitán Geary. —Esta vez, Desjani se guardó sus pensamientos para sí.

Más arriba y hacia un lateral, la nave mensajera síndica había tenido que confiarse a la velocidad y a la falta de certeza derivada de los efectos de la relatividad para adelantar a las naves de la Alianza que se abalanzaban sobre ella. Con todo, un destructor de la Alianza había aprovechado su posición privilegiada con respecto a la mensajera y se había deslizado hacia la ubicación del enemigo para ejecutar una interceptación perfecta. Geary solo tuvo un momento para darse cuenta de que no le había ofrecido a la mensajera una oportunidad para rendirse antes de que el destructor abriese fuego proyectando lanzas infernales sobre la ruta de la nave enemiga. La mensajera se abalanzó entonces sobre la cortina de proyectiles, que se clavó sobre las finas defensas de la nave síndica. Los motores de la mensajera saltaron por los aires y la nave entera se desvaneció al reducirla la explosión a pequeños pedazos. *Una pena. Buena interceptación, no obstante. ¿Quién era ese destructor? La Estocada, una de las naves de clase espada. Tendré que acordarme de ella.*

—Una de las corbetas ha comunicado su rendición —anunció el consultor de comunicaciones del *Intrépido* con un tono de voz inquebrantable.

—Dígale... —Geary revisó el visualizador apresuradamente— a la *Audaz* que proceda a abordar la corbeta y que se asegure que queda desprovista de cualquier cosa que podamos usar. —El capitán se detuvo un momento, pensando en lo mal que le habían obedecido hasta ahora, y a continuación se puso a pulsar botones—. A todas las unidades de la flota de la Alianza, al habla el capitán Geary. He aceptado personalmente la rendición de la corbeta síndica PC-14558. —Desjani se quedó

mirándolo, con los ojos como platos. Geary evitó su mirada, con los ojos clavados de manera obstinada sobre su propio visualizador. Le acababa de decir a todo el mundo que la corbeta rendida se encontraba de manera efectiva bajo su protección personal desde ahora mismo. Era una medida extrema, pero tenía la desagradable sensación de que, de no haberlo hecho así, ni siquiera una nave rendida podría considerarse a salvo de un ataque por parte de sus comandantes, para los que el exceso de entusiasmo era una norma generalizada.

Geary volvió la vista de nuevo hacia los cruceros de batalla que se encontraban lejos, mirando a popa, y deseó por un instante poder teletransportarse de alguna manera y ponerse a la altura de la *Titánica*. para después buscar con la mirada al crucero síndico.

Cuando lo encontró, se dio cuenta de que la nave enemiga estaba penetrando a toda velocidad por la línea de vanguardia de las naves de la Alianza.

Geary se quedó observando aquello con una sensación de impotencia mientras las naves de la Alianza que se encontraban más cerca del crucero síndico se mostraban incapaces de interceptarlo. Todas ellas fracasaron en su intento, una a una, mientras la velocidad del crucero se incrementaba hasta sobrepasar una quinta parte de la velocidad de la luz, lo cual confundió a los sistemas de apuntado de la Alianza con tanta eficacia que sus predicciones comenzaron a equivocarse irremisiblemente una y otra vez. Hubo unos pocos espectros que pasaron cerca del crucero en su intento por interponerse en su camino. Pero todos ellos quedaron atrapados en una caza de popa merced a su baja velocidad relativa, por lo que los espectros acabaron envueltos en llamaradas de luz nada más entrar en contacto con las defensas del crucero síndico, que solo tenía que disparar hacia su retaguardia, al saber que cualquiera que le estuviese persiguiendo vendría por la parte de popa.

Ahora todo el mundo miraba a Geary. No decían nada, pero Geary sabía lo que estaban pensando. *¿Qué hacemos, Black Jack? ¿Cómo nos va a sacar de este lío?* No en vano, el capitán sabía que estaban seguros de que, de un modo u otro, podía sacarlos de allí. Idiotas. Si seguían ejecutando despliegues tácticos tan horrorosos, ¿cuánto iba a tardar Geary en quedarse sin soluciones?

Mierda y más mierda. El comandante síndico ha descubierto el punto más débil de esta flota. Si perdemos la *Titánica*, nuestras posibilidades de regresar a casa caen en picado. Y ni siquiera tiene que destruirla. Le basta con ralentizarla un poco más para que nos veamos en la diatriba de tener que esperarla mientras llega la flota síndica principal que sin duda sabe que viene detrás de nosotros, o abandonar una nave que es necesaria para esta flota.

No, la *Titánica* es solo uno de los puntos más débiles de esta flota. El otro es la falta de disciplina que llevó a las escoltas de la *Titánica* a abandonar sus responsabilidades. No puedo hacer nada para que nuestra flota deje de depender tanto

de la *Titánica*, pero lo que puedo hacer, y vaya que si puedo, es reinstaurar la disciplina dentro de esta flota.

Si tengo la oportunidad.

Los ojos de Geary desfilaban a uno y otro lado del visualizador, haciendo oídos sordos a las predicciones imprecisas del sistema de combate sobre la posición exacta y el vector del crucero síndico. En su lugar, el capitán optó por dejar que fueran sus instintos los que juzgaran las opciones que tenían los distintos acorazados de la Alianza de interceptar al crucero síndico antes de que pudiera llegar a la altura de la *Titánica*. En medio de todo esto, Geary apenas se había apercebido de que la segunda corbeta síndica había sucumbido a la avalancha de lanzas infernales de la Alianza que cayó sobre ella. El capitán comprobó que se trataba de la corbeta que había intentado huir en lugar de rendirse al tiempo que se daba cuenta de que, de hecho, sí que había un navío que seguía estando lo suficientemente alejado en la retaguardia como para ofrecerse a interceptar al crucero síndico.

El Intrépido.

Ese crucero podría ser un kamikaze. Por fuerza, el Intrépido debería ser capaz de interceptarlo fácilmente, pero si el crucero enemigo decide chocarse contra el Intrépido o acercarse lo suficiente y autodestruirse, podría perder mi buque insignia. Incluso aunque el crucero no quiera chocar contra nadie, su capacidad de ver lo que tiene delante con el tiempo suficiente como para reaccionar en consecuencia está seriamente mermada a causa de su velocidad. El mero hecho de intentar interceptarlo podría provocar una colisión tan brutal como para aniquilar ambos navíos.

Le prometí al almirante Bloch que llevaría a esta flota a casa con la llave hipernética. No puedo arriesgar el Intrépido.

Pero si no arriesgo el Intrépido, hay grandes posibilidades de que pueda perder la Titánica.

Sin embargo, tanto Bloch como Desjani afirmaban que la llave hipernética a bordo del Intrépido es más importante que todo lo que hay en esta flota.

En ese momento el recuerdo de una leyenda muy antigua atravesó fugazmente la mente de Geary. Era el mito de un héroe que, en su intento por volver a casa después de una guerra larga, fue perdiendo sus naves una a una y a sus perseguidores uno a uno, hasta que solo quedó él. La leyenda relataba que aquel había sido, en cierto modo, un triunfo. Pero Geary no podía evitar tener una visión del *Intrépido* volviendo renqueante al espacio de la Alianza, solo, mientras los restos de las demás naves de la Alianza, abandonadas a su suerte y destrozadas por el camino, enturbiaban el peregrinar de vuelta a casa.

Y sabía que una cosa así no sería ni mucho menos un triunfo para él.

Y aunque lo fuese, sigue siendo un precio demasiado alto.

Además, ¿cuánto tiempo continuará siguiéndome esa gente si los dejo colgados y permito que mueran?

Geary volvió a fijarse en la gente que lo rodeaba, observándolo, y se dio cuenta de que mientras en su interior había estado debatiéndose en medio de todas aquellas cavilaciones, en el exterior no habían transcurrido más que un par de segundos.

—Capitana Desjani, quiero que el *Intrépido* elimine ese crucero sándico antes de que tenga a la *Titánica* a su alcance —ordenó Geary.

Desjani sonrió abiertamente mientras el resto de tripulantes del puente de mando entonaban vítores de alegría.

—Será un placer —apuntó la capitana.

—Es muy rápido y es bueno, capitana Desjani. No le dé ninguna opción. Tenemos que asegurarnos de que queda destruido y solo vamos a disponer de un cartucho para ello —advirtió Geary.

—Sí, señor —asintió Desjani.

A la orden de la capitana Desjani, el *Intrépido* saltó hacia adelante, arqueándose arriba y abajo al alcanzar la máxima aceleración. Hasta el propio Geary sintió una oleada de excitación al comprobar cómo la nave se abalanzaba sobre su presa. Geary se quedó observando la maniobra porque no quería que sus órdenes a la tripulación pasasen por alto la autoridad de Desjani, pero no pudo evitar sentir miedo de que Desjani no fuese capaz de interpretar correctamente la ruta del crucero sándico. Si pasaban de largo el crucero, el tiempo que les haría falta para dar la vuelta y volver a por él bastaría para condenar a la *Titánica*.

Con todo, Desjani estaba jugando sus cartas de manera inteligente. Geary observó la ruta por la que estaba conduciendo a su nave y se dio cuenta de que la capitana estaba haciendo oídos sordos a las estimaciones del sistema de combate. En lugar de eso, estaba conduciendo al *Intrépido* hacia un punto de interceptación situado bastante adelante dentro de la ruta que el crucero habría de seguir para tener a la *Titánica* a tiro. A la velocidad que llevaba el crucero sándico, probablemente no iba a ser capaz de ver la maniobra del *Intrépido* hasta que fuera demasiado tarde como para reaccionar. A no ser que ese comandante sándico sea capaz de adivinar que el *Intrépido* va a maniobrar para interceptarlo. ¿Pero, incluso así, qué van a hacer? Si alteran su ruta no van a pasar lo suficientemente cerca de la *Titánica* como para poder atacarla. Si ralentizan la marcha para desbaratar la previsión de trayectoria, el resto de mis naves podrán acercarse lo suficiente como para lanzar tanta artillería sobre la ubicación general del crucero que, por fuerza, algo tiene que acabar impactando contra él. Y tampoco pueden acelerar más porque no serían capaces de frenar lo suficiente para entrar en velocidad de combate a tiempo para disparar a la *Titánica* manteniendo una esperanza razonable de impactar contra su objetivo.

O eso espero.

Geary se quedó observando el visualizador a medida que el *Intrépido* describía un arco descendente hacia el punto en el que se cruzaba con la ruta prevista del crucero síndico y notó una extraña punzada de camaradería con quienquiera que estuviese al mando de la nave enemiga. Era obvio que sabía cómo pilotar una nave y tenía una tripulación bien preparada. ¿Cuánto tiempo habían permanecido allí, en el exilio del sistema Corvus, a la espera de que se diese la muy improbable casualidad de que una fuerza de la Alianza llegase hasta aquellos lares? Qué fácil habría sido dejar correr las cosas, dar por sentado que nunca tendrían que enfrentarse a una situación de combate, permitir que la nave y la tripulación se deteriorasen poco a poco. Pero no, quienesquiera que fuesen los que estaban allí dentro no habían dejado correr las cosas, habían mantenido su nave y su tripulación en plena forma y los esfuerzos habían estado a punto de dar sus frutos. Tal vez todavía pudieran dar sus frutos.

La estimación de posición del crucero síndico volvió a saltar.

—Va a tener que empezar a frenar en cualquier momento —apuntó Desjani.

Geary asintió con la cabeza.

—¿Cree que ya nos ha visto? —preguntó el capitán.

—No parece probable, señor. Tiene sistemas de combate antiguos. Ya tendrán bastante con todas las naves que tienen alrededor y con tratar de compensar las distorsiones que les producirá la relatividad a la velocidad a la que van. Pero, incluso aunque nos vea, no podrá pasar por encima de nosotros —prometió Desjani con voz mesurada.

—Lo sé.

Desjani sonrió con fiereza ante la sencilla declaración de confianza en ella de su capitán, pero siguió sin apartar la vista del visualizador de combate mientras hacía descender al *Intrépido* sobre el crucero atacante. Geary frunció el ceño. El *Intrépido* tendría que ser capaz de impactar en el crucero enemigo, pero teniendo en cuenta las velocidades combinadas de su buque insignia y del crucero síndico, ambos se cruzarían en un solo instante sin que hubiera opción de que los sistemas de apuntado pudieran hacer su trabajo adecuadamente. ¿Se habría dado cuenta de eso Desjani? ¿O estaba tan preocupada por alcanzar al enemigo que no se había dado cuenta de lo que iba a ocurrir? ¿Debía decirle algo? ¿Desautorizarla acaso delante de su tripulación?

Los caminos de las dos naves seguían convergiendo mientras la distancia que separaba al *Intrépido* del crucero síndico seguía disminuyendo a una velocidad extraordinaria. Finalmente, Geary se aclaró la garganta.

—Capitana...

Sin embargo, Desjani alzó una mano, con la palma mirando hacia Geary y la mirada aún incrustada en el visualizador de combate.

—Lo sé, capitán Geary.

Geary no estaba ni por asomo tan seguro de eso como ella, pero siguió guardando

silencio. Era consciente de que aquel era uno de esos momentos en los que o se deposita toda la confianza en alguien o se demuestra delante de todo el mundo que no se confía para nada en ese alguien. Y, a sus ojos, Desjani le parecía una persona perfectamente válida.

Por eso trató de aparentar que confiaba en ella mientras, en su fuero interno, rezaba a todos sus antepasados para que Desjani supiera lo que estaba haciendo.

—Ahora debería de estar frenando. —La capitana Desjani comenzó a disparar una serie de órdenes que hicieron que el *Intrépido* girase sobre sí mismo de tal modo que su sistema de propulsión principal quedó mirando hacia delante—. ¡Ahora! —En el interior del *Intrépido* se pudo notar una fuerte sacudida al empezar sus propulsores a reducir la velocidad, a la par que la estructura de la nave rechinaba por la tensión a la que estaba siendo sometida. El propio Geary sintió aquella presión oprimiéndole con fuerza en su asiento. Entonces un ruido agudo y estridente invadió el interior del *Intrépido* mientras los amortiguadores inerciales de la nave luchaban por mantener la tensión a la que estaba sometido el navío y la tripulación dentro de unos límites tolerables.

La ruta prevista del *Intrépido* variaba con rapidez a medida que se cernía sobre la trayectoria que debía de estar siguiendo el crucero sándico para enfilarse el camino que lo conduciría hasta la *Titánica*.

Aún más cerca. Geary trató de tragar saliva sin que se le viera.

Los ojos de Desjani estaban clavados en el visualizador.

—Si está frenando, debería ponerse por debajo de las dos décimas de la velocidad de la luz para iniciar las hostilidades con la *Titánica*. —La imagen del crucero sándico, que ahora se encontraba a solo segundos luz de allí, una distancia que, en términos de combate naval, permitía estar lo más cerca posible de la información en tiempo real, parecía estar muy cerca de la trayectoria que Desjani había previsto—. Preparen la metralla para dispararla de manera secuencial a medida que crucemos el camino previsto para el crucero —ordenó Desjani—. Carguen campos de anulación y recargas.

El *Intrépido*; que seguía frenando al máximo, atravesó en diagonal la ruta por la que se preveía que iba a pasar el crucero sándico y, en ese momento, cada uno de los lanzadores de metralla empezó a eyectar a su paso los pequeños proyectiles en una secuencia separada por intervalos de escasos milisegundos.

—Disparen cuatro espectros, dos a estribor y dos a babor —siguió ordenando Desjani.

Los misiles salieron disparados y fueron frenando cada cual más lejos que el anterior a causa de la distorsión que los efectos de la relatividad producían en sus estimaciones de posición del navío sándico, si bien una vez obtenida la información volvían a acelerar nuevamente hacia el objetivo.

Desjani hizo una pausa.

—Disparen los campos de anulación.

Geary observó en el visualizador cómo se disparaban aquellas enormes bolas brillantes que representaban la carga del campo de anulación partiendo de la retaguardia del *Intrépido* en dirección a la parte de atrás de la trayectoria actual del crucero síndico.

De repente, el crucero enemigo estaba ya allí. Las escalas de alcance se desplomaban a una velocidad increíblemente rápida a medida que el crucero estrechaba la distancia que le separaba de su objetivo. O bien seguía sin ser consciente de las maniobras del *Intrépido* o bien seguía confiando en su velocidad para pasar por encima del último defensor de la *Titánica*. Aunque aquello era algo que Geary se debía haber figurado, sabedor de que por aquel entonces el crucero tenía que estar inmerso en plena operación de frenado, al capitán todavía le sorprendió comprobar que lo que estaba observando era la popa del crucero síndico utilizando su inmenso sistema de propulsión para ralentizar la marcha.

Una amalgama de luces comenzó a chisporrotear en cuanto el crucero se dio de bruces contra la cortina de metralla. Cada uno de aquellos chisporroteos correspondía al momento en el que uno de los pequeños proyectiles esféricos impactaba contra los escudos del crucero y se evaporaba al instante. La acumulación de impactos logró frenar al crucero como si estuviera atravesando con dificultad una serie de paredes de ladrillo, por no mencionar que, poco a poco, sus escudos delanteros se fueron viendo gravemente debilitados. Geary observó el visualizador. Mientras rechinaba los dientes, no pudo evitar pensar en que aquella deceleración adicional probablemente estaba desbordando la capacidad de compensación de los amortiguadores inerciales del crucero, lo cual tendría unos efectos inevitables para la propia tripulación enemiga. Sin embargo, eran muchas las vidas de la flota de la Alianza que se habían embarcado en la empresa de detener al crucero síndico. *No puedo permitir que el destino de la tripulación del crucero enemigo afecte a mis decisiones. Y, ¡qué coño!, ha sido una labor de interceptación muy bien ejecutada.*

—Muy buen trabajo, capitana Desjani —la felicitó Geary.

El rostro de Desjani se sonrojó por la alabanza, pero la capitana mantuvo un tono de voz alejado de toda excitación.

—Todavía no se ha acabado —recordó.

Un momento después, el crucero entró en contacto con el campo de anulación. Después de haberse visto debilitado por los impactos sucesivos de las descargas de metralla, sus escudos quedaron envueltos en llamas y fracasaron en su intento de proteger al crucero. El campo de vacío hizo un socavón en uno de los lados de la nave, lo cual, unido al hecho de que el crucero seguía navegando a gran velocidad, hizo que el ataque en campo enemigo penetrase con la misma facilidad que un

cuchillo en un bloque de mantequilla. El crucero ligero síndico se tambaleó a uno y otro lado de su trayectoria a medida que la embestida de la Alianza iba agrandando la hendidura en pleno casco y en parte del interior. En medio del resplandor de la nube gaseosa, que hasta hacía nada había tenido la forma sólida del crucero, Geary observó con una especie de fascinación enfermiza como el maltrecho buque de guerra síndico pasaba por encima del *Intrépido*. En aquel breve instante, a Geary le pareció ver explosiones secundarias, así como escapes atmosféricos, ya que los compartimentos que se hallaban a buen recaudo en el crucero se encontraban ahora en pleno espacio exterior.

El capitán se preguntaba si el *Intrépido* iba a tener que atrapar al crucero síndico para rematarlo cuando los espectros que habían sido disparados con anterioridad llegaron en diagonal a ambos lados de su objetivo, cuya marcha se había ralentizado ya notablemente. De alguna manera, un sistema defensivo del crucero seguía funcionando y se las apa n  para, con un golpe de suerte, impactar contra uno de los espectros, que comenzó a arder y acabó desapareciendo. El misil que acompañaba al espectro desaparecido comenzó una serie de maniobras evasivas; pero, mientras tanto, los otros dos espectros que había al otro lado hicieron una pirueta y se incrustaron en el casco del crucero.

Las dos explosiones que siguieron simultáneamente enrojearon dos tercios del casco del crucero enemigo y el navío acabó por descomponerse. Momentos después, la porción más pequeña de popa estalló con más estruendo aún y el corazón del navío quedó reducido a la nada más insignificante.

La parte delantera del crucero, que había quedado destrozada y, por ende, inutilizada, se escindió del resto y recibí un nuevo impacto del último espectro que quedaba, lo cual la dej  reducida a un montón de escombros.

Geary se dio cuenta de que el puente de mando del *Intrépido* se había convertido en una nube de vítores. Respir  hondo, observando cómo los restos del crucero síndico se perdían entre la inmensidad del espacio, y finalmente, al apartar la mirada, vio cómo la capitana Desjani lo observaba con un gesto triunfal y una sonrisa de oreja a oreja.

— Por qué no lo celebra, capitán Geary? —preguntó Desjani.

Geary cerró los ojos.

—Nunca me entran ganas de celebrar nada cuando veo morir a gente valiente, capitana Desjani. Era necesario detener a esos síndicos, pero lucharon bien —respondió Geary.

Desjani se encogió de hombros, con la sonrisa todavía en los labios.

—Ellos lo estarían celebrando si las cosas hubieran salido a la inversa —apuntó la capitana.

—Es posible. Pero yo no act o en función de lo que hagan los síndicos. —Geary

asintió mirando hacia el visualizador, no hacia ella—. Su trabajo de interceptación fue soberbio, capitana Desjani. No quedan más combatientes síndicos activos. Me gustaría saber qué piensa usted sobre la posibilidad de mandar cápsulas hacia la zona en la que se encuentran los restos del navío enemigo.

—Sería difícil llegar hasta allí y, además, después del castigo al que hemos sometido a ese crucero no parece muy probable que se haya salvado nada —repuso Desjani.

—Podría haber supervivientes, capitana Desjani —insistió Geary.

Desjani permaneció en silencio durante un momento.

—Veré qué se puede hacer —aceptó.

De nuevo Geary volvía a notar que, a juzgar por su tono de voz, Desjani no estaba muy de acuerdo con aquello, pero la verdad era que no le importaba en absoluto.

La imagen de la coronel Carabali apareció saludando a Geary.

—Mis infantes de Marina están preparados para hacerse con la base síndica, capitán Geary —informó Carabali.

Geary bajó la vista hacia aquel mundo gélido, que en esos momentos se encontraba ya a menos de un minuto luz del *Intrépido*.

—Asegúrese de que sus infantes de Marina saben que queremos causar los menores destrozos posibles durante la toma de la base. Una vez que nos hayamos aprovisionado de aquello que podamos utilizar, destruiremos todo lo que quede que tenga potencial militar, pero quiero asegurarme de que no agujeremos nada que podamos querer para nosotros mismos —advirtió el capitán.

—Se les ha informado que deben tratar de evitar a toda costa que haya daños colaterales, capitán Geary —explicó la coronel.

Geary empezó a preguntarse si aquello garantizaba que fuesen a seguir tales órdenes de forma escrupulosa, pero no quiso ir más allá en sus cavilaciones mentales, así que se detuvo ahí. A no ser que las cosas hubieran cambiado mucho más de lo que Geary se podía imaginar, uno no se preguntaba si los infantes de Marina estaban dispuestos a cumplir órdenes o no. Simplemente se daba por sentado que así era y no había más.

—Muy bien. Ponga sus unidades de desembarco rumbo a la base síndica. La *Arrogante*, la *Ejemplar* y la *Aguerrida* han desactivado las defensas antiespaciales que había cerca de la base y mantendrán sus posiciones por encima de ustedes en caso de que necesiten su fuego de artillería —comentó Geary.

—Gracias, capitán Geary. Mis infantes de Marina pondrán esa base a su disposición inmediatamente. Intacta —añadió la coronel Carabali con un ligero movimiento de labios que podría haber querido ser una sonrisa.

Geary se recostó, frotándose la frente y preguntándose por qué daba la sensación de que las cosas pasaban o demasiado despacio o demasiado deprisa sin que hubiera una transición de facto entre ambos estados. El capitán volvió a mirar al visualizador, en el que se podía comprobar como las naves de la flota que no estaban implicadas en la toma de la base síndica habían reducido su velocidad hasta una vigésima parte de la velocidad de la luz. Como ya no había ningún combatiente enemigo al que hacer frente que les pudiera dispersar, finalmente empezaba a parecer que aquello era una formación. La *Titánica* y el resto de las naves auxiliares de la flota volvían a tener escolta y viraban ligeramente por encima del resto para emprender una ruta directa hacia el punto de salto que emplearían para salir del sistema Corvus dentro de varios días.

Geary frunció el ceño mientras sus ojos continuaban posados en los cruceros de

batalla que seguían haciendo esfuerzos para reunirse con el resto de la flota. ¿Cuánto tiempo me queda en este sistema? ¿Cuánto tiempo habrán tardado los síndicos en reorganizar su flota, en decidir cuánta gente mandar por el punto de salto a perseguirnos, y en atravesar de manera efectiva el espacio de salto? He pasado mil veces por esta situación y siempre llego a la misma conclusión: no hay forma humana de saberlo. Pero, aparte de las fuerzas que dejé en el punto de salto con Duellos al frente; no me atrevo a dejar a nadie más en la retaguardia.

Geary estudió la actividad síndica que quedaba en el sistema Corvus. El capitán sabía dónde se podían ver las señales que indicaban la llegada de su flota gracias a una esfera que se expandía a escala a la velocidad de la luz a lo largo de la representación del sistema. Resultaba curioso pensar que el mundo habitado no tendría conocimiento durante bastante tiempo de la llegada de la flota y la destrucción, horas después, de las tres naves síndicas. La guerra había llegado a Corvus, pero la mayoría de los habitantes del sistema seguirían sumidos en una feliz inconsciencia todavía unas horas más.

Geary no había vuelto a tener noticias del comandante síndico. O aquel hombre estaba rebuscando entre las instrucciones de combate de la flota síndica para saber qué debía hacer a continuación, o había muerto durante el bombardeo preliminar de la base. A juzgar por las bajas en las tripulaciones de los dos navíos síndicos que habían luchado hasta morir inútilmente, Geary no pudo evitar desear que fuera lo segundo.

El capitán manoseó los botones del panel de mandos de su puesto hasta encontrar finalmente el que daba acceso a los informes sobre la base síndica cercana. Algunas de las imágenes parecían confirmar que la base, de hecho, había venido manteniendo almacenes de suministros a disposición de cualquier nave que pasara por allí y pudiera necesitarlos. Y tampoco era descabellado asumir que seguiría habiendo suministros aun en el caso de que la base hubiera sido abandonada, ya que desplazar todo aquel material hubiera supuesto unos costes superiores a los de su propio valor. Además, mantener aquellos suministros a bajísimas temperaturas y a salvo de las inclemencias del tiempo no era un gran problema en mundos como aquel, tan alejados de sus estrellas como para no tener una atmósfera significativa. *Se supone que los almacenes están destinados a abastecer a los buques de guerra síndicos, por supuesto; pero no tengo intención de ponerme quisquilloso en estos momentos. Espero que la comida de la flota síndica sea mejor que la que ponen en la Alianza, pero lo dudo.*

Por todos mis antepasados. Me estoy contando un chiste a mí mismo. Me pregunto si estaré empezando a descongelarme.

Me pregunto si deseo descongelarme.

—Capitán Geary. —El capitán miró hacia atrás y vio que la copresidenta Rione

seguía en su asiento del puente de mando, con el rostro desprovisto de cualquier clase de emoción—. ¿Cree que se ha eliminado toda la resistencia síndica del sistema Corvus?

—No. —Geary gesticuló en dirección al visualizador que había delante de su silla, preguntándose hasta que punto Rione podría ver desde allí—. Como ha podido comprobar, nuestros infantes de Marina se encuentran en pleno proceso de toma militar de la base del cuarto mundo. Hay un par de bases militares alrededor del segundo mundo, el que no está poblado.

—¿Suponen una amenaza para la flota? —inquirió Rione.

—No. Se han quedado obsoletas y están diseñadas para defender el planeta, cuestión en la que no tenemos interés alguno en entrometernos. No pretendo meterme con ellas si puedo evitarlo —respondió Geary.

La capitana Desjani le lanzó una mirada de sorpresa al capitán.

—Debemos eliminar todo el potencial militar síndico existente en este sistema —afirmó.

—Esas fortalezas no suponen ninguna amenaza para nosotros y a los síndicos no les compensaría desplazarlas a ningún otro lado —replicó Geary—. En cambio, para sacarlos de allí tendría que enviar varias naves, malgastar artillería por el camino y preocuparme por el daño que se pudiera infligir a los objetivos civiles del planeta a causa de los pedazos de las fortalezas que consiguieran atravesar la atmósfera.

—Ya veo —asintió Desjani—. No tiene sentido malgastar con ellos nuestros limitados suministros de armas, amén de que usted no desea dividir la flota.

—Exacto. —Geary no dio señales de haber entendido que Desjani no reconocía las bajas civiles como argumento. El capitán vio entonces por el rabillo del ojo que Rione los observaba a ambos atentamente.

La copresidenta hizo un gesto en dirección hacia el visualizador de Geary.

—¿Ha retirado usted las unidades que protegían el punto de salto? —prosiguió Rione.

—Así es. Si pasa algo por ahí ahora mismo, casi con total seguridad será demasiado fuerte como para que mis cruceros de batalla puedan hacer nada contra él y no estoy dispuesto a sacrificarlos ni a ellos ni a ninguna otra nave solo por darme el gusto de darles en las narices a las fuerzas de persecución síndicas —zanjó Geary.

Rione estudió nuevamente el visualizador.

—¿No cree que podrían retirarse lo suficientemente rápido como para reunirse con nosotros? —insistió Rione.

—No, señora copresidenta, no lo creo. —Geary desplazó su dedo por el visualizador mientras seguía hablando—. Como ve, cualquier cosa que salga por el punto de salto probablemente lo hará a velocidad de persecución. Pongamos que a una décima de la velocidad de la luz, la misma a la que íbamos nosotros. Mientras

estaban en guardia, mis cruceros de batalla estaban poniéndose al mismo nivel del movimiento que nos dirigía al punto de salto en el sistema, pero eso mismo era mucho más lento. Aquí los síndicos tendrían una gran ventaja en términos de velocidad, demasiada como para que mis cruceros de batalla o cualquier navío de esta flota no acabaran sucumbiendo a ella y terminaran hechos pedazos.

Desjani había estado siguiendo la conversación en silencio, pero ahora miraba hacia Rione.

—Si tuviéramos algún buque de guerra automatizado, podríamos emplear alguno para esta misión sin arriesgarnos a perder a ningún tripulante. Pero no tenemos nada así —se lamentó la capitana.

Geary frunció el ceño y notó, a juzgar por las expresiones en los rostros de Desjani y Rione, que aquella afirmación traía mucha cola.

—¿Se llegó a proponer eso? ¿Construir buques de guerra completamente automatizados? —inquirió Geary.

—Se llegó a proponer —respondió Rione secamente.

La expresión de la capitana Desjani se volvió más dura.

—En opinión de un buen número de oficiales, obtendríamos numerosas ventajas en situaciones como estas si se aprobase la construcción de naves no tripuladas controladas por dispositivos de inteligencia artificial —apuntó la capitana.

Rione clavó su mirada en los ojos de Desjani.

—En ese caso me temo que tales oficiales están condenados a no ver nunca colmados sus deseos. Uno de mis últimos cometidos antes de abandonar el espacio de la Alianza junto a esta flota fue participar en una votación de la Asamblea de la Alianza concerniente a tal programa. La propuesta fue derrotada ampliamente. Los líderes civiles de la Alianza no están dispuestos a confiar armas y decisiones relativas al empleo de tales armas a dispositivos de inteligencia artificial, especialmente cuando se habla de proporcionar a esos artilugios el control de buques de guerra capaces de infligir un gran daño sobre la población de mundos habitados.

Desjani saltó entonces como un rayo.

—Si se instalaran también dispositivos de inteligencia artificial para vigilar a los primeros...

—Estarían sujetos a los mismos fallos potenciales, por no hablar de su posible inestabilidad y un hipotético desarrollo impredecible de su comportamiento —replicó Rione.

—¡Entonces instalen un control manual! —espetó Desjani.

Rione meneó la cabeza implacablemente.

—Cualquier dispositivo de inteligencia artificial capaz de controlar un buque de guerra sería también capaz de aprender a saltarse ese tipo de controles. Además, ¿qué pasaría si nuestros enemigos descubriesen cómo acceder a este control mediante

experimentos o a través de espionaje? —inquirió Rione—. No me apetece en absoluto otorgarles el control de buques de guerra contruidos con nuestras propias manos. No, capitana, no creemos que se pueda confiar en los dispositivos de inteligencia artificial tanto como para permitirles operar de manera independiente. Le aseguro que la Asamblea no está dispuesta a ceder a este respecto. Ni ahora ni en un futuro que usted ni yo podamos ver.

Desjani, con el ceño fruncido, asintió imperceptiblemente con la cabeza y se dio la vuelta hacia su visualizador.

—De cualquier modo, —continuó Geary, pasando por alto la discusión como si no hubiera tenido lugar—, ahora que nos hemos deshecho de las fuerzas sÍndicas que había en el sistema, voy a amenazar a la población de ese mundo para que nos envíen naves de carga repletas del material que necesitamos. Comida, principalmente. Quizás algunas baterías, si es que podemos adaptar algo del material sÍndico para que funcione con nuestros aparatos.

Un oficial de pelo canoso situado a la derecha de Geary meneó la cabeza.

—No podemos, señor. Están diseñados a propósito para no ser compatibles. Lo mismo que las armas. Pero si logramos hacernos con las materias primas adecuadas, la *Titánica* y la *Genio* pueden fabricar más armas. La *Titánica* puede producir también más baterías, lo mismo que la *Hechicera*.

—Gracias. —Geary trató de mostrarse tan agradecido como en realidad se sentía por aquel resumen tan rápido y directo—. ¿Pueden decirme esas naves qué es lo que necesitan?

—Disponemos de esa información a bordo del *Intrépido*, señor. Suponiendo que las últimas actualizaciones que nos enviaron sean precisas, por supuesto —replicó el oficial.

—¿Se encarga usted de los suministros? —inquirió Geary.

El hombre de pelo gris hizo un saludo torpe, como si hiciese mucho tiempo que no ejecutaba el gesto.

—Ingeniero, señor —rectificó.

—Quiero que se asegure de que sabemos cuáles son las principales prioridades para cada una de esas naves —ordenó Geary.

—¡Sí, señor! —respondió sonriente aquel hombre. Según parecía, para él era todo un honor que Geary le encomendase una tarea.

Geary se volvió hacia Desjani.

—Al menos así me aseguraré de que el tributo que les pedimos a los sÍndicos de este sistema es justo —apuntó el capitán.

La copresidenta Rione se puso en pie y dio un par de pasos para acercarse a Geary y murmurar algo con un tono de voz lo suficientemente bajo como para que solo Geary y Desjani pudieran escucharla.

—Si sus exigencias se miden en función de eso, capitán Geary, estará descubriendo al mismo tiempo a los síndicos cuáles son exactamente sus mayores necesidades —expuso Rione.

Desjani hizo un gesto de disgusto. A Geary también le dio la sensación de que a la capitana el comentario no le había sentado bien, pero tenía que admitir que Rione estaba en lo cierto.

—¿Alguna sugerencia? —repuso Geary, también murmurando.

—Sí —prosiguió Rione—. Incluye alguna exigencia para despistar. Los síndicos no sabrán qué exigencias se corresponden con necesidades reales nuestras y cuáles son artículos de lujo, por así decirlo.

—Buena idea. —Geary esbozó una media sonrisa—. ¿No tendrá por casualidad alguna sugerencia referente a la persona que debería presentar nuestras exigencias a las autoridades locales?

—¿Eso va por mí, capitán Geary? —espetó Rione.

—No quería decirlo de esa manera, señora copresidenta. Pero usted posee las habilidades necesarias y sería estupendo que aceptase prestarse voluntaria antes de que fuese yo quien le encomendase esta labor —apuntó Geary.

—Lo tendré en cuenta. —Rione asintió mirando de nuevo hacia el visualizador de Geary—. Entiendo la mayoría de lo que ha estado sucediendo hasta ahora, pero no tengo ni idea de qué está ocurriendo alrededor de la corbeta rendida.

—La están desmontando para extraer las partes reutilizables —le aseguró Geary. El capitán se preocupó por comprobar la información personalmente y, tras ello, frunció el ceño y la estudió con más detenimiento. Acto seguido le dedicó una mirada inquisidora a Desjani, pero ella le respondió con otra dándole a entender que no veía nada raro, lo cual también molestó a Geary, que se apresuró a hacerse con los mandos de su panel de comunicaciones.

Audaz, ¿por qué todas las cápsulas de supervivencia procedentes de la corbeta síndica se dirigen hacia usted? —inquirió Geary.

La otra nave no se encontraba demasiado lejos de allí, así que la respuesta fue tan rápida que casi pareció llegar en tiempo real.

—Hay materiales de las cápsulas de supervivencia síndicas que podemos reutilizar nosotros, señor. Suministros de reanimación de emergencia y raciones de comida de emergencia, principalmente —explicó el oficial de la nave.

—¿Pretende dejar la corbeta intacta? —insistió Geary.

No es que aquella fuera una gran amenaza, pero Geary no tenía intención de abandonar ningún buque de guerra enemigo operativo tras él, independientemente de si sus sistemas de combate habían sido despedazados o no.

—No, señor —replicó la *Audaz*—. La corbeta será destruida provocando una explosión de energía interna una vez que hayamos acabado de desmontarla.

Geary se quedó a la espera, pero cuando vio que la *Audaz* no decía nada más, volvió a pulsar el botón del intercomunicador.

Audaz, ¿cómo pretende deshacerse de la tripulación de la corbeta? —Geary no quería verse en la obligación de dedicar una nave a transportar prisioneros a la superficie de un planeta o hacia cualquier otra ubicación segura.

—Están en la corbeta, señor. —La voz procedente de la *Audaz* parecía sorprendida ante la pregunta.

Una vez más, Geary siguió a la espera durante un momento para que la *Audaz* acabase de responder a su pregunta. Mientras empezaba a moverse de nuevo hacia el botón del intercomunicador, de repente se dio cuenta con una creciente sensación de pavor en su interior de que la otra nave había terminado de responderle. «¿Cómo pretende deshacerse de la tripulación?» «Están en la corbeta, señor». La corbeta que iba a ser destruida por su propia energía interna.

Geary bajó la vista hacia su mano, cuyo dedo aún pendía sobre el panel de comunicaciones, y comprobó que le temblaba el antebrazo. Se preguntaba qué más partes de su cuerpo estarían reaccionando ante la impresión que le provocaba aquello de lo que acababa de darse cuenta. *Es tan simple como que van a hacer que los prisioneros salten por los aires con su propia nave. Antepasados míos, ¿qué ha pasado con mi pueblo?* Geary buscó con la vista a la capitana Desjani, que estaba hablando con uno de los consultores del *Intrépido* y, al parecer, no se preocupaba demasiado por la conversación que estaba manteniendo el capitán con la *Audaz*. Por su parte, Rione parecía estar sentada detrás de él una vez más, fuera de su campo de visión.

Geary cerró los ojos, tratando de poner en orden sus pensamientos, después los abrió lentamente de nuevo y, finalmente, movió el dedo con gran cuidado para activar el intercomunicador.

—*Audaz*, al habla el capitán Geary. —*Estáis a punto de cometer una masacre, cabrones*—. Devuelvan las cápsulas de supervivencia a la corbeta síndica.

Pasaron unos pocos segundos.

—¿Señor? —preguntó la *Audaz*—. ¿Quiere que destruyamos también las cápsulas de supervivencia? Podríamos reutilizar alguno de sus componentes.

Geary se quedó mirando de frente y retomó la palabra con voz monocorde.

—Lo que yo quiero, *Audaz*, es que se permita a la tripulación de esa corbeta la posibilidad de salir evacuada de esa nave en sus cápsulas de supervivencia antes de la destrucción de la corbeta para que puedan llegar a un lugar en el que poder estar a salvo —explicó Geary—. ¿Ha quedado totalmente claro?

Hubo una pausa más larga.

—¿Se supone que los tenemos que dejar marchar? —preguntó el capitán de la *Audaz* con voz incrédula.

Geary se dio cuenta de que Desjani volvía a clavar su mirada en él. Haciendo caso omiso de aquello, el capitán volvió a intervenir, dejando que cada palabra que salía de su boca lo hiciese lenta y pesadamente como si fuera una cadencia de martilleos.

—Correcto. La flota de la Alianza no asesina prisioneros. La flota de la Alianza no viola el derecho de la guerra —recordó Geary.

—Pero... pero... nosotros...

La capitana Desjani se inclinó hacia el capitán, susurrándole algo con urgencia:

—Los síndicos...

Y entonces Geary perdió los papeles.

—¡Me da igual lo que se haya hecho hasta ahora! —rugió para que se enterasen tanto en el panel de comunicaciones como en el puente de mando—. ¡Me da igual lo que hagan nuestros enemigos! ¡No permitiré que ninguna nave que se encuentre bajo mi mando aniquile a ningún prisionero! ¡No permitiré que se deshonre a esta flota, ni a la Alianza, ni a los antepasados de todos los que están a bordo de estas naves cometiendo crímenes de lesa humanidad delante de las narices de todas estas estrellas que hoy nos rodean! ¡Somos tripulantes de la Alianza y nos vamos a atener a los estándares de honor en los que creían nuestros antepasados! ¿Hay alguna pregunta más?

El silencio fue la tónica reinante en aquel momento. La capitana Desjani se quedó mirándolo, con rostro sorprendido y los ojos delatando su conmoción. Finalmente, llegó una respuesta de la *Audaz*, entre susurros de la voz de su capitán.

—Las cápsulas de supervivencia están de camino hacia la corbeta de nuevo, capitán Geary —informó.

Geary hizo esfuerzos para controlar su tono de voz.

—Gracias —musitó.

—Si quiere que le presente mi dimisión...

—No. —Hacía ya unos cuantos días que Geary no había sentido debilidad alguna, pero parecía que una nueva oleada de flaqueza amenazaba con apoderarse de él ahora. El capitán trató de resistirse sin tener que recurrir a un parche de medicamentos—. No estoy al corriente de todo lo que nos ha conducido a esta situación. No tengo ninguna razón para pensar que usted no ha desempeñado sus obligaciones como creía que debía hacerlo. Pero debo poner énfasis en la necesidad de que cualquiera de las violaciones del derecho de la guerra que hayan tenido lugar hasta ahora deben cesar de inmediato. Somos la Alianza. Tenemos honor. Si nos aferramos a eso, venceremos. Si no lo hacemos... no merecemos vencer.

—Sí, señor. —Resultaba difícil adivinar, a juzgar por la voz del capitán de la *Audaz*, qué era lo que pensaba realmente de lo que le había dicho Geary, pero al menos estaba haciendo lo que se le ordenaba.

Geary se desplomó sobre la silla, con la sensación de que durante los últimos minutos había envejecido de golpe todo ese siglo que se había pasado durmiendo. La capitana Desjani miraba al panel de mandos, con gesto atribulado. *Es una buena oficial. Como el capitán de la Audaz. Es solo que no los han llevado por el buen camino. En algún punto de todo este camino se han ido dejando de lado un montón de cosas importantes.*

—Capitana Desjani...

—Señor. —Desjani tragó saliva y meneó la cabeza—. Disculpe que le interrumpa, señor; pero, mientras usted hablaba con la *Audaz*, los infantes de Marina han enviado un informe notificando que han tomado la base síndica y ahora mismo se encuentran ejecutando operaciones de aprovisionamiento.

—Gracias, capitana Desjani. Lo que quería decirle era que...

—Señor. Los infantes de Marina han hecho prisioneros a la mayor parte de la guarnición de la base —prosiguió la capitana.

Geary asintió con la cabeza, tratando de comprender por qué Desjani seguía interrumpiéndolo.

—El resto de la flota ha escuchado lo que le ha dicho usted a la *Audaz*. Con todo, los infantes de Marina podrían no haber estado controlando el intercomunicador que ha estado usando usted con la *Audaz* —explicó Desjani.

Ahora ya lo pillaba. Prisioneros. Montones de ellos. Y la capitana Desjani, independientemente de que estuviera de acuerdo con Geary o no, iba a seguir interrumpiéndolo hasta que se diese cuenta de lo que bien podría estar pasando en esa base.

—Póngame con la coronel Carabali —exigió Geary.

—Por alguna razón no está disponible por el intercomunicador, señor, pero tenemos la posibilidad de acceder a una señal de vídeo y audio procedente de la red de mando y supervisión de las fuerzas de tierra —ofreció Desjani.

—¡Conécteme a eso ya! —El visualizador de Geary parpadeó y la proyección tridimensional de las naves y del sistema de la estrella *Corvus* dejó paso a un panel compuesto de al menos treinta imágenes diferentes colocadas una junto a otra en columnas verticales. Geary tardó un momento en darse cuenta de que lo que estaba viendo eran imágenes de vídeo de lo que probablemente se correspondía con la visión de los distintos líderes de las fuerzas de asalto de la Infantería de Marina. Al acercarse a una de ellas como si fuera a tocarla, la imagen se hizo más grande y dejó al resto de imágenes a un lado. Geary tocó otra y tanto aquella como la primera imagen se ajustaron de tal forma que ambas adquirieron el mismo tamaño, mientras que el resto de imágenes seguían minimizadas alrededor de ellas, listas para ser activadas en cualquier momento. *Vaya. Este sí que es un buen juguete. Me pregunto cuántos comandantes se habrán puesto a jugar con él y habrán acabado perdiendo*

de vista la situación general.

Geary escaneó las imágenes con los ojos, buscando señales de prisioneros o cualquier indicación que no dejase lugar a dudas de que representaba un enlace al comandante de la fuerza de asalto. Sus ojos se detuvieron en una imagen, en la que se podía ver como un arma que escupía postas grandes y sólidas horadaba un buen número de agujeros sobre el muro de metal de un pasillo con una fuerza tal que la pared acabó combándose. Un buen número de símbolos atravesaban una y otra vez la imagen y, a continuación, Geary pudo ver como un brazo hacía gestos dentro del ángulo de visión para que, seguidamente, los infantes de Marina avanzaran a toda prisa con un aspecto poco humano bajo esa armadura de combate. Dos de ellos lanzaron una especie de metralla hacia el lugar del que procedían los disparos que habían impactado contra la pared y, acto seguido, un tercero apuntó con un tubo enorme y disparó contra él.

La visión se tambaleó. Los infantes de Marina siguieron avanzando a toda velocidad, mientras la imagen que veía Geary seguía vibrando producto de la carrera que se estaba echando junto a los demás hombres quienquiera que estuviese emitiendo aquella señal. A continuación doblaron la esquina y enfilaron una cuesta abajo por un pasillo largo que tenía una especie de puesto de seguridad al final del todo. Geary esperaba ver una escena de devastación masiva después del impacto provocado por lo que quiera que hubiese lanzado aquel tubo enorme, pero en su lugar lo que vio fueron cuerpos desperdigados enfundados en armaduras distintas a las de los infantes de Marina. *¿Será algún arma de aturdimiento? Supongo que los infantes de Marina la emplearon porque tenían orden de reducir al máximo el daño colateral en estas instalaciones. Lo cual puede querer decir que esos soldados síndicos siguen vivos.*

Esta idea le hizo volver a centrarse en su misión. El capitán rebuscó de nuevo entre las imágenes y finalmente se dio cuenta que había una que mostraba una especie de sala amplia o hangar en la que se veía una gran multitud de gente. Al tocar la imagen, su tamaño se incrementó. *Ahí está. Esos son los síndicos.*

—Capitana Desjani, ¿cómo puedo hablar con alguien usando esto? —preguntó Geary.

La capitana señaló un símbolo de intercomunicación que había en la parte inferior de la imagen.

—Basta con que toque ahí —informó Desjani.

—¿Ya ha conseguido establecer contacto con la coronel Carabali? —inquirió el capitán.

—No, señor —apuntó Desjani.

Entonces tendré que saltarme su autoridad. Geary tocó el símbolo.

—Al habla el capitán Geary.

La imagen se movió bruscamente.

—Sí, señor.

—¿Quién habla? —interrogó Geary.

—Comandante Jalo, señor. Segundo al mando de la fuerza de desembarco. La coronel Carabali me ha ordenado supervisar las operaciones de aprovisionamiento para asegurar la instalación principal mientras ella examinaba los posibles focos de resistencia en las zonas periféricas.

—¿Son esos todos los prisioneros síndicos? —inquirió el capitán.

—Todavía no, señor. Durante los barridos de aprovisionamiento se están encontrando más elementos de resistencia —aseguró Jalo.

—¿Qué...? —¿Cómo le pregunto esto?—. ¿Qué órdenes ha dado la coronel Carabali relativas a los prisioneros?

—No he recibido órdenes sobre ese particular, señor. El procedimiento habitual es conducir a los prisioneros hacia la flota.

Eso es interesante. ¿Saben los infantes de Marina qué ocurre con los prisioneros después? ¿O se limitan a fingir que no pasa nada para seguir teniendo la conciencia bien limpia? Geary estaba a punto de formular otra pregunta cuando la imagen volvió a experimentar un movimiento brusco. Todos los que aparecían dentro del plano se habían tirado al suelo.

—¿Qué ha sido eso? —murmuró el capitán.

La voz del comandante Jalo le llegó con más rapidez, con ese grado de nerviosismo de quien está preparado para entrar en acción.

—Alguna explosión potente, señor. Aquí viene otra —añadió Jalo, innecesariamente, porque la imagen volvió a tambalearse una vez más—. Alguien está bombardeando esta zona con artillería pesada.

¿Artillería pesada? Pero si los infantes de Marina ya habían tomado la superficie que rodeaba a la base y las naves que sobrevuelan la zona han eliminado las defensas antiespaciales. Por todos mis antepasados. Las naves que sobrevuelan la zona.

—¡Capitana Desjani! ¿Alguna de las naves posicionada cerca de la base síndica está abriendo fuego? —vociferó Geary.

El capitán observó cómo la imagen del comandante Jalo parpadeaba unas cuantas veces más mientras Desjani respondía.

—La *Arrogante* está disparando a una zona cercana a la base, capitán Geary. No sé cuál es el objetivo —aseveró Desjani.

—Proteja a esos prisioneros hasta que reciba nuevas órdenes por mi parte —rugió Geary al comandante Jalo, tras lo cual se echó hacia atrás y escudriñó la disposición de imágenes—. ¿Cómo hago para que vuelva a salir el visualizador de la flota?

Desjani se acercó hasta donde estaba el capitán y pulsó un botón. Ahí estaba otra vez la representación del sistema Corvus, con las naves de la flota de Geary

desplegadas por toda la zona. El capitán manoseó torpemente el botón del intercomunicador, blasfemando para sus adentros.

—¡*Arrogante!* ¡Identifique el objetivo al que está disparando! —Geary se quedó a la espera, cada vez más enervado por la falta de respuesta y porque la *Arrogante* seguía machacando la superficie cercana a la base síndica—. *Arrogante*; aquí el capitán Geary. Alto el fuego. Repito. Alto el fuego.

La otra nave se encontraba tan solo a unos pocos segundos luz de allí, pero pasó un minuto entero sin respuesta. Geary contó hasta cinco interiormente, barajando las opciones que se le planteaban.

—Capitana Desjani. La *Ejemplar* y la *Aguerrida*. ¿Cuál tiene el mejor comandante? —inquirió el capitán.

Desjani no lo dudó ni un instante.

—La *Ejemplar*, señor. El comandante Basir.

—Gracias. —Geary pulsó el botón del intercomunicador—. Comandante Basir, del *Ejemplar*, ¿me recibe?

—Sí, señor. —La respuesta llegó en menos de medio minuto.

—¿Puede usted identificar el objetivo al que está disparando la *Arrogante*? —inquirió Geary.

Esta vez se sucedió una pausa más larga.

—No, señor.

—¿Han recibido usted, la *Aguerrida* o la *Arrogante* solicitud alguna por parte de los infantes de Marina para abrir fuego contra algún objetivo que se encuentre sobre la superficie?

—No, señor. La *Ejemplar* no ha recibido ninguna solicitud en tal sentido y no he escuchado que se le haya pedido nada similar a la *Aguerrida* ni a la *Arrogante* en la red de coordinación con los infantes de Marina.

No sé qué estará haciendo ese idiota de la *Arrogante*, pero como esa nave siga lanzando artillería pesada sobre la superficie; va a terminar haciendo daño a nuestros propios infantes de Marina, por no mencionar los desperfectos que pueden ocasionarse en los suministros de la base. Y ahora sé a ciencia cierta que la *Arrogante* no está respondiendo a ninguna amenaza que se cerniese sobre ella ni sobre los infantes de Marina.

—Gracias, *Ejemplar*—concluyó Geary.

Geary echó un vistazo alrededor para observar al personal del puente de mando del *Intrépido*.

—¿Puedo controlar las armas de la *Arrogante*? —preguntó Geary—. ¿Tenemos algún modo de hacernos con el control remoto de sus mandos?

Todo el mundo meneó la cabeza, pero solo la capitana Desjani tomó la palabra.

—No, señor. Como se indicó anteriormente —añadió, logrando de algún modo

acusar con la mirada a Rione sin haber dirigido la vista realmente hacia ella—, existe la creencia de que si se permitiese controlar remotamente los sistemas de una nave, se la haría más vulnerable y eso podría ser aprovechado por el enemigo.

La voz de Rione entró en escena.

—Eso podría derivar en intrusiones enemigas en los sistemas de control remoto, abrir autopistas para que se colasen virus que dejaran inutilizado el sistema...

—Y un buen puñado de consecuencias más que serían inevitables incluso aunque no hubiese espionaje de por medio. Gracias, ya lo sabía. Por un momento me dio por pensar que tal vez en el último siglo alguien había encontrado la manera de saltarse todo eso. —Geary mostró los dientes al empezar a maquinarse una nueva idea—. Bueno, sí que tengo una cosa en la *Arrogante* que está bajo mi control.

Desjani levantó una ceja como queriendo preguntarle a qué se refería.

—La *Arrogante* tiene infantes de Marina a bordo, ¿verdad? —preguntó Geary.

Desjani asintió con la cabeza.

Geary pulsó el botón del intercomunicador de su panel de mandos.

Arrogante, aquí el capitán Geary. Está poniendo en peligro a nuestro personal sobre la superficie. Le ordeno un alto el fuego inmediato si no quieren que releve de inmediato a su oficial al mando y ordene al destacamento de la Marina a bordo de la *Arrogante* que arreste a esa persona. No voy a repetir esta orden ni una sola vez más —exigió Geary.

A pesar de que en ese momento Geary se sentía realmente cabreado, no pudo evitar pensar cómo sentaría entre la flota ese tipo de ultimátum. Para su tranquilidad, la capitana Desjani parecía estar esbozando una marcada sonrisa de satisfacción. Según parecía, el oficial al mando de la *Arrogante* no gozaba de muchas simpatías, al menos las de la capitana.

—La *Arrogante* ha ejecutado el alto el fuego —informó Desjani unos segundos después con un tono de voz cuidadosamente comedido.

—Estupendo. —Una cosa es disparar a las sombras. Cuando estás en pleno combate; resulta extraordinariamente sencillo pensar que hay un objetivo enemigo donde en realidad no hay nada. Pero ese estúpido de la *Arrogante* era o muy terco, o muy idiota, o ambas cosas a la vez como para darse cuenta del error que estaba cometiendo o como para dejar de disparar cuando se lo ordené. Tengo que deshacerme del oficial al mando de la *Arrogante* en cuanto pueda. Otra cosa más que añadir a la lista de preocupaciones.

—¿Señor? —Geary y Desjani miraron al tiempo al consultor que había tomado la palabra—. Hemos restablecido la conexión con la coronel Carabali.

Carabali parecía tan furiosa como lo había estado Geary unos momentos antes.

—Mis disculpas, capitán Geary. La unidad con la que me encontraba se vio obligada a ponerse a cubierto en un búnker acorazado, razón por la cual no pudimos

establecer comunicación con nadie —se justificó Carabali.

—¿Obligada a ponerse a cubierto? ¿Tanta resistencia síndica queda en esa base? —inquirió Geary.

—No, señor. —Carabali parecía estar haciendo esfuerzos para no soltar un gruñido—. Si en un principio nos dirigimos hacia el búnker fue porque estábamos persiguiendo a unas fuerzas síndicas. Pero cuando nos disponíamos a salir de allí, la zona en la que nos encontrábamos comenzó a ser bombardeada por una de nuestras propias naves.

La *Arrogante*. Bombardear una zona ocupada por nuestra propia gente. ¡Qué actitud más estúpida para un comandante de navío!

—¿Han perdido a alguien? —musitó Geary.

—Pues demos gracias a nuestros antepasados, señor, porque no hubo bajas —se felicitó Carabali.

—Estupendo. —Aunque, si hubierais perdido a alguien, había sido capaz de hacer ahorcar a ese inútil de la *Arrogante*—. ¿Tiene usted alguna idea de sobre qué estaba disparando la *Arrogante*?

—Tenía la esperanza de que usted lo supiera, capitán Geary —comentó Carabali lentamente.

A Geary casi se le escapó una sonrisa al escuchar aquellas palabras tan comedidas, pero consiguió mantener la compostura, sabedor de que probablemente Carabali no se encontraba todavía de humor como para reírse de la situación.

—No. Mis disculpas por el tiempo que hizo falta para conseguir un alto el fuego por parte de la *Arrogante*. Me aseguraré de que se toman las medidas necesarias para que no se vuelvan a repetir situaciones como esta —prometió Geary.

—Gracias, capitán Geary. El comandante Jalo me ha comentado que habló usted con él para preguntarle por la situación de los prisioneros.

—Correcto. —Geary hizo una pausa, preguntándose cómo debía formular la siguiente idea. *¿Planeaba usted asesinar a sus prisioneros, coronel?*—. No sé cuál ha sido hasta ahora el procedimiento habitual concerniente a los prisioneros.

Los ojos de Carabali se hicieron más pequeños.

—El procedimiento habitual hasta ahora ha consistido en llevarlos hasta la flota, señor. —Su tono y su postura indicaban claramente que Carabali le estaba lanzando un mensaje entre líneas a Geary. *Estoy segura de que sabes lo que hace la flota con ellos una vez que dejan de estar bajo nuestro poder.*

Aquel intercambio de pareceres logró que Geary se enervase de nuevo. ¿Cómo se atreve esta tía a hablarme con esa superioridad moralista? Tiene toda la pinta de que los infantes de Marina se mantienen al margen de esta matanza de prisioneros limitándose a mirar hacia otro lado. Esa manera de actuar no es que sea la más cabal que digamos, aunque así sigan manteniendo las manos limpias. Algo de crédito

tendré que concederles por eso. Sin embargo, el capitán se limitó a decir:

—Bueno, pues eso ha cambiado —estipuló el capitán—. Ustedes seguirán siendo responsables de los prisioneros y se ocuparán de encontrarles el acomodo necesario en alguna zona que permita satisfacer las necesidades vitales básicas y que les dé opción de solicitar que los rescaten una vez que nos hayamos marchado.

La expresión de Carabali cambió por completo.

—Tenía entendido que la base debía ser destruida por completo, señor —recordó la coronel.

—Se les dejará suficiente espacio, comida, agua y material de reanimación para mantener a los prisioneros con vida hasta que sean rescatados. También se les proporcionará un mecanismo primario de comunicación básica con el mundo habitado de este sistema, así como otro mecanismo de reserva por si falla el primero.

Geary recitó aquellas exigencias con una facilidad tremenda. No en vano, hubo un tiempo en el que todo el mundo tenía que sabérselas. Es más, era preciso que todos los oficiales las conocieran bien.

—Los prisioneros quedarán bajo nuestra custodia y serán tratados conforme a lo estipulado en el derecho de la guerra hasta que nos marchemos. ¿Alguna pregunta? —inquirió Geary.

Carabali miraba a Geary como si lo estuviera estudiando.

—¿Debo entender que esas órdenes se dirigen personalmente a mí? ¿Sugiere usted que ningún otro oficial de la flota podrá hacer caso omiso de tales exigencias a no ser que cuente con su aquiescencia? —preguntó Carabali.

—Así es, coronel —confirmó el capitán—. Tengo plena confianza en que usted no solo acatará mis órdenes al pie de la letra, sino también su esencia.

—Gracias, capitán Geary. Comprendido, y tenga por seguro que las obedeceré. —Carabali ejecutó un saludo preciso y la imagen se fundió a negro.

Geary se recostó, frotándose los ojos, para después volver a mirar a Desjani.

—Gracias, capitana Desjani.

—Me he limitado a cumplir con mi deber, señor. —Desjani volvió la vista hacia otro lado, rehusando así cruzar su mirada con la de Geary.

Geary miró alrededor del puente de mando y comprobó que los demás oficiales y tripulantes también habían encontrado otras cosas a las que mirar antes que dirigir la vista directamente hacia su capitán.

—Capitana Desjani...

—Procedimiento habitual —lo interrumpió con voz grave.

Geary se detuvo y respiró hondo.

—¿Cuánto tiempo llevaba haciéndose así? —inquirió el capitán.

—No lo sé —musitó Desjani.

—¿Oficial?

Esta vez Desjani hizo una pausa y después meneó la cabeza, todavía sin mirar hacia donde estaba él.

—Nunca oficial. Nunca por escrito. Se daba por supuesto —reconoció Desjani.

Así que todos vosotros sabíais que no estaba bien. No podía estar bien. De no ser así, lo habríais estipulado por escrito.

Como no lo hicisteis, podíais fingir que era lo correcto. Solo que no estaba puesto por escrito.

Desjani volvió a tomar la palabra, con un hilo de voz.

—Hemos escuchado su reacción, capitán Geary. Hemos visto cómo ha reaccionado. ¿Cómo hemos podido permitir que ocurriera esto? Hemos deshonrado a nuestros antepasados, ¿no? Le hemos deshonrado a usted.

A pesar de que Desjani seguía evitando la mirada del capitán, Geary se dio cuenta de que hasta él mismo estaba evitando mirarla directamente. *Me han deshonrado, sí. Han hecho algo horrible. Son buena gente y han estado haciendo algo horrible. ¿Qué hago?*

—Capitana Desjani... todos ustedes... sus acciones en el pasado son algo que queda entre ustedes y sus antepasados. Es a ellos a quienes tienen que pedir perdón, no a mí. Lo que yo quiero... lo que yo quiero es recordarles a todos ustedes que un día se nos juzgará por nuestras acciones. Yo no los juzgo a ustedes. No me veo con tal derecho. Pero no voy a permitir que el personal que se encuentra bajo mi mando lleve a cabo acciones deshonrosas. No permitiré que algunos de los mejores oficiales y tripulantes que he conocido jamás mancillen su propia hoja de servicio. Y ustedes son buenos oficiales que se encuentran al mando de buenos tripulantes. Tripulantes de la flota de la Alianza. Eso somos todos nosotros juntos. Hay cosas que nosotros no hacemos. De ahora en adelante, asegurémonos de que todas y cada una de nuestras acciones hablan bien tanto de nosotros como de nuestros antepasados. Vivamos de acuerdo con las más altas exigencias, no vaya a ser que ganemos esta guerra y acabemos viendo que el rostro que se refleja en nuestro espejo es el del enemigo.

Un murmullo de réplicas siguió a la declaración de intenciones de Geary. El capitán miró a su alrededor de nuevo y, esta vez sí, todo el mundo lo miró a los ojos. Era un comienzo.

Por primera vez, se preguntó si cabía la posibilidad de que haberse perdido el último siglo hubiese sido, en cierto modo, una especie de bendición.

La sala de juntas volvía a parecer una vez más ocupada por la mesa aparentemente interminable a cuyos lados se acomodaban todos los oficiales al mando de unidades de la flota, si bien Geary sabía ya que solo la capitana Desjani estaba sentada allí de verdad junto a él. En ese momento las imágenes del resto de comandantes de la flota lo miraban con expresiones que recorrían todo el abanico de

expresiones: desde la fidelidad hasta la hostilidad, con un buen ramillete de sorprendidos entre medias.

—¿Kaliban? —preguntó la voz áspera de la capitana Faresa, que hizo un gesto de desprecio hacia el visualizador de navegación que mostraba las estrellas locales y flotaba sobre la mesa—. ¿Nos está diciendo que quiere que saltemos hacia Kaliban?

Geary asintió con la cabeza, tratando de calmar su temperamento. Había llegado a ese punto en el que solo con pensar en la capitana Faresa o el capitán Numos le ponía de mal humor. No se podía permitir ese tipo de distracciones. Además, no era nada profesional y no podía exigir profesionalidad a otros si no se esforzaba al máximo por serlo él mismo. —Ya expliqué cuáles eran mis motivos —recordó Geary.

El capitán Numos meneó la cabeza de una manera que en cierto modo a Geary le recordó las formas del comandante burócrata de los síndicos.

—No puedo mostrar mi acuerdo con un plan de acción tan precipitado y carente de sentido —se opuso Numos.

El capitán Tulev frunció el ceño y tomó la palabra.

—A mí me parece que tiene mucho sentido —discrepó Tulev.

—No me sorprende —apuntó Numos con desdén.

Tulev se puso rojo pero prosiguió su intervención con un tono moderado.

—El capitán Geary ha analizado la reacción más probable del enemigo ante la situación actual a la que nos enfrentamos. No puedo poner ni un pero a su razonamiento. Los síndicos no son tontos. Tendrán un ejército de primer nivel esperándonos en Yuon —explicó Tulev.

—Si es así, nos enfrentaremos a ellos —proclamó Numos.

—¡Pero si esta flota todavía está recuperándose de lo que le ocurrió en suelo síndico! No podremos remediar lo que hemos perdido hasta que llegemos a casa. Seguramente hasta usted se dará cuenta de que no podemos arriesgarnos a que nos atrape de nuevo un enemigo superior en número —criticó Tulev.

—Así que remilgos frente al enemigo... —censuró Numos.

—Si nos encontramos en esta situación no es por haber tenido remilgos —interrumpió la capitana Desjani, haciendo caso omiso a la mirada de enojo que le lanzó Numos—. Estamos donde estamos porque nos preocupaba más actuar con agresividad que pensar en lo que hacíamos. —Se fue calmando mientras el resto de oficiales se quedaban mirándola debatiéndose entre la incredulidad y la incompreensión.

La capitana Faresa hizo lo que parecía su mejor intento por hablar con un tono de voz condescendiente.

—¿Debemos entender que la oficial al mando de una nave de la flota de la Alianza considera que la agresividad es una cualidad negativa? —inquirió Faresa.

Geary se echó hacia delante.

—No. Lo que deben entender es que la agresividad sin premeditación es una cualidad negativa. Esa es mi opinión, capitana Faresa —desafió Geary.

Los ojos de Faresa se estrecharon y, acto seguido abrió la boca como queriendo retomar la palabra, pero su gesto se quedó paralizado en esa posición. Geary se quedó observándola, sin dejar entrever lo mucho que le agradaba el punto al que había llegado la situación. ¿Ibas a mencionar las tradiciones de la flota, a que sí, Faresa? Quizá hasta ibas a mencionar alguna cita del mismísimo *Black Jack* Geary. ¡Qué pena que yo sea la única persona contra la que no puedes emplear ese argumento!

Un comandante sentado más lejos de Geary habló apresuradamente:

—Todo el mundo sabe que una larga hibernación de supervivencia acaba afectando a quien la padece. —El comandante hizo una ligera pausa después de convertirse en el centro de atención de todo el mundo, pero a continuación volvió a abrir fuego a toda prisa—: Este no es el oficial cuyo ejemplo ha inspirado a esta flota durante un siglo. Ya no.

Todo el mundo miró a Geary, que se dio cuenta de que aquel comandante había puesto sobre la mesa algo que sus enemigos habían debido de estar comentando *sottovoce* desde que el capitán se hiciera con el mando. Para su propia sorpresa, la acusación no sirvió para ponerlo furioso. Tal vez, como a Geary no le gustaba la imagen heroica de *Black Jack* Geary, el hecho de que alguien lo disociase de aquel paradigma no le importaba en absoluto.

Geary también pudo comprobar, a juzgar por las expresiones que vio alrededor de la mesa, que la mayoría de los oficiales allí presentes no aprobaban lo que se había dicho. Estaba claro que muchos de ellos seguían adorando a *Black Jack*. Otros parecían descontentos con la falta de profesionalidad que se desprendía de los comentarios del comandante. Geary esperaba que al menos hubiese unos pocos que creyesen en él solo por lo que había hecho hasta ahora.

Por todo ello, en vez de reaccionar de manera apasionada, Geary se reclinó hacia atrás deliberadamente y miró directamente a su oponente. Inmediatamente apareció una etiqueta con su nombre que identificaba a aquel hombre y a la nave a la que pertenecía. Comandante Vebos, de la *Arrogante*. Cómo no.

—Comandante Vebos. Mire, yo no afirmo ser nada más que un simple ser humano. No obstante, sigo siendo el oficial que sacó a esta flota del sistema interior síndico cuando se encontraba amenazada por un riesgo de destrucción inminente. Sé cómo dirigir una flota. Sé cómo dar órdenes. Y lo sé porque aprendí a obedecerlas, una aptitud necesaria para cualquier oficial. ¿No lo cree usted también, comandante? —escudriñó Geary.

Vebos se quedó blanco ante la referencia explícita a sus actos al bombardear la base síndica. Con todo, Vebos volvió a las andadas y embistió de nuevo.

—Otros oficiales lo podrían haber hecho mejor. El capitán Numos. ¡Con él ya

habríamos cubierto la mitad del trayecto que nos ha de llevar a casa a estas alturas!

—Numos nos tendría en los campos de trabajo síndicos en estos momentos —apuntó secamente Duellos—. No obstante, parecía que tenía bastante interés en intentar huir en solitario a bordo de la *Orión* mientras los síndicos se afanaban en rematar nuestras naves ya dañadas.

Ahora le tocaba a Numos ponerse rojo de ira.

—Yo no habría...

Geary pegó un golpe con la mano sobre la mesa y se hizo el silencio.

—No quiero que mis oficiales calumnien en público a otros oficiales —declaró.

El capitán Duellos se levantó e inclinó la cabeza hacia el sitio que ocupaba Numos.

—Mis disculpas para el capitán Geary y el capitán Numos.

Geary inclinó la cabeza a modo de respuesta.

—Gracias, Capitán Duellos. En este momento es de crucial importancia que no perdamos la concentración. Esta flota está transitando por el sistema Corvus de camino al punto de salto que conduce a Kaliban. Actualmente nos encontramos en negociaciones con las autoridades síndicas del segundo planeta. Se les está pidiendo que nos proporcionen suministros y materias primas a nuestro paso por el sistema si no quieren que la flota castigue duramente a su mundo. —En ese momento Geary pensó que, de los allí presentes, solo la capitana Desjani podría llegar a saber que Geary no tenía intención alguna de bombardear un mundo poblado simplemente para castigar a la gente que lo habitaba—. Estoy seguro de que los síndicos nos estarán esperando con un gran dispositivo en Yuon. Me voy a llevar a esta flota a Kaliban. Y, si nuestros antepasados nos amparan, después tengo intención de llevarla a casa.

Según parecía, un cierto número de comandantes seguían mostrándose descontentos o escépticos, pero la mayoría de los oficiales pusieron de manifiesto su visto bueno, aunque fuera a regañadientes. Geary recorrió con la mirada los escaños de los comandantes de las naves, tratando de identificar a aquellos que parecían ser más problemáticos, pero después decidió no seguir por ahí. *No me voy a convertir en un director general síndico ni me voy a meter en juegucitos políticos de purgar oficiales sospechosos de «deslealtad». Pero a las estrellas que nos observan pongo por testigo de que el comandante Vebos no seguirá al frente de la Arrogante cuando abandonemos este sistema. Ya no es que ese hombre sea simplemente desleal e insubordinado. Es que es estúpido.*

El número de oficiales alrededor de la mesa disminuyó rápidamente a medida que se iban cortando las conexiones que los habían mantenido presentes durante la reunión. Una vez más, el tamaño que parecía tener la mesa, y la propia habitación, se encogió con la reducción del número de oficiales cuyas imágenes estaban presentes. Muchos de los oficiales hicieron una leve pausa, lo que hizo que sus imágenes

súbitamente pareciesen estar frente a frente con Geary, y expresaron breves palabras de apoyo. Geary hizo acuse de recibo todo lo cortésmente que supo, tratando de no hacer ningún gesto de disgusto al comprobar la cantidad de ellos que seguían mirándolo con esos ojos devotos de quienes veían en él a la encarnación de *Black Jack Geary*.

El capitán Duellos fue el último en abandonar la sala, dedicándole a Geary una gran sonrisa de oreja a oreja.

—Quizá debió dejar a Numos y a la *Orión* protegiendo la salida del salto —sugirió Duellos.

—¿Por qué habría querido hacer algo así? —preguntó Geary.

—¡Podía haberlo dejado allí! —insistió Duellos.

Geary no pudo evitar que se le escapara una risotada.

—Su tripulación no se merece eso —argumentó Geary.

Duelos volvió a sonreír.

—No. Supongo que ya sufren bastante estando como están —reconoció Duellos.

—Lamento haber tenido que reprenderle cuando la cosa entre usted y Numos entró en el terreno personal —se disculpó Geary—. Confío en que sabrá comprender por qué lo hice.

—Lo comprendo, señor. A pesar de todo, debo confesar que no me arrepiento de haber hecho aquel comentario ni de haber recordado a mis colegas al mando de las distintas naves del plan de acción que Numos trató de poner en marcha estando dentro del sistema interior síndico. —Duelos hizo una pausa—. Quiero que sepa que cuenta usted con mi apoyo incondicional.

—Gracias.

—No hablo de *Black Jack Geary*. Hablo de usted.

Geary levantó una ceja.

—¿Ha llegado a la conclusión de que yo no soy esa persona? —formuló Geary.

—Me alegro de que no lo sea —confesó Duellos—. Ese tipo siempre me dio miedo.

—Ya somos dos —apostilló Geary.

—La capitana Desjani es una muy buena oficial. Puede confiar en ella —intercedió.

—Eso ya lo sé. —Geary puso mala cara—. Hablando de confianza, ¿tiene usted a algún oficial al que me recomendaría para poner al mando de la *Arrogante*?

—Puedo facilitarle algún nombre. ¿Le puedo dar un consejo, capitán Geary? —preguntó Duellos.

Geary asintió con la cabeza.

—Nunca me niego a escuchar consejos si son buenos oficiales quienes los dan —sentenció Geary.

Duellos hizo una pequeña reverencia.

—Se lo agradezco. No sustituya a ese idiota de Vebos por un oficial cuya lealtad hacia usted sea de sobra conocida. Eso no hará sino levantar sospechas de que está llevando a cabo una purga de lealtad —sugirió Duellos.

Geary se mordió el labio, tratando de no dejar entrever su sorpresa por que Duellos se hubiera hecho eco de lo que él mismo había estado pensando anteriormente.

—Seguro que en la flota de la Alianza no pasan de verdad cosas como esa —ironizó Geary.

Por primera vez, Duellos adoptó un gesto sombrío.

—Capitán Geary, sé que ya está al corriente de algunas de las cosas que han ocurrido en la flota de la Alianza.

—¡Joder! —musitó Geary, para acabar meneando la cabeza. *Purgas de lealtad dentro de la flota de la Alianza. Inconcebible. ¿Cuándo? ¿Dónde? Bueno, la verdad es que no quiero saberlo*—. Gracias, capitán. Tendré presente su consejo. Está muy bien tener oficiales como usted y Desjani, en quienes poder confiar implícitamente.

—Siempre podemos confiar también en nuestros antepasados —ofreció Duellos—. No me considero un hombre especialmente religioso, ni tampoco me entregué a la creencia de que el difunto *Black Jack* Geary encontraría la forma de regresar cuando más lo necesitáramos. Pero, con todo, resulta alentador hasta para mí que se uniese a nosotros en el momento en el que lo hizo.

Geary soltó un resoplido.

—Supongo que no debería quejarme de que me hubieran encontrado porque si hubieran tardado un poco más habría acabado muerto de verdad. Sin embargo no estoy seguro de que ni siquiera mis antepasados puedan ayudarme mucho con esta situación —se quejó Geary.

Duellos gesticuló como si la situación fuese dramática y después sonrió de oreja a oreja.

—Entonces quizá puedan ser de ayuda los míos a la hora de evitar a la flota enemiga y a los saqueadores. Cuestión de experiencia, quiero decir. Entre mis antepasados hubo algún que otro pirata —aclaró Duellos.

—¿De verdad? —se sorprendió Geary—. Me imagino que todo el mundo tiene alguna oveja negra en la familia. Algunos de mis antepasados fueron abogados.

—¡Oh! Mi más sentido pésame —bromeó Duellos.

—Hemos aprendido a vivir con eso —le siguió el juego Geary.

Duellos se apartó e hizo el saludo pertinente.

—Usted nos ha recordado a todos que nuestros actos han deshonrado a nuestros antepasados, ya sabe. Pero lo ha hecho todo lo bien que se puede hacer algo así. Usted se ha incluido siempre en ese «nosotros» y se ha colocado de nuestro lado. Así

ha conseguido ponernos también a nosotros de su parte. Van a ser muchos los que no olvidarán algo así —resumió Duellos.

Geary devolvió el saludo, agradeciendo a quienquiera que fuera el antepasado que le había inspirado para articular esas palabras. *Porque Dios sabe que lo hice sin pensar.*

—Gracias —musitó Geary.

—Es la pura verdad, señor. —Duelos bajó la mano y su imagen se desvaneció.

Geary se sentó pesadamente en su camarote, mirando con desánimo al visualizador que acababa de activar. En él se veía la situación del sistema Corvus, con unas pocas naves de la flota de la Alianza acabando su trabajo en la base síndica del mundo congelado mientras el resto de la flota seguía avanzando a través del sistema en una formación medianamente decente. *Ya han pasado catorce horas desde que entramos en este sistema. ¿Cuánto más tardarán en aparecer los perseguidores síndicos?*

No me puedo creer lo cansado que estoy. ¿Me echo un sueñecito? ¿Se irán cada uno por su cuenta si no los vigilo a todos?

En ese momento sonó la campana de la escotilla. Geary se incorporó hasta adoptar una posición más formal.

—Adelante —indicó Geary.

—Capitán Geary —saludó la copresidenta Rione con un tono de voz formal y una expresión en el rostro tan controlada como de costumbre—. ¿Podemos hablar?

—Por supuesto —aceptó Geary.

Geary le indicó que tomara asiento, pero en lugar de eso Rione dio unos cuantos pasos para contemplar el paisaje estelar que dominaba una de las paredes.

—En primer lugar, capitán, espero que mis intervenciones en el puente de mando no afectaran negativamente a su trabajo —aseveró Rione.

—En absoluto. Algunas de sus ideas fueron muy buenas. Agradezco los consejos —reconoció Geary.

Una sonrisa momentánea quebró los labios de Rione para después desvanecerse.

—Más que la capitana Desjani, supongo —matizó Rione.

—Ella es la capitana del *Intrépido* —señaló Geary con un tono de voz cuidadosamente neutral—. El puente de mando es su sala del trono, si se puede llamar así. Es el punto sobre el que gira su autoridad. Cualquier capitán de navío se comportaría de manera susceptible si alguien tratase de ejercer algo de autoridad en su puente de mando.

Rione volvió la vista durante un momento para dedicar a Geary una mirada penetrante.

—¿Reacciona de esa misma manera con usted? —inquirió Rione.

—No. Supongo que se debe al protocolo, amén de que yo desempeño un papel muy concreto. Yo dejo que ella dirija su nave mientras trato de dirigir la flota entera. Es algo que los dos tenemos claro. En cambio, el protocolo no indica nada respecto a que haya un civil de alto rango en el puente de mando —recordó Geary—. Es inevitable que existan roces. Con todo, la capitana Desjani es una gran oficial al mando. Se acabará acostumbrando a sus apariciones por el puente de mando y no actuará de manera impropia con usted.

—Gracias, capitán Geary. —Rione inclinó la cabeza haciendo un leve gesto—. Deseo que comprenda que, por mi parte, no existe ningún problema por las palabras altisonantes de la capitana Desjani con respecto al tema de los buques de guerra robotizados. La discusión es interminable y de verdad que agradezco que quienes están en la lucha día a día me hagan llegar sus impresiones, pero no puedo hacerme a la idea de entregar el control absoluto de algunas armas a dispositivos de inteligencia artificial.

—Si soy completamente sincero, estoy de acuerdo con usted. —Geary se encogió de hombros—. Es el mismo problema que teníamos en mi época. Si un dispositivo de inteligencia artificial no es lo suficientemente listo como para saber utilizar un arma por su cuenta, uno no puede fiarse mucho de él en combate. Y si el dispositivo de inteligencia artificial es lo suficientemente listo como para saber utilizar un arma por su cuenta, entonces sí que uno no puede fiarse en absoluto de él.

Rione dejó asomar otra breve sonrisa.

—Cierto. Pero es el momento de que le exponga el asunto que me ha traído hasta aquí. —Geary se quedó a la expectativa mientras Rione miraba a la representación de las estrellas—. Creo que es necesario que le confiese algo, capitán Geary. Me ha avergonzado.

—Si se refiere al tema de los prisioneros...

—A eso me refiero. Supongo que está cansado de oírnos hablar de lo que sentimos —se adelantó Rione.

—No es eso lo que quería decir —indicó Geary.

—No. Tampoco es lo que yo pensaba. —La copresidenta Rione parecía estar estudiando el paisaje estelar de nuevo—. Capitán Geary, no soy de las que cree que cualquier tiempo pasado fue siempre mejor. Que las viejas costumbres eran mejores por fuerza. Pero si hay algo que he podido saber de un tiempo a esta parte es que las presiones de esta guerra han maleado a quienes se encuentran inmersos en ella. Qué de cosas hemos pasado por alto. Nos hemos olvidado de cuestiones realmente importantes.

Geary frunció el ceño e hizo como que se miraba las manos.

—Todos ustedes han tenido que pasar por muchos trances —disculpó Geary.

—Es una explicación, sí, pero no una excusa. —Rione había vuelto a inclinar la

cabeza, con la boca convertida ahora en una línea fina y tensa—. Resulta tan fácil convertirse en el enemigo al que se odia, ¿no es así, capitán Geary?

—Para eso tenemos el derecho de la guerra. Para eso tratamos de inculcar el honor entre aquellos que tendrán que combatir —recordó Geary.

—El derecho de la guerra no significa nada si aquellos a quienes se encomienda su observancia no creen en él. El honor puede ser un arma de doble filo, puede volverse contra sí mismo, hasta el punto de parecer justificar los actos más malvados —apuntó Rione—. Usted lo sabe, capitán Geary.

Geary asintió con vehemencia.

—No me encuentro en posición de juzgar a nadie, señora copresidenta. Me he podido permitir el lujo de evitar estos muchos años de guerra, que son los que han acabado llevando a este tipo de actuaciones —se justificó Geary.

—¿Lujo? No parece que haya disfrutado de esa experiencia. —Rione elevó la cabeza, pero seguía sin mirar hacia Geary—. En las últimas horas, como teníamos tiempo, he rebuscado entre mis archivos clasificados para estudiar la verdadera historia de la guerra y tratar de determinar así cómo hemos llegado hasta este punto. Quería saber que no era el resultado de ningún proceso deliberado. Ahí es donde he podido ver que las reglas se han ido maleando hacia un lado y hacia el otro, pero siempre por razones que parecían bienintencionadas. Pero cada vez que se maleaban se iba un poco más allá.

—Por razones aún mejores —señaló Geary sin esgrimir emoción alguna.

—Sí. Paso a paso, con el transcurso del tiempo, llegamos a aceptar ciertas cosas. Llegamos a creer que los actos deplorables de los Mundos Síndicos justificaban los actos deplorables por nuestra parte. Hasta yo misma llegué a aceptar que esto no era más que una desafortunada realidad de la guerra. —Rione finalmente miró a Geary con una expresión que al capitán le resultó indescifrable—. Y entonces vino usted y nos recordó a todos lo que nuestros antepasados pensarían de tales actos. Usted era el único capaz de hacer esto, porque nadie más podría hablarnos tan claramente del pasado como usted. Usted nos ha recordado que esta guerra comenzó porque éramos diferentes de los Mundos Síndicos. Porque había cosas que hacían los Mundos Síndicos y que nosotros no estábamos dispuestos a hacer.

Geary volvió a asentir con la cabeza, con cierta incomodidad por la manera en la que Rione lo estaba mirando.

—Nunca he creído que la Alianza hubiese, de algún modo, adoptado una decisión que, de pronto, abriese la veda para empezar a violar el derecho de la guerra —reconoció Geary—. Supongo que ha ocurrido por lo que usted ha dicho. Se empieza por algo irrelevante y poco a poco la bola de nieve se va haciendo más grande hasta llegar abajo sin que uno se haya dado cuenta siquiera de lo que ha ocurrido. Y todo ello debido a ese viejo argumento de que tendríamos que cometer algunas fechorías

para ganar porque lo importante era ganar.

—Un argumento antiguo y falso a la vez, ¿no es verdad? —musitó Rione.

—Eso creo. Si la Alianza comienza a modelar sus actos en función de los de los Mundos Síndicos, no estoy seguro de qué sentido tendría ganar —explicó Geary.

—Se lo oí decir antes, sí. Estoy de acuerdo. —Rione inclinó la cabeza hacia él—. Usted nos ha recordado quiénes éramos antaño, capitán Geary. Y ha tenido el valor y la decencia fundamental de apostar por las cosas honradas de verdad en las que usted creía, incluso aunque ello supusiese correr el riesgo de que aquellos de esta flota que creían en usted y lo seguían a todas partes se distanciasen de usted después de tal declaración de intenciones.

Geary meneó la cabeza.

—No soy un hombre valiente, señora copresidenta —rechazó Geary—. Tan solo actué por instinto.

—Entonces espero que siga haciéndolo. La primera vez que nos vimos, le dije que no sentía gran predilección por los héroes y le expresé mi preocupación ante la posibilidad de que usted nos acabase arrastrando hacia una hecatombe. Ahora me siento en disposición de admitir que hasta ahora usted ha demostrado que estaba equivocada. —Rione inclinó la cabeza una vez más y se marchó.

Geary se frotó la frente, pensando en las palabras de Rione. No es que me haya dado una aprobación incondicional exactamente, ¿verdad? «Hasta ahora» no he estado a la altura de sus peores predicciones. Pero me vale. Rione me servirá para seguir siendo honrado. No quiero acabar creyéndome que merezco todas esas miradas de adoración que sigo obteniendo de la gente de esta flota.

El capitán pensó en volver al puente de mando del *Intrépido*. pero entonces imaginó lo que sería tener que ver a todos los demás que estaban allí. *Creo que he tenido suficiente ración de dramatismo por ahora*. En lugar de eso, envió un mensaje al puente de mando y comunicó que iba a tratar de dormir un poco para asegurarse de que lo despertaran en caso de que ocurriese algo importante.

Siete horas más tarde un pitido le despertó de sopetón.

—Al habla Geary. —El capitán trató de despertarse por completo, sobresaltado por lo mucho que había dormido y por lo cansado que seguía sintiéndose. Era obvio que no se había recuperado lo suficiente de su hibernación de supervivencia como se había imaginado en un principio.

—Capitán Geary, aquí el puente de mando. Perdón por despertarlo, señor. Nos pidió que le notificásemos...

—Sí, sí. ¿Qué pasa? —preguntó Geary.

—Hemos avistado elementos importantes de la flota síndica saliendo por el punto de salto. La capitana Desjani estima que se trata de la fuerza principal de persecución.

6

—Capitana Desjani, me temo que no me queda más remedio que estar de acuerdo con su estimación. —Geary hizo el recuento del número total de naves que habían sido avistadas saliendo por el punto de salto hasta el momento. Un enjambre de naves de caza asesinas se situaba al frente abriendo camino, mientras que múltiples escuadrones de cruceros pesados las seguían justo a continuación. Como la flota de la Alianza estaba mirando directamente hacia el punto de salida del salto, las naves síndicas de vanguardia ocultaban la presencia de las que tenían detrás, pero sí que se pudo confirmar la presencia de varios escuadrones de cruceros de batalla y acorazados en la retaguardia.

—Hay un montón de trastos obstruyendo la visión del punto de salida del salto —se lamentó Geary.

Desjani sonrió de oreja a oreja.

—Usted ordenó que colocasen minas en la salida, señor —recordó la capitana.

Ostras, es verdad. Geary volvió a echar otro vistazo.

—¿A cuántos hemos dado? —inquirió Geary.

—Los síndicos han barrido las minas con naves de caza asesinas y cruceros ligeros, señor. A lo bruto. Las estimaciones indican que la lista de bajas o naves dañadas de gravedad ascienden hasta quince. Los campos de escombros que vemos se corresponden con la destrucción de la mayoría de esas naves —informó Desjani.

Salir del espacio de salto y meterse de lleno en un campo de minas. Probablemente ni se dieron cuenta de lo que ocurría.

—¿Cree que lo que vemos es todo lo que hay? —inquirió Geary.

Desjani le lanzó una mirada que daba a entender que creía que Geary quería tener más enemigos contra los que luchar, pero después se dispuso a estudiar la situación en el visualizador.

—Es posible que a continuación venga una segunda oleada de unidades de persecución. Pero si esto es todo, hacerles frente —indicó Desjani.

Geary notó por su voz que Desjani parecía debatirse entre la excitación que le producía aquello y la preocupación ante la perspectiva de una confrontación. Toda la preparación que había recibido la hacía desear entrar en acción ya, pero no podía dejar de recordar que la última vez que la flota de la Alianza había hecho frente a una fuerza síndica de primer orden habían salido bastante escaldados.

—Podríamos —afirmó Geary, con una confianza que realmente no sentía. Después de ver que su flota había convertido en un desastre un enfrentamiento con una fuerza síndica menor, no tenía muchas ganas de embarcarse en una batalla mayor a corto plazo. Pero sabía que, de puertas para fuera, tenía que manifestar su confianza en la flota. Si empezaba a correrse la voz (y seguramente así sería) de que daba a

entender siquiera que la flota no tenía opciones de victoria, aquello acabaría de golpe con las opciones de triunfo de sus naves antes siquiera de pegar el primer tiro—. Pero si lo hiciéramos, tendríamos que darnos la vuelta para enfrentarnos a ellos. No veo ninguna razón para hacerlo. —Geary trató de que aquello sonase como si las fuerzas perseguidoras síndicas no mereciesen tanto quebradero de cabeza—. No tengo planeado llevar a cabo ninguna batalla más en este sistema.

Por lo que parecía, el ardid de Geary surtió efecto hasta cierto punto. Desjani y los consultores del puente de mando del *Intrépido* asintieron con la cabeza ante aquella explicación.

Geary deslizó los dedos por los botones de su panel de mandos, tratando de hacer que el visualizador calculase las opciones que tenían los síndicos de atrapar a la fuerza de la Alianza.

—¿Estos datos son correctos? —murmuró en dirección a Desjani.

La capitana le echó un vistazo y, un momento después, asintió con la cabeza una vez más.

—Sí. Ahora mismo estamos tan solo a unas cuatro horas luz de la salida del punto de salto. Eso son cuarenta horas de tránsito si seguimos yendo a una décima de la velocidad de la luz, pero incluso si tuviéramos que ralentizar la marcha por alguna razón, seguiríamos teniendo una gran ventaja. Estaremos en el punto de salto en dirección a Kaliban mucho antes de que puedan atraparnos y retrasarnos más. —Desjani sonrió abiertamente—. Algunos de los capitanes de esta flota se preguntaban por qué no nos quedábamos más tiempo para saquear este sistema. ¡Esto debería servirles de respuesta!

Geary sonrió levemente, inquieto tanto por el respaldo de Desjani a lo que ella veía como una demostración más de la infalibilidad de *Black Jack*, así como por enterarse de que alguno de sus capitanes habían estado rezongando a la hora de ejecutar sus decisiones de una manera lo suficientemente explícita como para que alguien tan claramente leal hacia su persona como Desjani lo hubiera podido escuchar. Finalmente apareció algo en el visualizador que llamó su atención.

—¿Qué es eso? ¿Quiénes son esos tipos? —Geary señaló hacia un grupo de naves que se aproximaban casi sin prisa procedentes del mundo poblado. Aunque las naves se estaban moviendo a una velocidad más lenta que la de la flota de la Alianza, al venir desde un punto más adelantado a la posición en la que se encontraba la flota, lo normal era que se acabasen cruzando los unos con los otros.

—¿Son síndicos, pero no aparecen marcados como amenaza? —inquirió Geary.

Desjani curvó los extremos de sus labios para formar una sonrisa muy leve.

—Ahí está el fruto de los esfuerzos diplomáticos de nuestra copresidenta. Veinte buques mercantes, supuestamente cargados con comida y otros materiales que habíamos pedido —aclaró Desjani.

—¿Veinte buques? —Geary no pudo evitar sonreír abiertamente—. Eso supone una cantidad de suministros más que aceptable.

—Sí —corroboró Desjani, visiblemente reacia ante la idea de encontrarse en deuda con la copresidenta Rione.

—¿Cómo preparamos el encuentro? —interrogó Geary.

—Son mercantes, así que no pueden acelerar una mierda, pero se les ha indicado que utilicen sus sistemas de propulsión sin importar el gasto y parece que lo están haciendo. Para cuando nos crucemos con ellos, deberían haber sido capaces de acercarse a nuestra velocidad. Si tenemos que frenar, no será mucho. —Desjani movió el dedo por el visualizador, señalando algunos detalles—. Los mercantes se dirigen hacia las posiciones de nuestras naves auxiliares de mayor tamaño. Eso minimizará el tiempo necesario para efectuar la transferencia de suministros. —La capitana hizo una pausa—. Hemos confirmado que su identidad se corresponde con la de transportistas mercantes a través de nuestras exploraciones visuales y de espectro completo. No se ha podido ver ningún arma.

Geary asintió con la cabeza, sintiendo que le inundaba una sensación de alivio al comprobar que todo había sido llevado correctamente, a pesar de que él había estado durmiendo profundamente, no disponible para nadie.

—¿Qué me dice de la seguridad? —inquirió.

—Me he tomado la libertad de ponerme en contacto con la coronel Carabali —informó Desjani—. Habrá destacamentos de infantes de Marina que se encargarán de llevar los transbordadores de embarque hasta cada uno de los mercantes, efectuarán registros por si hay armas ocultas y vigilarán de cerca a los tripulantes.

—Muy bien. Eso es exactamente lo que yo mismo le habría ordenado hacer a la coronel. —El rostro de Desjani se iluminó por la alabanza de un modo que parecía incongruente para una mujer de su edad—. ¿Dónde se encuentra la copresidenta Rione en estos momentos?

—Creo que está descansando. —Desjani hizo que ese «descansando» sonara como una actividad poco militar, al parecer olvidándose de que Geary se había tirado varias horas haciendo lo mismo—. Dejó grabado un informe para usted.

—Gracias. —Geary abrió el archivo.

En la grabación, Rione parecía mostrar síntomas de cansancio.

—Capitán Geary. Después de importantes negociaciones, dificultadas por la distancia a la que nos encontrábamos con respecto al planeta habitado, he podido convencer a las autoridades de los Mundos Síndicos de que estábamos dispuestos a evitar su aniquilación si nos proporcionaban un peaje conveniente. La tripulación de la capitana Desjani me facilitó una estimación del número de buques de carga de gran tonelaje disponibles en este sistema estelar, así como cuántos de ellos habían sido avistados en imágenes retardadas cerca del mundo poblado. Gracias a esta

información pude insistir en que se nos enviaran veinte de esos navíos con los suministros especificados, entre los cuales se encontraban tanto los correspondientes a nuestras necesidades reales como a las ficticias. Las autoridades de los Mundos Síndicos firmaron el acuerdo por señal remota, y aceptaron no intentar emprender ninguna acción usando los buques de carga contra la flota de la Alianza a cambio de que nosotros respetáramos nuestra promesa de no lanzar más ataques dentro del sistema hasta que nos marcháramos de aquí. Adjunto el texto del acuerdo. Por favor, no dude en ponerse en contacto conmigo si le surgiese alguna duda.

Geary se leyó el acuerdo y no encontró nada que hiciera saltar sus alarmas internas. Rione parecía haber atado todos los cabos. Siendo así, al final es una cuestión de fiarse de los síndicos. Y estaría loco si me fiara de los síndicos. ¿Pero qué van a hacer con los infantes de Marina de Carabali vigilando de cerca cada uno de sus movimientos?

Geary volvió a mirar hacia la capitana Desjani.

—Esos buques mercantes están un poco más alejados de la salida del punto de salto que nosotros, pero a estas alturas deben de haber visto la llegada de la fuerza perseguidora —apuntó Geary.

—Pero no están alterando su trayectoria —corroboró Desjani, respondiendo a la pregunta que Geary no había formulado abiertamente—. Tal vez tengan miedo de que nos los llevemos por delante si lo intentan. Están lo bastante cerca y son lo bastante torpes y pesados como para que, cuando consiguiesen darse la vuelta, nosotros hubiéramos conseguido colocar ya destructores encima de ellos. O tal vez tengan miedo de que si huyen, eso acabe desatando un ataque sobre el mundo habitado.

—La cosa no va tan mal entonces. —A pesar de la aparición de la fuerza perseguidora síndica, todo parecía seguir estando bajo control. Por desgracia, eso es justamente lo que uno cree cuando de repente empiezan a crecer los enanos y la situación acaba saliéndose de madre. Veamos, ¿qué es lo que puede salir mal? ¿La *Titánica*? Por una vez parece que no está en aprietos.

—Señor. —Tanto Geary como Desjani se giraron ante la llamada de atención el consultor de operaciones—. La *Titánica* informa de que vuelve a disponer de una unidad de propulsión primaria que había tenido estropeada hasta ahora.

—Por todos nuestros antepasados. —Geary se había estremecido aterrorizado en cuanto salió el nombre de la *Titánica*, la mayor de sus preocupaciones; tanto que tardó un momento en darse cuenta de que, al fin y al cabo, esta vez no era una mala noticia la que venía asociada a su nombre. Comprobando las estadísticas de la *Titánica*, Geary se dio cuenta de que su aceleración máxima había mejorado significativamente. *Y aun así sigue siendo lenta de cojones. ¿Quién fue el idiota que etiquetó esas naves como flota Auxiliar de Alta Velocidad? Lo único rápido que tienen es lo deprisa que se meten en problemas*—. ¿Qué opciones hay de que la

Titánica consiga un punto extra de propulsión llegado el momento?

El consultor de operaciones parecía sorprendido, y después volvió la vista hacia el consultor de ingeniería, que parecía igualmente atónito primero y pensativo después.

—Podría ser posible, señor. —Su rostro parecía haber adoptado ese color rojo propio de un ingeniero al que se le plantea un problema complicado cuya solución, no obstante, podría llegar a conocer.

Geary se echó hacia atrás, asumiendo la situación global poco a poco, tratando de asegurarse de que no estaba pasando nada por alto. Sin embargo, aparte de la propia flota de la Alianza, la fuerza de persecución sódica y los veinte buques mercantes que se dirigían firmemente al encuentro con la flota de Geary, parecía que nada más se movía en el sistema de la estrella *Corvus*. El resto de navíos sódicos se dirigía al lugar más próximo donde poder atracar con la esperanza de que la flota de la Alianza no enviase ninguna nave más en esa dirección. Los sistemas de combate del *Intrépido* estimaban que la fuerza de persecución sódica había elevado la velocidad media ligeramente por encima de los treinta mil kilómetros por segundo, pero contra esa vasta escala espacial, aquello seguía estando no muy por encima de la décima de la velocidad de la luz.

—No están intentando atraparnos —aseveró Geary.

Desjani frunció el ceño, con los ojos clavados en la representación de los buques de guerra sódicos.

—¿No? —preguntó la capitana.

—No. No si estas estimaciones están en lo cierto. Ya no han vuelto a acelerar —informó Geary—. No quiero decir que nos pudieran atrapar antes de que llegásemos hasta el punto de salto, ni siquiera forzando la máquina hasta las dos décimas de la velocidad de la luz. Pero es que ni siquiera lo están intentando.

—O sea que... ¿se están limitando a perseguirnos? —insistió Desjani.

—Nos están arreando como al ganado —corrigió Geary—. Quieren que sigamos por nuestro camino.

—¿Hacia el punto de salto? —inquirió Desjani.

—Hacia Yuon. Me jugaría la vida a que se trata de eso. —Pensándolo bien, es eso exactamente lo que estoy haciendo. Peor aún, estoy jugándome la vida de todos los hombres y mujeres de estas naves de la Alianza a que es así. ¿Y si los sódicos ya se han percatado de que no voy a seguir la ruta más directa hacia casa? ¿Y si saben que Kaliban es la mejor alternativa para nosotros?

No. No pueden arriesgarse a que esta flota pueda atravesar Yuon sana y salva, así que estarán allí esperando con sus unidades. No tienen elección.

Con todo, sigue cabiendo la posibilidad de que hayan sembrado Kaliban con suficientes minas como para dejar esta flota hecha jirones.

¿Han tenido suficiente tiempo para eso? ¿Habrán tenido los sódicos tantas minas

lo bastante cerca de Kaliban como para colocarlas allí antes de que lleguemos nosotros? ¿Habrán considerado siquiera la posibilidad de que vayamos hacia allí?

No hay forma humana de saberlo. No me puedo permitir cambiar de criterio a estas alturas. No puedo permitir que la posibilidad de que haya un desastre me impida tomar las decisiones que hay que tomar; porque da igual lo que haga, la posibilidad del desastre siempre estará ahí.

Geary inspiró bien hondo, abstrayéndose momentáneamente de todo lo que lo rodeaba. Cuando abrió los ojos, vio que Desjani le lanzaba una mirada de aprobación.

—No sé cómo puede estar tan relajado en momentos como este —le confesó la capitana—. Lo que sí sé es que son cosas como esas las que impresionan a mi tripulación.

—Son cosas que, *ejem*, uno trabaja —replicó Geary.

Poco a poco se fue haciendo patente que no iba a ocurrir nada durante un rato. Geary revisó la secuencia temporal prevista para la reunión con los mercantes síndicos y comprobó que los transbordadores de los infantes de Marina no iban a ser lanzados en las siguientes dos horas. Tras contener la urgencia irracional de seguir observando todo por miedo a que todo se fuese al garete si no le prestaba atención, Geary se puso en pie.

—Voy a por algo de comer —le dijo a la capitana Desjani, que asintió al escucharlo. Geary se dio cuenta al marcharse de que los consultores del puente de mando del *Intrépido* lo observaban con admiración. Que nuestros antepasados me asistan si en algún momento empiezo a creer que todo lo que hago es tan perfecto como se piensa esta gente. Si me diera por tropezar y caer de culo, probablemente se pensarían que esa es la manera que tiene *Black Jack* Geary de prepararse para la acción y empezarían todos a hacer lo mismo.

Sin embargo, el interactuar con el personal del puente de mando le había servido a Geary para recordar la importancia de dejar que la tripulación le viese el pelo. El capitán llevaba ya un tiempo rumiando con avidez la idea de volver a meterse en su camarote y deglutir una barra de racionamiento a salvo de las miradas tanto de aquellos que adoraban el suelo por el que pisaba *Black Jack* Geary como de esos otros que pensaban que John Geary era una reliquia antigua que no sabía estar a la altura de la situación. Pero, en lugar de eso, se encaminó hacia uno de los comedores de oficiales, se puso a la cola y se hizo con un menú para después sentarse en una mesa en la que almorzaban varios tripulantes.

Todos se quedaron mirándolo con los ojos como platos y él se limitó a pegarle un mordisco a algo que no sabía a nada.

—¿Cómo va eso, jefes? —preguntó Geary. En lugar de responder, todos se miraron unos a otros. Geary observó al suboficial que estaba sentado junto a él y formuló la única pregunta a la que podía estar seguro de obtener una respuesta— ¿De

dónde es usted?

—Ko... Kosatka, señor —farfulló.

Lo único sobre lo que un tripulante jamás se negaría a conversar era su propio hogar.

—¿Igual que la capitana Desjani? —inquirió Geary.

—Sí, señor —corroboró el suboficial.

—He estado en Kosatka. —La mandíbula del suboficial se abrió de par en par por la sorpresa que le produjo escuchar aquello—. Fue hace un tiempo... por supuesto. Me gustó. ¿De qué parte del planeta es usted?

El tipo empezó a hablar sobre su hogar. Los demás también se unieron a la conversación y Geary se enteró de que otro de sus compañeros de mesa era también de Kosatka. Al igual que ocurría en la época de Geary, cada nave parecía recabar la mayor parte de su tripulación de un planeta en concreto, mientras que el resto de tripulantes procedían de lugares desperdigados por toda la Alianza. El resto de sus contertulios provenían de planetas que Geary tuvo que confesar que nunca había visitado, pero con solo mostrar interés por ellos los tripulantes se quedaron más que contentos.

Finalmente, uno de ellos se atrevió a pronunciar la pregunta que Geary sabía que iba a llegar antes o después.

—Señor, lograremos volver a casa, ¿verdad?

Geary acabó de masticar un bocado que, de repente, se había vuelto tan correoso como insípido. A continuación le pegó un sorbo a su bebida para no arriesgarse a que su voz se quebrase en plena respuesta.

—Mi intención es llevar esta flota a casa —dijo.

Las sonrisas asomaron por todas partes. Otro tripulante tomó entonces la palabra a toda prisa.

—¿Tiene alguna idea de cuánto podemos tardar, señor? Mi familia... en fin...

—Lo entiendo. No sé a ciencia cierta cuánto tardaremos. No vamos a ir por la ruta más directa. —Las sonrisas se desvanecieron y dieron paso a un silencio anonadado—. Eso es lo que esperan los síndicos, ya saben. Nos tenderían otra trampa. —Geary sonrió de un modo que esperaba que le hiciese parecer seguro de sí mismo—. Pero, en vez de hacer lo que se esperan, vamos a golpearles por sorpresa. —El capitán había estado pensando bien qué palabras utilizar, cómo conseguir que una retirada a la desesperada pareciese toda una marcha triunfal—. Hemos perdido a muchos amigos en el sistema interior síndico. Tenemos que marcharnos cuanto antes, como ya saben. Pero no vamos a permitir que las cosas se queden así. Vamos a saltar de sitio en sitio, golpearemos a los síndicos una y otra vez, y les haremos pagar por todo esto. Para cuando hayamos regresado a casa, los síndicos van a desear no haberse metido nunca con la Alianza.

Las sonrisas volvieron a aparecer por el comedor. Geary se puso en pie, rezando por que sus antepasados comprendieran por qué había expuesto las cosas de una forma que sabía que no era cierta, y mantuvo su propia sonrisa en los labios mientras abandonaba la estancia.

Según parecía, su pequeño discurso se había propagado como la pólvora por toda la nave, mucho más rápido que sus propios pasos. Tampoco es que aquello fuera muy sorprendente, porque cada tripulante que se encontrase dentro del radio de escucha podría haberlo grabado con sus unidades personales de comunicación y no había duda de que varios de ellos lo habían hecho. Geary se dio cuenta de que había empezado a acelerar el paso, tratando de llegar a su camarote sin que pareciera que estaba corriendo, intentando huir de todos los tripulantes y oficiales que creían que era capaz de encontrar la manera de hacer realidad todo aquello que había dicho.

Una hora después, Geary se obligó a sí mismo a salir del santuario que era su camarote y regresó al puente de mando. Desjani seguía estando allí, consultando algo en su agenda electrónica de mano. La posición de la fuerza de persecución sódica en relación a la flota de la Alianza no parecía haber sufrido muchas alteraciones, si bien era cierto que si los sódicos habían movido ficha en las últimas cuatro horas, la luz de las imágenes de tal acontecimiento no habría tenido tiempo de llegar todavía al *Intrépido*. Los que sí habían cambiado su posición eran los buques mercantes sódicos con los suministros exigidos por la flota de la Alianza, que se encontraban ya mucho más cerca y cuyas trayectorias se iban formando gradualmente para encontrarse con la ruta de las naves de la Alianza.

Los mercantes procedían del mundo poblado, que se encontraba delante y debajo del espacio que la flota de la Alianza surcaba. Sin embargo, a causa de la velocidad de la flota de Geary, se les había solicitado que incrementasen en una décima su marcha con vistas a lograr que el encuentro se produjese a velocidades concordantes. Mientras los mercantes transitaban con lentitud, la flota ya había tenido tiempo para pasar por encima de la órbita del mundo habitado, de tal modo que ahora los mercantes se encontraban en plena ascensión desde una posición ligeramente inferior, todavía moviéndose hacia adelante pero a menos velocidad que la flota, de tal manera que sus trayectorias se fueron curvando gradualmente hasta reunirse con las naves de la Alianza.

La capitana Desjani meneó la cabeza al leer algo, hizo algunas anotaciones y después se giró hacia Geary.

—Asuntos personales —le reveló—. Me gustaría que alguien me dijera cómo evitar que los miembros de la tripulación establecieran relaciones personales problemáticas.

—A mi primer comandante también le habría gustado —respondió con sequedad Geary—. Y aquello no iba por mí, claro.

Desjani lo miró con gesto de sorpresa.

—Claro que no, señor.

Geary consideró por un breve instante la idea de saltar encima de Tanya Desjani en ese mismo momento para convencerla de que él era un ser de carne y hueso de verdad. Después de todo, había pasado más de un siglo desde que había tenido su último encuentro físico con una mujer y aquella era demasiada sequía se contase como se contase el tiempo. Aquel pensamiento le sirvió para disfrutar de una perversa distracción lo suficientemente intensa como para subirle un poco el ánimo.

—Podría haber sido por mí, porque por aquel entonces estaba por allí una teniente de pelo azabache que en mi opinión era más caliente que un campo de plasma. Por suerte, por el orden y la disciplina, ella me veía como un joven *geek* sin remedio.

Desjani le dedicó una sonrisa de cortesía, porque estaba claro que no lo creía.

—La coronel Carabali pidió que se pusiese en contacto con ella antes de la salida de los transbordadores. Estaba a punto de enviarle un mensaje —aseveró Desjani.

—Me alegra saber que he llegado justo a tiempo. —Geary llamó a la coronel, momentáneamente sorprendido al comprobar que Carabali no estaba vestida con su ropa de comandante. *Pero bueno, si se piensa bien, tampoco puede hacerlo. Su responsabilidad es orquestarlas operaciones de los equipos que van en cada una de las naves. No puede meterse en una de ellas*—. ¿Sí, coronel?

—Capitán Geary, querría saber si tiene alguna instrucción especial que dar a mis infantes de Marina antes de que sus transbordadores se dispongan a partir —solicitó Carabali.

—No lo creo, coronel. Mi experiencia me dice que los infantes de Marina saben hacer su trabajo mejor que yo. Doy por sentado que no es preciso que diga que no me fío de los síndicos —recordó Geary.

Carabali sonrió de oreja a oreja.

—Mi gente está preparada para cualquier situación de combate que pueda acontecer. Incluso aunque esos buques mercantes estén repletos de tropas de asalto síndicas, mis infantes de Marina serán capaces de hacerles frente —proclamó Carabali.

—Si eso ocurriese, coronel, le aseguro que mis buques de guerra se encargarán de que ninguno de esos buques mercantes sobreviva. Pero esperemos que no haya que llegar tan lejos. Me gustaría que nos pudiéramos hacer con esos suministros que llevan a bordo —afirmó Geary.

—Entendido, señor. —Carabali miró hacia un lado—. Diez minutos para el lanzamiento de los transbordadores. Lo mantendré informado de cualquier novedad que pueda surgir.

—Gracias. —Geary se relajó de nuevo, reconfortado por la insultante competencia de Carabali. *Es la leche tener a gente como los infantes de Marina*

cubriéndote las espaldas. El capitán repasó el visualizador de la flota y anotó mentalmente qué buques de guerra se encontraban mejor situados para entrar en combate con los mercantes síndicos en caso de que fuera necesario. Parece que estamos preparados para todo. Aquel pensamiento le trajo a la cabeza el recuerdo de su viejo comandante, muerto hacía tiempo a pesar de que en su memoria aquel recuerdo solo tenía varias semanas de antigüedad. Geary le dijo lo mismo en cierta ocasión y lo único que obtuvo de su superior fue una mirada de preocupación que le hizo preguntarse qué podrían estar pasando por alto. Bueno, Patros, ahora tú estás a salvo con tus antepasados y yo sigo preguntando qué puedo estar pasándome por alto.

Geary pasó los siguientes minutos tratando de expeler las malas vibraciones que le había granjeado el recuerdo de su antiguo compañero de tripulación. Patros no formaba parte del puente de mando del *Intrépido* aquí y ahora, pero en sentido estricto Geary tampoco. *Dos fantasmas. Eso es lo que somos Patros y yo. ¿Qué demonios sigo haciendo aquí, vivo y luchando en una guerra que ahora pertenece a nuestros descendientes?*

Los transbordadores de la Marina partieron finalmente sobre el horario previsto, lo cual le proporcionó a Geary algo en lo que concentrar su atención. Con la vista siguió las trayectorias de los transbordadores a medida que se iban arqueando cada una en dirección al buque mercante en concreto que hubiese sido determinado como su objetivo. Geary notó cierta tensión en su interior al ver cómo sus pequeños y rápidos transbordadores caían en picado sobre los enormes y desgarrados buques mercantes.

Resultaba tan extraño como observar una ráfaga de espectros abalanzándose sobre sus objetivos, pero en ese momento los transbordadores se dieron la vuelta y empezaron a frenar en lugar de acelerar hasta impactar contra el objetivo, como habrían hecho los misiles. Geary, que ya empezaba a sudar por las ansias de que llegaran las noticias de los infantes de Marina, recordó con retraso que tenía a su disposición un panel de vídeo y empezó a toquetear los botones de su panel de mandos hasta que este volvió a aparecer. De pronto veinte pantallas volvieron a la vida junto al visualizador de Geary y cada una de ellas mostraba la visión de cada uno de los líderes de los escuadrones de infantes de Marina.

Esta vez no había nada más que tuviese que estar vigilando, así que Geary observó, fascinado, como los infantes de Marina penetraban en los buques mercantes, llevaban a cabo exploraciones y situaban guardias en zonas estratégicas como el área de ingeniería y el puente de mando. Todo sucedió sin problemas, sin resistencia alguna por parte de los síndicos, que se comportaron de una manera rígida y formal pero sin mostrar abiertamente hostilidad alguna. Al contrario de lo que ocurría con las enormes tripulaciones de los buques de guerra, que debían ser lo suficientemente

grandes como para cubrir las necesidades de combate y de daño en combate, los buques mercantes no tenían más que una docena de tripulantes por navío, lo que facilitaba que los infantes de Marina pudiesen vigilarlos de cerca a todos y cada uno de ellos.

Geary había visto el interior de los buques mercantes síndicos en el pasado, antes de que estallase la guerra, cuando se ordenó a su nave que llevase a cabo inspecciones de navíos que penetraban en el espacio de la Alianza. Todavía podía reconocer alguna de las características de los mercantes síndicos en lo que veía ahora mismo, lo cual le hizo preguntarse si los navíos serían muy viejos o si el diseño había perdurado todo ese tiempo. El capitán llegó a la conclusión de que ambas opciones podían ser ciertas dado que aquel era un sistema al que la hipernet había pasado por alto.

Uno a uno, los líderes de los escuadrones de infantes de Marina fueron emitiendo sus partes y declararon que los buques mercantes estaban, hasta donde habían podido comprobar, desarmados y listos para proceder pacíficamente al encuentro. Pese a todo, Geary se percató de que los infantes de Marina que vigilaban a los tripulantes síndicos no mostraban síntomas de relajación y se mantenían en posición de combate de forma permanente. Una vez más, experimentó un momento de empatía con aquellos hombres y se preguntó cómo se sentirían los tripulantes del mercante teniendo allí cerca a infantes de Marina armados hasta los dientes y dispuestos de manera imponente junto a ellos; visitantes extraños, en suma, dentro de los compartimentos habituales de sus naves. *Mientras no intenten nada, estarán a salvo. Deben ser conscientes de ello, después del modo en el que hemos procedido a escoltar a los prisioneros hasta la base. Eso debería bastar para evitar que nadie haga ninguna tontería.*

Los buques mercantes se aproximaron a la flota de la Alianza mientras Geary observaba las imágenes de las tripulaciones síndicas desde el punto de vista de los infantes de Marina. Al mismo tiempo, su visualizador mostraba a los veinte buques mercantes síndicos encaminándose a una velocidad que parecía relajada hacia su encuentro con las naves auxiliares de la Alianza.

Parecía que no había nada que no estuviese en su sitio. Nada en absoluto. *¿Qué se me puede estar pasando?* Geary se devanó los sesos en busca de una respuesta, pero no se le ocurría nada. *Quizá por una vez tengamos todo bajo control.*

—Capitán Geary, aquí la coronel Carabali.

Delante del capitán apareció una nueva ventana que mostraba el rostro de Carabali. No parecía muy contenta.

—Señor —prosiguió Carabali—. Aquí hay algo que me huele mal.

O quizá no. Geary levantó la vista hacia la capitana Desjani e hizo un gesto para captar su atención.

—La coronel dice que hay algo que no le gusta —parafraseó Geary. Desjani frunció el ceño y tecleó el comando necesario para meterse en la conversación.

—Continúe, coronel —ordenó Geary.

Carabali señaló en dirección a algo que Geary no podía ver.

—¿Está usted viendo la señal de vídeo procedente de las naves síndicas, señor? —inquirió Carabali.

—Sí —respondió Geary.

—¿No hay nada en sus tripulantes que le resulte raro, señor? ¿Como oficial de flota, señor? —insistió la coronel.

Geary frunció el ceño también, y se dispuso a estudiar las imágenes con más detenimiento. Había algo extraño en ellas, ahora que Carabali llamaba la atención sobre ello.

—¿Se supone que todos los oficiales mercantes de primer rango están en sus puentes de mando? —interrogó Geary.

—Sí, señor, así es —respondió Carabali.

Desjani hizo un ruidito.

—Parece que los síndicos ascienden a sus oficiales mercantes a una edad muy temprana, ¿no? —intervino la capitana.

Carabali asintió con la cabeza.

—Sí. Exacto. Supongo que los síndicos pidieron voluntarios para formar parte de la tripulación de esas naves, pero hasta donde puedo saber después de realizar una inspección visual, no hay ni un hombre ni una mujer a bordo de esas naves que supere los veinte años —apuntó Carabali.

—Interesante panda de voluntarios —musitó lentamente Geary—. La mayor parte de los capitanes de mercantes que conocí en mis tiempos no habrían dejado sus buques en manos de nadie, ni siquiera en un caso como este.

—He preguntado a mis infantes de Marina —señaló Carabali—. Me indican que es evidente que muchos de estos que afirman ser parte de la tripulación no están familiarizados con las naves. Mis hombres creyeron que se debía a la asignación de voluntarios procedentes de la cantera de marinos mercantes a estas naves, pero no estoy segura de que esta sea la razón.

Geary se quedó pensando, pero aquello no le gustaba un pelo. Los buques mercantes tendían a tener oficiales de más edad, gente que había aprendido el oficio y se habían abierto camino a través de largos años de experiencia. Era una clase de profesionalismo muy diferente al de los oficiales de flota; pero, a su modo, demostraba suficiente fortaleza. Geary volvió a echar un vistazo a los supuestos mercantes.

—Jóvenes y también en buena forma física, ¿no? —preguntó Geary.

—Mírelos a los ojos, señor. Observe el modo en el que se comportan —urgió

Carabali.

—Mierda. —Geary intercambió una mirada con Desjani—. Esos tipos no son mercantes. Parecen soldados.

—Me apostaría mi carrera a que son militares —corroboró Carabali—. Y no militares cualquiera, no. Tratan de no ponerse firmes y actuar como civiles, pero ya no saben comportarse así. Se les ha preparado a conciencia. Me parece el tipo de gente que uno se podría encontrar en la guardia de asalto.

—Guardias de asalto. —Geary inspiró lentamente—. El tipo de soldados que uno manda cuando se encuentra en una misión desesperada.

—O misiones sin billete de vuelta. Sí, señor —ratificó Desjani.

Desjani parecía dispuesta a ordenar una matanza y, por una vez, Geary no la culpó por ello.

—Muy bien, coronel. ¿Qué cree que están planeando? ¿Algún tipo de ataque? —inquirió Geary.

Carabali se mordió el labio inferior.

—No se trata de un asalto convencional. Son demasiado pocos, no tienen armadura y no tendrán fácil acceso a las armas porque las tenemos localizadas. Si hubiera tripulantes protegiéndolas, podrían superar su barrera, pero no es lo mismo siendo mis infantes de Marina los que custodian con su equipamiento de combate al completo —arguyó Carabali.

—Eso mismo pensaba yo. ¿Entonces, qué? Hemos confirmado que no hay armas a bordo de esos buques mercantes.

Desjani se estremeció como si se le hubiera encendido una bombilla y enseguida se acercó hacia Geary y le dijo algo en voz baja pero a toda prisa.

—Sí que tienen un arma, señor —murmuró la capitana—. Sus núcleos de energía.

Geary pestañeó, tratando de digerir la información y comprobando que Carabali se había quedado ligeramente blanca al escuchar la afirmación de Desjani.

—Sus núcleos de energía. ¿Cree que tienen intención de hacer explotar sus núcleos de energía cuando se acerquen a nuestras naves? —sondeó Geary.

Carabali asintió enérgicamente.

—La capitana Desjani está en lo cierto, señor. Estoy segura. Mire a esos síndicos a los ojos, señor. Se han embarcado en una misión suicida —vaticinó Carabali.

—Estoy de acuerdo —afirmo Desjani—. Todos coincidimos en que no son miembros de una tripulación de mercantes. Son tropas de combate y solo tienen un arma disponible en estas naves.

Joder, esta sí que es buena. Geary se contuvo la urgente necesidad de empezar a blasfemar un buen rato y en voz alta.

—Estamos de acuerdo —aprobó Geary—. ¿Cómo pueden descargar sus núcleos de energía mientras los infantes de Marina los observan?

Desjani volvió a tomar la palabra.

—Tienen que tener adosado algún tipo de detonador por control remoto. — Carabali asintió con la cabeza—. Podría estar en cualquier parte y tener cualquier aspecto. —Nuevo asentimiento por parte de la coronel.

—¿Entonces deberíamos retirar las tripulaciones? Sacarlas de las naves, digo —se explicó Geary.

Esta vez Carabali meneó la cabeza rotundamente.

—Si empezamos a intentar sacarlos de las naves, probablemente los síndicos activarán el detonador sin más. Es posible que usted conserve entonces sus grandes naves intactas, pero perderíamos a todos los infantes de Marina y todos los transbordadores —recordó Carabali.

—¿Y si los matamos? —preguntó Desjani calmadamente.

Geary se planteó esa posibilidad y se preguntó también qué estarían pensando hacer aquellos síndicos.

—Sí. ¿Es esa una buena opción? —inquirió el capitán.

Carabali hizo una mueca de disgusto.

—Arriesgada, señor. Tal vez podamos abatirlos lo suficientemente rápido, pero como tengan detonadores conectados a dispositivos de hombre muerto mis infantes de Marina quedarán condenados de todas formas —apuntó la coronel.

—¿Dispositivos de hombre muerto? ¿No podríamos ver si...?

Geary dejó de hablar al ver que Carabali volvía a menear la cabeza.

—No, señor —zanjó la coronel—. Los dispositivos pueden ser implantes y estar unidos a su sistema nervioso o a su corazón. Si los síndicos mueren y se les para el corazón o el sistema nervioso deja de funcionar, es muy probable que eso sea suficiente para activar la detonación.

—Ya veo. —*Eso sí que es un avance con respecto a lo que teníamos en mis tiempos, aunque yo no lo llamaría una mejora precisamente.*

Entonces el rostro de Carabali se iluminó.

—Pero hay otra opción —apuntó la coronel—. Mis infantes de Marina tienen un dispositivo antidisturbios porque esperábamos tener que tratar con civiles.

—Y eso quiere decir que... —incidió Geary.

—Entre otras cosas, que tienen dispensadores de gas **CRX**. Se trata de un gas que sirve para suprimir disturbios, no para dispersarlos, así que es inodoro e incoloro, e inhalar una minúscula cantidad basta para dejar a alguien fuera de combate durante un rato —explicó Carabali.

—Está sugiriendo que los dejemos fuera de combate —dijo Geary.

—Sí, señor. Estarán inconscientes antes de saber lo que tramamos —aseveró Carabali.

—¿Y está usted segura de que el tal **CRX** no va a provocar una reacción física

que pueda activar el dispositivo de hombre muerto? —insistió el capitán.

—Bastante segura. Pero puedo contrastarlo con mi personal médico —ofreció la coronel.

—Hágalo, por favor. —Geary se quedó a la espera, tratando de no mostrarse impaciente mientras pasaban los segundos hasta que la imagen de Carabali volvió a aparecer enfocada delante de él.

—El personal médico asegura que el **CRX** es seguro —informó Carabali.

—¿Es seguro o puede que sea seguro? —presionó Geary.

Carabali sonrió abiertamente.

—Les he preguntado si arriesgarían su vida en tal predicción y ninguno de ellos ha mostrado el menor resquicio de duda —aseguró Carabali.

—Son infantes de Marina —apuntó Desjani con sequedad.

—El personal médico no —le recordó Carabali—. Ha sido la flota la que los ha asignado a todos ellos a la Marina, así que aunque el contacto tan cercano con los infantes de Marina puede producir cierta empatía, siguen sin compartir la misma mentalidad.

Aquel breve intercambio dibujó una sonrisa en el rostro de Geary.

—Estupendo entonces. Acabamos de concluir que el personal médico no está tan dispuesto a morir en el cumplimiento de su deber como el común de los infantes de Marina —ironizó Geary—, así que podemos dar por supuesto que está en nuestra mano noquear a esos supuestos mercantes sin mayor problema.

—Pero no quiere decir que no sigan suponiendo una amenaza —recordó Desjani—. Las naves pueden estar provistas de dieciocho formas distintas de descargar su energía cuando pasen cerca de nuestros grandes navíos. Unos cuantos fusibles de proximidad escondidos tras los cascos de las naves serían suficientes para lograrlo y no hay forma de garantizar que podamos encontrarlos en el tiempo que tenemos. —La capitana hizo una pausa—. Los buques mercantes no tienen todo el equipamiento del que disponen los acorazados, pero así y todo siguen teniendo una gran variedad de sistemas. Ni que decir tiene que pueden haber instalado un montón de dispositivos más para activar los núcleos de energía.

Como por ejemplo si cambiamos la trayectoria o velocidad de esas naves sin que la tripulación sódica introduzca algún tipo de código. Tengo veinte bombas voladoras yendo directas hacia las naves más vulnerables y valiosas de esta flota. Geary se quedó pensando en la situación que se planteaba.

—De acuerdo. Pongamos que usamos el **CRX**. Eso nos dejaría con veinte naves que no podríamos dejar acercarse a nuestras unidades de mayor tamaño y veinte tripulantes sódicos inconscientes. —Geary sabía que Desjani lo estaba observando, a la espera de su decisión y preguntándose cómo iba a conciliar tal decisión con su preocupación manifiesta por los prisioneros. Después de todo, tendría una

justificación clara si emprendiese una acción contra un grupo de gente cuyo plan consistía en lanzar un ataque suicida por la espalda. *Pero eso no significa que tenga que hacer nada que no quiera hacer. Y lo que si que quiero hacer es complicarle la vida a la gente que ha planeado esto, a los que han enviado guardias de asalto a una misión suicida mientras ellos esperaban sentados sanos y salvos cerca del mundo poblado*—. ¿Con cuánto tiempo contamos?

Carabali miró hacia Desjani, que tecleó algo rápidamente sobre su panel de mandos. En el visualizador de Geary aparecieron unas esferas grandes que rodeaban a cada buque mercante síndico.

—Aquí se puede ver la estimación del radio de daños para cada buque mercante. Sobresale un poco de un lado por el vector de movimiento de la nave en cuestión. Si nuestras naves consiguen situarse más lejos de ahí, sus escudos deberían ser capaces de deshacerse de cualquier destrozo que llegue hasta su posición —apuntó la capitana.

Geary evaluó las distancias y el tiempo disponible hasta que los buques mercantes se situaran demasiado cerca de las naves auxiliares. No quedaba mucho tiempo, pero con suerte sería suficiente.

—Muy bien, coronel. Así lo haremos entonces —resolvió Geary. Veinte minutos después, Geary observó a través de la señal remota de vídeo cómo metían sin mucha ceremonia a todos los miembros de la tripulación síndica, desde el primero hasta el último, en las cápsulas de salvamento situadas en sus navíos. Como ninguno de ellos estaba sujeto al asiento por el cinturón, pegaron un bote hacia arriba al arrancar las naves de salvamento. *Bueno, si su plan era suicidarse, no creo que tengan muchos motivos para quejarse de unos cuantos moretones o algún que otro hueso roto.*

Las escotillas de las cápsulas de salvamento se dejaron abiertas a modo de precaución, no fuese a ser que estas escondiesen una bomba trampa al cerrarse. Los infantes de Marina se apresuraron a regresar a sus transbordadores y se encontraron en las esclusas de aire con el resto de la infantería de Marina allí desplazada y que, a su vez, venía de descargar instrucciones en los pilotos automáticos que había en los puentes de mando de los buques mercantes.

Geary dejó escapar una bocanada de aire que no había sido consciente de haber estado conteniendo al ver cómo los transbordadores se alejaban de los buques mercantes. El capitán miró la hora con el deseo de que los transbordadores se movieran más rápido para alejarlos lo máximo posible de los mercantes y su radio de daños antes de que las instrucciones automatizadas que había enviado a los infantes de Marina para que las descargaran acabaran de llegar finalmente.

—Treinta segundos —advirtió innecesariamente Desjani.

Geary se limitó a asentir con la cabeza, mientras sus ojos se movían rápidamente entre los transbordadores de la Marina, los radios de daños de los buques mercantes,

y las naves auxiliares de la flota de la Alianza que se acercaban cada vez más a su cita con los mercantes.

—Da la señal.

Geary contuvo de nuevo la respiración, tratando de ver si las instrucciones enviadas a los sistemas automatizados de los buques mercantes para sellar las naves de salvamento desataría la destrucción de las naves. Los transbordadores de la Marina deberían de estar ya lo suficientemente lejos como para encontrarse a salvo, si las estimaciones estaban en lo cierto. *Pero «estimación» significa precisamente que puede equivocarse.*

—Las cápsulas de salvamento deberían estar saliendo —anunció Desjani.

—Ahí están. —Geary señaló a su visualizador, en el que los sistemas del *Intrépido* seguían el rastro de las cápsulas de salvamento que habían salido disparadas de los buques mercantes. Por un momento también se preguntaron si el lanzamiento de las naves de salvamento podría provocar que los núcleos de energía de las naves se dispararan. Pero, una vez más, los buques mercantes siguieron su camino, dirigiéndose hacia la flota de la Alianza de manera constante y casi desconcertante—. Veamos qué ocurre si jugamos con las trayectorias de los buques mercantes.

Unos momentos después, las instrucciones que habían descargado los infantes de Marina dieron la orden a los sistemas de maniobra de los buques mercantes de empezar a moverse arriba y abajo. Los enormes y lentos buques mercantes, cargados hasta arriba con los productos que había exigido la flota de la Alianza, se balancearon aparatosamente hasta que sus oscilaciones comenzaron a apuntar hacia abajo y lejos de la dirección en la que se encontraba la flota de la Alianza.

—Aún queda una cosa más —observó Desjani.

Los propulsores principales de las naves síndicas entraron en ignición y, al empujar contra la masa y el impulso de los buques mercantes, estos acabaron cambiando su trayectoria en el espacio. Geary trató de seguir la evolución de tales movimientos, ya que los buques mercantes no dejaban de acercarse peligrosamente a algunas naves de la Alianza.

—¿Deberíamos hacer maniobrar a la *Titánica* y a la *Genio* para asegurarnos de que estas cosas no se acercan demasiado? —inquirió Geary.

Desjani apretó los labios mientras estudiaba el movimiento relativo de las naves y después meneó la cabeza.

—En cualquier momento, a partir de ahora, deberíamos de empezar a ver que las distancias entre nuestras naves y las suyas se agrandan. A no ser que algo provoque que los propulsores principales se desconecten, esos buques mercantes dejarán de ser una amenaza en breve —vaticinó Desjani.

Los propulsores no se desconectaron, sino que siguieron empujando con toda la

fuerza que tenían a su alcance. Poco a poco, las trayectorias previstas para los torpes navíos mercantes comenzaron a sufrir modificaciones. Los cambios se hicieron evidentes a medida que las nuevas trayectorias divergían más y más de las rutas originales. Una vez efectuado el cambio, este se volvió más rápido en cuanto aquellas grandes naves cogieron velocidad ya en su nueva ruta y se lanzaron por ella a toda prisa.

—¿Adónde van? —preguntó la imagen de la coronel Carabali.

Geary sonrió tanto que sus labios se estrecharon notablemente.

—A casa —musitó.

Carabali frunció el ceño.

—No, coronel —la tranquilizó Geary—. Les estamos devolviendo a los síndicos sus naves, pero no van a agradecernos el gesto. Teníamos que hacer algo con esas veinte naves y, de esta manera, la gente que lanzó este ataque sobre nosotros obtendrá una respuesta inmediata por nuestra parte. Hay dos instalaciones militares orbitando alrededor del mundo poblado. Las órdenes que les hicimos descargar a sus infantes de Marina hicieron que los sistemas de maniobra de los buques mercantes lanzasen a diez de ellos directamente al punto en el que se encontraba una de esas instalaciones. Las otras diez irán dirigidas a la otra instalación.

El ceño fruncido de la coronel inmediatamente se convirtió en una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Diez buques mercantes repletos de cargamento dirigidos expresamente contra un objetivo de órbita fija? Me da que los síndicos van a tener algún que otro problemilla para detenerlos —comentó Carabali con sorna.

—Tantos que no van a ser capaces de detenerlos, coronel —le aseguró Geary. Inmediatamente después hizo un gesto en dirección a las imágenes de los pesados navíos mercantes—. En condiciones normales, los buques mercantes serían demasiado lentos como para preocuparse por ellos y podrían ser destruidos con facilidad según se aproximan. Sin embargo, estos buques no van a reducir la velocidad a medida que se aproximen a la órbita. Seguirán acelerando todo lo que puedan hasta realizar el impacto.

—Y —añadió una Desjani también sonriente—, cualquier impacto en los buques mercantes provocará la salida de una gran cantidad de carga acumulada. Si consiguen volar los mercantes, tendrán que tratar de apañárselas con toda esa carga y con los escombros que resulten de las explosiones y que no dejarán de abalanzarse sobre ellos.

Geary también sonrió.

—Después de todo, necesitamos mantener nuestros suministros de artillería de largo alcance. Si al faltar a su palabra los síndicos nos proporcionan algo que nos sirve para castigarlos, no les quedará más remedio que asumir las consecuencias de

sus actos. —El capitán observó el visualizador—. Estamos a poco más de treinta y dos minutos luz del mundo poblado. Ellos tardarán una media hora en ver que su ataque suicida no ha salido como habían planeado. Pongamos que tardan por lo menos otros diez minutos en seguir el rastro de los mercantes y hacerse una idea de hacia dónde se dirigen. Yo esperaré media hora para evitar darles la voz de alarma y después les mandaré un mensaje.

—Que tardará en llegarles una hora más o menos. Eso es mucho menos de lo que tardarán los buques mercantes en llegar a sus objetivos. Tendrán tiempo de evacuar sus instalaciones orbitales —suspiró Desjani.

—Es inevitable —apuntó Geary encogiéndose de hombros—. No tendrán problemas en ver venir a los buques mercantes mucho antes de que lleguen a su posición. Además, los directores ejecutivos que puedan estar en esas instalaciones serán siempre los primeros en salir. Tampoco creo que se vayan a ir de rositas. Tendrán que explicarles a sus superiores cómo han llegado a perder absolutamente todos los enclaves militares síndicos de este sistema y por qué han provocado también la destrucción de la mayoría de los buques mercantes de gran tonelaje, todo ello sin infligirnos baja alguna y sin impedir que siguiéramos avanzando.

La sonrisa de Carabali se volvió lúgubre.

—Quizá cambien su sala de juntas por los campos de trabajo —señaló la coronel.

—Quizá —asintió Geary—. Y menuda vergüenza que será eso para ellos.

Pasada la media hora, Geary se sentó en su escaño y se aseguró de que su uniforme tenía buen aspecto, aunque no impecable. No quería parecer uno de esos burócratas impolutamente ataviados que se ocupaban de llevar los asuntos en los Mundos Síndicos.

—Comienzo a la transmisión. Gentes del sistema estelar Corvus —dijo con su mejor voz de mando, ligeramente más grave y potente que la que tenía habitualmente —, aquí el capitán John Geary, comandante de la flota de la Alianza. —Geary hizo una pausa durante un momento para dejar que los receptores se dieran cuenta de quién era el que se dirigía a ellos. No en vano el capitán sospechaba que, como dentro de la Alianza creían que *Black Jack* Geary era un salvador, para los síndicos sería algo así como el hombre del saco, o al menos representaría una amenaza con un aura sobrenatural a su alrededor. Era algo que no le hacía sentir cómodo, pero tampoco era cuestión de descartar un arma que podría incrementar las esperanzas de la flota de volver a casa.

—Deseo informarles de dos cosas. La primera de ellas es que los buques mercantes que acordamos se reunirían con nosotros han resultado ser una bomba trampa. Hemos negociado con sus líderes de buena fe. Ellos han faltado a su palabra y como resultado de ello han perdido esas naves. Ahora mismo están regresando a modo de revancha contra aquellos que las enviaron. Quiero que quede claro que

aunque hemos sido traicionados por sus líderes, no esperamos obtener ninguna retribución infligiéndoles a ustedes daño alguno.

»La otra cosa de la que debo informarles es que las tripulaciones de los buques mercantes fueron ubicadas sin sufrir daño alguno en las cápsulas de salvamento de tales buques, que fueron expelidas con dirección a su mundo. No hemos saboteado ni puesto ninguna bomba trampa de ningún tipo en esas cápsulas que van de camino. No las hemos convertido en armas. En su interior no hallarán más que a sus propios tripulantes.

»Podíamos haber matado a los tripulantes de esas naves ya que, al planear un ataque por la espalda camuflados como civiles se han quedado fuera del amparo de las protecciones que estipula el derecho de la guerra. Podríamos haber tomado represalias contra su mundo. Esta flota cuenta con suficiente poder como para borrar del mapa cualquier vestigio de vida en este sistema. Sin embargo, no hemos hecho nada de eso. La flota de la Alianza ha mostrado más preocupación por las vidas de los ciudadanos del sistema Corvus que sus propios líderes. Ténganlo presente.

»Por el honor de nuestros antepasados —recitó Geary, empleando la vieja formulación a pesar de que hasta él mismo se preguntaba si una cita tan desfasada ya en sus días no se habría quedado ya completamente anticuada en estos tiempos—. Aquí el capitán Geary, oficial al mando de la flota de la Alianza. Fin de la transmisión.

Geary se relajó y se dio cuenta mientras tanto que la capitana Desjani tenía una leve sonrisa en los labios.

—Esto debería darles a los síndicos algo sobre lo que reflexionar hasta que los buques mercantes empiecen a impactar contra sus objetivos. Especialmente por el hecho de que usted usó la despedida antigua y formal para cerrar su mensaje —indicó Desjani.

—¿Entonces ya no se usa? —preguntó Geary.

—Nunca he tenido constancia de ella, documentos históricos al margen —asintió Desjani, sin que su sonrisa se inmutara lo más mínimo—. Sí. Es el tipo de toque personal que los va a dejar temblando de miedo, porque deja claro a todas luces que *Black Jack Geary* está de vuelta.

Geary también asintió, si bien se guardó sus propios pensamientos para sus adentros. Sí. Estupendo. Ser consciente de que probablemente yo sea la pesadilla andante de montones de gente no es algo que hubiera deseado en ningún momento.

Pero uno hace uso de las armas de las que dispone.

Unas nueve horas después, Geary se aseguró de que estaba en el puente de mando del *Intrépido* para observar cómo «regresaban a casa» los buques mercantes síndicos.

—Han reducido un par de ellos a polvo estelar usando misiles realmente grandes —advirtió Desjani—. Una pena que se lo haya perdido, pero tiene a su disposición la grabación de los acontecimientos en la biblioteca táctica por si le apetece ver la repetición de la jugada.

—¿Qué clase de misil podría infligir un daño así? —interrogó Geary.

—Mis técnicos de armamento dicen que han debido de ser armas de bombardeo planetario —aclaró Desjani—. No tendrían ninguna opción de darle a un buque de guerra, pero los mercantes se aproximaban con una trayectoria fija y no pudieron escabullirse. Aun así, la mitad de esas cosas no fueron capaces de impactar contra sus objetivos.

¿Armas de bombardeo planetario? ¿Por qué iban a necesitarlos síndicos algo así en un sistema tan secundario como Corvus? Debían de estar ubicadas en una de esas instalaciones de las órbitas, o quizá en las dos, porque no hay grandes buques de guerra en el sistema, así que esas cosas debieron ser colocadas allí a propósito. Geary se frotó el mentón y se dispuso a fingir que estudiaba las posiciones de la flota, cuando en realidad lo que trataba era de desenmarañar el rompecabezas. *Lo único que podrían haber hecho los síndicos con esas armas es utilizarlas contra alguno de los planetas de este mismo sistema. Pero por qué... oh. Despierta, Geary. Ya sabes cómo mantienen el control las autoridades síndicas. Como haga falta. Supongo que el mantenimiento de municiones de bombardeo planetario en órbita era solo una forma más de asegurarse de que la población local no se planteaba siquiera la posibilidad de no acatar las órdenes.*

Nunca me gustó el estilo de liderazgo de los síndicos. Estoy empezando a odiarlo de verdad. Geary se quedó mirando a la imagen del mundo habitado. No era un lugar idóneo para alojar vida humana en su interior, la verdad. *Para empezar, no hay suficiente agua. La atmósfera es un poco débil. Así y todo, sigue siendo un buen planeta para dar cabida a un número aceptable de habitantes. Me alegro de no haber tomado represalias contra esa gente. Ya tienen suficiente de lo que preocuparse con las amenazas de sus propios líderes.*

—¿Alguna novedad sobre las cápsulas de salvamento que lanzamos desde los buques mercantes? —inquirió Geary.

—Están acercándose por detrás de los mercantes en estos momentos. —Desjani se quedó mirando como si le diese la impresión de que había algo que fallaba—. Las defensas orbitales síndicas se han cargado a unas pocas de ellas.

—Mierda —blasfemó el capitán.

—Me apostaría cualquier cosa sin temor a equivocarme a que han dado por supuesto que cuando les dijimos que no las habíamos convertido en armas estábamos mintiendo y, antes que arriesgarse a que los engañáramos, han preferido matar a algunos de los suyos. Ya sabe cómo son —recordó Desjani.

—Lo sé. —Geary meneó la cabeza—. Pero tenía que intentarlo.

Desjani se encogió de hombros.

—Vayamos a lo que nos interesa: el hecho de que las defensas síndicas se hayan visto forzadas a concentrarse en los buques mercantes significa que es razonable pensar que tal vez la mitad de las cápsulas de salvamento llegarán intactas a la superficie —vaticinó la capitana.

—Gracias. Una vez que lleguen allí, la población síndica del planeta va a descubrir que decíamos la verdad —apuntó Geary.

—Supongo que eso les podría hacer sentir mal por haber matado a los síndicos que había en las naves de salvamento restantes —observó Desjani dubitativa.

—Supongo que así será. —Geary se encorvó para estudiar más de cerca las imágenes que se proyectaban delante de su asiento—. No queda mucho hasta el impacto.

—No. —Desjani parecía ahora llena de alegría—. Las instalaciones orbitales son siempre un blanco fácil.

A pesar del malestar que le producía escuchar cuál había sido el destino de algunos de los «tripulantes mercantes» síndicos, el propio Geary casi esbozó una sonrisa al comprobar la exactitud de la afirmación de Desjani.

Una y otra vez, los militares siguieron dando pruebas de que los objetos situados en órbitas fijas no eran solo blancos fáciles sino blancos muertos cuando se enfrentaban a oponentes en movimiento. Aun así, los líderes civiles seguían construyendo fortalezas orbitales de todas formas.

—Hacen que las poblaciones de los planetas en torno a los cuales orbitan se sientan más seguras. Al menos, eso es lo que nos dijeron la última vez que estuve en el espacio de la Alianza. No sé si el razonamiento ha cambiado desde entonces —explicó Geary.

—No lo ha hecho. Siguen sin aprender. Tal vez deberíamos mandarles un vídeo con esto —sugirió Desjani con una nueva sonrisa.

Geary volvió a centrarse en el visualizador, que mostraba una panorámica muy ampliada de la zona cercana al mundo habitado con numerosas etiquetas que aclaraban las identidades de los distintos objetos que había allí. A pesar de los denodados esfuerzos de los defensores síndicos, varios buques mercantes seguían abalanzándose sobre las distintas instalaciones militares orbitales, listas para colisionar en breve. A Geary le entró algo de miedo, no fuera a ser que acabaran impactando contra el planeta por error, pero recordó que los mercantes habían

ascendido desde la superficie del sistema hasta llegar a la posición en la que se encontraba la flota de la Alianza y, una vez allí, fueron expelidos de nuevo en dirección descendente. Desde ese ángulo, los buques mercantes se separaron para impactar contra objetivos situados a ambos lados del planeta. Ninguno de ellos estaba situado en un ángulo tal que hiciese que su trayectoria relativa con respecto al planeta fuese una línea recta, así que si alguno acababa rozando la atmósfera del planeta, lo haría de manera oblicua y debería acabar rebotando.

Geary se quedó mirando a los indicadores de tiempo y distancia, lo cual le recordó que estaba observando acontecimientos que habían tenido lugar hacía una hora y media. Las imágenes parecían tan inmediatas que resultaba difícil recordar que la luz que transportaba aquellos acontecimientos llevaba viajando mucho tiempo.

—Diez minutos para avistamiento del primer impacto —recordó el consultor de armamento.

Entonces empezaron a aparecer pequeños fogonazos de luz que parpadeaban alrededor de los puntitos brillantes que eran lo único que Geary podía ver de los buques mercantes. El capitán seleccionó una instalación orbital y centró su atención en ella. A continuación agrandó la imagen hasta que se hizo visible el buque mercante más cercano a su objetivo, más como una nave que como un punto de luz. Un momento después, la nave comenzó a hacerse más grande, hasta el punto de que Geary bajó la vista para comprobar que no estaba siendo él el que seguía ampliando la imagen.

Y no era así.

—El primer mercante con objetivo instalación orbital síndica Alfa ha sido destruido —anunció el consultor de armamento. La nave se estaba haciendo más grande porque el casco se había roto y todo lo que componía la nave y su cargamento se estaban desperdigando ahora por el espacio. Era precisamente la inercia la que seguía conduciendo a los escombros hacia el objetivo aun cuando los motores habían quedado inutilizados.

Algo parecido a unas lanzas infernales salió disparado desde la base síndica y logró limpiar gran parte de los escombros, pero fue incapaz de evitar que quedasen todavía algunos más por la zona. Además, mientras el fuego síndico se concentraba en los escombros del mercante de cabeza, el siguiente en la formación, cuyos motores empujaban con más fuerza aún, se puso a la altura de los despojos del primero. Geary notó cómo la mandíbula se le tensaba al comprobar que las defensas síndicas de corto alcance cambiaban la dirección de su fuego al mercante que seguía intacto, si bien no alcanzaba a comprender cuál era el propósito de aquella maniobra. Era evidente que la instalación no tenía salvación posible. Geary esperaba al menos que las defensas estuvieran en modo automático y que no se hubiese dejado allí a nadie para morir en un intento inútil por salvar la instalación orbital.

Minutos después, el segundo mercante dio de lleno contra uno de los lados de la instalación síndica, lo cual redujo una amplia sección de la misma a pedazos de chatarra. Los restos de la nave también quedaron reducidos a escombros a causa de la colisión, tras la cual salieron rebotados y continuaron su marcha.

Detrás de ella llegó la inmensa nube de escombros del mercante que antes había ido en cabeza, que acto seguido comenzó a impactar contra la instalación. Geary se quedó mirando, fascinado a su pesar, cómo la base orbital síndica se tambaleaba después de sufrir repetidos impactos, mientras toda su estructura se combaba hasta romperse y cientos de toneladas de material se clavaban en ella a una velocidad altísima. Resultaba extraño, pero parecía como si la base síndica se estuviese disolviendo bajo los impactos de aquella oleada de escombros que la estaba destrozando. El plano se bamboleó al hacerse eco el *Intrépido* del movimiento de la instalación. Bajo la fuerza de los impactos provocados por los escombros, los restos de la base síndica empezaron a salir despedidos fuera de la órbita, alejándose más y más del planeta que había estado protegiendo y amenazando a la vez durante quién sabía cuánto tiempo. La imagen se fue volviendo borrosa a medida que los escombros se fueron desperdigando a consecuencia de los impactos que se iban sucediendo uno detrás de otro, lo que acabó dificultando la visión que tenía la flota de la Alianza de todo aquel desastre.

Geary pulsó los botones correspondientes para alejar la imagen de manera que pudiera observar la situación de un modo más general y observó cómo los buques mercantes que quedaban iban pasando por encima del que había sido su objetivo. Como estaba previsto, el ángulo existente entre las trayectorias de los buques y el planeta aseguraba que ninguno de los mercantes acabase incrustándose en el planeta. Uno de los mercantes golpeó la atmósfera superior del planeta con un ángulo muy oblicuo y salió rebotado, si bien la fricción del impacto fue suficiente para romperle el casco y verter toda su carga, que salió despedida por todo el espacio. Otros tres mercantes sí golpearon las zonas superiores de la atmósfera a una gran velocidad, socavando agujeros incandescentes a través del cielo del planeta a medida que sus cascos se evaporaban en forma de plasma. Los restos herrumbrosos de los buques y su carga acabaron saliendo despedidos igualmente hacia el espacio exterior, todavía emitiendo un brillo cegador por el calor irradiado.

—Se lo tienen que haber pasado bien en la superficie del planeta viendo esa escena —murmuró Geary.

—Se ha visto mejor desde el otro lado, capitán Geary —matizó Desjani—. Esa parte del planeta estaba oscura. ¿Quiere la repetición?

—Sí —aceptó Geary.

La diferencia de detalles consistía en que, en esta ocasión, los tres buques mercantes que habían logrado sobrevivir no consiguieron ninguno impactar contra su

objetivo, de modo que cada uno de ellos se quedó a diferente distancia; pero al final el resultado fue el mismo, ya que por casualidad el cuarto logró golpear de lleno contra la instalación síndica, sobre cuya superficie horadó un profundo cráter. Aquello destruyó cualquier equipamiento que quedara por allí, aunque solo fuera por la fuerza del impacto. Por ese lado solo había dos buques mercantes que entraron y salieron de la atmósfera, pero Geary tuvo que darle la razón a Desjani. En contraposición a aquel cielo oscuro, el feroz rastro de buques muertos brillaba tanto en lo alto que los sistemas ópticos del *Intrépido* tuvieron que realizar unos cuantos ajustes para rebajar su sensibilidad y que así la imagen no acabara fundiéndose a blanco.

Me pregunto qué pensará de nuestro pequeño espectáculo la fuerza de persecución síndica. Geary comprobó su ubicación. No van a verlo hasta dentro de otras dos horas, así que nosotros no veremos su reacción hasta al menos dentro de ocho horas. Bueno, tampoco es que puedan hacer gran cosa aparte de proferir algún que otro insulto.

—¿Por qué no hemos recibido otra exigencia de rendición? —preguntó Desjani, como si hubiese estado leyendo los últimos pensamientos de Geary—. Ya ha pasado tiempo más que suficiente para que esa fuerza síndica nos la hiciera llegar.

—Buena pregunta. No perderían nada mandándonos otra. Tal vez ya no tengan intención de ofrecernos la opción de rendirnos más veces —apuntó Geary.

Desjani sonrió aviesamente.

—Con el debido respeto, señor, no creo que los síndicos tuvieran nunca la intención de hacernos una oferta sincera para que aceptáramos la rendición. Fueran cuales fueran las condiciones que nos ofreciesen, e independientemente de las condiciones que nosotros hubiéramos aceptado, no habrían significado nada —afirmó Desjani.

—Teniendo en cuenta lo que le hicieron al almirante Bloch y a sus acompañantes en el sistema interior síndico, no me queda más remedio que estar de acuerdo con usted —reconoció Geary.

—También pensaba en lo que había sucedido en este sistema —recordó Desjani.

—Otro buen ejemplo, capitana. Tiene usted mucha razón. —Geary se rascó detrás de una oreja—. Pero si nunca tienen la intención de acatar las condiciones de una rendición, ¿qué tienen que perder ofreciendo o exigiendo a sus enemigos que lo hagan?

Esta vez fue la copresidenta Rione la que le contestó.

—No quieren dar la apariencia de ser débiles planteando exigencias cuyo cumplimiento no están en posición de obligar —aseveró la copresidenta.

Geary volvió la vista hacia atrás y comprobó que Rione estaba sentada en el escaño destinado a los consultores.

—Discúlpeme, señora copresidenta —se excusó el capitán—. No sabía que había vuelto al puente de mando.

—Entré cuando los buques mercantes síndicos estaban llegando al planeta poblado, capitán Geary. —El rostro de Rione se ensombreció momentáneamente como consecuencia de alguna emoción oscura—. Tengo entendido que el acuerdo que negocié ha sido violado.

—Algo así se podría decir —respondió Desjani con un tono de voz anodino.

—Pero no es culpa suya —añadió Geary, lanzando una mirada en dirección a Desjani.

—En cualquier caso, permítame ofrecerle mis disculpas. —Rione asintió con la cabeza mirando hacia los visualizadores que se erigían delante de los asientos de Geary y Desjani—. Como he dicho, los comandantes de los Mundos Síndicos no pueden seguir exigiendo nuestra rendición. Se trata de una cuestión de política y de imagen. Esta flota ha escapado de una trampa en el sistema interior síndico y ha huido a través del sistema Corvus sin que nada se haya interpuesto en su camino. Cada vez parece más evidente que los comandantes síndicos no son capaces de meternos en cintura. En estas circunstancias, son ellos los que nos deben destruir u obligarnos a que pidamos la rendición en aras de reafirmar su potencial.

Geary se frotó la parte inferior del rostro, sopesando las palabras de Rione.

—Eso suena muy lógico. —El capitán miró a Desjani que, con renuencia, asintió con la cabeza a modo de respuesta—. Puede que haya otra razón también. Le apuesto a que ahora mismo el comandante de esa fuerza de persecución sabe que hay una gran fiesta de bienvenida esperándonos en Yuon. Está suponiendo que, cuando llegue a Yuon detrás de nosotros, estaremos tratando de salir de la emboscada y él llegará para rematarnos. Por eso no querrá hablar de rendición cuando se está viendo a sí mismo o a sí misma a punto de convertirse en el héroe de Yuon.

—Eso es ciertamente posible —corroboró Rione.

Geary volvió a echar un vistazo al visualizador, reduciendo la escala hasta que pudo ver el sistema estelar Corvus al completo. La flota de la Alianza y la fuerza de persecución síndica quedaron ambas reducidas a simples puntitos que se desplazaban a lo largo de las enormes distancias que las separaban de la salida del punto de salto y el nuevo punto de salto. La fuerza de la Alianza había completado la mayor parte del recorrido por Corvus, y solo le faltaba un día para llegar al punto de salto y alcanzar la tan ansiada seguridad en Kaliban. *Lo cual me recuerda que tengo sin terminar un asunto importante que debería atender.*

—Estaré en mi camarote —dijo Geary.

El capitán pasó por donde estaba Rione, que le lanzó una mirada que escondía una tímida sombra de sospecha. Una vez que se encontró solo y a salvo, empezó a repasar la lista de nombres que el Capitán Duellos le había hecho llegar para buscar a

un nuevo comandante para la *Arrogante*. Se había hecho la promesa de que el comandante Vebos no iba a seguir siendo el capitán de esa nave cuando salieran de Corvus y tenía la firme intención de cumplir su promesa.

Como se podía elegir de entre los tripulantes de toda una flota, había montones de candidatos. No obstante, Duellos se había tomado la molestia de subrayar ciertos nombres. Geary los confrontó con sus respectivas hojas de servicio, amén de las breves memorias existentes (si es que las había) de cada uno de ellos, y tomó nota de los que correspondían a oficiales que eran buenos desempeñando su trabajo pero no se encontraban entre los admiradores de *Black Jack Geary*.

Uno de ellos le llamó la atención. Comandante Hatherian, actualmente oficial de armas de la *Orión*. Era uno de los oficiales de Numos, lo cual lo habría puesto automáticamente bajo sospecha a los ojos de Geary. Por su propia experiencia, Geary sabía que gente como Numos tendía a rodearse de subordinados que cuanto menos estaban dispuestos a fingir que su jefe era la estrella más brillante de todo el firmamento. Con todo, Duellos pensó que merecía la pena considerar la opción de Hatherian. Y el último informe de aptitud que había emitido Numos sobre Hatherian era bueno, pero no deslumbrante. Quedaba claro que Hatherian no era el preferido de Numos.

Ummm. Hatherian es comandante. Como Vebos. Y yo que me estaba preguntando qué hacer con Vebos.

Geary preparó cuidadosamente un par de mensajes, finalmente los descargó y regresó al puente de mando, en el que seguía sentada Rione. Tanto ella como la capitana Desjani parecían ser ambas completamente ajenas a la presencia de la otra.

—Voy a enviar órdenes a la *Arrogante* y a la *Orión* —informó Geary a Desjani.

—Sí, señor. —Obviamente Desjani se preguntó por qué tenía que saber ella eso, pero al leer los mensajes salientes tuvo que hacer esfuerzos para evitar que su expresión siguiese inmutable—. ¿Prevé que pueda haber algún problema para que se cumplan estas órdenes?

—No en lo que respecta a la *Orión*. —Si Geary había sabido interpretar bien el carácter de Numos, aquel hombre se veía a sí mismo como un líder que servía de inspiración a los demás. Incluso si el capitán Numos no tenía en gran estima al comandante Hatherian, lo más normal era que pensara que Hatherian iba a mostrar más lealtad hacia él que hacia Geary. Después de haber trabajado para gente como Numos, Geary sabía que a menudo las cosas no funcionaban de esa manera. Dejar de estar bajo las órdenes de alguien como Numos era a menudo un gran alivio, por lo que el vínculo que quedaba entre un jefe y su antiguo subordinado era de escasa o nula lealtad.

Geary se sentó y se quedó a la espera.

Antes de que hubiera transcurrido una hora, un transbordador salió desde la *Orión*

en dirección a la *Arrogante*. Desjani hizo cuentas.

—El transbordador va a tardar unas dos horas en llegar a la *Arrogante* —anticipó la capitana.

—Enseguida vuelvo. —Geary se dirigió hacia la salida y se obligó a volver a otro comedor para fingir que comía y tener así la oportunidad de fingir su confianza en el regreso de la flota al espacio de la Alianza. Tras ello, trató en vano de descansar un rato antes de regresar al puente de mando.

—El transbordador de la *Orión* está todavía a media hora de la *Arrogante*— comunicó Desjani.

—Gracias, capitana Desjani. ¿Ha enviado la *Arrogante* algún mensaje al transbordador? —inquirió Geary.

—No, señor. Hasta donde sabemos, la *Arrogante* no ha reconocido siquiera al transbordador —respondió Desjani.

Geary repiqueteó con sus dedos sobre el brazo de su escaño, evaluando las opciones que tendría a su disposición si Vebos seguía comportándose como un idiota. Había varias, pero no quería que la situación empeorase más de lo necesario. Una vez que se decantó por una de ellas, el capitán volvió a teclear una secuencia de comandos que ya empezaba a resultarle familiar para establecer una nueva comunicación.

—Coronel Carabali, he mandado a un transbordador desde la *Orión* en dirección hacia la *Arrogante*—explicó Geary.

—Sí, señor. —Carabali lo miró con curiosidad evidente porque no sabía hasta qué punto aquello le concernía a ella.

—En el transbordador viaja el comandante Hatherian, que deberá relevar al comandante Vebos al frente de la *Arrogante*. El comandante Vebos tiene orden de dirigirse a la *Orión* como nuevo oficial de armas de la nave —prosiguió Geary.

—Sí, señor —asintió Carabali.

—Se me acaba de ocurrir que tal vez sería un gesto bonito que el destacamento de sus infantes de Marina a bordo de la *Arrogante* le brindase al comandante saliente una ceremonia de despedida —sugirió Geary.

Carabali, que sin duda alguna se había pasado toda una carrera teniendo que lidiar con peticiones insólitas de parte de sus superiores, se las apañó para no responder con más que una mirada de sorpresa.

—¿Señor? —musitó Carabali.

—Sí. —Geary sonrió de una manera que esperaba reflejase algo de bonhomía—. Como si le hicieran un pasillo. Creo que estaría bien que sus infantes de Marina a bordo de la *Arrogante* informaran al comandante Vebos que deben escoltarlo hasta el transbordador.

La coronel Carabali asintió con la cabeza despacio.

—¿Todos mis infantes de Marina de la *Arrogante*? ¿Quiere que busquen al comandante Vebos y le digan que son... una especie de guardia de honor? —interrogó Carabali.

—Sí. Eso es. Una guardia de honor. Para escoltarlo mientras abandona la nave —corroboró Geary.

—¿Y si el comandante Vebos declina hacerse acreedor de tal honor? ¿Qué deberían hacer mis infantes de Marina en ese caso? —insistió Carabali.

—En caso de que eso ocurriera —afirmó Geary—, ordéneles que mantengan su posición alrededor del comandante Vebos mientras se ponen en contacto con usted y usted se pone en contacto conmigo. A partir de ahí decidiremos cuál es el modo adecuado de persuadir al comandante Vebos para que acepte el honor en función de cuál sea la situación exacta.

—Sí, señor. Me dispongo a dar las órdenes pertinentes, señor. ¿Doy por sentado que no se nos concede la posibilidad de apelar al uso de las armas? —preguntó Carabali.

Geary se esforzó al máximo para que no se le escapara ninguna sonrisa. La coronel Carabali no se había olvidado aún de que había sido Vebos quien había ordenado el bombardeo de sus propias tropas.

—Sin armas, coronel. Si nos vemos obligados, lo sacaremos de la *Arrogante* por la fuerza. Pero creo que hasta el comandante Vebos se dará cuenta de que sus opciones son muy limitadas si se ve rodeado de infantes de Marina. Además, va a irse a la *Orión* —recordó Geary.

El rostro de Carabali se iluminó al entenderlo todo.

—Ya veo. Sí. Eso debería ser de ayuda. Lo mantendré informado, capitán Geary. —Carabali hizo el saludo de rigor y su imagen se desvaneció.

Geary se recostó y vio que Desjani lo observaba intentando no reírse.

—¿Una guardia de honor? —preguntó la capitana.

—Sí —replicó Geary con toda la dignidad que fue capaz de reunir en esos momentos.

—¿Por qué a la *Orión*, si se me permite preguntarlo? —indagó Desjani.

Geary miró a su alrededor para asegurarse de que nadie podía escucharlos y bajó la voz.

—Me parecía una buena manera de minimizar el número de lugares sobre los que tengo que estar ojo avizor. Además, le dará a Numos la oportunidad de trabajar con Vebos. Y viceversa —expuso Geary.

—Ya entiendo. Se merecen el uno al otro. El transbordador de la *Orión* está efectuando su aproximación final. La *Arrogante* todavía no ha reconocido su presencia —anunció Desjani.

La *Arrogante*, al ser más pequeña que la *Orión*, no tenía un muelle de

transbordadores. En lugar de eso, el transbordador procedente de la *Orión* se balanceó lo suficiente para acercarse a la esclusa de aire principal de la *Arrogante*, extendió un tubo de acoplamiento y se quedó amarrado al exterior de la *Arrogante*.

—Según nuestros lectores remotos, la esclusa de aire de la *Arrogante* no se ha abierto todavía —notificó Desjani.

Geary comprobó la hora.

—No he tenido noticias de la coronel Carabali. Vamos a darle unos minutos —propuso el capitán.

Cinco minutos después, llegó una llamada de la coronel Carabali, que dio el parte con una expresión que permaneció en todo momento cuidadosamente clamada.

—El comandante Vebos y su guardia de honor se encuentran de camino hacia la esclusa de aire de la *Arrogante*—informó Carabali.

Geary asintió solemnemente.

—¿Ha habido algún problema? —inquirió Geary.

—Nada que una docena de infantes de Marina completamente uniformados no pueda prevenir con su poder intimidatorio. Con todo, debo admitir que el factor decisivo fue probablemente que la tripulación de la *Arrogante* parecía estar haciendo caso omiso a las órdenes con las que el comandante Vebos trataba de responder a aquello —reconoció Carabali.

—Es normal. Saben que se ha designado al comandante Hatherian como su nuevo oficial en jefe. El comandante Vebos no tiene ya ninguna autoridad sobre ellos —razonó Geary.

—Sí, señor —coincidió la coronel—. No parecía que la pérdida del comandante Vebos les provocara especial desazón.

—Por alguna razón, lo que me cuenta no me sorprende demasiado, coronel —apuntó Geary.

Geary levantó la vista hacia Desjani al escuchar cómo retomaba la palabra.

—La esclusa de aire de la *Arrogante* se ha abierto —comunicó Desjani—. El comandante Hatherian está entrando. Al comandante Vebos lo están sacando... Perdón, el comandante Vebos está siendo escoltado hacia el transbordador por sus guardias de honor. —La capitana permaneció en silencio unos momentos—. La guardia de honor está abandonando el transbordador. La esclusa de aire de la *Arrogante* se está cerrando.

Geary asintió ante la imagen de Carabali.

—Gracias por los servicios de sus infantes de Marina, coronel —musitó Geary. Carabali saludó pertinentemente.

—El placer ha sido nuestro, señor —apuntó Carabali.

El transbordador se despegó de la *Arrogante* y emprendió el camino de vuelta hacia la *Orión*. Por un momento Geary sintió pena por la tripulación del

transbordador, que se veía obligada a compartir nave con el comandante Vebos, quien sin duda alguna no estaría precisamente contento, hasta que pudieran despacharlo en la *Orión*. Enseguida Geary volvió a contemplar su visualizador, redujo la escala de visualización y comprobó que los perseguidores síndicos recortaban muy lentamente la distancia que los separaba de la flota de la Alianza, y después dirigió la vista hacia delante, hacia la distancia que quedaba para llegar hasta el punto que los aguardaba para dar el salto. *Ojalá todo lo que tuviera que hacer pudiese hacerse de la misma manera rápida y ordenada con la que he apartado a Vebos de su puesto de mando.*

Dentro de siete horas la flota de la Alianza llegaría al punto de salto y dejaría Corvus atrás. Suponiendo que no saliera nada mal hasta entonces. Suponiendo que los sistemas de propulsión de la *Titánica* no diesen marcha atrás de repente y acabaran cayendo en un minúsculo agujero negro hasta perderse para siempre. Geary se planteó aquella posibilidad un par de veces y se dio cuenta de que no era solo que se lo estuviese planteando, sino que se lo estaba tomando ya medio en serio, lo cual le permitió hacerse una idea de lo cansado que estaba.

—Voy a intentar dormir un poco —murmuró el capitán.

Acto seguido Geary se puso en pie y salió del puente de mando, ligeramente sorprendido por el hecho de que la copresidenta Rione siguiese sentada en el sitio destinado a los consultores. La copresidenta le dedicó una mirada furtiva según pasaba.

—Un espectáculo interesante, capitán Geary —farfulló Rione.

—¿Se refiere al de Vebos? —inquirió Geary.

—Sí. Supongo que el objetivo era subir la moral de los demás —apuntó Rione.

Geary frunció el ceño, tratando de recordar dónde había escuchado esa frase.

—No exactamente. Vebos ha demostrado que no es lo suficientemente inteligente como para que se le confíe el mando de una nave. No se trata de nada personal. Se trata de velar por la tripulación de la *Arrogante* y por cualquiera que dependa de la *Arrogante* para cualquier cosa —precisó el capitán.

Rione le devolvió una mirada con un ligero rastro de escepticismo. Geary dibujó la más leve sonrisa posible en su rostro para dedicársela a Rione e inmediatamente abandonó el puente de mando.

Tras haberse asegurado de que el puente de mando lo llamaría para despertarlo, el capitán regresó varias horas después, cuando la flota de la Alianza estaba iniciando el salto para abandonar el sistema estelar Corvus, con la fuerza de persecución síndica todavía a una buena distancia de ellos.

Geary se quedó observando las extrañas luces del espacio de salto durante un rato, tirado en el asiento de su camarote, sabedor de que le quedaban por delante un par de semanas de tránsito por el espacio de salto antes de que tanto él como el resto

de la flota de la Alianza pudiesen saber qué les aguardaba en Kaliban, si es que había algo. Tengo que hacer muchas cosas, pero mi capacidad para llevarlas a cabo mientras estemos en pleno salto es escasa, debido a lo rudimentario de mis posibilidades de comunicación con el resto de la flota hasta que regresemos al espacio normal. Debería limitarme a descansar. Tratar de recuperarla energía que no he recobrado desde que me despertaron en aquella cápsula de supervivencia.

Los médicos de la flota, que ya habían expresado sus reticencias sobre el estado físico de Geary, le habían prescrito ciertas medicinas, ejercicio y descanso. «Intente evitar el estrés», aconsejaron también. Geary se quedó simplemente mirándolos, tratando de discernir si alguno de ellos tenía la más mínima idea de lo ridícula que sonaba tal prescripción para alguien como él.

Lo peor de todo aquello era el hecho de que no podía estar seguro de cuánta debilidad podía exhibir delante de los demás. Desjani veneraba cada paso suyo, pero Geary seguía sin saber cómo le sentaría ser consciente de verdad de que Geary no era un héroe enviado por las estrellas. La cosa sería diferente si la relación con Desjani o con cualquier otro oficial viniese de antes. Pero, después de haber caído casi literalmente en aquella flota procedente del pasado, la verdad era que no se podía decir que conociese bien a nadie.

Rione no adoraba a Geary y probablemente no se sorprendería demasiado si escuchara las preocupaciones del capitán. Es más, hasta podría tener algún buen consejo que darle, ya que hasta el momento a Geary le había impresionado para bien su capacidad de raciocinio. Con todo, seguía sin saber hasta dónde se podía fiar de la copresidenta de la República Callas. Lo último que le hacía falta era contarle sus secretos a una política capaz de canjearlos por cualquier ventaja que pudiera lograr a cambio de revelarlos.

Nadie con quien poder hablar, nadie con quien poder compartir la carga del poder.

Bueno, aquello no era del todo cierto. De hecho, había alguien a quien le debía una conversación. Anda que estoy yo bueno. Me pongo a hablar de honrar a nuestros antepasados cuando ni siquiera yo les he presentado mis respetos desde que me despertaron de mi hibernación de supervivencia.

Geary solicitó que se le facilitasen indicaciones para dirigirse hacia la zona derecha del *Intrépido*. pues estaba seguro de que aunque todo lo demás pudiera haber cambiado, aquel debía de seguir siendo el sitio que estaba buscando dentro de la nave. Y allí estaba. El capitán comprobó la hora para asegurarse de que la zona no iba a estar atestada de gente en ese momento y se levantó de la silla, se alisó el uniforme, respiró hondo y se dirigió a la zona ancestral.

Dos pisos más abajo y cerca del eje central del *Intrépido* se alzaba el lugar al que Geary se dirigía, ubicado en una de las zonas más protegidas de la nave. Geary se detuvo en el exterior de la escotilla que daba paso a la zona ancestral y dio gracias

por que no hubiera nadie allí presente viéndolo entrar. Acto seguido empujó la escotilla y se encontró de frente con una serie de pequeñas habitaciones que le resultaban reconfortantemente familiares. Geary escogió al azar una que no estaba ocupada, cerró con cuidado la puerta insonorizada y después se sentó en el tradicional banco de madera que estaba frente al pequeño estante en el que solo quedaba una única vela. El capitán cogió el encendedor del estante, alumbró la candela y después se sentó a observarla en silencio durante un rato.

Al final, soltó un suspiro.

—Distinguidos antepasados. Les pido disculpas por haber tardado tanto en venir —se excusó Geary, hablando con los espíritus que supuestamente habían sido atraídos por la luz y la calidez de la vela—. Debí haber rendido honores a mis antepasados hace algún tiempo, pero como estoy seguro que ya saben, he estado algo ocupado. Y he estado solventando muchas cosas a las que nunca pensé que me tendría que enfrentar. Sé que no es excusa, pero espero que acepten mis disculpas.

Geary hizo una pausa.

—Tal vez se pregunten dónde he estado todo este tiempo. Tal vez lo sepan ya. Tal vez Michael Geary ya se haya unido a ustedes a estas alturas si, como me temo, acabó falleciendo en su nave. Permítanme decirles que se pueden sentir orgullosos de su actuación. Por favor, díganle que me hubiera gustado compartir más momentos con él.

»Han pasado muchas cosas desde la última vez que hablé con ustedes. Ha habido muchos cambios. La mayoría de ellos, si no todos, parecen haber sido para peor. Así lo creo yo, vamos. No puedo fingir que no necesito todos los consejos y todo el consuelo que pueda obtener en estos momentos. Les agradeceré cualquier cosa que me puedan proporcionar. Gracias por cualquier ayuda que nos hayan podido proporcionar para permitirnos llegar hasta aquí.

Geary volvió a hacer una nueva pausa, preguntándose, y no era aquella la primera vez que lo hacía, por qué el hablar con sus antepasados casi siempre le acababa reconfortando. El capitán nunca se habría descrito a sí mismo como un fervoroso creyente de ninguna clase, pero así y todo siempre le daba la sensación de que en esas ocasiones había alguien que lo escuchaba. Además, si un hombre no puede confiar ciegamente en sus antepasados, ¿de quién se puede fiar entonces?

—Esto es muy difícil. Lo estoy haciendo lo mejor que puedo, pero no estoy completamente seguro de que con esto sea suficiente. Hay un montón de gente que depende de mí. Algunos de ellos van a morir. No puedo fingir que algo así simplemente no va a ocurrir. Incluso si de algún modo logro hacer absolutamente todas las cosas bien, será inevitable perder algunas naves antes de que esta flota regrese a casa. Así que si cometo algún error... —Geary se detuvo, pensando en el *Resistente*—. Si cometo más errores, muchas de estas personas podrían acabar

muertas.

»Queda mucho camino por recorrer hasta llegar al espacio de la Alianza. Ni siquiera puedo estar seguro de qué es lo que nos vamos a encontrar si logramos regresar hasta allí. Con suerte, podré arrastrar a suficientes naves de la flota de los Mundos Síndicos detrás de nosotros como para que no puedan explotar nuestra derrota en el sistema interior síndico. Pero no tengo manera alguna de saber si los síndicos habrán salido a por la Alianza haciendo uso de la ventaja conseguida después de su victoria y tras dejarnos aquí atrapados, no al menos hasta que estemos lo suficientemente cerca de casa como para tener alguna opción de conseguir datos que los servicios de Inteligencia hayan recabado de manera relativamente reciente.

Geary hizo una nueva pausa.

—No es que esté preocupado por lo que me pueda pasar a mí. Tengo la sensación de que debería haber muerto hace un siglo. Pero no puedo sucumbir a esa sensación porque sí que me preocupa lo que le pase a la gente que ha depositado tanta fe en mí. Por favor, ayúdenme a tomar las decisiones correctas y a hacer las cosas bien para que pierda la menor cantidad de naves y de tripulantes posible. Juro que intentaré con todas mis fuerzas hacer lo correcto por ustedes y por los que siguen con vida.

Geary permaneció sentado durante un rato más todavía, observando cómo ardía la vela, y después se acercó hasta ella, apagó la llama con un soplido, se levantó y salió caminando de la habitación.

Al abandonar la zona, varios tripulantes lo vieron salir. Geary movió la cabeza a modo de saludo mientras ellos lo observaban como sobrecogidos. Joder, yo tendría que ser uno de esos antepasados muertos con los que habla la gente en lugar de un hombre de carne y hueso que va caminando por estos pasillos. Y ellos lo saben.

Pero los tripulantes no actuaban como si hubieran visto a alguien que no encajaba en aquel lugar. Un par de ellos lo saludaron con la rigidez torpe de quien acaba de aprender a hacer el gesto. Geary se encontró a sí mismo sonriendo al devolver los saludos. Entonces se percató de cómo un fogonazo de pavor atravesaba los ojos de los otros dos tripulantes y su sonrisa se desvaneció. Su propia gente no debería tenerle miedo.

—¿Algo va mal? —indagó Geary.

El tripulante al que dirigió la pregunta se puso blanco.

—N...no, señor —balbuceó el tripulante.

Geary se quedó mirando a aquel hombre un momento.

—¿Está seguro? Parece preocupado por algo. Si necesita que lo hablemos en privado, tengo algo de tiempo —instó el capitán.

El hombre seguía buscando una respuesta cuando su acompañante se aclaró la garganta para tomar la palabra.

—Señor, no es nada que nos incumba —explicó.

—¿De veras? —Geary miró a su alrededor, escrutando el desasosiego de los demás—. Me gustaría saber qué los preocupa de todas formas.

La mujer también palideció ligeramente, pero después volvió a intervenir, esta vez con voz entrecortada.

—Es solo verlo aquí. La gente hace comentarios —farfulló.

—¿Comentarios? —Geary trató de no fruncir el ceño. No le gustaba hacer de su fe un espectáculo público, pero esto parecía ir más allá—. ¿Qué tipo de comentarios?

Uno de los tripulantes que lo había saludado le respondió mientras lanzaba a sus atemorizados compañeros una mirada de hastío.

—Señor, nadie lo había visto aquí desde que, esto, desde que lo recogimos. Y desde que abandonamos el sistema interior síndico, así que, bueno, la verdad, señor, había gente que creía que tal vez lo que había ocurrido allí tenía algo que ver con el hecho de que no se hubiera prodigado por aquí.

Geary esperaba que su apariencia no revelase lo molesto que se sentía en realidad por la vaguedad de aquella explicación.

—¿Con qué en concreto? —Entonces se le encendió la bombilla—. Se refiere al *Resistente*, ¿verdad? —La expresión de los tripulantes le sirvió de respuesta mejor que cualquier palabra que hubieran podido articular—. Pensaban que todo se debía a que mi resobrino probablemente hubiera muerto a bordo del *Resistente*.

Geary bajó la vista, pues por un momento no deseó mirar a los demás, y meneó la cabeza.

—¿Creían que tenía miedo de venir aquí y tener que enfrentarme a él? ¿Enfrentarme a qué? —Geary levantó la cabeza y una vez más pudo leer la respuesta en sus rostros—. No sé cuánto saben de toda esta historia, pero el capitán Michael J. Geary se ofreció como voluntario para retrasar al *Resistente* y contener a los síndicos. Si no lo hubiera hecho, es probable que me hubiera visto obligado a ordenárselo, pues esa habría sido mi responsabilidad, pero yo no di tal orden. No tuve que hacerlo. Tanto él como su tripulación se sacrificaron voluntariamente por todos nosotros.

A juzgar por sus rostros, Geary se dio cuenta de que aquello era algo que desconocían. Estupendo. Así que habían estado pensando que fui yo mismo el que mandé a mi propio resobrino hacia la muerte. La putada de todo esto es que hubiera podido darse el caso de que me viera obligado a hacerlo.

—No tengo nada que temer a la hora de ponerme cara a cara con mis antepasados. Nada más que cualquiera de los demás, supongo. Han pasado muchas cosas. Esa es la razón por la que no he bajado aquí antes —explicó Geary.

—Por supuesto, señor —replicó un tripulante de inmediato.

—Usted no le tiene miedo a nada, ¿verdad, señor? —preguntó otro azorado.

Uno de mis admiradores, pensó Geary. ¿Y cómo contesto yo a una pregunta así?

—Como cualquier otro, mi único miedo es no hacerlo lo mejor que sé. Y me sirve

para no dejar de tener los pies en la tierra. —Geary sonrió de oreja a oreja para dar a entender que era un chiste y los tripulantes se rieron como si les hubieran dado permiso para ello. Ahora lo único que tenía que hacer era desembarazarse de la conversación todo lo rápido que pudiera sin que aquello resultase demasiado obvio—. Discúlpenme por haberlos distraído de sus ocupaciones.

Los tripulantes ofrecieron toda una retahíla de respuestas haciéndole ver que la culpa era suya y después le abrieron paso. En ese momento se dio cuenta de que los dos tripulantes que hasta hace nada estaban tan preocupados parecían ahora mucho más cómodos en su presencia. Para su sorpresa, se dio cuenta de que él también se sentía más cómodo a su lado. Quizá, a su manera, Geary se había estado haciendo el remolón a la hora de afrontar lo que le había pasado al *Resistente*; pero, al confesar abiertamente sus sentimientos a los demás, en cierto modo parecía haberlo aceptado.

Geary caminó hacia su camarote con la sensación de que las cargas que pesaban sobre él eran, por un instante, más ligeras.

—Capitán Geary, ¿puedo hablar en privado con usted?

Geary cerró la ventana sobre la que estaba trabajando, una de las simulaciones que quería que la flota utilizara a modo de práctica para la batalla una vez que llegara a Kaliban. Se trataba de un programa antiguo, uno de cuyos primeros precursores había estado familiarizado Geary hacía ya mucho; pero incluso esta versión mucho más novedosa no había sido actualizada desde hacía un tiempo. Geary quería que los parámetros de la simulación coincidieran con el estado actual de la flota y con las capacidades de la flota síndica a día de hoy, que él mismo había sido capaz de comprobar. Con todo, seguía quedando tiempo de sobra para terminar aquella tarea antes de que la flota llegase a Kaliban, mientras que resultaba evidente que la capitana Desjani estaba restando tiempo de sus obligaciones como oficial al mando del *Intrépido* para hablar con él ahora mismo.

—Por supuesto —concedió Geary.

Desjani hizo una pausa como si estuviese ordenando sus ideas.

—Sé que esto ocurrió hace casi una semana, pero si le soy sincera esperaba que me dijera por qué optó por poner a salvo a los tripulantes de los buques mercantes síndicos. Comprendo sus teorías al respecto de cómo tratar a los prisioneros, pero esos individuos no estaban de uniforme. Su atuendo era civil. Lo que los convertía en saboteadores, como mínimo, y esa gente no puede beneficiarse del derecho de la guerra. —Parecía que Desjani había terminado, pero se apresuró a añadir una frase más—. No estoy cuestionando su decisión, por supuesto.

—Capitán Desjani, doy por descontado que acudirá a preguntarme cuando no entienda por qué hago alguna cosa. En esos casos tal vez usted sepa algo que yo no sé y, en cambio, debería saber. —Geary puso los ojos en blanco por un momento y se

acarició la frente en un intento por aliviar la tensión que manaba de su interior—. Tiene usted razón, por supuesto, cuando afirma que no estábamos obligados a intentar salvar las vidas de esa gente. De hecho, podríamos haberlos ejecutado a todos ellos y no tendríamos que responder ante nadie, pues sería legítimo. —Su amplia sonrisa se torció—. No es que me lo haya preguntado directamente, pero yo se lo contestaré de todas formas. Estoy seguro de que sus antepasados y los míos no nos habrían mirado con desaprobación si hubiésemos tratado a esos síndicos con mucha más severidad, ni si les hubiéramos dejado secuelas más permanentes.

Geary pudo ver cómo la sorpresa inundaba los ojos de Desjani.

—¿Entonces, por qué, señor? Su plan era matar a muchos de nuestros tripulantes y destruir o inutilizar parte de nuestras naves, y pretendían hacerlo además en un ataque por la espalda y disfrazados de civiles. ¿Por qué mostrar piedad con ellos? —interrogó Desjani.

—Esa es una pregunta muy cabal. —Geary suspiró y movió la mano hacia el paisaje estelar que seguía visualizándose en una de las paredes—. Podría decirse que en ocasiones al alma le sienta bien mostrar piedad cuando esta ni se exige ni se espera. No sé usted, pero a veces creo que mi alma precisa de toda la ayuda que le pueda conseguir. —Desjani pareció momentáneamente aturdida, pero después sonrió como si hubiese llegado a la conclusión de que Geary estaba bromeando—. Pero esa no es ni mucho menos la única razón —continuó el capitán—. Tenía motivos muy prácticos para dejarles marchar.

—¿Motivos prácticos? —Desjani apartó la vista de Geary y la dirigió hacia el paisaje estelar.

—Ajá —Geary se encorvó hacia delante y señaló a las estrellas que aparecían allí representadas—. Lo que ocurrió aquí se va a escuchar en todos los demás sistemas síndicos tarde o temprano. Habrá una versión oficial, claro, que dirá que la flota de la Alianza estaba planeando arrasar cualquier vestigio de vida en el sistema Corvus y que fue solo la gallardía de los defensores síndicos la que impidió que se cumplieran sus propósitos. Pero eso lo iban a contar independientemente de lo que hiciéramos.

»Sin embargo, ni siquiera los síndicos son capaces de lograr que las versiones no oficiales circulen por ahí. ¿Y qué cree que van a escuchar los habitantes síndicos de otros sistemas por el boca a boca? Que no tratamos de bombardear ninguna ciudad. Por supuesto, podrían pensar que eso se debe a que no tenemos tiempo. Pero también escucharán que tratamos a sus gentes de manera intachable cuando los hacemos prisioneros. Que, cuando tenemos la posibilidad de hacer lo que queremos con ellos, respetamos las vidas de cualquier síndico que cae en nuestras manos.

Por el rostro de Desjani asomó un resquicio de duda.

—Seguramente a los síndicos todo eso les dé lo mismo. Probablemente lo verán como un síntoma de debilidad —apuntó la capitana.

—¿Ah sí? —Geary se encogió de hombros—. Es posible. Es posible que todo lo que pudiéramos haber hecho hubiera sido visto como un signo de debilidad. Recuerdo que una vez me contaron que si se maltrataba a un prisionero, aquello sería interpretado como un síntoma de que éramos demasiado débiles como para ceñirnos a las normas, de que estábamos demasiado asustados como para arriesgar cualquier posible ventaja que tuviéramos.

—¿De verdad? —Desjani lo miró sin ocultar su sorpresa.

—Ajá. —Geary dejó que sus pensamientos despegaran de allí por un momento y se posaran sobre el recuerdo de una sala y una conferencia muy lejana en el tiempo y en el espacio—. Eso es lo que me enseñaron, que ceñirse a las normas transmitiría una sensación de fortaleza y confianza. Supongo que es discutible. Pero en términos prácticos y a día de hoy, creo que, como mínimo, habrá alguien, en alguna parte, que pueda dispensar a los prisioneros de la Alianza un trato mejor como consecuencia de lo que hicimos nosotros. Y lo que es más importante para nosotros ahora mismo, puede que haya alguien contra el que nos tengamos que enfrentar que ya no tenga tanto miedo de rendirse en lugar de luchar hasta la muerte. Esa gente va a escuchar que el trato que dispensamos a los combatientes que se rinden es correcto, que evitamos infligir daño alguno sobre los civiles, que no dejamos un rastro de destrucción a nuestro paso por el sistema Corvus, que incluso cuando se nos provocó sin que mediase provocación por nuestra parte, nuestra única respuesta fue dirigida contra quienes ordenaron que nos atacaran por la espalda. En algún punto del camino, alguien del que puede que necesitemos algo alguna vez tal vez recuerde esto.

Desjani volvía a parecer confundida de nuevo.

—Puedo entender hasta qué punto eso podría darnos una ventaja la próxima vez que tratemos de conseguir suministros cuando pasemos por otro sistema síndico. Pero siguen siendo síndicos, capitán Geary. No van a cambiar su manera de actuar por el hecho de que nosotros obremos de un modo diferente.

—¿Ah no?. Supongo que es posible que sus líderes no. Entre usted y yo, todos los líderes síndicos que me he encontrado hasta el momento me parecen detestables. —Desjani sonrió abiertamente, sin duda reconfortada por la declaración de Geary—. Pero estoy seguro de que a cualquiera que oiga hablar de esta flota, o que la vea actuar, no le cabrá duda alguna de que no somos débiles. Sabrán que optamos por no cometer ciertos actos que podríamos haber cometido. —Geary miró a las estrellas y volvió a sentir un ramalazo gélido en su interior al pensar en el siglo de tiempo y acontecimientos que lo separaban de Desjani—. Que nuestros antepasados me asistan, Tanya, la población síndica es humana, también. Ellos tienen que estar sintiéndose igual de oprimidos por esta guerra. Tienen que estar hartos de enviar a sus hijos e hijas y maridos y esposas a morir en un conflicto que parece no tener fin. —Geary miró directamente hacia Desjani—. Asumámoslo, no tenemos mucho que

perder dejando que el síndico de a pie sepa que nos comportamos de manera justa con ellos.

—¿Y qué me dice de los fanáticos que estaban ansiosos por morir? Seguramente volverían a hacer un intento parecido sin dudarlo.

—Es posible —aceptó Geary—. Pero partieron pensando en que tendrían una muerte gloriosa. En lugar de eso, regresaron a casa inconscientes y se encontraron con que sus naves habían sido utilizadas para destrozar sus propias bases. No hay nada glorioso en una cosa así. Es más, algunos de ellos encontraron incluso la muerte a manos de su propia gente. Tal vez eso haga que el próximo equipo de suicidas voluntarios muestren algo menos de entusiasmo. Cuando alguien está preparado para morir, matarlo no hace sino colmar sus propias expectativas. No me entienda mal, no dudaría en satisfacer su deseo llegado el caso, pero lo haría según mis reglas. No quiero que sus muertes sirvan de inspiración a nadie.

Desjani sonrió lentamente.

—Usted frustró el plan síndico de golpear de nuevo a esta flota y frustró el deseo de algunos fanáticos de morir en su intento de atacarnos. Ninguno de ellos consiguió lo que quería —resumió Desjani.

—No. —Geary volvió a mirar hacia las estrellas, preguntándose entre cuáles de ellas se encontrarían ahora los elementos principales de la flota síndica y hacia dónde se dirigían tales fuerzas en su intento por encontrar y destruir a la flota de la Alianza—. Si desean tanto morir por nuestra culpa, tendrán que buscarse otra oportunidad. Y si se da el caso, les daremos esa satisfacción. Pero bajo nuestras condiciones.

Nada.

Los tripulantes de la flota salieron del espacio de salto completamente alertas, preparados para lo peor, conscientes de que podrían encontrarse con campos de minas en su camino y de que podría haber incluso una flota síndica justo detrás de las minas. Sabían que podrían tener que pelear para abrirse paso entre esa flota si querían sobrevivir un día más. Pero únicamente el vacío saludó las nerviosas exploraciones de los sistemas de apuntado de la Alianza.

El sistema estelar Kaliban, hasta donde se sabía a raíz de los datos proporcionados por los mejores instrumentos que se encontraban a disposición de la Alianza, estaba completamente inerte. No se veía nada con vida por allí, ninguna nave en movimiento; ni se podía detectar aparato alguno, ni siquiera en modo de ahorro de energía, que emitiese la más imperceptible señal de calor. Allí había vivido gente hacía tiempo, pero ahora todo lo que había en Kaliban estaba frío, todo lo que había en Kaliban permanecía en silencio.

—No hay minas, demos gracias a nuestros antepasados —exclamó Desjani exultante—. Eso significa que no se esperaban para nada que viniéramos aquí. Se les ha adelantado, capitán Geary.

Supongo que sí. —La falsa modestia no tiene sentido. Si vinimos aquí fue porque yo lo dije y únicamente porque yo lo dije—. Kaliban está bastante muerto ahora mismo, ¿no?

—Nunca ha sido un lugar con mucha vida, la verdad —matizó Desjani.

Cinco planetas, dos de los cuales eran tan pequeños que apenas podrían ser considerados como tal. Todo era hostil para la vida humana porque las temperaturas o bien eran demasiado bajas o bien demasiado altas, por no mencionar que o no había atmósferas o, si las había, resultaban tóxicas. A eso se le sumaba el surtido habitual de rocas y bolas de hielo, si bien ni siquiera esas parecían muy numerosas o destacables en comparación con otros sistemas. Con todo, la gente había construido casas aquí. Kaliban no tenía nada de especial, excepción hecha de que la gravedad que proporcionaba su estrella permitía que funcionasen los puntos de salto. Geary podía imaginarse con facilidad la historia del hombre en el sistema Kaliban, porque era algo que se repetía sistemáticamente en un montón de sitios más.

Las naves se habían visto forzadas a pasar por Kaliban para llegar a otros sitios antes de la aparición de la hipernet. Y como pasaban naves, se había construido un astillero, o dos o tres para poder hacer frente a alguna urgencia y para proporcionar repuestos o servicios de mantenimiento a las naves que pasaban por allí, amén de otros servicios a las naves que se quedaban en el sistema para transportar tanto a los trabajadores como a sus familias. Los astilleros y las familias precisaban de algunos

servicios, así que habían aparecido pequeñas ciudades en unos pocos lugares. Enterradas bajo el suelo de un mundo hostil o incrustadas en algún asteroide de cierto tamaño, aquellas instalaciones proporcionaban las cosas que siempre se habían proporcionado en las pequeñas ciudades. Algunas de las naves que pasaban por allí llevaban pasajeros o carga destinada a quedarse en Kaliban. Y, por supuesto, había minas para obtener materias primas allí mismo en lugar de tener que transportarlas desde otra estrella, y gente trabajando en las minas, y un gobierno local para mantener las cosas bajo control, y representantes de la autoridad central síndica para mantener al gobierno local bajo control.

El resto, Geary solo lo sabía por lo que había escuchado. Con la aparición de la hipernet las naves ya no tenían que pasar por Kaliban, ni por un sinfín de sistemas como Kaliban. Los astilleros habían tenido que cerrar, pues su medio de vida se había ido reduciendo poco a poco y, sin esos trabajos, las pequeñas ciudades habían comenzado a perecer. Una vez llegados hasta ese punto, no quedó razón alguna para ir a Kaliban, de no ser por los puntos de salto. Y lo que estaba claro era que ahora ya no había ningún motivo para quedarse en Kaliban. *¿Cuántos años aguantarían los últimos bastiones de la resistencia? Quizá no tantos. En un sistema síndico, todo el mundo trabajaría como empleado de alguna empresa, y las empresas recortan las pérdidas mucho antes de que a la mayoría de la gente le entren ganas de rendirse a título individual. Ahora ya no queda nadie. Todas las instalaciones que se pueden ver por aquí están frías. No hay uso de energía, ni sistemas medioambientales en funcionamiento. Lo han cerrado todo. Supongo que la última persona que salió de Kaliban se acordó de apagar la luz.*

Si la vara de medir fuera la esperanza de vida de una estrella, la presencia humana en Kaliban había durado un abrir y cerrar de ojos absolutamente imperceptible. Por alguna razón, ver aquello y ser consciente de la situación de aquel sistema le devolvió a Geary aquella sensación gélida en su interior.

Acto seguido se sacudió aquella sensación de encima. Si había algo que todo tripulante aprendía enseguida era que todo lo que rodeaba al espacio era inhumano. Su vasta extensión, su vacío, la muerte que escondía en todas partes excepto en aquellos lugares muy, muy pequeños en medio del vacío en los que los humanos podían caminar sobre la superficie de un planeta con el viento golpeándoles la cara desnuda y con la posibilidad de respirar. «No es malo ni bueno», rezaba un dicho antiguo, «simplemente es».

«El espacio es demasiado grande para nosotros y a sus ojos solo duramos lo que un breve pestañeo», le dijo un día un antiguo jefe a Geary cuando él era tan joven que casi le dolía recordarlo. «Un día, sea el que sea, podría llevársete a ti, porque aunque no le importamos, nos matará en un instante si tiene la posibilidad. Entonces, si las oraciones que dirigiste a las estrellas obtienen respuesta, conseguirás vivir para

siempre rodeado por su luz y su calor. Si no, más te vale haber aprovechado bien la vida que tuviste. A propósito, ¿te he hablado en alguna ocasión de la vez que mi vieja nave visitó Virago? Esa sí que fue una buena fiesta.»

Geary se dio cuenta de que estaba sonriendo, recordando a aquel viejo jefe suyo y las historias, a menudo extravagantes, que contaba.

—Capitana Desjani, tengo intención de poner la flota a orbitar en torno a Kaliban. Por favor, hágame saber si tiene usted alguna recomendación especial concerniente a la órbita exacta —pidió Geary.

Desjani lo miró medio sorprendida.

—¿Vamos a quedarnos aquí? —inquirió.

—El tiempo suficiente como para ver qué clase de equipamiento y de materiales podrían haber dejado abandonados los síndicos. —Geary había estado revisando el estado de las naves de la flota durante el salto desde Corvus y no le había alegrado mucho ver cómo algunas naves se estaban quedando tan solo con lo básico. Todavía no había nadie acercándose al punto crítico, pero tampoco estaban para nada cerca de casa. Y había otra cosa que Geary tenía que hacer y para la que precisaba que las naves estuvieran en espacio normal. Algo que tenía que hacer antes de que la flota se dispusiese a librar una nueva batalla.

Desjani asintió con la cabeza.

—Menos mal que quedaban reservas de comida en la base síndica de Corvus. No parece muy probable que vayamos a encontrar mucha comida por aquí —señaló la capitana.

—Estoy de acuerdo. —Geary examinó las opciones que se le presentaban y después ordenó a sus naves que redujeran la velocidad hasta la centésima parte de la velocidad de la luz para permitir que la flota de la Alianza se adentrase lentamente hacia el interior del sistema Kaliban. Eso daría tiempo para evaluar los datos que obtuvieran los sensores de la flota acerca de las instalaciones síndicas clausuradas en ese sistema. Tiempo suficiente para saber qué se podían haber dejado los síndicos por allí que pudiera resultarle útil a su flota. Y tiempo para hablar con los comandantes de sus naves.

En ese momento llamó el capitán Duellos.

—Recomiendo situar cruceros de batalla otra vez a la salida del punto de salto para protegerlo —sugirió Duellos.

Geary meneó la cabeza.

—Esta vez no. Quiero que la flota permanezca unida. No podemos adoptar una posición para explotar al máximo lo que hayan abandonado los síndicos en este sistema y otra posición para mantener una fuerza de vigilancia en la salida del punto de salto —explicó Geary.

—Muy bien, capitán Geary —admitió Duellos.

Desjani le lanzó al capitán una mirada difícil de descifrar.

—A Duellos nunca le gustó el almirante Bloch, ya sabe a qué me refiero — desveló la capitana.

—No lo sabía —reconoció Geary.

—No tenía la sensación de que Bloch tomase las decisiones muy inteligentes. Resulta interesante ver cómo Duellos acepta sus decisiones con tanta predisposición —agregó Desjani.

Geary sonrió forzosamente.

—Será que todavía no he cometido demasiados errores —ironizó.

Desjani sonrió abiertamente y acto seguido se dio la vuelta para analizar un mensaje que le acababa de aparecer en su visualizador.

—Mi oficial de operaciones recomienda que nos posicionemos en este sistema en esta ubicación orbital —notificó Desjani.

Geary estiró el cuello y divisó una zona que se encontraba en el interior del sistema, aproximadamente a dos horas luz de distancia de la salida del punto de salto. El capitán comparó la ubicación con las órbitas de las instalaciones síndicas que ya habían sido descubiertas y después asintió con la cabeza.

—Parece un buen sitio por ahora. Vayamos hacia allá. Por favor, haga saber al resto de las naves qué órbita planeamos coger y ordéneles mantener la formación en torno al *Intrépido*—instó Geary.

—Sí, señor. —Desjani empezó a dar las órdenes pertinentes mientras Geary se giraba hacia su visualizador y se disponía a estudiar los datos entrantes.

Apenas había empezado a considerar los informes que se habían recibido al respecto de lo que se podía saber sobre las instalaciones síndicas, y a darse cuenta de que tendrían que enviar equipos de exploración a la caza de suficiente información como para hacerse una idea ajustada de lo que realmente había en cada una de ellas, cuando Geary recibió una llamada del oficial al mando de la *Titánica*. Estupendo. A ver, ¿qué pasa ahora?

Sin embargo, el rostro del oficial que requería la atención de Geary no mostraba ninguna señal de emergencia o de preocupación. El capitán de la *Titánica* parecía insultantemente joven para ocupar ese puesto, pero actuaba de una manera lo suficientemente confiada y su voz sonaba como si así lo estuviese.

—Saludos, capitán Geary —comenzó el capitán de la *Titánica*.

—Saludos. ¿Su llamada es en relación con algún problema a bordo de la *Titánica*?

—No, señor. Cada día conseguimos mayores progresos en la reparación de los daños que nos fueron infligidos y ya hemos recuperado la capacidad de propulsión al completo.

Geary sonrió ligeramente al oír la noticia.

—Es un alivio saberlo. Tengo que admitir que he tenido a la *Titánica* en mente en numerosas ocasiones —reconoció Geary.

Al escuchar la referencia, el capitán de la *Titánica* se estremeció visiblemente.

—Agradecemos los esfuerzos de nuestras numerosas escoltas por mantenernos a salvo. Bueno, relativamente a salvo. Ya teníamos unos daños considerables de los que ocuparnos, así que agradecemos no haber tenido que añadir nada más a la lista de lo que había que reparar —correspondió el capitán de la *Titánica*.

Geary sonrió esta vez. La falta de oposición en el sistema estelar Kaliban lo había dejado de muy buen humor por una vez.

—Lo puedo entender. Han hecho un gran trabajo reparando su nave. ¿Qué puedo hacer por usted ahora? —inquirió Geary.

—Me gustaría ofrecerle una sugerencia y una petición. —Enseguida apareció una ventana con un mapa de situación del sistema Kaliban—. Hemos podido confirmar que había instalaciones de minas aquí.

—Ajá. Todas cerradas, como todo lo demás, por supuesto —añadió Geary.

—Sí, pero suponiendo que estén intactas, tengo gente que debería ser capaz de reactivar el equipamiento minero automatizado. A juzgar por el estado que presentan las cosas, los habitantes de Kaliban no llegaron a explotar al máximo el suministro de metales del sistema y la verdad es que podríamos usar esos metales para fabricar nuevas partes y armas para las naves de esta flota —indicó el capitán de la *Titánica*.

Geary se recostó hacia atrás para pensar los pros y contras de la sugerencia.

—¿Pueden ustedes refinar cualquier mineral que encontremos o tendríamos que reactivar las instalaciones de tratamiento de metal síndicas? —interrogó Geary.

El capitán de la *Titánica* agitó la mano para rechazar esa posibilidad.

—Eso no es problema, señor. Estoy seguro de ello. Algunas de las minas que hemos localizado se encuentran en los asteroides. Lo que significa que tienen vetas de metal puro. No será necesario refinarlo ni purificarlo. Tendríamos que trabajar las aleaciones, pero lo podemos hacer —repuso el capitán de la *Titánica*.

—¿Cuánto tiempo? ¿Cuánto tiempo tardaríamos en reactivar las minas, sacar los metales y cargarlos a bordo de la *Titánica*. ¿Doy por sentado que algunas de las otras naves auxiliares también podrían utilizarlo? —interrogó Geary.

Por primera vez, el comandante de la *Titánica* mostró alguna duda.

—Si todo fuera perfectamente, puedo hacer que los metales estén a bordo dentro de una semana. Y sí, hay otras naves en la fuerza de navíos auxiliares que pueden utilizar los metales también. Sé que existe un riesgo si nos quedamos un tiempo en este sistema, pero con ese metal podríamos fabricar una buena cantidad de cosas que nos hacen falta para seguir nuestro camino —advirtió el comandante de la *Titánica*.

Geary bajó la vista, pensativo. Si no marcha todo bien, y es probable que así sea, será más de una semana. Por desgracia, no tengo ni una idea aproximada de cuánto

tardarán los síndicos en darse cuenta de que hemos venido a Kaliban, ni tampoco de cuánto tardarían a partir de entonces en reunir una fuerza de combate significativa por aquellos lares. Vamos, que en el fondo aquello era una apuesta en toda regla. Pero lo cierto es que también estaba pensando en pasar un cierto tiempo en este sistema de todas formas. Y si no nos arriesgamos aquí, ¿quién sabe cuándo volveremos a tener otra oportunidad para reabastecer de suministros los talleres de esas naves auxiliares?

Hablando de las naves auxiliares, ¿quién está al mando de esa división de navíos? ¿Quién tendría que haberme llamado para hacerme esta sugerencia? Geary pulsó unos botones y sintió una oleada de satisfacción al ver que había conseguido teclear la secuencia de comandos correcta y que, por tanto, frente a él habían aparecido los datos que buscaba.

—Una última pregunta —apostilló Geary—. Tengo entendido que el comandante de la división de navíos auxiliares es el capitán Gundel, de la *Genio*. ¿Por qué no me está haciendo él esta propuesta en nombre de todas las naves que puedan beneficiarse de ella?

Geary estaba seguro de haber captado un fugaz centelleo de culpabilidad en los ojos del capitán de la *Titánica*.

—El capitán Gundel está muy ocupado, señor. Hay muchos asuntos que exigen que les preste atención de manera inmediata —excusó el capitán de la *Titánica*.

—Ya veo. —*O al menos eso creo*—. Muy bien. Arranque los preparativos para poner en marcha este plan suyo. Avísame antes de mandar a ningún equipo a examinar los yacimientos mineros en persona.

—Señor, sí, señor.

Geary dedicó unos momentos a mirar el espacio en el que se había estado proyectando la imagen durante unos instantes mientras barajaba sus opciones. Después se encogió de hombros y llamó directamente al capitán Gundel. El consultor del puente de mando de la *Genio* respondió con rapidez, pero pasó un rato antes de que llegase la respuesta de Gundel. Cuando la imagen acabó llegando, su rostro parecía contrariado. Quedaba claro que llevaba prestando sus servicios a la flota durante mucho tiempo: su uniforme reflejaba una extraña mezcla de obsesión por mostrar sus muchas condecoraciones y descuido en el vestir.

—¿Sí? ¿Qué pasa? —dijo Gundel.

Geary no pudo evitar fijarse en que, a pesar de la naturaleza belicosa de Gundel, ninguna de sus condecoraciones loaba su heroicidad en combate. Geary mantuvo un tono inexpresivo, pero alzó una de sus cejas.

—Capitán Gundel, aquí el capitán Geary, comandante de la flota.

—Ya, ya. ¿Qué quiere? —insistió Gundel.

Tú sigue hablándome así y ya verás cómo al final lo que querré será colgarte de los tobillos.

—Necesito que me dé su opinión sobre un plan de acción concerniente a la reactivación de los yacimientos mineros síndicos clausurados con vistas a obtener materias primas para las naves auxiliares —explicó Geary.

Gundel farfulló algo visiblemente irritado.

—Habría que estudiarlo. Tardaría un mes, más o menos. En ese tiempo podría llevar a cabo una investigación preliminar de tales instalaciones y a partir de entonces podría tener listo un borrador con mis recomendaciones para usted —respondió Gundel.

—Lo quiero para hoy, capitán Gundel —exigió Geary.

—¿Para hoy? Imposible —rechazó Gundel.

Geary se quedó esperando un momento, pero resultaba obvio que Gundel no iba a sugerir ninguna alternativa.

—¿Cuáles son las necesidades prioritarias de la *Genio* en estos momentos? —inquirió Geary.

Gundel pestañeó porque, según parecía, la pregunta lo había pillado desprevenido.

—Puedo tenerle preparados esos datos en unos días. Tal vez —respondió Gundel.

—Usted es el oficial al mando de la *Genio*. Debería saberse esos datos de carrerilla —le reprochó Geary.

—¡Tengo muchas responsabilidades! ¡Es obvio que usted y yo no entendemos las responsabilidades de un comandante de división de la misma manera! —replicó Gundel.

Es obvio que usted y yo no entendemos quién está al mando de esta flota de la misma manera. Con todo, Geary siguió manteniendo su rostro en calma a pesar de que por dentro se estaba empezando a calentar.

—Gracias, capitán Gundel.

Geary cortó la conexión, consciente de que un final de transmisión tan abrupto sería suficiente para exasperar a Gundel hasta cotas insospechadas, y después se pasó un rato más observando el espacio. Si Gundel actuaba de esta manera con sus superiores, no resultaba muy difícil imaginarse cómo trataría a sus subordinados. Lo cual podría aceptarse si se tratase de un oficial muy competente, pero no en casos de gente así, tipos que parecían no tener muchas luces y que se negaban a responder de manera clara en uno u otro sentido. Parecía obvio que Gundel tenía que salir de allí, pero relevar a un oficial veterano como él era algo que había que hacer de un modo que no sirviese en bandeja a gente como el capitán Numos la posibilidad de fomentar más animadversión contra Geary. Desalojar y promocionar parecía la forma más directa y diplomática, pero ¿cómo se podía hacer eso en una flota que no tenía puestos a los que promocionar a los viejos idiotas?

¿Qué habría dicho ese antiguo jefe que tenía yo? Aparte de «píllate una cogorza y

ya veremos si por la mañana las cosas van mejor», quiero decir. Espera. Normas. Él decía que siempre se podía encontrar algo en las normas que justificara lo que se quería hacer. Ese consejo siempre me ha funcionado hasta ahora.

Geary pidió las normas de la flota y empezó a hacer búsquedas por palabras clave, leyendo por encima los textos a la caza de cualquier cosa que pudiera servirle para sus propósitos. Para su sorpresa, la respuesta llegó con bastante rapidez. *¿Pero de verdad quiero hacer esto?* Geary volvió a repasar los archivos del personal y pidió los datos de los comandantes de otras naves que se encontraran en la división de navíos auxiliares. El comandante de la *Titánica* era, como Geary había pensado, muy joven para ocupar tal posición, incluso a la vista de la relativa juventud de los oficiales de flota hoy en día. Aquello ayudaba a comprender su impaciencia y su precipitación a la hora de ir directo hacia Geary con su propuesta sobre los yacimientos mineros síndicos. Al margen de todo eso, Gundel tenía demasiado rango como para estar al frente de la minúscula *Genio*. *Esa es la diferencia entre un oficial ambicioso y competente que quiere resolver las cosas cuanto antes, y otro que no quiere más que esconderse en su cómoda madriguera.*

Luego estaba la capitana Tyrosian, de la *Hechicera*. Con experiencia, pero tampoco demasiada. Una ingeniera muy cualificada, con un buen expediente como oficial, lo suficientemente veterana como para promocionar hacia un puesto de mando superior. Parecía buena sobre el papel, valiese para lo que valiese aquello.

Geary hizo una nueva llamada. La capitana Tyrosian se puso inmediatamente al habla desde su puente de mando. Dedicó una mirada de respeto a Geary, si bien el capitán atisbo un rastro de cautela en sus ojos.

—¿Sí, señor? —dijo Tyrosian.

Vestimenta adecuada. Eso le da puntos.

—Tan solo estoy revisando la situación con los comandantes de las naves auxiliares personalmente. ¿Cómo le va a la *Hechicera*?—inquirió Geary.

—Como indican nuestros informes, señor. Sufrimos pocos daños durante la batalla en el sistema interior síndico, así que la mayor parte de nuestro trabajo ahora mismo se centra en la reposición del suministro de artillería recargable para la flota —explicó Tyrosian.

—¿Cómo les van las cosas con los suministros de materias primas? —incidió Geary.

La capitana Tyrosian no dudó ni un minuto.

—Necesitamos más.

—¿Cuánto tiempo tardaría en facilitarme un informe con las opciones que tenemos de hacernos con más materias primas? —prosiguió Geary.

Tyrosian lo miró con más precaución todavía.

—Señor, puedo elaborar ese informe en el momento que me lo pida, pero tal

solicitud debería pasar primero por mi comandante de división —advirtió Tyrosian.

Muy bien, capitana Tyrosian. Sabe lo que está pasando, desea hacer lo que se le ha dicho y desea recordarme que tengo que atenerme a la escala de mando.

Geary miró la hora. Vamos a darle un tiempo cabal. Dos horas.

El capitán se pasó ese tiempo trabajando en sus escenarios de preparación para la batalla, mientras la flota se adentraba aún más en el sistema Kaliban a una velocidad relajada. En ese momento Geary volvió a llamar otra vez a la *Genio*.

—Capitán Gundel —solicitó Geary.

Gundel parecía aún más irritable que antes.

—Hay un montón de cosas que debería estar haciendo —refunfuñó Gundel.

—Entonces le alegrará escuchar lo que le tengo que decir, capitán Gundel. Me he dado cuenta de que necesito que alguien se ocupe de identificar las necesidades a largo plazo de la flota. Alguien con la experiencia suficiente como para tener en cuenta todos los factores que se precisan en una tarea tan exhaustiva como esta, aunque lleve mucho tiempo. —Geary sonrió a Gundel, que parecía tratar de escrutar la actitud de Geary con un halo aparentemente condescendiente—. Pero si ese oficial se ve constantemente distraído por otras responsabilidades, no será capaz de centrarse en lo que es preciso hacer. Por ello, le designo como parte de mi equipo personal, capitán Gundel. Será usted consejero jefe de ingeniería. —Geary volvió a sonreír.

Gundel parecía ahora aturdido.

—Por supuesto —continuó Geary con una voz ligeramente de disculpa—, se dará cuenta de que las normas de la flota prohíben que nadie que esté al cargo de una nave o que tenga un nivel de mando superior sea designado para un cargo de este tipo. Demasiadas distracciones, muchas responsabilidades que entrarían en conflicto unas con otras. Un profesional como usted lo entiende, seguro. Por ello, y para que pueda beneficiarme en exclusiva de sus consejos, tendrá que renunciar al mando de la *Genio*. Va a necesitar usted un buen despacho para elaborar ese informe para mí y sé que una nave tan pequeña como la *Genio* no tiene demasiado espacio precisamente, así que tendrá que trasladarse a la *Titánica*. Me aseguraré de que le espere un buen despacho a su llegada a bordo de esa nave. Y, también por supuesto, como ya no va a estar al mando de la *Genio*, la capitana Tyrosian de la *Hechicera* pasará a ser la nueva comandante de la división de navíos auxiliares.

Gundel se limitó a devolverle la mirada, sin poder articular palabra.

—¿No hay preguntas, entonces? Excelente. Como aquí el tiempo vuela, por favor asegúrese de que entrega el mando de la *Genio* a su segundo de a bordo antes de la media noche. Mañana se trasladará a la *Titánica* —informó Geary.

Por fin Gundel volvió a encontrar su voz.

—Usted... usted no puede...

—Sí, sí que puedo. —Geary dejó que su rostro adquiriese severidad y su voz se

volviese áspera—. Mis órdenes serán transmitidas a la *Titánica*, la *Genio* y la *Hechicera* en cuanto termine esta conversación. Doy por sentado que a ningún oficial de su experiencia se le pasaría por la cabeza obstaculizar órdenes directas para ejecutar un nuevo nombramiento, ¿verdad? —Geary hizo una pausa, sabiendo que sus palabras servirían para que por la mente de Gundel pasase el ejemplo del comandante Vebos, antiguo comandante de la *Arrogante*. Mantuvo su silencio un momento más para que Gundel se parase a pensar en las ventajas que encerraba para un oficial como él no seguir detentando responsabilidades de mando y poder dedicarse por entero a un proyecto de investigación interminable sin la más mínima posibilidad de ser relevado de ese cargo. Geary pudo ver cómo cambiaba la expresión de Gundel al darse cuenta de que esta era una gran oportunidad para un oficial con unas ambiciones tan limitadas como las suyas—. ¿Habrá algún problema?

—No. En absoluto. —Geary observó como los ojos de Gundel cambiaban de expresión de nuevo mientras sopesaba las opciones una vez más. Acto seguido Gundel asintió para sus adentros y recuperó la compostura—. Una manera sabia de utilizar a su personal. Huelga decir que lamento profundamente abandonar la *Genio*.

—Por supuesto —corroboró Geary.

—Pero también es cierto que mi segundo de a bordo ha recibido una buena instrucción por mi parte. Haber sido testigo de mi período de mando debería haberle deparado beneficios y habilitarle como un oficial al mando de la *Genio* muy capaz —arguyó Gundel.

—Está bien saberlo.

—Creo que la capitana Tyrosian también se ha beneficiado de la posibilidad de verme como comandante de división —prosiguió Gundel.

—Entonces no debería de haber inconvenientes —afirmó Geary, ansioso por poner fin a la retahíla aparentemente interminable de comentarios promocionales de Gundel.

—Se da cuenta por supuesto de que para realizar un trabajo a la altura de lo que me ha pedido necesitaré mucho tiempo —apuntó Gundel.

—Puede tomarse todo el tiempo que quiera. —*Cuanto más, mejor, ya que así le mantendré alejado de mí y de cualquiera*—. Gracias, capitán Gundel. —Geary cortó la conexión rápidamente antes de que Gundel pudiera decir nada más. Con un poco de suerte; nunca más tendré que volver a hablar con él. Puede dedicarse a elaborar ese informe todos los años que quiera hasta que se jubile y enviárselo entonces al pobre hombre que esté al frente de la flota en ese momento.

Geary transmitió los mensajes que había estado preparando y después llamó a la *Hechicera* y a la *Titánica* para informar de manera personal a sus capitanes de la nueva situación. La capitana Tyrosian parecía casi tan sorprendida como el capitán Gundel en un principio. Pero Tyrosian aceptó la orden y enseguida redactó un plan

sobre las posibilidades de explotación de los yacimientos mineros síndicos. Poco a poco se fue animando, al darse cuenta de que ahora era ella quien estaba al mando y de que la *Hechicera* era el nuevo buque insignia de la división. Geary casi suspiró aliviado después de finalizar su conversación con Tyrosian, al saber que era alguien con quien se podía trabajar.

El oficial al mando de la *Titánica*, en cambio, estaba claramente emocionado ante la idea de no tener que estar ya más bajo el yugo de Gundel, pero también estaba claro que le atemorizaba tener a su antiguo comandante de división a bordo de su nave durante un período de tiempo indefinido.

—Gundel ya no está dentro de su escala de mando —sentenció Geary con firmeza—. Proporcióneme todo el material de investigación que le pida y dele un buen sitio para trabajar. Probablemente nunca volverá a verlo.

—Sí, señor. Gracias, señor —obedeció el oficial al mando de la *Titánica*.

—¿Gracias? —indagó Geary—. ¿Por qué?

El joven oficial dudó por un momento.

—Por no quitarme de en medio cuando me salté la autoridad del capitán Gundel y me dirigí directamente a usted, señor —se explicó el oficial de la *Titánica*.

—Si los yacimientos mineros síndicos son un éxito, será algo muy bueno para esta flota. Tenía una buena razón para hacerlo. Pero no se acostumbre —advirtió Geary.

—No lo haré, señor —prometió el oficial al mando de la *Titánica*. Unas horas más tarde se acordó de llamar al nuevo oficial al mando de la *Genio*. Geary había trasladado deliberadamente a Gundel a la *Titánica* para evitar que hostigase a quien lo había reemplazado al mando de la nave. Su antiguo segundo de a bordo parecía bastante competente. De hecho, Geary estaba bastante seguro de que había sido quien había estado encargándose del día a día de la *Genio* mientras Gundel fingía estar constantemente ocupado. El nuevo capitán de la *Genio* se las apañó para ocultar cualquier sentimiento de felicidad que le produjese no seguir siendo el subordinado de Gundel, pero también era verdad que, después de haber estado trabajando para él todo ese tiempo, probablemente tenía ya mucha experiencia a la hora de ocultar sus sentimientos.

Geary observó la posición de la flota dentro del sistema Kaliban. Se habían estado deslizando lentamente hacia el interior del sistema durante algunas horas. Incluso si la fuerza síndica que los había perseguido por Corvus hubiese tomado la decisión de saltar a Kaliban en vez de a Yuon, todavía les quedarían unas cuantas horas hasta llegar a Kaliban. Cuanto más lo pensaba Geary, menos preocupado estaba por sus más inmediatos perseguidores. Si los síndicos hubieran sospechado lo más mínimo que la flota de la Alianza se había ido a Kaliban, habrían dispuesto lo necesario para que alguien llegase hasta allí al menos para detectar que la flota de la Alianza se

encontraba, realmente, en aquel lugar. Que no hubiera siquiera una nave de exploración capaz de detectar la presencia de la flota de la Alianza y después volver a informar a los mandos síndicos bastaba para que Geary llegase a la conclusion de que los síndicos estaban seguros de las intenciones de la Alianza y habían volcado todos sus esfuerzos en Yuon y Voss.

Por desgracia, al llegar a esa conclusion Geary se dio cuenta también de que no podía seguir posponiendo algo que tenía que haber hecho desde que la flota llego a ese sistema, así que el capitán se dispuso de mala gana a enviar ordenes a todas las naves para convocar una reunion con todos sus oficiales al mando.

La sala de juntas volvio a tener un aspecto repleto, con la mesa haciéndose pequeña en la lejanía y Geary preguntándose cuánto tiempo iban a tardar sus pocas ganas de albergar reuniones allí en transformarse, simple y llanamente, en odio. El mecanismo de las reuniones virtuales hacía que fuese muy fácil mantener encuentros, pero Geary se daba cuenta poco a poco de que también hacía que las reuniones se volvíeran complicadas precisamente porque era muy fácil que todo el mundo asistiera y se animase a intervenir si le apetecía. El *software* reconocía a cualquiera que quisiese hablar, independientemente de lo que a Geary le apeteciese en ese momento, y no podía programar las reuniones a posta para que sus adversarios principales tuvieran dificultades para sumarse a la lista de capitanes de la flota que asistían al acto.

Bueno, pues aquí estamos todos otra vez. Una gran familia feliz. Geary trato de evitar mirar hacia la capitana Faresa, pues estaba seguro de que esta le regalaría una de sus agrias miradas.

—Quería informarles a todos ustedes acerca de mis intenciones de permanecer en Kaliban durante un tiempo. Es probable que podamos encontrar materiales útiles por aquí y hay pocas posibilidades, por no decir ninguna, de que aparezcan perseguidores síndicos a corto plazo —expuso Geary.

La capitana Faresa interrumpio su discurso, tal y como Geary había previsto que haría.

—Y si los síndicos se vuelven a presentar aquí, ¿la flota de la Alianza volverá a huir? —inquirio Faresa.

Geary lanzo una mirada inexpresiva en direccion a Faresa, con la esperanza de que no le resultase nada reconfortante.

—En Corvus no huimos. Rechazamos entrar en combate —apunto Geary.

—¡Es lo mismo! ¡Y encima contra una fuerza inferior en número! —le reprocho Faresa.

Geary trato de evaluar las actitudes que se iban asomando alrededor de la mesa, estudiando las expresiones que se dibujaban en todos y cada uno de los capitanes, y le dio la sensacion de que un buen número de ellos aprobaba las afirmaciones de Faresa.

Aquella sensación lo desconcertaba, pero le resultaba inequívoca.

—Si se me permite que se lo recuerde a la capitana Faresa, nuestro único propósito en Corvus era atravesar el sistema con el objetivo de alcanzar otro punto de salto —recordó Geary—. No me pareció que existiese ninguna razón para permitir que una fuerza síndica inferior nos desviase de nuestros planes previstos.

—¡Creen que hemos huido de ellos! —increpó Faresa.

Geary meneó la cabeza y sonrió muy levemente.

—Los síndicos se creen un montón de ridiculeces. —Para alivio suyo, aquel comentario desató las carcajadas entre muchos de los capitanes. Geary había estado pensando mucho cómo tratar lo que había ocurrido en Corvus si alguien intentaba convertirlo en un problema y, según parecía, minusvalorar la importancia de la fuerza síndica era la mejor forma de atajar aquello.

El rostro de la capitana Faresa se puso rojo, pero antes de que pudiese volver a hablar, el capitán Numos intercedió por ella.

—El hecho sigue siendo que los síndicos, a buen seguro, creen que teníamos miedo de pelear contra ellos —insistió Numos.

Geary arqueó una ceja.

—Yo no tenía miedo a los síndicos. —El capitán dejó que la afirmación se quedase en el aire durante un momento, mientras Numos le lanzaba cuchillos con la mirada—. No creo que sea el enemigo el que ha de dictar nuestras acciones. Si nos damos la vuelta para luchar en una batalla simplemente porque estamos... preocupados... por lo que el enemigo pueda pensar, entonces estaremos dejando que sean ellos los que determinen nuestro plan de acción.

Geary señaló a Faresa y a Numos a modo de respuesta.

—Les recuerdo a ustedes dos que los síndicos sabían que habíamos ido a Corvus. Ese era el único sistema al que podíamos llegar desde el punto de salto que usamos en el sistema interior síndico. —Geary estuvo a punto de utilizar la palabra «escapamos», pero no quería alimentar las acusaciones de que la flota había rehuido el combate, ni siquiera aunque aquello fuese cierto al cien por cien—. Aquella fuerza que vino detrás de nosotros era seguramente la primera oleada. Detrás de ellos habrían venido más. ¿Qué habríamos hecho con nuestras naves dañadas cuando hubiera aparecido la segunda oleada? No teníamos ningún puerto seguro dentro del sistema síndico. Cualquier nave dañada se habría visto condenada al abismo, y con ella su tripulación. ¿De qué serviría eso a nuestra causa? ¿De qué le serviría a la gente que depende de nosotros? ¿Librarían ustedes una batalla a muerte con esta flota en un sistema estelar insignificante únicamente por una cuestión de orgullo?

La capitana Faresa miró en silencio a Geary, pero Numos meneó la cabeza.

—El orgullo es la razón por la que pelea esta flota. Es lo que nos mantiene unidos. Sin orgullo, no somos nada. —El tono de Numos daba a entender claramente

que Geary debía saber todo aquello que estaba diciendo y que, por ende, su ignorancia era inexplicable.

Geary se acercó hacia la imagen de Numos, sabedor de que su furia era claramente visible.

—Esta flota lucha por la victoria, no por el orgullo. El honor y el coraje la mantienen unida, creer en la causa por la que luchamos y creer los unos en los otros. El orgullo no es nada por sí mismo. No es más que un arma en manos de nuestros enemigos, un arma que usarán gustosamente para intentar destruirnos —increpó Geary.

Se hizo el silencio. En el interior de los ojos de Numos parecía brillar un atisbo de satisfacción, como si creyera que había ganado puntos con respecto a Geary. Geary se calmó; no podía permitirse perder los papeles. El capitán miró a lo largo de las extensas filas de capitanes cuyas imágenes aparecían sentadas a ambos lados de la mesa, tratando de evaluar si su posición había quedado dañada, y sin saber muy bien qué otra cosa podría haber dicho.

—Si se me permite continuar, los síndicos no saben que hemos venido a Kaliban. Tardarán aún unos días en darse cuenta siquiera de que no hemos ido a Yuon. Tenemos que emplear ese tiempo para rellenar todas las existencias que podamos. Nuestras naves auxiliares —prosiguió, asintiendo hacia donde se encontraba sentada la capitana Tyrosian—, van a investigar qué materias primas pueden conseguir, mientras que también dedicarán tiempo a fabricar más cosas que esta flota necesita y a distribuirlas entre las naves que las necesiten.

—¿La capitana Tyrosian está al mando de la división de naves auxiliares? ¿Qué ha pasado con el capitán Gundel? —preguntó un oficial. Su expresión al mirar a Tyrosian era de sorpresa, no de hostilidad.

—Al capitán Gundel se le ha encomendado la labor de ayudarme con una evaluación a largo plazo que precisa esta flota —respondió Geary—. Se está trasladando a la *Titánica*.

—Lo que yo había oído era que Gundel había sido relevado de su puesto de mando —desafió otro oficial.

Las noticias vuelan. Eso sí que no ha cambiado desde mis tiempos. Geary volvió a mirar a Tyrosian.

—Las normas de la flota prohíben que un oficial se encuentre al mando de una nave y que forme parte del plantel personal del capitán de la flota. Por ello, no tuve más remedio que entregarle el mando de la *Genio* al segundo de a bordo del capitán Gundel. El capitán Gundel —añadió Geary—, aceptó todos estos cambios.

Tyrosian, que no estaba acostumbrada a ser el centro de atención en este tipo de reuniones, se limitó a asentir con la cabeza.

—¿Diría lo mismo el capitán Gundel si le preguntáramos a él? —continuó el

oficial.

—Si no considera que mis afirmaciones son lo suficientemente fiables —sentenció Geary con sequedad—, siéntase libre de contactar con el capitán Gundel. Pero debo advertirle que es probable que le diga que está demasiado ocupado como para ser interrumpido con tanta frecuencia.

Las sonrisas emergieron a ambos lados de la mesa. Como Geary bien había adivinado, había un buen número de oficiales al mando que se habían visto obligados a tratar con el capitán Gundel mientras estaba al frente de las naves auxiliares y todos ellos sabían a qué se refería veladamente Geary.

El oficial que había cuestionado la versión de Geary también pudo ver las sonrisas y se dio cuenta de que, obviamente, no iba a contar con muchos aliados a la hora de protestar contra el traslado de Gundel.

—Está bien. Solo quería asegurarme, nada más —zanjó el oficial.

—Estupendo. —Geary deslizó la mirada lentamente alrededor de la mesa. A juzgar por la mayoría de las expresiones que allí se observaban, seguían viéndolo a él como líder de la flota por el momento. Pero la cuestión era que había demasiados que parecían estar de acuerdo con lo que decía Numos. *¿Por qué? No son estúpidos. Pero sigue habiendo demasiados que no parecen muy contentos con el hecho de que no plantáramos batalla en Corvus, lo que indica que se pasan por el forro la lógica más simple y el sentido común. Muy bien. Si quieren pelear, tendrán que aprender cómo hacerlo.*

—Vamos a hacer algo más mientras estamos aquí —indicó Geary.

Todo el mundo se quedó observándolo, algunos con avidez y otros con cautela.

—He tenido la oportunidad de ver a la flota en acción. —Ahora era el momento de que Geary exhibiese el lenguaje más diplomático del que pudiera hacer gala. En ese instante habría deseado poder fiarse lo suficiente de Rione en lo que se refería a la política interna de la flota como para que le hubiese echado una mano en la manera de exponer aquello—. El coraje del personal y las capacidades de las naves de esta flota son verdaderamente impresionantes. Tienen ustedes muchas cosas de las que sentirse orgullosos. —Geary arrojó esa última frase en plena excitación, en un intento por arrebatarse a Numos la iniciativa en esa materia—. Nuestro objetivo no es solo la victoria en la batalla. Se trata de infligir las mayores pérdidas posibles al enemigo a la par que de sufrir las menores posibles en nuestro bando. Hay ciertas cosas que podemos hacer con vistas a maximizar nuestras opciones de victoria en ese tipo de confrontaciones.

La precaución seguía estando presente en los rostros de los comandantes de los navíos. Geary solicitó otro visualizador, en el que se podían ver las formaciones de batalla con las que se había estado entrenando él mismo en el pasado, con las que aprendió a coordinar grupos de naves de tal modo que pudieran actuar de manera

conjunta en momentos decisivos. Llevaba mucho tiempo pensando en esto, pensando en cómo decirles que no tenían ni idea de cómo afrontar una batalla en condiciones.

—Coordinación, trabajo en equipo y formaciones de navíos que nos permitirán conseguir las mayores ventajas de todas esas cualidades. Es preciso practicar mucho para llegar a adquirir esas virtudes, pero la recompensa es alta, pues los síndicos no estarán preparados para defenderse contra tal despliegue —auguró Geary.

—Podemos ordenar a las naves que formen de esas maneras —objetó alguien—, pero será menos que inútil si no hay nadie que pueda coordinar la acción a lo largo de los minutos luz frente a un enemigo que está actuando y reaccionando. Ese es el problema. Siempre resulta muy difícil cuando la información llega con retardo. Todos estamos familiarizados con los conceptos básicos que aparecen en las guías tácticas, pero nadie sabe ya de verdad cómo hacer funcionar esas formaciones.

La comandante Crésida, de la *Furiosa*, tomó la palabra por primera vez.

—Eso ha sido así durante un tiempo, pero creo que ahora mismo sí que tenemos a alguien que sabe cómo hacer eso. Alguien que lo aprendió hace mucho tiempo. —Crésida miró a Geary con una sonrisa sombría.

El propio Geary pudo comprobar cómo todos los presentes a ambos lados de la mesa se iban dando cuenta de a qué se refería Crésida. Por un momento pareció que ni siquiera Numos ni Faresa eran capaces de esgrimir ningún argumento para rebatir aquello. *Hay que aprovechar el momento.*

—Podemos hacerlo. Costará trabajo. Vamos a poner en marcha simulaciones y ejercicios mientras estemos en este sistema. Vamos a practicar con simulaciones de batalla. Y sí, hay ciertos trucos que yo conozco y que parece que no han perdurado lo suficiente como para llegar con vida hasta este momento de la guerra. Puedo mostrárselos y, una vez lo hayamos hecho, todos estaremos en disposición de sorprender a los síndicos —arengó Geary.

A pesar de que había alguna que otra expresión de escepticismo que asoma por allí, la mayoría de los comandantes de las naves parecían aliviados y mostraban interés por lo que les estaba contando Geary.

—Repasaremos las formaciones, prácticas de batalla y maniobras. —En el momento de mencionar las prácticas de batalla, la expectación creció más todavía, como si el interés de Geary por prepararlos para el combate hubiese aliviado algunas de sus preocupaciones—. Voy a preparar un calendario de actividades —continuó Geary—. Será intensivo, porque no sé cuánto tiempo tendremos para practicar. ¿Alguna pregunta?

—¿Adónde iremos desde aquí? —preguntó el capitán Tulev.

—Eso es algo que seguimos pensando. Como bien sabe, tenemos varias opciones —comentó Geary.

—¿Entonces no le preocupa la posibilidad de tener que abandonar Kaliban a toda

prisa? —Tulev miró a Geary con unos ojos que delataban claramente que sabía cuál era la respuesta que le iba a dar Geary.

Geary sonrió lentamente, agradecido de Tulev le concediese la oportunidad de poner sobre el tapete uno de sus puntos fuertes.

—Nos iremos de Kaliban cuando nos salga de los mismísimos, capitán —repuso Geary.

Algo parecido a una oleada de vítores inundó la mesa a medida que la mayoría de los comandantes de las naves iban expresando su aprobación ante aquella bravata. Geary mantuvo la sonrisa, incluso aunque lo que realmente sentía era alivio por haber logrado aparentemente comunicarles a aquellos hombres y mujeres que les hacía falta un montón de preparación sin herir su amor propio ni su confianza en sus propias capacidades.

—Eso es todo. Estoy elaborando el calendario de ejercicios de combate, así que se lo haré llegar a todas las naves en cuanto lo tenga listo —informó Geary.

La capitana Desjani se puso de pie, asintió con la cabeza mirando a Geary y salió de la sala a toda prisa, revisando su agenda electrónica para saber cuáles eran las últimas acciones que precisaban de la intervención de la capitana del *Intrépido*. Las imágenes de otros comandantes de navío empezaron a desvanecerse rápidamente a medida que iban desfilando para hacer saber a sus propios subordinados el resultado de la reunión. Geary se fijó en uno de los oficiales y le ordenó que siguiese en su puesto levantándole la mano.

—Capitán Duellos, necesito hablar con usted en privado, por favor —instó Geary.

Duellos asintió con la cabeza y su imagen «caminó» hacia Geary mientras la de los restantes oficiales al mando se desvanecía como si aquello fuera un mar de burbujas hirvientes. Por ende, el tamaño aparente del compartimento se volvió a encoger hasta encajar de nuevo en sus proporciones reales.

—¿Sí, capitán Geary? —dijo Duellos.

Geary se frotó el cuello, tratando de decidir cómo hacer la pregunta que tenía en mente.

—Le agradecería que me diera su opinión acerca de una cosa. Durante la reunión se habló de orgullo y de nuestra negativa a entrar en combate en Corvus. ¿Cuáles son sus sensaciones al respecto?

Duellos ladeó la cabeza para mirar a Geary.

—¿Está diciéndome que mi opinión en concreto es importante para usted? No puedo pretender representar las opiniones del resto de capitanes de la flota —advirtió Duellos.

—Lo sé —reconoció Geary—. Me gustaría saber qué piensa usted y qué cree que piensan los demás.

—Muy bien —afirmó Duellos levantando ligeramente una comisura de los labios

—. Comprendo lo que dijo usted sobre el orgullo. Pero usted debe comprender que el orgullo es una de las piedras de toque de esta flota.

—¡Nunca he dicho que no deban estar orgullosos! —exclamó Geary alzando las manos en un gesto de disgusto.

Esta vez fueron los dos laterales de la boca de Duellos los que se elevaron momentáneamente como si estuviera intentando encontrar la parte graciosa de aquella situación.

—No. Pero no se puede dar por descontada la importancia del orgullo. Ha habido momentos, capitán Geary, en los que nuestro orgullo ha sido lo único que nos ha mantenido en pie —expuso Duellos.

Geary meneó la cabeza y miró hacia otro lado.

—Respeto, y no sabe cuánto, que piensen que el orgullo sin más es la única motivación a la que pueden apelar. Pero yo creo que lo que ustedes llaman orgullo es algo que va mucho más allá. Es creer en ustedes mismos, quizá, o perseverar ante la adversidad. Esas son las cosas de las que uno debe estar orgulloso. No es lo mismo que sentir orgullo —matizó Geary.

Duellos suspiró.

—Me temo que hemos perdido la capacidad de establecer una distinción entre ambas cosas. La hemos perdido en algún momento entre su época y la nuestra. La guerra pervierte las cosas y la mente humana no es precisamente lo último que se malea en estos casos —apuntó Duellos.

—¿Entonces usted también piensa que debíamos haber entrado en combate con los síndicos en Corvus? —preguntó Geary.

—No. Rotundamente no. Habría sido estúpido, por las razones que usted apuntó. Pero... —Duellos dudó—. ¿Puedo hablarle con franqueza?

—Por supuesto. Si le estoy haciendo esta pregunta es porque confío en que me va a decir la verdad —le reconfortó Geary.

Duellos volvió a esgrimir aquella leve sonrisa una vez más.

—No puedo pretender saber siempre qué es verdad y qué no. Lo único que puedo decirle es lo que yo creo que es verdad. Debe comprender que mientras la mayoría de los oficiales al mando de esta flota creen profundamente en *Black Jack* Geary, muchos se preguntan si usted sigue siendo aquel hombre. Paciencia —añadió, al ver que Geary iba a replicar algo—. Comprendo que nunca fue usted aquel hombre. Pero lo que ellos buscan en sus actos son las cualidades de *Black Jack* Geary. Geary se quedó pensando en aquello durante un momento.

—¿Y si no ven lo que creen que son las cualidades de *Black Jack* en mí? —interrogó Geary.

—Pues cuestionarán su capacidad para seguir al mando de esta flota —aseveró Duellos sin dudar—. Desde que usted asumió el mando, ha habido algunos que se

han dedicado a propagar rumores diciendo que es usted un hombre vacío, al que un período tan largo de hibernación ha dejado tocado; que es usted, en suma, un vestigio hueco y maleado de lo que fue un gran héroe. Si empiezan a ver que le falta valor a la hora de enfrentarse al enemigo, los rumores que dicen que su espíritu ya no está con su cuerpo no harán sino acrecentarse.

—Joder. —Geary se frotó la cara con ambas manos. Con todo lo que odiaba que lo tomasen por una leyenda, el que lo etiquetasen como una especie de zombi sin alma no suponía a sus ojos mejoría alguna. Y aquella etiqueta podría afectar críticamente y para mal su capacidad de comandar la flota—. ¿Hay alguien que esté alzando la voz contra ese tipo de rumores?

—Claro que sí, señor. Pero las palabras de gente como yo no significan nada para quienes dudan de usted. Los indecisos están pendientes de sus actos —explicó Duellos.

Geary volvió a levantar las manos fruto de la exasperación que le producía aquello.

—En principio tampoco puedo ponerle «peros» a lo que está pasando, ¿verdad? No puedo preguntarle quién se dedica a propagar esos rumores porque estoy seguro de que no me lo va a decir. Capitán Duellos, he asumido el mando para llevar a la flota a casa. Si puedo hacerlo sin que medie ninguna gran batalla, significará que lo he conseguido sin perder más naves —afirmó Geary.

Duelos se quedó mirándolo un buen rato.

—Capitán Geary, conseguir devolver la flota a casa es apenas un fin en sí mismo. No voy a fingir que no se trata de un asunto de gran importancia, pero la flota existe para luchar —recordó Duellos—. Los síndicos deben ser derrotados si queremos poner fin a la guerra. Cualquier daño que seamos capaces de infligirles mientras volvemos a casa obrará en beneficio de la Alianza. Y tarde o temprano, esta flota tendrá que enfrentarse de nuevo a los síndicos.

Geary se quedó de pie durante un buen rato, con la cabeza llena de sombras, y después asintió vivamente con la cabeza.

—Comprendo —espetó Geary.

—No es que queramos morir estando tan lejos de casa, lo entiende, ¿verdad? —Esta vez Duellos sí logró completar una sonrisa irónica.

—La verdad es que sí. —Geary toqueteó la parte izquierda de su pecho, donde había pocas condecoraciones adornando su uniforme, en contraste con las filas y filas de condecoraciones de combate que poblaban el traje de Duellos. El azul claro inconfundible de la Medalla al Honor de la Alianza sobresalía entre ellas, la condecoración por esa «última batalla» que Geary no creía haberse ganado pero que las normas le obligaban a lucir—. Todos ustedes han crecido con esto. Luchar y morir es algo que aceptan como algo normal en la vida. Mi mentalidad sigue siendo de hace

un siglo, una época en la que la paz era la norma y la guerra total solo una posibilidad. Para mí, el combate era un juego teórico, en el que los árbitros sumaban los puntos de unos y otros al final y decidían quién ganaba y quién perdía, tras lo cual todos se iban a tomar algo juntos y mentían sobre lo brillantes que habían sido sus tácticas. Ahora todo es real. Todo lo que pasó en Grendel ocurrió tan deprisa que ni siquiera tuve tiempo de pensar que estaba en medio de una guerra. —Geary hizo una mueca de disgusto—. Su flota es mucho más grande que la que existía en mi época. En una batalla podría perder más tripulantes que los que había en toda la flota que yo conocí. Por eso sigo adaptándome a esto, sigo adaptándome a verme arrojado en medio de una guerra que lleva viviéndose tanto tiempo.

Una sombra atravesó el gesto de Duellos.

—Le envidio, señor —reconoció con suavidad.

Geary asintió con la cabeza y le dedicó a Duellos una sonrisa con los labios apretados.

Ajá. La verdad es que no tengo motivos para quejarme de eso, ¿verdad? Gracias por su franqueza, capitán Duellos. Agradezco sus comentarios sinceros —musitó Geary.

Duelos se dispuso a alejarse antes de que su imagen se desvaneciera, pero en ese momento hizo una pausa.

—¿Puedo preguntarle qué haremos si aparece una fuerza síndica en Kaliban? —inquirió Duellos.

—Sopesaré las opciones que tengo y escogeré la mejor sobre la base de las circunstancias exactas que se den en ese momento —respondió Geary.

—Cómo no. Estoy seguro de que no le faltará «espíritu» para adoptar la decisión correcta. —Duelos hizo el saludo de rigor y, acto seguido, su imagen desapareció.

Geary, de nuevo solo en una sala en la que prácticamente nadie más había estado de cuerpo presente, se quedó un buen rato mirando al visualizador estelar que seguía flotando sobre la mesa de conferencias.

Hasta los expertos en ingeniería de la Alianza tuvieron que admitir que las instalaciones síndicas de Kaliban habían sido inutilizadas eficazmente. Se habían apagado todos los aparatos de equipamiento, desconectado o eliminado los suministros de energía, todo lo demás se había empaquetado o directamente retirado, se habían eliminado los rastros de humedad en el ambiente al máximo hasta el punto de que se había extraído el aire de las instalaciones antes de volver a precintarlas. Todo lo que había allí dentro estaba envuelto en un frío polar, pero eso también lo dejaba protegido de las inclemencias provocadas por los cambios de temperatura, los gases corrosivos y otras amenazas.

Las imágenes de las instalaciones parecían mostrar, a primera vista, unas habitaciones oscuras como las que cualquiera podría haber dejado después de un largo día de trabajo. Solo cuando Geary se percató de aquel brillo antinatural con el que se podía percibir absolutamente todo lo que había allí y del modo en el que los rayos de luz no se difuminaban como en una atmósfera normal, el capitán descubrió que en las instalaciones no había aire.

—Fíjese en eso —comentó Desjani. Estaban sentados en la sala de juntas, pero esta vez la mesa seguía pareciendo pequeña. Justo detrás del final, había una gran ventana proyectada sobre la mesa en la que se podían visualizar señales de vídeo de cualquiera de los exploradores a los que se quisiera supervisar adentrándose en las instalaciones síndicas. El explorador en concreto que tanto Desjani como Geary estaban viendo correspondía al que estaba entrando en lo que debía de haber sido la sede de la administración política síndica en Kaliban. Había filas y filas de escritorios distribuidos en cubículos idénticos, todos ellos con la misma forma, con absolutamente todos y cada uno de los objetos situados en la misma posición y de la misma manera sobre los escritorios—. Ahí debe de haber habido personas cuya única dedicación era inspeccionar los escritorios de la gente para asegurarse de que todo estaba dispuesto correctamente antes de marcharse.

—He conocido a gente a la que le gustaba hacer ese tipo de cosas —apuntó Geary.

—Yo también. —Desjani sonrió abiertamente de repente—. Y aquí estamos nosotros, justo enfrente de las mesas que ocupaban esos mismos que fueron los últimos en marcharse.

Geary tampoco pudo evitar que se le escapase una sonrisa. En la última fila había varios escritorios patas arriba, con tazas que hacía mucho tiempo que se habían quedado sin líquido en medio de folios y documentos desperdigados, amén de otra serie de elementos que podrían ser los restos de algunos aperitivos deshidratados y congelados a muy bajas temperaturas hacía tiempo.

—Parece como si los inspectores se hubieran marchado antes que los tipos que se sentaban en esas mesas, ¿no? Ah, esto podría ser interesante. —El explorador de la Alianza estaba entrando en el despacho principal. En él se podía ver todavía un asiento que parecía de los caros, además de una serie mucho más compleja de visualizadores y una terminal de trabajo—. Me pregunto cómo se le queda el cuerpo a uno después de esto. Abandonar un lugar para siempre. Un lugar en el que se lleva trabajando quién sabe cuánto tiempo y al que se sabe casi a ciencia cierta que no se regresará nunca. Sabiendo que nadie más ocupará tu puesto porque tu puesto ya no existe.

—Supongo que es como formar parte del personal de desmantelamiento de una nave, digo yo —ofreció Desjani.

Ajá. ¿Se ha dedicado alguna vez a eso? —preguntó Geary.

Desjani dudó por un momento.

—No nos hemos podido permitir el lujo de retirar muchas naves desde que yo estoy en la flota, señor —indicó la capitana.

Geary notó calor en su rostro y supo que se había puesto rojo por lo embarazoso que le resultaba haber tocado un asunto tan peliagudo.

—Lo siento. Debí habérmelo supuesto antes de preguntar algo así. —Si la flota estaba fabricando naves a toda prisa para reemplazar las pérdidas, era bastante lógico pensar que no se estarían jubilando naves aunque hubieran pasado su ciclo vital óptimo.

Con todo, Desjani parecía haber pasado página ya de aquello. La capitana volvió a asentir con la cabeza mirando a la imagen otra vez.

—Se puede ver que hay efectos personales que llevan ahí mucho tiempo. Quienquiera que ocupase ese despacho estuvo allí muchos años —reflexionó Desjani.

Geary entrecerró los ojos, fijándose en aquellas oscuras formas cuadradas y rectangulares tan reveladoras.

—Supongo. Me pregunto adonde se marcharía después de abandonar Kaliban —murmuró Geary.

—No tiene mucha importancia. Fuese a donde fuese, su intención sería contribuir a los esfuerzos bélicos de los Mundos Síndicos —repuso Desjani.

El capitán no quiso contestar nada a eso durante un momento, pero sabía tan bien como ella que lo que había dicho era cierto.

Ajá. ¿Qué es eso? —inquirió Geary.

Desjani frunció el ceño y miró al mismo objeto que estaba mirando Geary, un rectángulo plano y blanco que descansaba sobre la superficie del pupitre. El explorador a través de cuyos ojos veían ellos caminó cuidadosamente alrededor del pupitre hasta que la imagen pudo enfocar correctamente aquel objeto.

—Es una nota —informó—. Desgastada, pero legible. —Se agachó para leerla—.

Escritura estándar universal: «A quien pueda interesar. El cajón... de la izquierda... se encasquilla. El... temporizador... de la máquina de café... no funciona. Hay... edulcorante y café en el... cajón de la derecha... Traten todo con... cuidado.» —El explorador de la Alianza se enderezó—. No soy capaz de leer la firma.

Desjani cambió su ceño fruncido por una alegre sonrisa que se fue desvaneciendo lentamente.

—Capitán Geary, es la primera vez que yo recuerde que tengo ganas de haber podido conocer a un síndico. Quienquiera que escribiese esa nota tiene pinta de ser alguien que me habría caído bien. —Desjani se quedó callada durante un momento—. Nunca había pensado que un síndico me pudiese caer bien.

Geary asintió al escuchar sus palabras.

—Un día, que nuestros antepasados así lo quieran, esta guerra llegará a su fin y tendremos la oportunidad de conocer a los síndicos como gente normal de nuevo. Por lo que yo sé de esta guerra, no me parece que usted esté muy interesada en eso, pero es necesario. No podemos permitir que el odio dirija nuestras relaciones con los síndicos toda la vida —sentenció Geary.

Desjani se quedó pensando en lo que había dicho Geary antes de responder.

—Si no, no seremos mejores que ellos. Es justo lo que usted dijo respecto al trato que se debía dispensar a los prisioneros —recordó Desjani.

—En cierto modo, sí. —Geary pulsó el botón del intercomunicador para hablar con el explorador—. ¿Tiene alguna forma de saber cuánto tiempo lleva cerrado ese sitio?

El explorador señaló un documento.

—La fecha que aparece aquí remite al calendario síndico. Un momento, señor, voy a efectuar la conversión. —Un momento después, el explorador volvió con la respuesta—. Hace cuarenta y dos años, señor, si damos por supuesto que esta fecha es precisa. El café que dejaron por aquí no debe ser muy reciente, me temo, pero probablemente será mejor que el que nos sirven en nuestras naves.

—Punto para usted —bromeó Geary—. Gracias. —El capitán cortó la conexión con el intercomunicador y volvió la vista hacia Desjani—. Hace cuarenta y dos años. Quienquiera que escribiese esa nota podría estar muerto fácilmente a día de hoy.

—Tampoco es que hubiera existido nunca una opción real de conocer a esa persona —agregó Desjani con un tono de desdén que daba a entender que no iba a malgastar mucho tiempo lamentando la oportunidad perdida.

—¿Capitán Geary? —Junto a la ventana del explorador apareció una nueva, más pequeña, con imágenes de la coronel Carabali y un capitán de Marina. Los dos miembros de la Marina lucían una armadura de los pies a la cabeza y parecían estar en una instalación síndica en algún sitio en medio de aquel sistema. Geary comprobó el visualizador que había junto a la imagen y amplió el mapa de situación hasta llegar

al punto en el que se encontraba Carabali. Estaban en alguna parte de la misma instalación en la que se encontraba el explorador con el que Geary acababa de hablar hace un momento—. Aquí hay algo raro.

De repente Geary sintió como que se le revolvían las tripas.

—¿Peligroso? —inquirió.

—No, señor. No creemos que lo sea. Simplemente... raro. —Carabali le hizo un gesto a su acompañante—. Este es el capitán Rosado, mi mejor experto en sistemas informáticos. —Rosado saludó elegantemente—. Me dice que no es solo que hayan limpiado los archivos de los sistemas síndicos ni que se hayan llevado los dispositivos de almacenamiento de recuperación de datos, es que se han eliminado completamente los sistemas operativos.

Geary se quedó pensando en las implicaciones de aquello.

—¿Y eso resulta raro? —incidió Geary.

—Sí, señor —afirmó el capitán Rosado—. No tiene sentido. ¿Por qué eliminar los sistemas operativos? Tenemos copias del código síndico que han sido adquiridas a través de varios medios, así que podemos conseguir que esto vuelva a ponerse en funcionamiento. Y no tener los sistemas operativos cargados y configurados no hace sino dificultar mucho más las cosas para cualquier síndico que quisiera regresar aquí.

—¿Saben los síndicos que tenemos copias? —interrogó Geary.

—Saben que tenemos copias de material mucho más nuevo que el que se solía usar en estas reliquias, señor —respondió Rosado.

Esas «reliquias» probablemente tienen menos años que yo.

—¿Se le ocurre alguna razón por la que hayan podido borrar los sistemas operativos? —prosiguió Geary.

El capitán Rosado parecía incómodo.

—Solo se me ocurre una, señor —musitó.

—¿Cuál? —incidió Geary.

—Señor —afirmó Rosado con renuencia—, la única razón por la que podrían haber eliminado los sistemas operativos es que les preocupase que alguien aparte de nosotros pudiera acceder a estos sistemas después de que los abandonaran. Alguien que no creyesen que tenía copias de su código.

—¿Alguien aparte de nosotros? —Geary paseó la vista de Desjani a Carabali—. ¿Quién?

—Un... un tercero en discordia —concluyó Rosado.

Desjani intervino entonces.

—No hay ningún tercero en discordia. Estamos nosotros y los planetas que se han aliado con nosotros, y luego están los síndicos. No hay nadie más —rechazó.

—Se «supone» que no hay nadie más —corrigió Carabali—. Pero según parece los síndicos estaban preocupados por alguien. Alguien que no tenía acceso al

software al que cualquier humano se supone que podría acceder.

—No está sugiriendo de verdad la existencia de seres inteligentes no humanos, ¿verdad? —preguntó Desjani—. Nunca hemos encontrado a ninguno.

Carabali se encogió de hombros.

—No. La verdad es que no hemos encontrado a ninguno. Pero no sabemos qué hay en la otra parte del espacio síndico. Nos ocultaron lo que había allí por supuestos motivos de seguridad incluso antes de que diese comienzo la guerra —recordó Carabali.

Geary se dio la vuelta para estudiar el visualizador estelar. Las estrellas como Kaliban se encontraban lejos del espacio de la Alianza, pero si se la observaba en comparación con la frontera exterior del territorio síndico, no estaba tan lejos de los límites conocidos de los Mundos Síndicos.

—Si esta hipótesis fuera cierta, tendrían que haber estado al corriente de la existencia de estos entes, sean lo que sean, al menos desde hace cuarenta y dos años, cuando clausuraron todo lo que había en Kaliban. ¿Podrían haber guardado un secreto así durante tanto tiempo? —indagó Geary.

Carabali se volvió a encoger de hombros.

—Dependería de muchos factores, señor. Ni el capitán Rosado ni yo estamos diciendo que esos seres existan. Lo que estamos señalando es que esta es la única explicación que hemos podido encontrar para que los síndicos abandonaran Kaliban de esta forma —argumentó Carabali.

—Si esas cosas estuvieran por aquí —replicó Desjani—, ¿no nos las habríamos encontrado ya?

—Tal vez lo hagamos —repuso Geary—. ¿Existe algún procedimiento estándar en esta flota para abordar casos de contacto con seres no humanos?

Desjani parecía desconcertada.

—No lo sé. Nunca se los ha buscado, así que no sé de nadie que lo haya investigado. Tal vez exista algo, pero datará de hace mucho tiempo, de antes de la guerra. —Geary dio por supuesto que había conseguido ocultar su reacción a esa última frase, porque Desjani siguió hablando como si nada—. En cualquier caso, ¿cómo habrían podido llegar esos seres inteligentes a Kaliban si los síndicos no querían que lo hicieran? Kaliban no está justo al lado de la frontera síndica.

La coronel Carabali puso gesto de pedir perdón, pero volvió a tomar la palabra.

—Si hubiera entes no humanos con inteligencia por aquí, podrían tener diferentes medios de viajar a velocidades superiores a la de la luz —sugirió Carabali—. Ahora mismo, los humanos tenemos dos medios de hacerlo. Podría haber otras maneras y una de esas formas podría hacer que Kaliban fuera accesible a través de la frontera síndica. Pero no estoy diciendo que esa sea la razón de los actos de los síndicos. No estoy diciendo que existan seres inteligentes no humanos o que los síndicos los hayan

encontrado. Lo único que digo es que es la única explicación que hemos sido capaces de encontrar y que tiene algo de sentido si tenemos en cuenta cómo actuaron los síndicos al salir de aquí.

Geary asintió con la cabeza.

—Comprendido, coronel. Le agradezco que haya compartido esta idea con nosotros, a pesar de que, como muy bien ha indicado, no existe ninguna certeza en este sentido. ¿Pero lo que me está diciendo es que podemos volver a poner en funcionamiento cualquiera de los sistemas síndicos a pesar de lo que hicieron? —inquirió Geary.

El comandante Rosado sonrió confiadamente.

—Sí, señor. Si quiere que lo hagamos, podemos ponerlo en funcionamiento —afirmó Rosado.

—¿Está en contacto con los equipos de exploración de las naves auxiliares de la flota?

—Sí, señor. Hay un equipo de la *Genio* que está aquí con nosotros realizando la evaluación pertinente para saber si en este lugar hay algo que podamos aprovechar —indicó Rosado.

—Estupendo. Gracias por su información. —La segunda ventana se esfumó y dejó en primer plano únicamente la escena del explorador de la Alianza que seguía revisando laboriosamente aquel despacho.

Desjani meneó la cabeza.

—Nunca pensé que vería a ningún miembro de la Marina preocupado por alienígenas de dos cabezas que pudieran aparecer caminando entre la oscuridad —ironizó la capitana.

Geary sonrió pero después su rostro volvió a ponerse serio.

—Así y todo no han sido capaces de dar con otra razón que pudiera explicar lo que hicieron los síndicos. ¿Se le ocurre a usted alguna otra razón? —indagó Geary.

—¿Maldad? ¿Algún burócrata estúpido? La gente no siempre hace las cosas por razones que tienen sentido —advirtió Desjani.

—Es cierto. Estamos en una flota, así que todos lo sabemos, ¿no es verdad? —apostilló Geary.

Desjani sonrió abiertamente y asintió con la cabeza.

—La verdad es que yo no perdería el tiempo preocupándome por eso, señor —recomendó la capitana.

—No, supongo que no, pero francamente cuesta mucho trabajo hacer lo que hicieron como para pensar que no lo hicieron por una buena razón. —Geary comprobó la hora—. Pero ahora tenemos otras cosas de las que preocuparnos.

Durante al menos la décima parte de la última hora, Geary trató de evitar dejar patente su enfado con ningún comentario. Las naves que se suponía que tenían que

haber adoptado una formación en bloque hacia uno de los lados del cuerpo principal habían acabado enzarzadas en una especie de disputa por la antigüedad de sus comandantes. Así las cosas, en lugar de adoptar sus puestos asignados, algunas naves trataban de colocarse en sitios que ya ocupaban otras naves. Geary contó hasta cinco despacio y después activó su intercomunicador.

—Se advierte a todas las unidades en formación Bravo de que todo el mundo tendrá las mismas opciones de enfrentarse al enemigo. Procedan a situarse en las posiciones requeridas —ordenó el capitán.

En ese momento se estaba planteando ya tomarse algo para el dolor de cabeza, que no hacía más que acrecentársele entre ceja y ceja mientras observaba cómo aquellas naves errantes alteraban su trayectoria de una forma más o menos obediente. Todas menos la *Audaz*, que seguía acercándose peligrosamente hacia el *Resuelto*, en lo que parecía un intento por empujar a la otra nave hacia un lado de tal forma que la *Audaz* pudiese hacerse con lo que parecía el puesto de liderazgo.

—*Audaz*, ¿ha recibido mi última orden? —Geary esperó un minuto a ver si la *Audaz* respondía, pero aquella nave de guerra seguía avanzando firmemente hacia el *Resuelto*—. *Audaz*, le advierto de que si está intentando aparearse con el *Resuelto*, tal vez debería intentar primero invitarle a una copa.

A su lado, Geary escuchó cómo la capitana Desjani casi escupe todo el café de golpe al escuchar el sardónico comentario. El capitán no recibió respuesta alguna de la *Audaz*, pero la nave finalmente se dio la vuelta y emprendió rumbo hacia el puesto que se le había asignado. Un momento después, llegó una llamada procedente del *Resuelto*.

—El crucero de batalla de la Alianza *Resuelto* desea informar de que su virtud sigue intacta.

Esta vez Desjani se rió a mandíbula batiente, lo mismo que Geary. Estupendo. Ese es el tipo de cosas que indica que la moral está bien. De momento, al menos. Geary observó como el resto de naves de la formación Bravo se iban incorporando tardíamente a sus posiciones y meneó la cabeza. Menos mal que puedo hacer esto a través de simulaciones. Me gustaría poder hacerlo sobre el terreno también, pero no puedo permitirme quemar toda la cantidad de reserva de combustible que requeriría.

Geary esperó hasta que las naves más rezagadas llegaron a sus posiciones y después volvió a activar su intercomunicador.

—Aviso a todas las unidades, voy a poner sus movimientos de navío simulados en modo automático durante un rato. Quiero mostrarles qué ocurre cuando utilizamos estas dos formaciones de manera coordinada. —El capitán activó la secuencia que había estado programando durante el tránsito a través del espacio de salto.

En la versión simulada del sistema Kaliban, una fuerza síndica de gran calado aparecía de repente junto a las formaciones de la Alianza. Geary dejó que la

simulación siguiera su curso y aparecieron dos formaciones de la Alianza rotando hasta adoptar unos ángulos que maximizaban su capacidad de artillería contra los extremos opuestos del enemigo, que no dejaba de abalanzarse sobre ellos.

Geary había preparado un caso corto a propósito, de tal manera que veinte minutos después, los restos de los síndicos simulados estaban ya dándose a la fuga para tratar de salvar sus vidas. Geary dejó que pasaran otro par de minutos después de que la simulación quedara pausada y luego volvió a hablar.

—Hay un par de cosas sobre las que quiero llamar su atención —indicó Geary—. En primer lugar, habrán observado que cuando se emplean de manera adecuada las formaciones independientes, se maximiza nuestra capacidad de utilizar la mayor parte de las naves y la mayor parte de nuestra capacidad de artillería contra el enemigo. Se habrán percatado también de que todas las naves de la formación Bravo golpearon al enemigo con furia precisamente por la manera en la que esa formación estaba dispuesta a lo largo del flanco enemigo. En segundo lugar, este caso que les tenía preparado funcionó porque todas las naves hicieron lo que se suponía que tenían que hacer.

Geary repasó la simulación de aquella victoria que, de puro fácil, resultaba imposible. Había sido demasiado indolora, demasiado poco complicada, pero lo cierto era que lo que quería era que las enseñanzas que se pudieran sacar de aquello quedaran claras.

—Si trabajamos como una fuerza de combate disciplinada, podremos golpear a los síndicos con tanta contundencia que ni sabrán qué es lo que está pasando. Las simulaciones y las formaciones que vamos a practicar durante las próximas semanas irán haciéndose más complejas cada vez, pero lo que quiero es que todo el mundo sepa la razón por la que estamos haciendo esto. Les prometo que esta flota puede batir a cualquier fuerza similar nueve de cada diez veces si mantenemos el mismo valor pero lo aplicamos de una manera disciplinada —explicó Geary.

Desjani alzó los dos pulgares desde el otro extremo de la sala de simulación. Geary asintió con la cabeza, deseando que todos sus capitanes de navío mostrasen la misma lealtad incuestionable.

—Eso es todo. La próxima simulación tendrá lugar dentro de dos horas. Los veré entonces. —Geary se estiró y se puso de pie—. Creo que puedo predecir, sin temor a equivocarme, que dentro de dos días todo el mundo estará ya harto de practicar estos ejercicios.

—¿De verdad cree que podremos llevar a cabo ese tipo de maniobras con formaciones independientes en una situación en la que la información llega con retardo y con un enemigo que reacciona a nuestras acciones? —preguntó Desjani.

Geary asintió con la cabeza.

—Sí. Así que se fijó en cómo se comportaba la fuerza enemiga en esa simulación,

¿eh? —examinó Geary.

—Sí, señor. Por mucho que odie a los síndicos, no creo que sean tan estúpidos como para atacar de la forma en que lo hizo esa fuerza enemiga —repuso Desjani.

Esta vez Geary le devolvió una sonrisa de oreja a oreja.

—Bueno, tal vez si tenemos suerte. Pero, no, no estoy pensando en que actúen de esa forma tan estúpida, la verdad. Aunque, sí, creo que puedo ser yo quien orqueste las operaciones. Aprendí a hacerlo bajo la supervisión de profesionales a quienes se les daba muy bien este arte. —En ese momento Geary recordó cuánto tiempo llevaban esos hombres y mujeres muertos y su sonrisa se esfumó.

Al final del día siguiente, Geary se dio cuenta de que su previsión había sido demasiado optimista al menos en un día. La mayoría de los comandantes de las naves, lastrados por sus responsabilidades de mando habituales, ya se habían cansado de simular maniobras y batallas durante una buena parte del día. No ayudaba tampoco el hecho de que Geary había dispuesto las simulaciones de tal modo que cada vez se volviesen más difíciles.

—Escuchen —los amonestó Geary después de la última práctica del día—. No sabemos cuánto tiempo tendremos antes de que los síndicos aparezcan por aquí. Tenemos que estar preparados. Eso significa que tenemos que condensar mucho trabajo en el menor tiempo posible. Hasta mañana.

Geary se volvió a desplomar sobre su asiento, con una sensación de cansancio provocada por el esfuerzo constante que suponía no solo ponerse al frente de toda esa caterva de naves que se encontraban bajo su mando sino también masajear los egos de sus comandantes.

—Tenemos noticias de la *Hechicera*—advirtió Desjani—. El yacimiento minero de la roca Ishiki debería estar en funcionamiento mañana mismo. Se espera empezar a extraer metal y, una vez hecho eso, enviarlo a las naves auxiliares a última hora de la tarde de mañana.

—Genial. —Geary le echó un vistazo al mensaje—. ¿La roca Ishiki? Ah, esa. El asteroide. No es así como la llaman los síndicos, ¿no?

—No. No había ninguna razón para molestarse en descubrir cómo la llamaban los síndicos. Ishiki es el nombre del veterano oficial que efectuó el primer reconocimiento y evaluó por primera vez el yacimiento minero que había allí —informó Desjani.

—Entonces es un nombre tan bueno como cualquier otro —admitió Geary. Acto seguido llamó a la *Hechicera*—. ¿Capitana Tyrosian? Si el tiempo lo permite, me gustaría que uno de sus establecimientos de maquinaria fabricara una pequeña placa que identifique el yacimiento minero del asteroide como la roca Ishiki. La pondremos en alguna parte ahí abajo.

Durante un breve momento Tyrosian pareció sorprendida, pero después esbozó

una sonrisa.

—El jefe Ishiki seguramente lo agradecerá, señor. ¿Quiere que haya alguna ceremonia para la imposición de la placa? —inquirió Tyrosian.

—Si quiere improvisar algo, siéntase libre de hacerlo. Todo el mundo en esta flota se está dejando la piel, así que podemos utilizarlo como excusa para divertirnos un poco —señaló Geary.

—Sí, señor. Hay algo de metal bueno en esa roca. ¿Cuánto tiempo tendremos para explotarlo? —preguntó Tyrosian.

Geary se quedó pensando en qué respuesta dar.

—Eso sigue siendo algo que no ha quedado determinado por el momento. Trabajen como si tuvieran que hacerlo a toda prisa, pero si fuera posible querría llenar de materias primas las carboneras de las naves auxiliares antes de marcharnos —informó Geary.

Tyrosian arqueó las cejas.

—Eso va a ser mucho, capitán Geary. Al ritmo que estamos extrayendo y transportándolas aquí tardaríamos semanas —precisó Tyrosian.

—No puedo prometerle que tengamos semanas, pero aprovecharemos todos los días que podamos —aseguró Geary.

—Me siento obligada a recordarle a usted también que todo el peso adicional que carguemos afectará negativamente a la capacidad de maniobra de mis naves. Sobre todo a la *Titánica*, que es la más grande. Pero la *Hechicera*, la *Genio* y la *Trasgo* se volverán mucho más torpes también.

Geary empezó a notar un dolor cada vez más familiar detrás de los ojos.

—¿Hasta qué punto empeoraría la capacidad de aceleración de la *Titánica* si llenamos las carboneras de materias primas hasta arriba? —inquirió Geary.

Tyrosian miró hacia uno de los lados, al parecer mientras tecleaba algo en su panel de mandos.

—Esta es la capacidad de la *Titánica* a plena carga, capitán Geary —informó Tyrosian.

Geary resoplaba mientras leía los datos que le había enviado la capitana Tyrosian.

—Vamos, que sería como un cerdo volador, ¿no? —resumió Geary.

—Normalmente usamos el término «elefante volador». Un cerdo volador tendría probablemente mucha más capacidad de maniobra que la *Titánica* a plena carga —matizó Tyrosian.

—Gracias. Agradezco que me avisen de los peligros —reconoció Geary. Tyrosian miró con gesto inquisitivo.

—¿Sigue queriendo que llenemos las carboneras de la *Titánica*, señor? —incidió.

Geary se frotó el espacio existente entre sus ojos como si intentara aplacar las pulsaciones.

—Sí. Si podemos fabricar lo que necesitamos a largo plazo, no importa lo rápido que nos movamos a corto plazo. Si tengo que elegir, prefiero estar preparado a largo plazo —aseveró Geary.

—Sí, señor. Lo que usted necesite, nosotros se lo hacemos —afirmó Tyrosian.

El viejo lema de los ingenieros de la flota, que no había cambiado desde los tiempos de Geary, le arrancó una sonrisa.

—Gracias, capitana Tyrosian. Sé que siempre puedo contar con usted y con sus naves. —Aquel comentario hizo que Tyrosian también sonriera.

Geary se dirigió de vuelta a su camarote, con el buen sabor de boca que le había dejado su intercambio de impresiones con la capitana Tyrosian, pero todavía con ganas de relajarse un poco y olvidarse por un momento de las exigencias inherentes al mando de la flota. Sin embargo, al llegar a su camarote se encontró a alguien esperando en el exterior de la escotilla.

—Señora copresidenta. —Geary esperaba que su cansancio y falta de ganas de conversar no hubieran quedado demasiado patentes—. ¿A qué debo el honor de su presencia?

Rione inclinó la cabeza a modo de reconocimiento del saludo y después gesticuló hacia la escotilla.

—Me gustaría hablar con usted en privado, capitán Geary —solicitó la copresidenta.

—No querría parecer descortés, ¿pero podríamos dejarlo para otro momento? He estado bastante ocupado últimamente —se excusó Geary.

—Ya me he dado cuenta. —Rione le dedicó una mirada altiva—. Ha estado tan ocupado que todos mis intentos por reunirme con usted se han visto frustrados hasta este momento. Me gustaría mucho hablar con usted ahora.

Geary consiguió no resoplar demasiado ostensiblemente.

—Está bien. Por favor, pase. —Geary la dejó pasar primero, después le ofreció un sitio y él se sentó sin ceremonia alguna en otro.

Aquello le granjeó otra mirada de Rione.

—Hoy no parece ser ese héroe legendario de voluntad férrea, capitán Geary —ironizó Rione.

—El héroe legendario de voluntad férrea está cansado de cojones hoy, señora. ¿Qué puedo hacer por usted?

Rione pareció un poco sorprendida por lo directo del discurso de Geary, pero finalmente tomó asiento en el lugar indicado.

—Mi pregunta es sencilla. ¿Cuáles son sus planes, capitán Geary? —interrogó la copresidenta.

Geary se encogió de hombros.

—Como he dicho siempre que me han planteado esta pregunta, mi plan es

devolver esta flota a casa —respondió Geary.

—¿Entonces por qué seguimos quedándonos en Kaliban? —indagó Rione.

Esta mujer tiene un don para hacer preguntas incómodas. Geary meditó bien la pregunta antes de responderla.

—Necesitamos algo de tiempo. No nos estamos quedando de brazos cruzados. Como a buen seguro sabe usted, estamos extrayendo materias primas para las naves que pueden hacer uso de ellas, la *Titánica* y sus hermanas están fabricando nuevas pastillas de combustible, así como repuestos para el equipamiento que ha sido dañado o destruido y armas que hemos gastado. Además, estamos consiguiendo hacer algunas reparaciones externas muy importantes en algunas de nuestras naves que no podrían realizarse en el espacio de salto y estamos rebuscando entre las instalaciones abandonadas por si descubrimos cosas que podamos reutilizar. Y lo más importante de todo —añadió Geary—, estamos entrenándonos.

—Entrenándose. —Rione entrecerró los ojos—. ¿Para qué?

—Como a buen seguro también sabe, señora copresidenta, estamos entrenándonos para el combate. La próxima vez que nos enfrentemos a una gran fuerza síndica, quiero que esta flota opere como si fuera una organización militar, no como una pandilla desentrenada de guerreros bienintencionados pero excesivamente agresivos. —*Mierda*. Tenía que tener cuidado de no ser demasiado contundente con Rione. No serviría de mucho encontrarse con una frase así repetida hasta la extenuación.

—Capitán Geary, la primera vez que nos vimos le dije que esta flota era frágil. Usted se mostró de acuerdo conmigo. ¿Cómo puede ahora enfrentarse a una gran fuerza enemiga? —La voz de Rione se fue volviendo más plana y áspera a medida que fue acabando la frase.

Geary deseó poder rodearse de escudos que le protegieran contra la fuerza de las palabras de Rione, pero se limitó a asentir con la cabeza.

—En ese momento estaba de acuerdo con usted. Pero el metal frágil puede volver a forjarse, señora copresidenta. Se puede volver a hacer fuerte —indicó el capitán.

—¿Con qué propósito? —inquirió la copresidenta.

Vale. Así que no se fía de mí cuando las cosas se ponen así, supongo. Muy bien. Me crea o no, lo único que va a escuchar de mi boca son verdades como puños.

—Volver a casa. Eso es lo que quiero decir. Mire. —Geary se estiró lo suficiente como para pulsar un botón que se había acabado aprendiendo a conciencia y después comenzó a hacer gestos sobre el visualizador de estrellas que apareció sobre la tabla que los separaba—. A través del salto entre sistemas nos queda un largo camino hasta llegar a casa. Puedo seguir intentando adelantarme a los pensamientos de los síndicos y tratar de elaborar planes con la suficiente antelación como para evitar que nos tiendan una trampa, pero nunca puedo estar del todo seguro de que no van a descubrir

el truco. No se puede pensar que siempre se va a tener suerte. Eso significa que no puedo contar con que nunca nos veremos abocados a enfrentarnos contra una fuerza síndica que pueda hacernos mucho daño.  Qu  ocurrirá entonces? Si esta flota sigue siendo la fuerza que conseguí sacar del sistema interior síndico, correrá el riesgo de acabar destrozada. Pero, señora copresidenta, si puedo enseñarles a estos soldados a luchar de manera inteligente a la par que valiente, entonces seremos capaces de abrirnos paso ante esa hipotética fuerza síndica.

Rione se quedó mirándolo un buen rato sin articular palabra, si bien a Geary le resultó imposible poder leer sus pensamientos. Finalmente, retomó la palabra con un tono de voz ligeramente menos áspero.

— Cree usted que puede hacer algo así? —inquirió Rione.

—Espero que s . —Geary se echó hacia adelante, tratando de proyectar sus sentimientos—. Aquí hay buenos tripulantes. Buenos oficiales. Buenos capitanes. En su mayor parte, buenos capitanes. Estoy seguro de que sabe que hay algunas excepciones, pero siempre las ha habido y siempre las habrá. Lo  nico que necesitan es creer en alguien, alguien a quien sean capaces de escuchar, alguien que les muestre el camino de la victoria.

—Porque confían en usted —agregó Rione.

— Pues s , joder!  Qu  coño hay de malo en eso? Aún no he cometido ningún fallo que permita cuestionar esa confianza, y no lo voy a cometer —bramó Geary.

— Est  jur ndolo, capitán Geary? —La voz de Rione se había vuelto muy suave, pero también muy clara—.  Lo jura por el honor de sus antepasados?

Geary se preguntó si Rione sabía de sus visitas ocasionales al rincón de sus antepasados y se imagin  que a esas alturas probablemente ya habría hecho acopio de toda la información al respecto que hubiera podido.

—Por supuesto que s  —afirmó Geary.

— Y la Alianza misma?  Y los líderes electos de los pueblos de la Alianza? —insistió Rione.

Geary se quedó mirándola.

— Qu  pasa con ellos? —preguntó el capitán.

Rione le devolvió la mirada, con la exasperación escrita en aquel rostro tan poco propenso a mostrar ninguna emoción.

— Ojal  supiera si es usted ingenuo de verdad o si sencillamente est  actuando! Capitán Geary, es usted la encarnación de una leyenda —le recordó Rione—.  Qu  clase de poder cree que podría ejercer si volviera a la Alianza con esta flota a sus espaldas?  *Black Jack* Geary, el paradigma de los oficiales de la Alianza, el héroe del pasado, el hombre al que todos los jóvenes de la Alianza aprendieron a reverenciar, vuelto de entre los muertos con una flota poderosa a la que él salv  literalmente de la destrucción! Una flota que usted dir  que entren  para hacerla mejor que cualquier

otra fuerza de la Alianza. ¿En qué se convertirá la Alianza entonces, capitán Geary? Entonces la tendrá en la palma de su mano, podrá disponer de ella a voluntad. ¿Sabe que es así! ¿Qué hará entonces?

—Yo... —Geary miró hacia otro lado, incomodado por las palabras de Rione y por la intensidad de los sentimientos que encerraban—. Yo... No lo sé. Realmente no me he puesto a pensar tan a largo plazo... pero, no. ¡No! No quiero un poder así. No quiero decirles a los líderes electos de la Alianza qué deben hacer. Quiero... — ¿Volver a casa? Una casa que, para él, había muerto y ya no existía. ¿Qué le quedaría a él después de completar la misión? ¿Qué clase de vida le esperaría?—. Yo quiero...

—¿Qué, capitán Geary? ¿Qué quiere usted, por encima de todas las cosas? — insistió Rione.

Geary, desgastado mental y físicamente por los esfuerzos de los últimos días, notó que le invadía una oleada de frío por todo su interior.

—Más de una vez, señora copresidenta, lo que he querido por encima de todas las cosas es haber muerto en mi nave hace un siglo. —Geary se arrepintió de haber dicho aquellas palabras en cuanto le salieron por la boca; eran palabras y pensamientos que no le había revelado a nadie más, pero que habían roto todas las barreras internas que se hallaban debilitadas por el cansancio y por el estrés.

Aquello pareció haber cogido por sorpresa a Rione, que se quedó desconcertada durante un momento. La copresidenta se quedó mirándolo un rato y después asintió con la cabeza.

—¿Podrá mantenerse al margen de ese poder, capitán Geary? Si volvemos a casa, ¿podrá alejarse de ese poder que le permitiría decidir el futuro de la Alianza?

Geary respiró bien hondo.

—Si le soy completamente sincero, yo creo que ya tengo ese poder. Si puedo devolver a esta flota a casa, con el artificio que usted sabe que está a bordo del *Intrépido* intacto, la Alianza tiene una buena oportunidad de verdad de obligar a los síndicos a sentarse a negociar una manera de poner fin a esta guerra. Pero, si no lo consigo, si nos quedamos aquí perdidos, los síndicos tendrán una ventaja militar muy grande y me parece que no van a desaprovechar algo así para obtener el máximo beneficio que puedan. Así pues, de una forma u otra, lo que consiga hacer va a determinar en gran medida lo que le ocurra a la Alianza. —Geary miró fijamente a los ojos de Rione—. Le juro que me mantendría al margen en este mismo instante si pudiera. Pero no puedo. Y usted lo sabe, ¿verdad? No hay nadie más que tenga la más remota opción de devolver la flota a casa. He intentado convencerme a mí mismo de que no soy indispensable, de que hay más oficiales que podrían llevar a esta flota sana y salva a casa. Pero sé que no es verdad.

Los ojos y la expresión de Rione permanecían implacables.

—Las democracias y las repúblicas no pueden seguir su curso si hay algún

hombre o alguna mujer indispensable, capitán Geary —protestó Rione.

—¡Me refiero solo hasta que logre devolver esta flota al sitio de donde viene! Una vez que estemos en suelo de la Alianza, señora copresidenta, tengo la plena intención de entregar el mando al primer almirante que se cruce en mi camino. Después trataré de encontrar un planeta bonito y tranquilo en el que esconderme el resto de mi vida. —Geary se puso de pie y aceleró el ritmo de su discurso a pesar de su cansancio—. Eso es todo lo que se me puede pedir. Ese es el máximo de honor que me podrían exigir mis antepasados. Dimitiré de mi cargo y me iré a... a...

—¿Adónde, capitán Geary? —La voz de Rione sonaba ahora cansada, también, si bien Geary no tenía ni idea de por qué—. ¿Qué planeta cree usted que podría garantizarle un refugio que lo protegiese de las glorias pasadas de *Black Jack* Geary y de la adulación moderna hacia el hombre que salvó a la flota de la Alianza y tal vez a la Alianza misma?

—Yo... —Geary pensó en algún nombre, sabedor de que su propio mundo de nacimiento no podría ser nunca el refugio del que hablaba Rione, sabedor también de que ese mundo podría haber cambiado tanto en un siglo como para que ahora costase mucho trabajo reconocerlo siquiera y temeroso a la vez de ver la cantidad de monumentos en honor de *Black Jack* Geary que a buen seguro existían por allí. En ese momento su cabeza reparó en el nombre del único planeta del que no había dejado de oír hablar en las últimas semanas—. Kosatka.

—¿Kosatka? —Esta vez Rione no pudo evitar soltar una carcajada, si bien más por incredulidad que porque le hubiera hecho gracia—. Ya se lo dije antes, capitán Geary. Su sino no está en Kosatka. Kosatka es un buen mundo, pero allí no hay poder. Kosatka no podría acogerlo ahora mismo.

—Yo no...

—Ningún planeta podría acogerlo ahora mismo, independientemente de adonde crea usted que le deben conducir sus obligaciones. —Rione se quedó de pie también, con la mirada clavada en Geary—. Pero si acaba siendo necesario pararle los pies, si alguien tiene que actuar para limitar su poder, entonces ahí estaré yo para hacer todo lo que esté en mi mano.

Geary se quedó mirándola, sin creerse muy bien lo que había escuchado.

—¿Me está amenazando?

—No. Simplemente le informo de que como intente hacerse con algo que podría ser suyo, yo estaré ahí para que tenga las manos quietas. —Rione se dio la vuelta para marcharse, pero antes de eso se volvió para mirarlo cara a cara—. Y no lo dude ni un instante, capitán Geary, yo sí que no soy indispensable. Incluso aunque yo no estuviera, habría otros.

—No he hecho nada —se defendió Geary.

—Ahí seguramente se equivoca. No me malinterprete —advirtió Rione—. No lo

estoy prejuzgando, y lo que ha hecho usted hasta el momento son cosas que se pueden entender como algo que era necesario hacer para salvar esta flota. Si sigue manteniendo su promesa de rechazar el poder que le llegará de manera natural, no encontrará una aliada más sincera que yo misma. Pero no finja que no le entrará la tentación al menos, capitán Geary. No finja que no habrá quienes le impelan a emprender determinadas acciones supuestamente en beneficio de la Alianza, acciones que a usted le podrían parecer justificables, pero que destruirían todas aquellas cosas que usted mismo dice honrar.

Geary le lanzó una mirada fulminante.

—No soy la clase de persona que haría ese tipo de cosas —desafió.

—¿Es *Black Jack* Geary de esa clase de personas? —indagó Rione.

—¿Qué? —Geary meneó la cabeza varias veces como si estuviera tratando de aclararse las ideas, sorprendido por el hecho mismo de que le hubiera planteado tal pregunta—. No tengo ni idea. No sé quién es ese héroe imaginario. No sé siquiera qué aspecto tiene. Lo único que sé es que ese tipo no soy yo.

Rione meneó ella también la cabeza, pero lentamente, dando a entender que rechazaba abiertamente la última frase de Geary.

—Lamento decirle que se equivoca. Da igual quién se crea que es, debe darse cuenta de que, para todo lo que importa en este universo, usted es *Black Jack* Geary —lo corrigió la copresidenta.

—¡Entonces quizá pueda tomarse la molestia de explicarme por qué tengo que trabajar tan duro para tener a la mayoría de estos oficiales al mando contentos si tanto creen en *Black Jack* Geary, coño! —rugió el capitán.

Rione torció el gesto.

—Usted mismo lo ha dicho. Creen en *Black Jack* Geary, capitán. En sus mentes, esa persona debe ser excepcional en todos los sentidos. Si acaban convenciéndose que usted no es *Black Jack* Geary, tal y como ellos se imaginan que debe ser esa persona, dejarán de creer en usted —apuntó Rione.

—¿Así que lo que me está diciendo es que me dé por jodido haga lo que haga? ¿Que, para salvar a esta flota, tengo que ser excepcional en todos los sentidos? ¿Qué tengo que convertirme de facto en el *Black Jack* Geary del que ellos han oído hablar o, si no, esta flota se verá abocada a la perdición? ¿Pero cómo se supone que puedo ser excepcional en todos los sentidos? —se quejó Geary.

—Me temo que no puedo ayudarle en eso, capitán Geary. —Rione inclinó de nuevo la cabeza y se marchó.

Geary se quedó observando como abandonaba su camarote y después volvió a desplomarse en el asiento más cercano, con dos pensamientos rondándole la cabeza. *¿Y si tiene razón? ¿Y qué cojones he hecho yo para merecer esto?*

«Todas las unidades en formación Sigma viren veinte grados a babor a las tres punto cuatro.» —Geary se quedó a la expectativa y después se llevó las manos a la cabeza al comprobar como la mitad de las naves se ponían en posición mientras que la otra mitad se movía como si toda la formación entera estuviese pivotando veinte grados a babor. *¡Escuchen el mensaje! ¡Por favor, escuchen el mensaje! ¡Tampoco es que no tengan tiempo para pensarse las cosas antes de ejecutarlas!*

De puertas para fuera, Geary habló con toda la calma de la que se pudo hacer acreedor.

—Aviso a todas las unidades, tengan cuidado de ejecutar la orden tal y como se les da. —Geary comprobó la hora, se frotó los ojos, y prosiguió con su mensaje—: A todas las unidades. Suficiente por hoy. Gracias por su duro trabajo. —Solo espero que estén aprendiendo algo. Y no me refiero solo a mantener la formación. Si están prestando atención al modo en el que ordeno las maniobras para adaptarlas al retardo a la hora de recibir los datos, también estarán aprendiendo algo de ello.

La capitana Desjani también parecía cansada, pero sonrió animosamente.

—Nunca he visto a nuestras unidades maniobrar así en situaciones de combate —jaleó la capitana.

—Y todavía sigue sin verlo —apuntó Geary, tratando de no revelar tanta amargura como sentía—. Todo esto son simulaciones y no se realizan bajo la presión del combate real.

—Aun así sigo creyendo que hemos presenciado un buen número de mejoras —relató Desjani.

Geary se quedó pensando un rato y después asintió con la cabeza.

—Sí. Tiene razón. Así es. Teniendo en cuenta la cantidad de tiempo que hemos estado trabajando en esto, todo el mundo ha progresado de una manera bastante rápida. —Geary comprobó la disposición final de las naves en el simulador, que ahora se había quedado ya fija—. En menos de dos semanas de prácticas hemos experimentado un gran progreso. Pero eso también se debe a que hay un montón de buenos profesionales en esta flota. —Geary asintió de nuevo, esta vez mirando a Desjani—: Incluyendo lo presente.

—Gracias, señor. —Desjani parecía tan encantada como avergonzada por el cumplido.

—Es lo que siento. Realmente tiene usted el talento suficiente para manejar bien esta nave. Uno puede tirarse toda la vida de una estrella preparando gente para ponerse al frente de una nave y seguirán llevándola como si fuera un saco de plomo. Pero usted tiene talento. Usted siente la nave y se mueve con ella. —Geary se levantó haciendo palanca contra su asiento—. Voy a descansar antes de que empecemos con las prácticas de la siguiente simulación. ¿Usted no?

Desjani meneó la cabeza.

—Debo ocuparme de algunas cosas como oficial al mando del *Intrépido*. No hay descanso para el inquieto, dicen —bromeó la capitana.

—No sé los inquietos, Tanya, pero sí sé que los capitanes de navío no descansan mucho nunca. Gracias por toda la ayuda que me ha estado brindando últimamente —reconoció Geary.

—El placer ha sido mío, señor. —Desjani hizo un breve saludo informal y se marchó.

Geary se volvió a sentar, mientras en su interior se libraba una breve batalla entre el deseo de descansar y la necesidad de retomar sus propias obligaciones. Acto seguido, pidió los últimos informes sobre la situación de la flota. En esos momentos se estaba trabajando sobre tres antiguas minas síndicas en asteroides y ya se había trasladado una suculenta cantidad de metal bruto a las naves auxiliares, que a su vez tenían a pleno funcionamiento sus propios talleres para proporcionar a la flota esas piezas sueltas y recargas de artillería que tanta falta hacían. Además de todo eso, se habían encontrado algunos almacenes de comida, que aún se conservaban en buenas condiciones por el frío reinante en las ciudades abandonadas en las que los habían dejado, sin duda alguna porque sacar la comida de allí no habría tenido sentido desde un punto de vista económico, una vez que los síndicos se habían marchado ya de Kaliban. *Tengo la sensación de que todos vamos a acabar hartos de la comida síndica antes de volver a casa. Sobre todo teniendo en cuenta que no hay duda de que ellos ya se habrían comido lo que mejor sabía primero y, por ende, habrían dejado lo que no le gustaba a nadie.* Una nota de un informe avisaba de que los exploradores habían localizado un almacén de componentes electrónicos que albergaba algunos materiales de utilidad que podían ser reparados para satisfacer algunas de las necesidades de la Alianza. Al final iba a resultar que la flota estaba empleando bien el tiempo en Kaliban.

En ese momento entró una llamada con carácter de urgencia a través de un circuito de comunicación interna.

—Capitán Geary, aquí la capitana Desjani.

—Sí. ¿Qué pasa? —replicó Geary.

—Ya están aquí.

Geary se dirigió hacia el puente de mando del *Intrépido* todo lo rápido que pudo. Era en cierto modo irracional andar deprisa, teniendo en cuenta que la salida del punto de salto más cercana estaba a dos horas luz, pero era algo que Geary no podía evitar hacer.

No había acabado de tomar asiento cuando Desjani empezó a ponerle al día.

—Los primeros avistamientos indican que la fuerza síndica es comparable a la que nos siguió a través de Corvus —informó Desjani.

Geary asintió con la cabeza, sin hacer comentario alguno sobre el hecho de que

todos los tripulantes de la Alianza a bordo del *Intrépido* hubiesen dejado de decir que la fuerza síndica había intentado «dar caza» a la flota de la Alianza en Corvus. Ahora simplemente decían que los habían estado siguiendo. En unas semanas, los tripulantes de la Alianza probablemente estarían diciendo que la flota de la Alianza se las había apañado de alguna manera para hostigar a la fuerza síndica hasta sacarla de Corvus. Siempre y cuando aquello sirviese para mantener su orgullo a salvo, Geary no iba a corregir a nadie

—De hecho, podría tratarse de la misma fuerza —corroboró el capitán—. Si son ellos, han llegado a Kaliban por las malas, así que es probable que estén un poco molestos con nosotros.

Desjani sonrió abiertamente.

—Siguiendo sus instrucciones, ya hemos ordenado a todos los transbordadores y a todo el personal que vuelva a sus naves —indicó Desjani.

—Estupendo. ¿Han comenzado a destruir todo el equipamiento que habíamos reactivado? —inquirió Geary.

—Sí, señor. —Quedaba claro que Desjani aprobaba la táctica de tierra quemada—. Nadie conseguirá hacer funcionar ese equipamiento nunca más.

—Esa es la idea. —Era una pena, en cierto modo, pero no podía dejar activos industriales a sus espaldas y arriesgarse a que los síndicos tuvieran la posibilidad de utilizarlos para sus propios propósitos. Geary estudió la situación durante un buen rato—. Teniendo en cuenta que han aparecido por esa salida, deben de venir de Saxon o de Pullien, estrellas a las que podrían haber llegado a través de Yuon, ¿verdad?

Desjani comprobó su visualizador.

—Por Pullien habrían tenido que hacer un salto más, pero sí. En cualquier caso, han aparecido por la salida del punto de salto más cercano a nosotros —terció Desjani.

Tal y como podría haber previsto a juzgar por mi experiencia con el carácter maligno del universo. Los síndicos han salido por el punto de salto más cercano a la flota de la Alianza, a tan solo dos horas luz de aquí. Y acabamos de verlos, lo que significa que los síndicos llegaron en realidad a Kaliban hace dos horas. Las naves de la Alianza no habían sido capaces de ver la llegada repentina de las naves síndicas hasta que la luz había revelado su presencia, pero los síndicos habrían podido avistar la flota de la Alianza y su posición como hacía dos horas. La intensidad de luz azul en la estela de naves síndicas indica que cuando salieron del salto iban a una velocidad de una décima de la velocidad de la luz. Si hubiéramos mantenido esa velocidad, ellos se habrían acercado doce minutos luz más a nosotros en el momento en el que los avistamos. Lo cual sigue queriendo decir que están a dieciocho horas de nuestra posición viajando a esa velocidad, con todo.

No hay duda de que podríamos acelerar para alejarnos de ellos y evitar cualquier

encuentro mientras nos dirigimos a la salida de este sistema. Sería fácil.

Y también haría que cobrasen mucha más fuerza los rumores de que no estoy preparado para comandar esta flota. Me he pasado las dos últimas semanas tratando de decidir qué hacer cuando llegaran los síndicos. Realmente no podía llegar a una conclusión hasta ver cómo de grande era la fuerza síndica en cuestión. Ahora ya lo sé. Es significativamente más pequeña que la nuestra, pero sigue siendo potente. Podría hacernos mucho daño.

Geary miró fijamente a la capitana Desjani y observó cómo sus músculos se tensaban ante la previsión de un combate, aunque quedaban como mínimo varias horas incluso en el caso de que Geary decidiera acelerar para que la flota de la Alianza se enzarzase en un combate con los síndicos. El capitán sabía que tanto ella como la mayoría de sus capitanes de navío se sentirían decepcionados si abandonaban Kaliban sin haber entrado en combate con los síndicos. Más que decepcionados. Acto seguido, Geary volvió a echar un vistazo a la última estimación del tamaño de la fuerza enemiga. *No estoy seguro de que la flota esté preparada para abordar una fuerza como esa. Somos bastante superiores en número, pero si hacemos las cosas tan mal como las hicimos en Corvus, podemos acabar sufriendo unas bajas terribles. ¿Puedo confiar en que mis naves mantendrán la formación y obedecerán las órdenes?*

Sé qué me dicta la prudencia, pero esta gente a cuyo mando me encuentro necesita creer que soy la persona que puede conducirlos hacia la victoria. ¿Cuánto tiempo más seguirán obedeciéndome si piensan que tengo miedo a entrar en combate? ¿O es que tengo más dudas de las que debería? ¿Tengo miedo a arriesgar estas naves por los errores que puedan cometer o por los errores que pueda yo cometer?

Luchar o huir. ¿Cuál será la opción acertada? ¿Cuál será la mejor?

Antepasados; envíenme una señal.

—Capitana Desjani —llamó el consultor de comunicaciones del *Intrépido*—. La *Hechicera* informa de que hay un pájaro muerto en la roca Ishiki.

Geary tardó un momento en procesar aquella jerga moderna por el tamiz de su cerebro. «Pájaro» era la manera en la que los tripulantes se referían a un transbordador y «muerto» significaba...

—¿Hay un transbordador que no puede volar? —preguntó Geary.

—Sí, señor. En la roca Ishiki. Se trata de uno de los grandes buques de carga —informó Desjani.

—Dígale que se deshaga de la carga. Que se limite a sacar a su tripulación de allí —ordenó el capitán.

—Lo han intentado, señor. No se trata de un problema de peso. Los sistemas de control y propulsión han fallado al intentar elevarse. Están tratando de localizar el

problema en estos momentos —añadió Desjani.

—¿Cuántas personas tenemos en la roca Ishiki? —interrogó Geary.

—Treinta y una, señor, contando con la tripulación del transbordador —respondió Desjani.

Geary miró a la capitana.

—Usted conoce estos transbordadores mejor que yo. ¿Qué opciones hay de que lo arreglen pronto? —indagó Geary.

Desjani meneó la cabeza.

—No me apostaría mi dinero a que lo pudieran conseguir —advirtió Desjani—. Tener dos sistemas principales inservibles significa que hay una conjunción de fallos. —La capitana le hizo un gesto al consultor de ingeniería—. ¿Su opinión, por favor?

El consultor hizo una mueca.

—Ese pájaro no va a ir a ninguna parte a no ser que una unidad completa de mantenimiento pueda echarle un vistazo. El tiempo exacto que tarde en volver a volar dependerá del número de subsistemas que se hayan caído, pero doy por sentado que el equipo de mantenimiento tardará un mínimo de cuatro horas solo en llegar hasta allí, suponiendo que tengan todas las piezas que vayan a necesitar —argumentó el consultor.

—Me daba la sensación de que no era nada bueno. —Geary volvió la vista hacia el visualizador, escrutando mentalmente las opciones posibles. La roca Ishiki estaba treinta minutos luz más cerca de los síndicos que del grueso de la flota de la Alianza. La *Titánica* había terminado de llenar sus almacenes de materias primas hacía un día y medio y estaba recuperando su posición junto a la flota, pero la *Hechicera* seguía parada allí, cerca de la roca Ishiki.

Aquello suponían cinco horas de tránsito a una décima de la velocidad de la luz y, si bien la *Hechicera* pesaba menos que la *Titánica*, tenía menos capacidad de propulsión, así que no podía acelerar mucho más que la *Titánica*. Geary sabía que podía ordenar a la *Hechicera* que mandara a otro transbordador para recoger a la gente que había en la roca Ishiki y dejar al pájaro muerto allí. La otra opción era mandar al equipo de mantenimiento para sanar al pájaro. La *Hechicera* estaba lo suficientemente cerca de la roca Ishiki, así que probablemente podría hacer resucitar al pájaro muerto y recuperarlo a bordo de la nave a tiempo para que la flota siguiese manteniendo una distancia con respecto a los síndicos. Con todo, si lo conseguían, la brecha se reduciría notablemente y ambas fuerzas quedarían bastante cerca la una de la otra. Lo más seguro era abandonar al pájaro.

¿Y no les parecería mal a esos a los que ya les gustaba bastante poco ver a la flota de la Alianza «huir» de los síndicos?

Pero quedarse el tiempo suficiente para intentar salvar o reparar al pájaro podría implicar un riesgo real de que las naves de caza asesinas síndicas acabaran dando

alcance a la *Hechicera* si algo salía mal. Si se diera el caso, Geary podría desplazar algunas naves para defender a la *Hechicera*, ¿pero cuántas le iban a hacer falta? Si los síndicos estaban empujando su fuerza de propulsión hasta el máximo, podrían recortar de manera significativa su tiempo de tránsito hasta quedarse a medio camino de la *Hechicera* y luego decelerar hasta ponerse a una décima de la velocidad de la luz justo a tiempo para entrar en combate con ella.

¿Y qué pasaría con toda esa gente que había en la roca Ishiki si los síndicos se lanzaban a la caza antes de lo previsto? Cuanto más se acercaran los síndicos, menos tiempo tendría Geary para reaccionar.

Treinta y una personas. Un transbordador de carga. Puedo sacar a la gente de allí. No hay problema. Siempre y cuando no haya nada más que salga mal. Lo cual podría ser y, si se diera el caso, entonces sí que nos veríamos abocados a enfrentarnos a un problema. Y si trato de salvar la cara salvando también el transbordador, estaré poniendo en riesgo a más gente. Como tengamos que retirarnos rápido...

¿Retirarnos rápido, Geary? Digamos huir. Porque no importa qué etiqueta le cuelgues, eso es lo que significa. Lo sabes, y lo sabe todo el mundo. Y a ti no te gusta más que a ellos.

La flota ha confiado en mí para traerlos hasta aquí. Tengo que fiarme yo de ellos. Tengo que creer que pueden ganar si yo sé liderarlos de manera competente.

Y no puedo liderarlos si no siguen creyendo en mí.

Y no van a creer en mí a no ser que les muestre que pueden vencer si me escuchan.

Y no puedo vencer si no asumo riesgos.

La capitana Desjani lo observaba y seguramente había llegado a las mismas conclusiones que él sobre las opciones que tenían disponibles, lo cual a buen seguro la había llevado a preguntarse qué haría Geary ante aquella diatriba.

Geary respiró hondo y después activó el intercomunicador del mando de la flota.

—Flota de la Alianza, aquí el capitán Geary. Aviso a todas las unidades, adopten formación de combate Alfa. Repito, adopten formación de combate Alfa. Ejecuten la orden inmediatamente a la recepción de este mensaje. Adopten las posiciones estipuladas en torno al buque insignia de la flota, el *Intrépido*. El eje de la formación quedará alineado con el eje longitudinal del *Intrépido*. Aviso a todas las naves: prepárense para entrar en acción. La hora prevista para la batalla es... —Geary hizo una estimación a vuelapluma del tiempo que tardarían las dos fuerzas en encontrarse la una con la otra si la flota de la Alianza se abalanzaba directamente a una operación de interceptación— dentro de ocho horas. —El capitán miró fijamente a Desjani—. Capitana Desjani, por favor, haga que su consultor de comunicaciones haga saber al personal desplazado a la roca Ishiki que la flota va a buscarlos. Acto seguido por favor coloque al *Intrépido* cerca de tal manera que su arco proyecte una

intercepción con el trayecto previsto para la formación síndica que está entrando en el sistema.

—¡Señor, sí, señor! —Desjani parecía exultante, al igual que el resto de gente que se encontraba en el ángulo de visión de Geary.

—¡Capitán Geary! —Geary no había visto que la copresidenta Rione también había llegado al puente de mando. Al volverse hacia ella tras escuchar sus palabras, vio que su rostro estaba desencajado—. ¿Pretende librar una batalla a gran escala para hacerse con el control de este sistema?

—Sí —corroboró Geary—. Eso es exactamente lo que tengo en mente. Tengo a treinta y un tripulantes y a un transbordador de carga de la flota varados en uno de los asteroides de este sistema.

—¿Y con las naves síndicas a bastante más de medio día de distancia cree usted que una batalla de primera magnitud es su única opción? —recriminó Rione.

Geary esbozó una sonrisa que no tenía nada de divertida.

—Creo que es la mejor opción por varias razones —repuso Geary.

—¡No puede arriesgarse a perder a cientos o miles de tripulantes y quién sabe cuántas naves por treinta y una personas que podrían ser rescatadas fácilmente y por un transbordador de carga que podría dejarse sin problemas en ese asteroide! —reprochó Rione.

—Ninguna de las opciones disponibles son infalibles, señora copresidenta —recordó Geary—. No sabemos qué hacen los síndicos a cada minuto. Hasta un simple rescate, si se ve retrasado por otros acontecimientos imprevistos, podría situar a la *Hechicera* o a otras naves en peligro. Sí, estoy arriesgando a toda la flota para cubrir las espaldas de esos tripulantes y de ese transbordador y de las naves que trabajan para sacarlos de ese asteroide. Es una cuestión de responsabilidad y de confianza mutua. La flota de la Alianza no deja a nadie atrás.

De repente llegó un aluvión de vítores que dejaron a Geary y Rione boquiabiertos. A su alrededor, Geary pudo ver cómo el equipo del puente de mando del *Intrépido* alzaba los puños y jaleaba brioso las palabras del capitán.

Geary se volvió hacia la capitana Desjani, que acababa de farfullar algo a su intercomunicador.

—Discúlpeme, capitán Geary. Tan solo estaba transmitiendo la grabación de su declaración a la flota. —Aunque ya había pasado casi dos meses con ella, a Geary le seguía sorprendiendo ver aquel brillo de admiración en los ojos de Desjani.

Pero sabía que lo que había hecho su capitana era lo correcto. Por mucho que odiase admitirlo, aquellas palabras que acababa de soltar le servirían a la flota para armarse de valor de cara a la batalla. Y no había duda alguna de que aquello engrosaría la lista de citas inspiradoras de *Black Jack* Geary. Eso sí, el capitán rogó hasta al último de sus antepasados para que, si aquello acababa convirtiéndose en una

cita célebre, no tuviera que escucharla en boca de nadie en el futuro.

Rione también parecía sumida en sus propias plegarias, si bien Geary sospechaba que aquellas oraciones iban más bien encaminadas a pedir que lo que ella veía como la opción más cuerda acabase imponiéndose.

—Capitán Geary, ¿qué puedo decirle para convencerle de que la supervivencia de esta flota es el factor más importante que hay que tener en cuenta? —inquirió Rione.

—Señora copresidenta, comprendo sus preocupaciones. Debo pedirle que confíe en mi buen criterio cuando le digo que la supervivencia de esta flota depende en última instancia de muchos factores.

—Capitán. —Rione se acercó a Geary y le habló con una calma tremenda—. Usted sabe de la importancia crucial que tiene el *Intrépido* regrese sano y salvo al espacio de la Alianza. El objeto que guarda en su interior es de un valor incalculable.

—No me he olvidado de eso —replicó Geary con un tono de voz igualmente calmado.

—¿Se ha olvidado de que tengo la potestad de retirar los contingentes de naves de la República Callas y la Federación Rift de su mando? —amenazó Rione.

—No. Y le ruego encarecidamente que no lo haga. —Geary trató de mostrar el aspecto que se imaginaba que debía de mostrar alguien que era consciente del riesgo al que se enfrentaba pero que seguía confiando plenamente en el sentido de sus decisiones—. Me habría gustado tener más tiempo para prepararnos, pero la flota puede asumir esto bien. Tengo buenas razones para hacer esto. Me gustaría que sus naves participaran en la operación.

—¿Y si me niego a permitirlo? —espetó Rione.

Geary suspiró pesadamente.

—No podría hacer nada al respecto —admitió Geary—. Usted lo sabe.

Rione se quedó mirándolo un buen rato mientras a Geary le invadían las ganas de regresar a la incipiente batalla, pero sabía que tenía que resolver esta situación primero.

—Muy bien, capitán Geary. Sus actuaciones hasta ahora han conseguido que le conceda el beneficio de la duda. Tiene su batalla y tiene las naves de la República Callas y de la Federación Rift. Que las estrellas del firmamento no permitan que nos tengamos que arrepentir de esta decisión —imploró Rione.

—Gracias. —Geary volvió a respirar hondo y se giró para examinar de nuevo su visualizador. Todavía quedaban varias horas antes de que se produjese el choque de flotas, pero ya había puesto en marcha una serie de operaciones que impedirían dar marcha atrás a la batalla. Geary tenía que aprovechar bien el ínterin para maximizar sus opciones de victoria. Y, de paso, urdir un plan para saber qué hacer si se volvía a producir un desastre y tenía que sacarse de la chistera otra retirada a la desesperada.

La decisión de luchar provocó que empezara a fluir la adrenalina, por más que quedaran varias horas hasta que comenzase el combate, incluso aunque se diese el caso de que ambos bandos se abalanzasen el uno sobre el otro a máxima velocidad. Geary se moría de ganas de ordenarle inmediatamente a la flota que abandonara la formación general Alfa y que se adoptase la formación de combate que tenía en mente emplear, pero sabía que hacer eso inmediatamente sería cometer un error. Sus antiguos comandantes lo habían instruido bien al respecto. *Hay tres cosas de las que te tienes que preocupar mucho durante las horas anteriores a un combate: no actuar demasiado pronto, no actuar demasiado pronto y no actuar demasiado pronto.*

Y ahora Desjani quería hacer precisamente eso.

—¿Vamos a combatir con esta formación? —preguntó dubitativa.

—No. —Geary se percató de la mirada de frustración que atravesó el rostro de su capitana y bajó el pistón—. No nos vamos a poner en formación de combate hasta poco antes de entrar en contacto con la fuerza enemiga. Quiero dejar el tiempo justo, con poco margen de error, para que nuestras naves adopten sus nuevas posiciones y después sean capaces de acelerar hasta adquirir la velocidad de combate.

—¿Por qué no lo hacemos ahora? —inquirió Desjani—. Usted me dijo que le preocupaba que la flota no fuera capaz de maniobrar adecuadamente en una situación real de combate. ¿Por qué esperar hasta que estemos casi entrando en contacto con el enemigo?

Esa era una pregunta que él mismo hubiera formulado en otra época ya muy lejana.

—Porque no queremos darle al enemigo horas de ventaja para evitar nuestra formación y descubrir nuestro plan de ataque.

—¿Pero no podríamos estar en una formación útil y luego cambiar a otra? Si lo hacemos así, estaríamos listos aunque las naves no consigan colocarse en la formación a tiempo. Podríamos cambiar varias veces para que al enemigo le costase atisbar nuestras intenciones —sugirió Desjani.

Geary se rió con dulzura, lo cual le hizo ganarse una mirada de sorpresa por parte de Desjani.

—Lo siento, pero es que me ha recordado a mí mismo proponiendo exactamente lo mismo. Tardé un tiempo en darme cuenta de cuál era el punto débil de esa opción. —Geary señaló al visualizador, en el que los símbolos que representaban a las fuerzas de la Alianza y de los síndicos recortaban lentamente la distancia que las separaban y se encaminaban a una convergencia inevitable—. Una vez que se decide entrar en combate, normalmente tenemos bastante tiempo para prepararnos. Durante ese ínterin siempre hay una gran tentación de seguir enredando con otras cosas. Seguir

cambiando formaciones, seguir haciendo pequeños ajustes, seguir modificando los planes. Y si se hace eso, se acaba cansando a la tripulación y gastando las reservas de combustibles antes de entrar siquiera en contacto con el enemigo. Es mucho mejor tener la disciplina suficiente como para quedarse a esperar y darles a las naves la oportunidad de descansar un poco antes de la batalla.

—Entiendo. —Desjani se giró sobre su asiento—. Sí, lo comprendo. La verdad es que, si por mi fuera, querría ponerme a hacer algo ya, pero sería prematuro. Así es como luchábamos antes, ya sabe. Adoptar inmediatamente la formación de batalla, casi siempre algo sencillo, y después cargar directamente contra el enemigo.

—Me lo suponía. —Geary volvió a mirar al visualizador, que indicaba que la fuerza síndica parecía estar siguiendo esa misma táctica de aproximación. Dos fuerzas antagónicas que se arrojan directamente sobre su oponente y tratan de machacarse la una a la otra. Fuerza bruta contra fuerza bruta. No hace falta preguntarse por qué esta gente valora tanto el orgullo y el valor. En ese tipo de batallas, el bando que sigue luchando más fuerte y más tiempo suele tener más papeletas para ganar. Pero pagando un alto precio en forma de víctimas y naves perdidas.

Geary comprobó la hora y después volvió a llamar a la flota.

—Aviso a todas las unidades. Después de la última actualización se prevé entrar en contacto con la fuerza enemiga dentro de siete horas. Se recomienda a todas las naves que sus tripulaciones aprovechen para descansar durante las próximas horas. —Geary sonrió abiertamente a Desjani—. ¿Alguna vez la han mantenido en estado de máxima alerta durante doce horas?

Desjani apartó la mirada.

—La verdad es que es algo bastante frecuente hoy en día. Es una manera de asegurarse de que todo el mundo está preparado —justificó Desjani.

—Está de guasa. —La mirada de Desjani le reveló que no lo estaba—. Eso no sirve más que para dejar a todo el mundo hecho unos zorros antes de que la batalla haya dado comienzo siquiera. Hay situaciones en las que no queda más remedio, pero en un caso como este, en el que sabemos que el enemigo no podrá entrar en combate con nosotros hasta dentro de unas siete horas, lo lógico es que todo el mundo trate de descansar todo lo que pueda. —Geary se levantó ceremoniosamente—. Voy a estirar las piernas —les anunció a todos los presentes en el puente de mando—, y a por algo de comer. —Consciente de que todos los ojos estaban posados sobre él, Geary salió caminando tranquilamente por el puente de mando, preguntándose para sus adentros cómo iba a ser capaz de fingir que le apetecía comer algo. Tendría que fingir también estar descansando durante al menos las próximas dos horas, si bien sabía que las opciones de conciliar el sueño aunque solo fuera un rato eran casi inexistentes—. Por favor, manténgame informado de cualquier cambio o movimiento que se produzca en

la formación síndica, capitana Desjani.

—Por supuesto, señor. —Desjani titubeó, pero mientras Geary abandonaba el puente de mando escuchó cómo la capitana daba permiso a una buena parte de la tripulación del *Intrépido* para que se fueran a comer algo también.

Después de pasarse varias horas caminando por el *Intrépido* para visitar los compartimentos y hablar con los tripulantes que había en su interior, después de fingir que se metía entre pecho y espalda un menú en tres comedores distintos y después de ponerse en contacto periódicamente con la capitana Desjani para asegurarse de que no había ninguna novedad, finalmente Geary se dio por vencido y regresó al puente de mando. Desjani seguía en su puesto y, por lo que parecía, no había abandonado el puente de mando en todo ese tiempo.

Desjani lo miró con gesto avergonzado.

—La fuerza de la costumbre —se excusó la capitana.

—Es usted una capitana de navío, Tanya. Soy consciente de que eso significa que tiene que estar aquí incluso cuando se supone que no debería estar aquí. —Geary se sentó y se obligó a sí mismo a recostarse y estudiar nuevamente el visualizador. Las dos flotas enemigas estaban ya mucho más cerca una de otra, pero seguían quedando horas para que establecieran contacto entre sí—. Vamos a luchar en posición Zorro Cinco —adelantó Geary.

—¿Zorro Cinco? —Desjani sonrió abiertamente ante aquella perspectiva—. No se puede imaginar las ganas que tengo de ver cómo realiza la flota tal despliegue.

Y yo, y yo. Espero que sean capaces de llevarlo a cabo. Geary hizo cálculos utilizando las últimas estimaciones de la velocidad a la que se viajaban los síndicos y del punto en el que se encontrarían ambas formaciones si nada cambiaba hasta entonces. *Dos horas más. Mucho tiempo. Todavía no puedo ordenar a la flota que se ponga en posición Zorro Cinco.* A Geary le asqueaba la idea de pasarse la siguiente hora mirando el visualizador, así que activó el programa de simulación y empezó a hacerlo funcionar con su flota y la fuerza síndica real contra la que se tendrían que enfrentar. *Esto debería de mantenerme ocupado y, además, tal vez así repare en algo que me pueda hacer falta saber.*

Con todo, la hora siguiente transcurrió con tanta lentitud a sus ojos que parecía que no se iba a acabar nunca.

—Muy bien, Tanya. Preparémonos para patear culos síndicos. —Desjani desnudó los dientes al esbozar una sonrisa de avidez mientras Geary llamaba a la flota—. Aviso a todas las unidades, aquí el capitán Geary desde el *Intrépido*. Ejecuten formación Zorro Cinco a las cuatro punto cero. El *Intrépido* sigue siendo el punto de referencia de la formación.

Zorro Cinco era una formación antigua, si bien hasta donde Geary sabía llevaba mucho tiempo sin usarse. Parecía ajustarse perfectamente a los movimientos de los

síndicos y a lo que Geary quería hacer en el momento de entrar en combate con ellos, además de que se trataba de una de las formaciones que había incluido en las simulaciones, así que sus comandantes de navío estaban al menos un poco familiarizados con ella.

—¿Zorro Cinco? —preguntó una voz. La copresidenta Rione, en el otro extremo, no estaba tan familiarizada con ella—. ¿Qué quiere decir eso?

Geary se dio la vuelta y le dedicó una sonrisa, pese a que no era consciente de en qué momento a lo largo de la última hora había llegado la copresidenta al puente de mando.

—Se trata de una manera de disponer mis unidades. Una opción bastante elaborada en comparación con las maneras en las que se han estado librando las batallas en los últimos tiempos, pero debería ser muy efectiva —informó.

—¿Y eso? —indagó Rione.

—Tengo superioridad numérica —le aseguró Geary a Rione—. El truco para aprovecharla es que esa fuerza superior en número golpee al unísono contra el enemigo de tal manera que sus defensas se vean desbordadas.

Rione parecía escéptica.

—Si estoy interpretando bien lo que veo en los visualizadores, sus naves están adoptando diferentes trayectorias —repuso Rione.

—Esa es la idea. Que haya muchas naves en una formación significa que no se pueden emplear todas a la vez. Si se ataca a una fuerza enemiga por un flanco de la formación, hay otro flanco de la formación por el que las naves no la pueden atacar —indicó Geary.

Rione meneó la cabeza.

—Veo que está separando a sus propias unidades. ¿Cómo va a ayudar eso a que trabajen en equipo? —criticó Rione.

—Me temo que tendrá que verlo sobre el terreno. —Geary sentía demasiados nervios y emoción como para intentar dar más explicaciones sobre las tácticas de una flota a una civil. Llevaba practicando movimientos de flota mucho tiempo, se había estado preparando para ello bajo la dirección de algunos capitanes y almirantes que en su día lo intimidaron por su enorme talento, y había estado practicando esas simulaciones durante el último par de semanas. Pero esta era la primera vez que lo hacía en serio, la primera vez que un gran número de naves se iban a mover y actuar contra el enemigo de acuerdo a sus órdenes, la primera vez que sus decisiones iban a determinar el sino de muchas naves y, tal vez, de la flota entera.

Geary se concentró en el visualizador para calmarse. A medida que las naves se movían siguiendo sus órdenes, el grueso de la flota se fue dividiendo en tres secciones. La que estaba centrada alrededor del *Intrépido* era significativamente más grande que las otras dos, un óvalo achatado que esperaba la llegada inminente de la

flota síndica. A millones de kilómetros, o a una distancia ligeramente superior a los treinta segundos luz, por encima y delante del *Intrépido* había una serie de naves que conformaban la segunda y tercera sección del cuerpo principal, que recreaba la forma de un círculo aplanado. Al mismo tiempo, otro círculo aplanado en cuyo interior se alojaba el resto de las naves del grueso de la flota se encontraba a treinta segundos luz, si bien en este caso hacia abajo y adelante. Juntas, las tres formaciones parecían un cascanueces enorme que seguía a la espera de la llegada de los síndicos, con la base centrada en torno al *Intrépido* y los dos mangos situados en las partes superior e inferior de la trayectoria de los síndicos.

Igualmente, y también a treinta segundos luz de distancia, empezaron a aparecer a cada lado dos discos más pequeños situados en un ángulo perfecto con respecto al grueso de la formación, mientras que unidades más ligeras, principalmente cruceros ligeros y destructores, con un refuerzo de cruceros pesados, se colocaban en posición para formar las fauces del cascanueces.

Más atrás, detrás de las líneas del frente, estaban las naves auxiliares y los buques de guerra que debían hacer las veces de sus escoltas.

Las seis partes de la flota de la Alianza se movían a un ritmo deliberado de tres centésimas de la velocidad de la luz, siguiendo la trayectoria y la velocidad impuesta por el *Intrépido*. Una vez que ya habían abandonado la órbita alrededor de Kaliban que habían estado ocupando las dos últimas semanas, las naves de la Alianza se dirigieron por el espacio hacia el punto en el que debían interceptar a las fuerzas síndicas.

Geary expeli  un suspiro de silencioso alivio al ver que las naves respondían a sus  rdenes. Nadie parecía estar metiéndose en la posición que no le tocaba, ni tampoco se veía a nadie empujar a nadie para ser el primero que pudiese enfrentarse a las fuerzas síndicas. No obstante, Geary hizo una mueca al revisar las formaciones. Debía dar una orden más, para confirmar los planes de mando estipulados para la batalla inminente, y tenía que tomar una decisión en ese sentido que tem a poder tener que lamentar.

—Aviso a todas las unidades, aquí el capitán Geary, a bordo del *Intrépido*. para dar confirmación a la estructura de mando prevista para el próximo enfrentamiento. Además de ejercer el mando pleno, ejercerá las labores directas de mando sobre el cuerpo principal de la flota —advirtió Geary.

El capitán miró al visualizador mientras seguía hablando y se fijó en la potente formación que empezaba a disponerse en la parte superior y posterior del cuerpo principal de la flota.

—La formación Zorro Cinco Uno será comandada por el capitán Duellos, de la *Osada*. —La vista de Geary descendí hasta el brazo inferior de la flota—. La formación Zorro Cinco Dos quedará bajo el mando del capitán Numos de la *Orión*.

Desjani le dirigió una mirada compasiva.

—El capitán Numos es veterano —explicitó Desjani.

—Ajá. No me quedó más remedio que ponerlo al mando de esa formación. —*No me quedó más remedio porque no tenía motivos para desprestigiarlo eludiéndolo a la hora de conceder esa responsabilidad. Pero como le dé por cagarla esta vez, ya tendré motivos y vaya que si habrá consecuencias.*

Geary activó su intercomunicador de nuevo.

—La formación Zorro Cinco Tres queda bajo el mando de la comandante Crésida, de la *Furiosa*. La formación Zorro Cinco Cuatro queda bajo el mando del comandante Landis, de la *Valiente*. —Aquello dejaba repartidas las responsabilidades de las fuerzas ligeras en las fauces de la formación—. El capitán Tulev de la *Leviatán* está al mando de la formación Zorro Cinco Cinco. —Las naves auxiliares necesitaban que quien se quedase al mando de sus escoltas fuera un hombre con el que Geary pudiera contar y estaba seguro de que Tulev era ese hombre. Un comandante temerario, incluso alguno tan de confianza como Duellos, podría verse tentado en algún momento a abandonar a las naves auxiliares y dejarlas desprotegidas con tal de arrojar a las escoltas al fragor la batalla. Tulev, firme y tranquilo, debería en cambio permanecer junto a las naves auxiliares, que disponían de menos armamento, hasta la muerte.

Geary volvió a mirar satisfecho al visualizador, contento al ver que los distintos elementos de la flota iban exactamente a donde tenían que ir. Entonces atisbo un gesto de preocupación en el rostro de Desjani.

—¿Qué ocurre? —preguntó Geary sin alterarse. Desjani titubeó—. Necesito saber qué le pasa por la cabeza, capitana Desjani. Vaya al grano.

—Muy bien, señor. —El tono de Desjani era medio de disculpa—. Sé que hemos hecho simulaciones empleando esta formación, pero sigo preocupada por las distancias existentes entre nuestras fuerzas. Parece que estamos lo suficientemente desperdigados como para invitar a nuestro enemigo a que nos derrote sin paliativos.

Geary asintió con la cabeza.

—Esa es una preocupación coherente. Dividir la flota y quedarse de brazos cruzados permitiría al enemigo golpear en cada punto hasta hacer valer su superioridad local. Si no nos moviésemos, eso sería exactamente lo que ocurriría. Pero no vamos a quedarnos sentados esperando a que los síndicos nos ataquen. O, mejor dicho —se corrigió Geary—, las otras formaciones no van a quedarse quietas. El cuerpo principal va a ofrecerse a sí mismo como un objetivo apetecible para el asalto síndico.

Por extraño que pareciese, el hecho de que Geary le asegurase a Desjani que su nave iba a entrar en contacto directo con el enemigo sirvió para borrar sus dudas.

—¿El *Intrépido* va a mantener esta trayectoria hasta que entremos en contacto

con el enemigo? —preguntó Desjani.

—Eso es. —Geary sonrió de nuevo—. Vamos a ir ajustando nuestra trayectoria como sea necesario si los síndicos no van directamente a por nosotros, y modificaremos nuestra velocidad en los momentos adecuados. Pero para cuando los síndicos nos alcancen, tendrán muchas más cosas de las que preocuparse, aparte de nosotros. Créame.

Desjani le devolvió la sonrisa.

—Eso hacemos todos, capitán Geary.

Por alguna razón, escuchar aquello casi dejó a Geary temblando otra vez. La fe que parte de esa gente tenía en él era tan absoluta que resultaba enervante. Con todo, Geary volvió a centrarse en las maniobras de sus naves, comprobando como los discos individuales ejecutaban impecablemente la formación. El capitán podía hacer rotar a voluntad el visualizador que tenía enfrente de él, de tal modo que podía ver de refilón las filas de naves que se situaban debajo del óvalo del cuerpo principal dispuestas en torno al *Intrépido*. En condiciones normales, tal formación habría tenido destructores en la parte frontal, cruceros detrás, y por último la sombría masa pesada de acorazados y cruceros de batalla. Pero como Geary había mandado a las unidades más ligeras junto al resto de elementos de la formación Zorro Cinco, el cuerpo principal estaba compuesto simplemente por cañoneros torpederos, acorazados y cruceros de batalla dispuestos en una formación abierta con campos de tiro entrelazados por delante y a los lados. *¿Ya habrán visto los síndicos lo que estoy haciendo? ¿Lo comprenderán?*

Geary comprobó el estado de la formación síndica. Seguía estando a unos seis minutos luz de distancia y las imágenes con retardo mostraban que la fuerza síndica no había respondido con ningún movimiento de su formación a las maniobras de la flota de la Alianza. Las naves síndicas se encontraban extendidas en una barra plana que se estrechaba y extendía hacia adelante en sus extremos. En cierto modo, parecía una cabeza de martillo que se cernía sobre la flota de la Alianza. Geary fue capaz de reconocer qué concepto general subyacía bajo aquella forma. Sencillo y eficaz contra un enemigo que no emprendiese las medidas adecuadas para repelerlo, el martillo concentraba la fuerza de asalto del ataque sobre una zona relativamente pequeña pero de importancia crítica, lo cual daba pie a un barrido posterior ejecutado en oleadas sucesivas por los buques de guerra situados justo a continuación de tal manera que así se lograba penetrar hasta el centro mismo de la fuerza defensiva, que era finalmente golpeado una y otra vez sin que los defensores tuvieran la más mínima opción de recomponerse entre oleada y oleada. Todo muy sencillo, la verdad. El comandante síndico no tendría que ordenar ninguna maniobra a su flota hasta que esta hubiese barrido por completo a las fuerzas de la Alianza y, una vez conseguido ese objetivo, bastaría con que ordenase a toda la formación dar media vuelta y repetir el martilleo

si era necesario. O también liberar a la formación para que las naves fueran una a una rematando a los supervivientes desperdigados tras el primer ataque.

Por desgracia para vosotros, no tengo intención de permitir que llevéis tal ataque a buen puerto.

Geary siguió esperando hasta que todas sus naves llegaron a las posiciones estipuladas para ellos.

—Se ordena a todas las unidades que estén totalmente preparadas para entrar en combate. A las cero punto siete todas las unidades acelerarán hasta una vigésima parte de la velocidad de la luz y avanzarán a lo largo del eje de la formación definido por el *Intrépido*. —Dos minutos después, toda la flota de la Alianza aceleró al unísono, incrementando su velocidad tal y como se le había indicado—. Joder, esto tiene buena pinta.

—La verdad es que sí. —Desjani sonrió abiertamente y se dio cuenta de que Geary parecía sorprendido por aquella intervención—. ¿No se había dado cuenta de que estaba hablando en voz alta?

—No. —Aun así, Geary volvió a sonreír al observar el visualizador, que mostraba cómo la ingente formación de la flota de la Alianza seguía avanzando a toda prisa con un perfecto orden y concierto, mientras que la fuerza síndica seguía en posición de carga con el objetivo de impactar contra el centro justo del cuerpo principal, lo que no hacía sino meterlos cada vez un poco más dentro de las fauces del cascanueces. *Nunca viene mal tener un oponente arrogante o algo estúpido, ¿verdad?*

Ahora venía la parte difícil, y Geary se aseguró de que ordenaba ejecutar las maniobras siguientes en los momentos precisos y de la manera adecuada. Observó los datos y los visualizadores a medida que los dos oponentes se iban acercando el uno al otro, tratando de dejar que fueran sus instintos y su preparación los que le indicasen el momento justo de ir ordenando las siguientes instrucciones. Las imágenes de los buques de guerra síndicos más cercanos seguían teniendo cinco minutos de desfase en el momento en el que los veía la Alianza. Cinco minutos no eran una gran cantidad de tiempo, sobre todo teniendo en cuenta el impulso de aquellos enormes buques de guerra, pero era tiempo suficiente como para que los síndicos tuvieran aún la opción de ejecutar algún movimiento en el último minuto que pudiese estropear el ataque que tan cuidadosamente había coordinado Geary. Sobre todo si al capitán le daba por mover su formación demasiado pronto y eso era suficiente para alertar a los síndicos.

Los minutos pasaban. En un momento al capitán le pareció que Desjani le estaba preguntando algo, pero siguió concentrado en las sensaciones que le despertaban las flotas abalanzándose la una sobre la otra y no abrió la boca.

Unos pocos minutos más. Solo unos pocos más.

Geary estiró la mano y tocó el botón del intercomunicador sin apartar nunca la vista del visualizador.

—Formación Zorro Cinco Uno. A las cuatro punto cinco aceleren hasta alcanzar una décima de la velocidad de la luz y modifiquen trayectoria en sentido descendente seis punto cero grados. Alineen su eje de formación en perpendicular con respecto a la formación síndica. Ajusten la trayectoria como sea preciso para colocarse sobre la parte superior de la formación síndica y quédense más o menos a un tercio de camino por detrás de su punta de vanguardia.

Geary hizo una pausa para seguir respetando los tiempos correctos.

—Formación Zorro Cinco Dos. A las cuatro cinco punto cinco aceleren hasta alcanzar una décima de la velocidad de la luz y modifiquen trayectoria en sentido ascendente cinco punto cero grados. Alineen su eje de formación en perpendicular con respecto a la formación síndica. Ajusten la trayectoria como haga falta para colocarse sobre la parte inferior de la formación síndica y quédense más o menos a dos tercios de camino por detrás de su punta de vanguardia.

Cuarenta segundos después llegó un acuse de recibo de las órdenes destinadas a la formación Zorro Cinco Uno por parte de un exultante capitán Duellos. Un minuto después, el capitán Numos, al mando de la Formación Zorro Cinco Dos, también dio acuse de recibo de las instrucciones ordenadas sin mostrar emoción alguna.

Geary siguió esperando, tratando de mantener la cabeza en ese punto en el que podía calcular todas las distancias y retardos que entraban en juego.

—Formaciones Zorro Cinco Tres y Zorro Cinco Cuatro. A las cinco punto cero aceleren hasta alcanzar una décima de la velocidad de la luz y modifiquen trayectoria para interceptar las puntas de vanguardia de la formación síndica en sus frentes. Alineen sus formaciones para mantener los ángulos adecuados con respecto a la formación síndica.

A medida que el resto de formaciones empezaban a acelerar contra el enemigo, Geary pudo casi sentir físicamente la tensión que se debía de vivir en el interior de las naves del cuerpo principal al pegar ese salto que las habría de conducir hasta el punto máximo de aceleración y que les permitiría sumarse al ataque.

—Cuerpo principal. Mantenga su formación. Den la vuelta a sus frontales y prepárense para ejecutar maniobra de frenado.

A Geary le pareció haber visto por el rabillo del ojo el rostro de Desjani completamente teñido de sorpresa, pero también era verdad que bien podía habérselo imaginado. El capitán permaneció a la espera mientras las naves de la Alianza viraban ciento ochenta grados hasta que su popa quedó mirando de frente al enemigo. *Vamos, vamos*, alentó a los enormes buques de guerra. *Moved el culo. Bien.*

—Cuerpo principal, reduzca velocidad hasta dos décimas de la velocidad de la luz, después procedan a virar frontales y prepárense para entrar en combate. —Otra vez volvió a tener la sensación de que las naves del cuerpo principal sufrían una tensión como si les estuvieran tirando de la correa—. Aviso a todas las naves.

Mantengan formación. Van a recibir el ataque síndico al completo en unos pocos minutos y tendrán todo el combate que sus corazones puedan resistir.

El *Intrépido* se estremeció al notar como sus motores frenaban su movimiento inercial, después se balanceó hacia arriba y dio media vuelta para posicionarse frontalmente con respecto al enemigo.

En ese momento, el impulso que llevaban les dejaba a los síndicos con poca capacidad de rectificación del ataque, pero seguían teniendo la posibilidad de reaccionar tímidamente si se daban cuenta de lo que estaba haciendo Geary. Pero dado el desfase con el que recibían las imágenes de los movimientos de las naves de la Alianza, tardarían unos minutos en darse cuenta de que las fauces situadas por encima y debajo de su trayectoria habían empezado a cerrarse. Minutos después, verían cómo los dientes del cascanueces se cerraban de forma amenazadora sobre sus dos flancos. Incluso entonces, los síndicos seguirían pensando que podían entrar en combate con el cuerpo principal de la flota de la Alianza antes de que las fauces se cerraran sobre ellos, pero la maniobra de frenado de Geary había modificado el momento de entrar en contacto justo lo suficiente como para que las fauces mordieran al enemigo minutos antes de que la caravana de la fuerza síndica pudiese impactar contra el cuerpo principal de la Alianza.

También podrían intentar virar hacia arriba o hacia abajo para entrar en combate con una de las dos fauces por separado, pero si lo hacían, seguiría teniendo la posibilidad de lanzar al cuerpo principal contra ellos, y las unidades ligeras seguirían teniendo la capacidad de percutir sus flancos. No van a salir de esta sin daños.

—Movimiento azul en las naves síndicas —informó el consultor táctico.

— Est n acelerando? —inquirió Desjani.

—Est n tratando de contrarrestar el efecto de nuestra maniobra de frenado y acelerar así la toma de contacto. Tal vez crean que van a poder darnos en todo el centro del cuerpo principal y que luego serán capaces de salir de la trampa —apuntó Geary—. Pero no creo que lo consigan. Duellos y Numos no deberían tener problemas a la hora de neutralizar la aceleración de los síndicos incrementando el ángulo de interceptación.

—Lo que nos va a ser más difícil es enfrentarnos a ellos yendo a esas velocidades —advirtió Desjani.

—No crea. Nosotros s  que sabemos hacia dónde se dirigen. Son ellos los que lo van a pasar peor, porque les resultará más difícil vernos con la imagen distorsionada que tendrán de nosotros —replicó Geary.

Según se iban agotando los minutos previos a la toma de contacto, Geary tuvo que anticipar mentalmente los acontecimientos que se iban a ir sucediendo, porque el desfase suponía que no estaba viendo aquello realmente como estaba ocurriendo. Los sensores del *Intrépido* y los ojos de Geary le decían que las dos fauces del

cascanueces estaban a punto de entrar en contacto con el enemigo, cuando en ese mismo momento el disco superior de naves de la Alianza estaba ya golpeando el martillo síndico con un ángulo picado de incisión; es más, el segundo disco debía estar también mordiendo en sentido ascendente en esos momentos desde más atrás. Mientras que las naves de la Alianza se adentraban disparando en el interior de la formación síndica por su eje más corto, cada uno de esos navíos disponía solo de unos minutos para estar en contacto con el enemigo, tiempo en el que tenían barra libre para despellejar a cualquier nave que estuviera dentro de su alcance y seguir corriendo hacia adelante inmediatamente después, justo a tiempo de evitar que sus defensas sufrieran demasiado. Mientras las naves de la Alianza seguían saliendo al exterior, lo cual les proporcionaba tiempo para que sus escudos se recompusieran, las naves síndicas no dejaban de recibir impactos una y otra vez de los buques de guerra de la Alianza que seguían entrando continuamente a medida que el estrecho disco de la formación de la Alianza seguía penetrando a través de la formación síndica.

Con todo, Geary no podía dejarse llevar por aquella escena.

—Se ordena a todas las unidades del cuerpo principal que abran fuego en cuanto las naves enemigas penetren en su radio de acción armamentístico. Asegúrense de que las primeras descargas son de metralla, seguidas por espectros a continuación.

Por un momento le entró miedo ante la posibilidad de haber apurado demasiado los tiempos, de haber dejado la orden final de abrir fuego para demasiado tarde, por su deseo de asegurarse de que aquella cortina concentrada golpeaba de lleno a la formación síndica que acababa de ser brutalmente atacada por las dos sierras circulares de la Alianza. En ese momento Geary escuchó al consultor de armas del *Intrépido* informar de que las trayectorias previstas para las naves síndicas se estaban adentrando en el radio de acción de las armas del buque insignia. Unos instantes después llegó la confirmación de que los sistemas armamentísticos del *Intrépido* estaban abriendo fuego. Incluso teniendo en cuenta el desfase de tiempo ineludible para que su orden llegase a todas las naves del cuerpo principal, todas deberían haber abierto fuego en el momento preciso.

El espacio entre la fuerza síndica y el cuerpo principal de naves de la Alianza se vio de repente inundado de rápidos destellos de luces correspondientes a una ráfaga de misiles disparada por los síndicos contra el cuerpo principal de naves de la Alianza y repelida por la oleada de metralla de la propia Alianza. Instantes después, el espacio que se abría delante del *Intrépido* se iluminó por toda una extensa zona al darse de bruces los buques de guerra síndicos atacantes contra la cortina de metralla. Los proyectiles empezaron entonces a relampaguear antes de evaporarse a medida que colisionaban con los escudos síndicos, pues, a raíz del impacto, su energía cinética se acababa convirtiendo en un marasmo de luz y calor. A ojos de todo el mundo aquello era como si alguien hubiese pintado toda una franja del espacio con una estela de

luminosidad.

La llama más potente no había acabado de extinguirse cuando un aluvión de luces más grandes y brillantes empezó a relampaguear como si fueran hileras de bombillas. Geary siguió mostrando una actitud desapasionada, sabedor de que estaba presenciando la muerte de combatientes síndicos menores, cuyos escudos protectores se habían visto desbordados y habían dejado a las naves expuestas a los impactos ulteriores de la metralla a unas velocidades relativas muy altas.

Justo detrás de la metralla vino una oleada de espectros que percutió los ya de por sí mermados escudos, lo que permitió que, en muchos casos, los espectros acabaran logrando rebasar la frontera de las protecciones para impactar directamente sobre las naves síndicas.

En cuestión de momentos, la caravana de la fuerza síndica quedó borrada del mapa.

Geary tragó saliva, tratando de no pensar en la cantidad de vidas que se habían acabado sin más durante aquellos fogonazos de luz. Miró a Desjani, que estaba estudiando atentamente el mapa de situación, apretando y soltando las manos periódicamente.

Como mantuvieron su trayectoria, ya que la inercia les dejaba pocas opciones más, las oleadas de naves síndicas que llegaron a continuación dieron con sus huesos contra los restos de las naves que anteriormente habían compuesto la vanguardia de su caravana. En lugar de poder golpear el cuerpo principal de la Alianza, presuntamente debilitado, con atacantes frescos, los síndicos que llegaron después se encontraron con que eran ellos mismos los que habían sido golpeados por las dos sierras circulares de la Alianza antes siquiera de haber llegado todos a su destino, ya que por el camino se encontraron con un imprevisto campo de escombros pertenecientes a las naves destrozadas anteriormente por las fuerzas enemigas. En el bando de la Alianza, las naves de Geary seguían casi intactas, con sus escudos todavía al máximo.

Entonces las fuerzas síndicas entraron dentro del alcance de las lanzas infernales de la flota de la Alianza y el cielo se nubló con astas de energía envueltas en llamas que convergían todas en el punto hacia el que se dirigían las naves síndicas. Casi inmediatamente después, Geary vio cómo se lanzaban también los campos de anulación destinados a cruzarse en el camino de los síndicos, que seguían abalanzándose hacia aquel lugar a toda prisa.

Nunca podría llegar a estar seguro de hasta dónde había visto de verdad y hasta dónde se lo había imaginado en forma de instantáneas, pero el caso es que las dos flotas se arrojaron la una sobre la otra a una velocidad combinada que superaba con mucho la décima de la velocidad de la luz. Tanto fue así que los momentos de mayor acercamiento se sucedieron a una velocidad vertiginosa que los humanos no fueron

capaces de registrar. Y, sin embargo, por aquel entonces el daño ya estaba hecho.

Si las naves de la Alianza habían absorbido una enorme cortina que fue repelida por sus escudos de proa, los síndicos, claramente superados en potencial armamentístico, no se libraron tampoco de meterse dentro del fuego mucho más pesado de las naves de Geary. Como ya se habían visto debilitados previamente y no habían tenido tiempo de ser reparados, los escudos síndicos no pudieron evitar que los disparos atravesaran su barrera y siguieran su camino. Los campos de anulación agujereaban por doquier en las naves enemigas mientras que las lanzas infernales desollaban a los buques de guerra síndicos que seguían en pie.

Los sensores del *Intrépido*, capaces de detectar y calcular los daños a una velocidad sobrehumana, informaron a su tripulación de que la mayoría de las naves síndicas que habían superado a Geary se encontraban dañadas. Muchas de ellas parecían ser poco más que escombros, pero seguían a sus camaradas que continuaban intactos por la fuerza de inercia. A medida que el cuerpo principal de la Alianza se disponía a ocupar el espacio en el que anteriormente se encontraba la fuerza síndica, Geary se dio cuenta de que muchos de los impactos que habían quedado registrados en los escudos de la Alianza eran en realidad trozos de los buques de guerra síndicos que habían sido despedazados.

Geary se obligó a sí mismo a ignorar el coste humano de lo que acababa de ocurrir y revisó su visualizador con el objetivo de encontrar resúmenes de las estimaciones de daños infligidos sobre la flota síndica, si bien en ningún momento dejó de dar órdenes.

—Cuerpo principal, dé la vuelta a la una punto cinco y vire hacia arriba a través del cero nueve cero. —Tras aquella orden, las naves del cuerpo principal cambiaron sus trayectorias hacia arriba al unísono y se lanzaron a la caza de la fuerza síndica que los acababa de superar, si bien tan solo ligeramente por encima por los radios de giro que había que ejecutar a las velocidades a las que se estaban desplazando. Al final del movimiento se encontraban boca abajo en comparación con su posición original, claro, pero en el espacio aquello no importaba lo más mínimo.

Resultaba tentador, muy tentador, romper la formación y permitir que las naves más rápidas cargaran a la vanguardia, pero hasta que supiera que las fuerzas síndicas se habían quebrado, no podía correr el riesgo. También tenía que asegurarse de que el resto de su flota seguía actuando de manera coordinada. Y, a pesar del daño que ya se les había infligido a los síndicos, la fuerza enemiga seguía encaminándose hacia la formación de naves auxiliares de la Alianza.

—Formación Zorro Cinco Cinco. Adopte trayectoria evasiva ángulo mínimo descendente dos cero a la una... punto siete. —Aquello llevaría a las naves auxiliares hacia la formación liderada por el capitán Duellos, que ya había modificado su trayectoria después de haberse sumergido en la formación síndica y que ahora

regresaba hacia la parte posterior del conglomerado síndico—. Formación Zorro Cinco Uno, permanezcan cerca de la Formación Zorro Cinco Cinco y presten la ayuda que precise.

Geary volvió su atención hacia los discos más pequeños de cruceros y destructores que formaban las fauces del cascanueces. A medida que los síndicos iban cargando hacia delante, las unidades ligeras de la Alianza se encargaron de ir cercenando las unidades de escolta que conformaban los extremos de la formación síndica.

—Formaciones Zorro Cinco Tres y Zorro Cinco Cuatro. Maniobren independientemente y cerca del enemigo. Asegúrense de destruir cualquier destacamento o unidad rezagada. No, repito no, rompan la formación hasta que se les den las órdenes pertinentes en ese sentido.

Geary respiró hondo mientras observaba la representación de la formación comandada por el capitán Numos. De haber obedecido las órdenes de Geary, Zorro Cinco Dos debería estar bien encima del camino emprendido por los síndicos. En lugar de eso, se había nivelado demasiado pronto y ahora enfilaba el mismo camino que el que habían elegido las naves síndicas, si bien seguía estando bastante detrás de ellos y todavía a unos cuantos segundos luz incluso de la formación del cuerpo principal de Geary. Según parecía, Numos había tratado de seguir virando incluso cuando su formación atravesaba el lugar en el que se encontraban los síndicos y, como había tenido que girar mucho para no comerse a nadie, no había podido evitar perder gran parte de la velocidad que llevaba. Como resultado de aquella maniobra independiente, las tropas de Numos no habían conseguido golpear al enemigo con toda la fuerza que deberían. *Se ha quedado fuera del radio de tiro intentando romper por su cuenta la formación enemiga por la retaguardia. Idiota.*

—Formación Zorro Cinco Dos, continúen persecución y acrquense a la formación enemiga lo antes posible.

El modo en el que ese idiota ha manejado su formación ha dejado a una buena parte de mis naves pesadas fuera de contacto durante el primer encuentro y me ha robado a mí parte de la ventaja numérica que tenía. Ese tipo nunca va a estar al mando de otra formación que est bajo mi tutela a no ser que las estrellas del firmamento me lo ordenen personalmente.

Así las cosas, ¿van a seguir cargando los síndicos contra las naves auxiliares antes de darse la vuelta o van a escapar a espacio abierto con vistas a ganar tiempo y recuperarse del daño que les hemos infligido?

Durante los siguientes minutos, Geary solo pudo quedarse observando a medida que las imágenes desastrosas confirmaban que las naves auxiliares habían alterado su trayectoria tal y como se les había ordenado, de modo que su camino adoptó una curva descendente hacia los buques de guerra del capitán Duellos. Las escoltas del

capitán Tulev, que protegían a las naves auxiliares habían adoptado una formación que recordaba ligeramente a un disco cóncavo, con todos los buques de guerra pivotando lentamente, siempre con la fuerza síndica, gravemente dañada, en su punto de mira. Las dos formaciones más pequeñas de la Alianza estaban bastante atrás, pero seguían acercándose lateralmente hacia los síndicos. El propio cuerpo principal de Geary seguía balanceándose a causa de su cambio de trayectoria.

Los síndicos, hasta donde Geary podía ver, seguían encaminándose en dirección a las naves auxiliares, a pesar de que su formación estaba cada vez más desastrada y de que las naves reventadas y aquellas que habían recibido más daños se iban saliendo de las trayectorias estipuladas en el momento que la inercia dejaba de mantenerlas unidas al resto de la formación. A juzgar por las evaluaciones de daños que seguían llegando y por el corte desigual de la formación síndica, se podía asegurar que habían perdido un buen número de naves. *Aun así, siguen ciñéndose a su plan, según parece. Pensamiento rígido. ¿Qué tendrían planeado hacer después de su incursión para tirotear a las naves auxiliares?*

Media vuelta y de nuevo a la carga contra nosotros en masa. Se darían la vuelta más o menos... ahí.

Y es lo que siguen teniendo que hacer si quieren salir de aquí. No hay puntos de salto en ningún sitio cerca de su trayectoria actual. Su única oportunidad a corto plazo de escapar de nosotros es que logren atravesar nuestra barrera de nuevo y retornen al punto de salto por el que entraron en el sistema.

El cuerpo principal había acabado de dar la vuelta y se había consolidado en un vector que lo habría de llevar de nuevo hacia los síndicos, si bien el cuerpo principal seguía siendo mucho más lento que la fuerza síndica. *Pero ahora que ya hemos dado la vuelta, puedo meterle caña a los motores de esta fuerza y lanzarme a la caza de esos cabrones.*

—Cuerpo principal, aceleren hasta alcanzar una décima de la velocidad de la luz a las tres punto cero. —Geary se giró hacia la posición de Desjani—. Capitana, por favor, ajuste la trayectoria del *Intrépido* y mantenga esta formación lista para interceptar el camino previsto de la fuerza síndica.

Desjani parecía confundida, pero asintió con la cabeza.

—Nunca los vamos a atrapar yendo a una décima de la velocidad de la luz —avisó Desjani.

—Suponga que se dan la vuelta aquí —advirtió Geary, señalando su conclusión anterior—. Vendrían de nuevo a por nosotros.

El rostro de Desjani se encendió, ávido de sangre, al entender lo que aquello implicaba.

—¡Sí! —bramó—. Y esa será la última maniobra que ninguno de ellos podrá ejecutar jamás.

Geary miró hacia otro lado y después activó su panel de mandos.

—Aviso a todas las unidades: mantengan la formación —ordenó de nuevo, atormentado por las imágenes del caos reinante cuando su flota se partió en dos en Corvus—. Formación Zorro Cinco Cinco, incrementen ángulo inferior en dos cero a las tres punto ocho. —Eso debería obligar a los síndicos a torcer su propia trayectoria lo suficiente como para ayudar a las formaciones de Geary a alcanzarlos en un asalto coordinado—. Formación Zorro Cinco Uno, modifiquen trayectoria inferior uno cero a las tres punto ocho. Ajusten formación eje cuatro cero grados a estribor a las tres punto ocho. Sigán a una décima de la velocidad de la luz. —Eso debería proporcionarle a la formación de Duellos ventaja sobre los síndicos si estos seguían dirigiéndose hacia las naves auxiliares—. Formación Zorro Cinco Tres, modifiquen trayectoria uno cero a babor y dos cero inferior a las cuatro punto cero y amplíen el ritmo hasta alcanzar una décima de la velocidad de la luz. Formación Zorro Cinco Cuatro, modifiquen trayectoria uno cinco a babor y uno cero inferior a las cuatro punto cero y mantengan la velocidad actual. —Lo cual debería dar tiempo a las dos formaciones más ligeras a llegar desde el punto en el que se encontraron destrozando naves síndicas lisiadas y desperdigadas, justo a tiempo para barrer los restos de la formación síndica que renqueasen por los flancos y para infligir el mayor daño posible a las naves síndicas que estuviesen teniendo problemas a la hora de mantener la formación.

Geary no pudo evitar quedarse mirando airadamente a la formación de Numos, si bien se había dado cuenta de que podía emplear la posición ventajosa en la que se encontraba para su propio provecho.

—Formación Zorro Cinco Dos, ajusten trayectoria a estribor tres cero, bajen cero punto cinco e incrementen la marcha hasta alcanzar una décima de la velocidad de la luz a las cuatro punto cero. Giren el eje de formación seis cero a babor. —Si los síndicos trataban de correr hacia alguno de los otros puntos de salto que había en el otro lado del sistema tendrían que apartarse hacia el corazón del sistema Kaliban. Las probabilidades de que pudieran emprender una huida tan larga eran escasas, de todos modos, pero si ahora les daba por intentar eso, las naves de Numos deberían ser capaces de interceptar su rastro y acribillarlas en plena huida.

Si no trataban de escapar, el resto de formaciones de Geary los irían sacudiendo en rápidas tandas sucesivas.

Geary se recostó sobre el asiento, respirando pesadamente como si hubiera sido él quien hubiese realizado todo aquel esfuerzo en persona, consciente de que, durante un rato, lo único que le quedaba por hacer era observar y esperar a ver qué pasaba. Todavía quedaría otra media hora quizás antes de que las formaciones volvieran a entrar en contacto de nuevo.

—¿Capitán Geary? —Geary miró hacia atrás y vio a la copresidenta Rione

todavía en el puente de mando, aparentemente calmada, pero con los ojos bien alerta—. ¿Tiene usted un momento?

—Sí, señora. —Geary esbozó una rápida y tensa sonrisa—. Tendrán que pasar al menos unos minutos hasta que sepa si todo el mundo está siguiendo mis órdenes y si los síndicos están haciendo algo imprevisto. Es un dilema militar que perdura por los siglos de los siglos. Date prisa y espera.

—¿Me podría explicar algo, entonces? —Rione gesticuló vagamente a su alrededor—. Sus órdenes hablaban de «ascendente», «descendente», «babor» y «estribor», pero las naves de su propia flota están dispuestas de muy diversas maneras. Por ejemplo, usted está boca abajo en relación con las naves de la fuerza del capitán Tulev. ¿Cómo saben ellos a qué dirección se refiere usted?

Desjani, de cuya presencia Rione no se había percatado, entornó los ojos por la ignorancia de la copresidenta, pero Geary se limitó a señalar algo en el visualizador.

—Es una convención estándar, señora copresidenta, y todos los tripulantes se la saben al dedillo. Debe quedar establecida para proporcionar un marco de referencia común a todos en un entorno tridimensional infinito. —Geary hizo un bosquejo con la forma del sistema Kaliban—. Todo sistema estelar tiene un plano en torno al cual orbitan sus planetas y demás objetos. Uno de los lados de ese plano queda etiquetado como «arriba» y el otro como «abajo». Por eso los conceptos de arriba y abajo no cambian, independientemente de cómo esté orientada la nave de cada cual. Por esa misma regla de tres, si uno se dirige hacia la estrella es «estribor» y, si se aleja de la estrella, va hacia «babor». —Geary se encogió de hombros—. Me han contado que hace tiempo intentaron emplear «derecha» e «izquierda» en lugar de «estribor» y «babor», pero parece que al final se ha impuesto la terminología antigua.

—Ya veo. Uno se orienta a partir del exterior, no a partir de uno mismo o a partir de la situación de la nave —resumió Rione.

—Es la única manera de trabajar. Si no fuera así, no habría entendimiento posible entre dos naves a la hora de dar direcciones —explicó Geary.

—¿Y si el encuentro se produce fuera de un sistema estelar? ¿Y si no existe tal referencia? —inquirió Rione.

Desjani miró atónita. Geary también se vio algo sorprendido por la pregunta. Pero la verdad era que ¿cómo lo iba a saber Rione?

—Eso no se produce. ¿Cómo podrían dos naves encontrarse en el espacio interestelar? ¿Por qué se iban a encontrar ahí, demasiado lejos de la estrella más cercana como para usarla a modo de referencia? ¿Por qué iban dos naves, o flotas, a luchar en un sitio en el que no habría razón para luchar? Sin nada que defender, sin nada que atacar, sin puntos de salto ni puertas hipernéticas. El bando más débil podría limitarse a huir indefinidamente. Rione devolvió la mirada, con la sorpresa aún marcada en sus ojos.

—¿Siempre eligen luchar? —interrogó la copresidenta.

—Ya vio lo que ocurrió en Corvus —recordó Geary—. Nos limitamos a seguir nuestro camino y los síndicos no pudieron atraparnos antes de que saliéramos de allí. El espacio, incluso entre sistemas estelares, es demasiado grande y las naves siguen siendo demasiado lentas con relación a él como para forzar una batalla si uno de los dos bandos rehúsa entrar en combate y no puede bloqueársele la escapatoria. Si hubiéramos querido defender un planeta en Corvus o negar el acceso a los puntos de salto, tendríamos que habernos quedado y pelear, pero no era el caso.

La mirada de Rione se volvió hacia el visualizador.

—Igual que ha escogido luchar aquí —afirmó la copresidenta.

—Eso es. Si en lugar de eso hubiésemos emprendido una huida, los síndicos no nos habrían podido atrapar. —Y cada vez parece más evidente que acerté al optar por combatir. No te pongas muy gallito, Geary. Todavía no se ha terminado. Pero hemos conseguido infligir un daño enorme sobre el enemigo. El capitán revisó la información disponible en su visualizador.

—Siguen dirigiéndose hacia nuestras naves auxiliares —indicó.

—No parece usted preocupado —señaló Rione.

—No —ratificó Geary—. Si se hubieran dispersado y se hubieran dado a la fuga después de atravesar nuestra posición, algunos de ellos podrían haber conseguido huir. Pero ahora me han dado tiempo para volver a cargar sobre ellos con mis naves. —Geary no añadió algo que sabía que era cierto. El destino de la fuerza síndica había quedado sellado. Todas esas naves síndicas serían destruidas a corto plazo.

Desjani señaló su visualizador y llamó la atención de Geary sobre algo. Las órdenes que Geary había dado a la formación Zorro Cinco Cinco habían obligado a la formación síndica a modificar su trayectoria para seguir acercándose a las naves auxiliares y a sus escoltas. Al hacer esto, los escombros síndicos y las naves que estaban demasiado dañadas como para maniobrar propiamente, no pudieron hacer otra cosa que mantener la vieja trayectoria, lo cual las fue separando gradualmente de sus camaradas menos dañadas. La formación síndica empezaba a parecer ya un tórum revolútum, con los cascos de los escombros cada vez más desperdigados y las naves más dañadas dispersándose hacia dentro y hacia fuera mientras los buques de guerra restantes seguían su trayectoria. Estos sí que mantenían su bloque rectangular, si bien la formación había perdido un tercio de su extensión tras la aniquilación de la caravana síndica, y en su interior se divisaban un buen número de huecos en los puntos donde anteriormente estaban dispuestas las naves reducidas ahora a escombros.

Geary se dio cuenta de que Rione también observaba cómo los dos grupos de naves síndicas se separaban, por un lado los buques de guerra que seguían en funcionamiento y que enfilaban un ataque que los condenaría para siempre y, por el

otro, los escombros de las naves dañadas que seguían su trayectoria original.

—He visto informes detallados de batallas espaciales antes, capitán Geary. ¿Por qué no he visto ninguna como esta? —preguntó Rione.

—Todavía no se ha acabado, señora copresidenta —precisó Geary.

—Eso ya lo sé. Pero esta formación que ha empleado usted, la manera en la que ha ordenado que se movieran y lucharan sus naves. No lo he visto nunca. ¿Por qué? —insistió Rione.

Esta vez Desjani sonrió a Geary y el capitán supo en ese momento que, o se daba prisa en responder él mismo, o la capitana proclamaría a los cuatro vientos que aquello se debía a Geary era el mejor comandante de flota de todos los tiempos.

—La formación Zorro Cinco y otras parecidas llevan mucho tiempo sin usarse. Tardé un tiempo en darme cuenta de cuál era la razón. Y la razón es que requiere un tipo especial de preparación y de experiencia a la hora de ponderar con exactitud el momento justo de transmitir las órdenes a las fuerzas desplazadas con un rango de desfase de varios minutos luz por todo el espacio. Hay que saber también cuándo hacer que esas órdenes se ejecuten, cómo compensar las pequeñas, pero existentes, distorsiones de la relatividad que pueden hacer que se vaya al traste el curso temporal habitual. Y también hay que saber cómo calcular qué debe de estar haciendo el enemigo en función de las imágenes con desfase que te van llegando y que varían en función de a qué parte de la formación enemiga estás atendiendo. —Geary recordó un espectáculo al que había asistido en una ocasión—. Imagínese como un *ballet* en cuatro dimensiones, en el que las distintas partes se escalonan en diferentes capas de desfase temporal a la hora de verlos y comunicarse con ellos.

Rione no se molestó en ocultar su reacción.

—Imponente. ¿Cómo adquirió esa habilidad? —indagó la copresidenta. Geary exhaló lentamente antes de contestar.

—Aprendí a hacerlo gracias a gente veterana, oficiales que se prepararon en esas disciplinas durante décadas —expuso Geary.

Rione tardó unos momentos en establecer la conexión.

—Todos los cuales están ya muertos —explicitó Rione.

—Sí. —Geary la miró inexpresivamente—. Todos esos oficiales que preparaban a gente como yo murieron en combate. Los oficiales del grupo que había empezado a prepararse bajo su tutela también murieron.

—Ya veo. Como un secreto procedente de un mundo en paz. Si aquellos que lo conocían murieron antes de poder transmitir sus habilidades, la cadena de conocimiento experto y la experiencia se rompen. El oficio pierde y debe reinventarse, y eso si acaso vuelve a ser visto —prosiguió Rione.

Esta vez, Geary se limitó a responder asintiendo con la cabeza. Durante décadas no había quedado nadie que supiera los trucos y la metodología. Por esa razón la flota

se había visto obligada a retroceder hacia formaciones simples y a emplear tácticas simples. *Hasta que regresé yo, como si fuera un general antiguo que se acuerda del arte de la guerra que los bárbaros habían olvidado hace mucho tiempo.*

No había nada que hacer durante los siguientes minutos, aparte de observar como las formaciones de la Alianza convergían sobre los síndicos y de ojear ocasionalmente la información sobre el estado de la flota para comprobar el nivel de daños que habían sufrido sus propias naves, así como las últimas estimaciones de daños y pérdidas de los síndicos. Hasta ahora, la balanza estaba claramente inclinada del lado de la Alianza.

—Capitán Geary, al habla el capitán Numos. ¡Exijo que se les dé permiso a las naves bajo mi mando para entrar en combate con el enemigo!

Desjani logró finalmente convertir el amago de carcajada en una tos y después tuvo cuidado de no dejar entrever ninguna otra emoción.

Geary agarró los mandos de su intercomunicador y se detuvo a sí mismo durante unos segundos para pensar antes de tomar la palabra con un tono suave.

—Capitán Numos, su formación está desempeñando un papel importante en esta batalla bloqueando cualquier opción de retirada síndica. Dado que su formación, junto con la Zorro Cinco Uno, ya inició el contacto con el enemigo en esta batalla, no alcanzo a comprender qué quiere decir cuando afirma que sus naves no han entrado en combate con el enemigo.

Hubo una pausa antes de que llegase la respuesta, si bien esta vez la voz de Numos se había enfriado en lugar de calentarse.

—Usted ha colocado deliberadamente las naves que están bajo mi mando en posiciones en las que tenían opciones muy remotas de tener que combatir al enemigo —acusó Numos.

—No, capitán Numos. —Geary se percató con cierta sorpresa de que su tono de voz seguía desapasionado y en calma—. Yo mismo di la orden de que sus naves adoptasen una formación de ataque que podría haber provocado que todos esos navíos librasen unos combates cruciales con el enemigo. Por desgracia, mis órdenes no fueron atendidas y el resultado ha sido que la formación que usted comanda se ha visto fuera de posición y fuera de la acción. Si desea quejarse de su posición actual con respecto a la batalla, capitán Numos, le sugiero que dirija sus quejas al oficial al mando de la formación Zorro Cinco Dos. Creo que podrá encontrarlo a bordo de la *Orión*. —Acto seguido Geary cortó la comunicación con Numos porque no quería que hubiese nada que le siguiese distrayendo.

La capitana Desjani hizo un ligero gesto como señalando algo, con la expresión todavía controlada.

—Creo que, de algún modo, esa conversación ha sido transmitida accidentalmente a toda la flota, en lugar de quedarse en el circuito privado de

comunicaciones. Qué mala suerte.

Geary bajó la vista para comprobar lo que le decía Desjani y después meneó la cabeza.

—¿Numos me llamó utilizando el circuito que transmitía la comunicación a toda la flota? ¿Qué se creía, que iba a permitirle sin más que proclamase que su reputación se había visto mancillada sin recordarle que él es el único responsable de la ubicación actual de Zorro Cinco Dos? —bramó Geary.

—Sí, señor, creo que eso es justamente lo que pensaba —corroboró Desjani.

—Pues vaya mierda. —Desjani miró a Geary con sorpresa—. Sé que Numos se merecía un tirón de orejas, Tanya, pero siempre se me educó en la cultura de regañar en privado y alabar en público.

—Ya veo. —Con todo, Desjani meneó la cabeza—. En condiciones normales, estaría de acuerdo con usted, pero en este caso, las acusaciones de Numos habrían corrido de boca en boca por los pasillos y ahí usted no habría sido consciente de su existencia aunque fueran igualmente efectivas a la hora de minar su autoridad. Es mejor que las acusaciones de Numos hayan sido refutadas de una manera tan clara y pública.

—Tal vez tenga razón —concedió Geary—. Pero sigue sin gustarme la manera en la que ha ocurrido.

En cuanto acabó de pronunciar esas palabras llegó otro mensaje, pero esta vez el tono era profesional.

—Capitán Geary, aquí el capitán Tulev, de la *Leviatán*. La fuerza síndica sigue su camino con vistas a interceptar las naves auxiliares que se me ha encargado proteger. Creo que la mejor manera que tengo de evitar que los síndicos se acerquen lo suficiente como para que entremos en su radio de tiro es alejar mis unidades más pesadas a cinco segundos luz de las naves auxiliares. Pido permiso para efectuar el movimiento.

Una idea interesante. Geary revisó el visualizador y se imaginó cómo cambiaría la situación si le daba a Tulev permiso para maniobrar. Seguiría estando lo suficientemente cerca de las naves auxiliares, pero en una posición perfecta para entrar en combate con los síndicos antes de que el enemigo pudiera tener a nuestras naves auxiliares en su radio de tiro. ¿Pero por qué haría falta hacer esto? Zorro Cinco Cinco debería de haber sido capaz de mantener ese radio de tiro a distancia durante más tiempo.

La *Titánica*. Debí habérmelo supuesto. Toda la carga que albergó en su interior ha reducido su potencial como si se le hubiera quitado la mitad de su capacidad de propulsión. Claro, que tampoco es que la *Hechicera* y las demás estén danzando por ahí como si fueran hadas del espacio.

—Capitán Tulev, le concedo permiso para ampliar su radio de escolta hasta los

cinco segundos luz de las naves auxiliares. Capitán Duellos, advierta que las escoltas de la formación Zorro Cinco Cinco se van a acercar al enemigo para entrar en combate con él a una distancia de cinco segundos luz a partir del cuerpo principal de Zorro Cinco Cinco. Le solicito que ajuste su interceptación de la formación síndica de acuerdo con estas modificaciones.

La respuesta de Duellos, que lo cierto es que ahora sonaba jubilosa, tardó medio minuto en llegar.

—Estamos ajustando la trayectoria y coordinaremos nuestro próximo ataque con el capitán Tulev, señor —indicó Duellos.

Con la *Leviatán* a su buen minuto luz de allí, la respuesta de Tulev tardó algo más en llegar:

—Gracias, señor.

Tuvieron que pasar otros pocos minutos antes de que Geary pudiera ver como las naves de Tulev describían un arco ascendente en dirección a los síndicos, al mismo tiempo que la formación de Duellos alteraba su rumbo y aceleraba un poco más para conseguir que ambas fuerzas de la Alianza estuvieran en posición de entrar en combate con el enemigo más o menos al mismo tiempo.

Geary meneó la cabeza y se imaginó a sí mismo sobre el puente de mando del buque insignia síndico, tratando de barajar las opciones posibles; si bien ninguna de ellas le parecía especialmente buena en ese momento. Con las escoltas de Tulev abalanzándose para interceptar a los síndicos por delante y por debajo, y con la formación de Duellos acercándose cada vez más por detrás y por debajo, a los síndicos se les presentaban dos alternativas. Podían seguir con su plan original y acabar atrapados por las dos fuerzas de la Alianza, que los golpearían casi simultáneamente desde dos ángulos distintos, o podían darse la vuelta, dejar de perseguir a las naves auxiliares de la Alianza y tratar de regresar al punto de salto por el que entraron a Kaliban.

—¿Qué pensaría usted si estuviera en su situación? —preguntó Geary a Desjani.

La capitana se pensó la respuesta durante un momento.

—Su objetivo está bien claro —afirmó, finalmente.

—No van a llegar hasta las naves auxiliares. Tenemos muchas unidades en camino para interceptarlos —recordó Geary.

Desjani se encogió de hombros.

—Si tienen órdenes de llegar hasta las naves auxiliares, lo harán o morirán intentándolo —insistió Desjani.

No tiene sentido. No tiene ningún sentido. Pero tampoco percibo ninguna señal de que los síndicos se lo estén pensando. Quizá pueda meter un poco más de presión a ver si así cambian de idea.

—Formación Zorro Cinco Tres, ajusten trayectoria y velocidad lo que haga falta

para golpear el extremo superior de la formación síndica. Todas las unidades de la formaci3n Zorro Cinco Cuatro, rompan la formaci3n y diríjense hacia el mont3n de escombros síndicos. Quiero que se aseguren de que est n muertos de verdad.

Las dos formaciones tardaron tiempo en convergir en el mismo punto, pero finalmente Geary pudo comprobar a través de imágenes que mostraban lo ocurrido menos de un minuto antes en las que se veía a c3mo las escoltas de Tulev entraban en contacto con los síndicos. Empleando las mismas tácticas que había empleado Geary con el cuerpo principal, las naves pesadas de Tulev habían disparado primero la metralla y, justo a continuaci3n, toda una cortina de espectros. Los síndicos estaban todavía recuperándose del impacto de esas descargas cuando la formaci3n del capitán Duellos se cruz3 por all , dibujando un ángulo ascendente para deslizarse justo a través de la retaguardia de la formaci3n síndica y empezar a machacar naves por all . Al juntarse, las formaciones de Tulev y Duellos superaban en armamento a los síndicos supervivientes en una proporci3n casi de dos a uno hasta contando con muchas de las naves síndicas ya dañadas.

A medida que las escoltas de Tulev se iban deslizando por debajo de los síndicos y los buques de guerra de Duellos subían hacia la parte superior de la formaci3n enemiga, las naves más ligeras de la Alianza de la formaci3n Zorro Cinco Tres empezaron a caer en picado desde arriba. De haberse tenido que enfrentar a enemigos pesados y en plena forma, los destructores y cruceros de la Alianza se habrían visto superados, pero a estas alturas la fuerza síndica había recibido tantos daños que podía ofrecer poca resistencia efectiva. Los restos de los destructores y cruceros síndicos trataron de bloquear las descargas de disparos de Zorro Cinco Tres, pero se vieron rápidamente desbordados, con los escudos anegados y los cascos rotos.

En el momento en el que le lleg3 el turno de intervenir a la tercera formaci3n de la Alianza dentro de aquella sucesi3n de rápidos ataques contra los síndicos, de repente la formaci3n enemiga se vino abajo. Geary vio que los buques de guerra síndicos que habían logrado sobrevivir se quedaban desperdigados por el lugar, la mayoría de ellos dando la vuelta fren3ticamente hacia el cuerpo principal de la Alianza que les bloqueaba el camino hacia el punto de salto que en esos momentos representaba su salvaci3n. Sin apenas atreverse a creer que la fuerza enemiga se hubiera quebrado de manera tan decisiva, Geary evalu3 la manera en la que las naves síndicas se estaban dispersando. Iba a resultar difícil, como poco, y casi con toda probabilidad imposible intentar atraparlas empleando grandes formaciones.

—Llamando a todas las unidades, aquí el capitán Geary. Rompan la formaci3n. Persecuci3n general. Repito, persecuci3n general. Asegúrense de que los cogemos a todos.

En ese momento se escuch3 una eclosi3n de vítores triunfales en el puente de mando del *Intrépido*. pero Geary apenas se dio cuenta de puro concentrado que

estaba mirando la representación de la flota en el visualizador. A pesar de que sabía lo mucho que deseaban aquellas naves que se les diese rienda suelta para actuar como quisieran, todavía le sorprendió ver lo rápido que se disolvieron sus formaciones, que hasta entonces habían permanecido tan ordenadas, a medida que una a una las naves iban acelerando para entrar en combate con los enemigos que les quedaban más cerca.

El *Intrépido* se lanzó hacia delante a las órdenes de Desjani. Geary se inclinó para ver qué objetivo había seleccionado el sistema de combate del crucero de batalla. Un crucero de batalla clase D que estaba saltando en sentido ascendente en un intento de pasar por encima del cuerpo principal. *¿Por qué no va más rápido? De acuerdo con lo que he leído, un clase D debería ser capaz de hacer eso mucho mejor de lo que lo está haciendo.* Geary subrayó el objetivo en su propio visualizador y recibió los datos correspondientes sobre la estimación de daños. *Ah. Lo han golpeado bien. Parece como si hubiera perdido buena parte de su capacidad de propulsión.*

Al acercarse la imagen del crucero de batalla síndico con los sensores ópticos del *Intrépido*. Geary pudo ver los daños infligidos en forma de agujeros horadados sobre la superficie de la nave enemiga. En un principio, el aspecto de la nave era muy bueno, líneas bien dibujadas y una sensación de suave amenaza desprendiéndose de ella, pero ahora mismo en su casco lo único que se veían eran los agujeros y las combaduras. *Una confrontación entre un clase D y el Intrépido hubiera estado muy pero que muy igualada, si no fuera porque el buque de guerra síndico ya había recibido una buena ración de golpes.*

En ese momento a Geary le vino otra cosa a la cabeza y alejó la imagen proyectada en su visualizador para centrarse en revisar los vectores de movimiento de las naves de la Alianza más cercanas. Hasta donde podía saber él sin necesidad de preguntar, el crucero de batalla *Vanguardia* y el crucero de batalla *Impávido* se habían fijado como objetivo el mismo buque de guerra síndico. Geary solicitó los datos remotos del resto de naves y pudo confirmar que se habían marcado como objetivo también el crucero de batalla clase D y que estaban obteniendo las estimaciones necesarias para ejecutar también la interceptación.

—Van a llegar allí primero —remarcó en voz alta el capitán.

La capitana Desjani asintió con la cabeza, dejando patente su frustración.

—No puedo llegar antes que ellos sin acelerar hasta un punto tal que mi objetivo podría quedar emborronado. Prefiero ser la que dé el tercer golpe que arriesgarme a no darle a ese cabrón —sentenció Desjani.

Geary volvió a mirar en dirección a su visualizador, en el que las líneas curvas surcaban el espacio trazando el rastro de las trayectorias previstas para los buques de guerra tanto de la Alianza como de los síndicos y formaban un paisaje extrañamente hermoso con las estrellas como telón de fondo. A esta escala, Geary podía ver

fácilmente cómo los caminos de las múltiples naves de la Alianza iban convergiendo con las trayectorias de todas y cada una de las naves síndicas. *Esto ya no es una batalla. Los síndicos que han logrado sobrevivir se enfrentan a una fuerza tan superior en número y que ya les ha infligido tantos daños ya que esto es sencillamente una matanza.*

Sé que tenemos que destruir a las fuerzas de combate síndicas para sobrevivir, ¿pero por qué no tendrán los síndicos cabeza suficiente como para rendirse cuando está claro que la situación no tiene salida?

Por otro lado, la situación de la flota de la Alianza parecía no tener salida posible dentro del sistema interior síndico y la opción de rendirse era bastante poco apetecible.

Finalmente Geary captó lo irónico de la situación, pues realmente esta matanza unilateral era lo que le habría sucedido a la flota de la Alianza en el sistema interior síndico si se hubiera partido en dos y cada uno hubiera tratado de huir por su cuenta.

El *Vanguardia* fue el primero en llegar hasta el crucero de batalla clase D y machacándolo con una cortina de lanzas infernales que disparó sobre él justo antes de seguir avanzando con las miras puestas en el siguiente objetivo. El *Impávido* vino después, atacando desde un ángulo distinto, de tal manera que sus disparos impactaron contra la popa del crucero de batalla síndico. Inmediatamente después, una serie de explosiones secundarias hicieron saltar por los aires partes de la popa del buque de guerra síndico y lo dejaron vagando erráticamente por el espacio, según parecía, ya sin control alguno.

—Nos toca —inspiró Desjani—. Consultor de sistemas de combate, ¿queda algo en ese casco que tengamos que destruir?

El *Intrépido* se metió por debajo del desastrado crucero de batalla síndico, que seguía dando tumbos por el espacio mientras escupía a ráfagas irregulares cápsulas de salvamento desde su interior.

—Capitana —informó el consultor de sistemas de combate—, estamos detectando que hay sistemas en funcionamiento entre las naves.

—O sea que no está muerto todavía —observó Desjani con una sonrisa de oreja a oreja—. Que las lanzas infernales apunten a la sección intermedia del crucero de batalla. Abran fuego cuando el objetivo se encuentre dentro del radio de tiro.

La silueta tambaleante del crucero de batalla no era un objetivo fácil, pero las lanzas infernales del *Intrépido* salieron como un relámpago y se estrellaron contra el casco de la nave síndica en el momento en el que el *Intrépido* pasaba a toda velocidad a su altura. Prácticamente todos los disparos golpearon contra la zona intermedia del crucero de batalla.

—Ya no se registra actividad alguna en los sistemas —indicó el consultor mientras los escombros del crucero de batalla se perdían en la distancia a sus

espaldas, todavía escupiendo de manera irregular naves de salvamento de vez en cuando.

—No merece la pena que le demos otro pase —decidió Desjani—. Trasladando objetivo a crucero pesado en cero dos cero grados relativos, tres uno grados ascendente, radio cero coma tres segundos luz. —El *Intrépido* se balanceó como resultado de las órdenes de sus sistemas de maniobra, se arqueó hacia arriba y ligeramente hacia un lado describiendo una leve curva. El crucero síndico, que también mostraba las marcas de los daños que ya se le habían infligido anteriormente en la batalla, trató de dar la vuelta y escapar, pero estaba demasiado cerca y no disponía de una ventaja suficiente como para llevar su plan a buen puerto. Desjani ajustó la trayectoria del *Intrépido* y lanzó una acometida a corta distancia contra el crucero pesado que seguía lanzado a la huida. Los escudos del *Intrépido* absorbieron con facilidad las series irregulares de disparos expelidos por el crucero enemigo, mientras que la nave de la Alianza devolvió una serie de descargas pesadas dirigidas contra el navío síndico que primero derribaron los escudos que le quedaban al crucero y después se incrustaron en la nave misma.

—Evaluación de daños —bramó Desjani mientras el *Intrépido* y el crucero se alejaban el uno del otro enfilando trayectorias divergentes.

—El crucero síndico ha sufrido daños graves —informó rápidamente el consultor—. Impactos confirmados en todas las zonas del casco. Señora, acabamos de detectar cápsulas de salvamento abandonando el crucero.

—¿Hemos confirmado la defunción del crucero? —inquirió Desjani. El consultor dudó por un momento y volvió a recapitular la información que recogían los sensores del *Intrépido*.

—Hay daños graves y el crucero ya no parece estar bajo control, pero no puedo confirmar su defunción —insistió el consultor.

Desjani frunció el ceño como si estuviese sumida en sus pensamientos.

—Podría tratarse de una artimaña. —Desjani examinó la zona—. Y no hay otras naves síndicas en la zona que no se hayan visto obligadas a entrar en combate o que no hayan sido tomadas ya. Vamos a darle otra pasada con el *Intrépido*.

El *Intrépido* empezó a dar la vuelta trabajosamente para realizar una nueva embestida sobre la nave síndica, empleando sus sistemas de propulsión para frenar y permitir así un giro ajustado aunque de proporciones descomunales. Apenas habían comenzado a darse la vuelta cuando un destructor de la Alianza pasó como un rayo a la altura del crucero síndico y le propinó unos cuantos golpes más. Instantes después, cuando el *Intrépido* había ejecutado unos dos tercios de su movimiento de giro, el consultor volvió a llamar la atención de la capitana.

—Hay más cápsulas de salvamento abandonando el crucero. Montones de ellas —informó el consultor.

Geary le dedicó una media sonrisa a Desjani.

—Supongo que se han imaginado que iba usted a volver a la carga —indicó el capitán.

—Como si les fuéramos a permitir escapar en algún caso —replicó Desjani antes de lanzar una nueva orden a su tripulación—. Continúen con la maniobra de tiroteo en carrera pero no disparen hasta que no les dé la orden de hacerlo. —Geary y Desjani observaron con atención el objetivo a medida que el *Intrépido* giraba aún más atrás, estrechando ahora la distancia sobre el maltrecho crucero pesado, pero a casi dos décimas de segundos luz de distancia a causa de la reducción de velocidad necesaria para realizar el giro—. Dos cápsulas de salvamento más, por lo que veo —comentó Desjani. Momentos después, hubo una explosión de luz producida por el estallido del núcleo de energía del crucero—. Tal vez haya sido un accidente, pero si su intención era hacernos daño, lo han hecho explotar demasiado pronto.

—Es difícil saberlo —replicó Geary—. Tal vez solo quisieran volar la nave para que no nos pudiésemos hacer con ella.

Desjani soltó un bufido.

—Un crucero pesado abandonado no tendrá demasiadas cosas en las que podamos estar interesados. Ya habrían destruido cualquier material de Inteligencia que pudiera tener un cierto valor. Lo único que habríamos hecho nosotros con él sería hacer estallar el núcleo de energía para que los síndicos no pudieran volver a usarlo. Nos han ahorrado el problema. —La capitana miró su visualizador con frustración—. No nos quedan más objetivos por aquí cerca.

Geary volvió a revisar su propio visualizador. El número de naves síndicas que seguían activas habían menguado con rapidez y los sensores del *Intrépido* no dejaban de registrar las defunciones de más navíos a cada segundo. Había unos cuantos síndicos que seguían intentando huir, pero los perseguidores de la Alianza se les acercaban desde distintos ángulos, así que las naves enemigas que quedaban iban a desaparecer del mapa en cuestión de minutos.

Se acabó. Geary miró al nubarrón de escombros a que había quedado reducido el crucero pesado que el *Intrépido* se había marcado como último objetivo. No quiero saber cuántas vidas humanas se han perdido durante las últimas horas. La gran mayoría de los que han fallecido eran enemigos nuestros que estaban tratando de matarnos y la cruda realidad es que eso es lo único que importa ahora mismo.

La estrella a la que los humanos habían llamado Kaliban tenía ahora un número muy superior de objetos orbitando a su alrededor. La mayoría eran de pequeño tamaño y pertenecían a los escombros desperdigados de lo que quedaba después de que los buques de guerra síndicos se hubiesen hecho volar por los aires ellos mismos o de que las naves de la Alianza hubiesen hecho lo propio para evitar que tales naves fueran rescatadas y reutilizadas por el enemigo. Entre los restos de la batalla también había un enjambre de cápsulas de salvamento síndicas esparcidas por el espacio con supervivientes a bordo que habían conseguido abandonar sus naves antes de que les sobreviniese el final. Pequeñas, desarmadas, y con lo justo para alcanzar un lugar en el que estar a salvo dentro del sistema Kaliban, las cápsulas de salvamento no suponían amenaza alguna para la victoriosa flota de la Alianza.

—Esos tripulantes podrían volver a combatir. De hecho, volverán a combatir —argumentó Desjani—. No estoy diciendo que debemos acostumbrarnos a fijarnos como objetivo las cápsulas de salvamento, pero rodear las cápsulas y convertir a los tripulantes en prisioneros podría ser una buena idea.

Geary le hizo ver que él ya había estado planteándose esa idea antes de menear la cabeza.

—¿Y dónde los meteríamos? Con ellos llenaríamos absolutamente todas y cada una de las celdas de todas las naves y todavía nos seguiría sobrando mucha gente. Amén de que no tenemos con qué alimentarlos.

Desjani hizo una mueca agria pero asintió con la cabeza.

—Seguridad y logística. Esas dos cosas siguen interponiéndose en el camino de un montón de buenas ideas —se quejó la capitana.

—Eso es cierto —sonrió Geary—. Aun así, he visto muchos planes que no se ceñían a la realidad y a quienes los idearon no pareció importarles mucho.

—Por supuesto que no. ¿Por qué permitir que la realidad te estropee un buen plan? —Desjani le devolvió la sonrisa a Geary—. Esta victoria ha sido estupenda, capitán Geary.

—Gracias. Quedan algunas cosas por rematar, no obstante. ¿Cómo podemos saber cuál de esas cápsulas de salvamento alberga a quienquiera que sea el oficial superviviente más veterano de la flota síndica?

Hubo que pasar un buen rato rebotando mensajes entre las varias cápsulas de salvamento existentes hasta que se localizó a la que llevaba a bordo al comandante síndico y se estableció comunicación con él. Como si fuera producto de un capricho del destino, el comandante general de los síndicos había sobrevivido a la batalla, si bien Geary se preguntaba si aquel oficial se iba a sentir agradecido por aquello durante mucho tiempo.

El impecable uniforme del director general síndico había sido mancillado por varios desgarros y quemaduras. Su rostro, tan pálido como si estuviese sufriendo una conmoción, tenía la mirada aturdida de quien no había sido capaz de asimilar todo lo que había ocurrido. Geary no reconoció al director general, pero el director general se quedó mirando a Geary con unos ojos que desvelaban que él sí lo reconocía y que no se podía creer lo que estaba viendo.

—Así que es verdad —susurró el comandante síndico.

—¿El qué es verdad? —preguntó Geary, sabiendo ya de antemano cuál era la respuesta.

En lugar de responderle lo que se esperaba, el director general síndico pareció intentar adoptar una postura férrea.

—Mi fuerza no se va a... a rendir —tartamudeó.

Geary no pudo evitar arquear ambas cejas ante la sorpresa que le producía aquella declaración.

—En realidad esa opción ya no está disponible. No hay nada que rendir. Su fuerza ha dejado de existir. Todas sus naves han sido destruidas —informó Geary.

—To... Todavía podemos luchar —insistió el director general.

—¿Cuerpo a cuerpo, quiere decir? Pues, verá, el caso es que a nosotros ya no nos interesa seguir luchando con ustedes —explicó Geary—. La fuerza que usted comandaba anteriormente ya no posee capacidad militar alguna y, si le soy completamente sincero, no tengo interés en hacerme responsable de una cantidad tan ingente de prisioneros. —De algún modo, el director general palideció aún más, pero siguió en silencio—. Hay dos cosas que tengo que contarle. La primera es que todavía tengo a parte de mi personal en un asteroide de este sistema. Le estoy enviando los datos orbitales del asteroide del que le hablo. Si le queda alguna duda de a qué asteroide me refiero, asegúrese de ponerse en contacto con nosotros. Trate de asegurarse de que ninguna de las cápsulas de salvamento de su flota aterriza por allí. Yo voy a estar sacando a mi personal de aquel lugar y no albergo deseo alguno de enfrentarme a los refugiados de su flota, pues ello me obligaría a continuar derramando sangre en contra de mi voluntad.

El director general síndico asintió con la cabeza, en silencio aún.

—Lo otro que quería contarle es que hemos estado haciendo un seguimiento de todas las instalaciones abandonadas de los Mundos Síndicos dentro del sistema estelar Kaliban y quiero que sepa que las antiguas ciudades que existían en los emplazamientos que le estoy enviando siguen en buenas condiciones. Su gente no tendrá problemas a la hora de volver a poner en marcha los dispositivos que les ayuden a satisfacer sus necesidades vitales básicas. Lamento informarle de que hemos hecho acopio de los suministros de alimentos que quedaron abandonados cuando la gente se marchó de esas ciudades, pero deberían quedar suficientes para su

personal hasta que lleguen más unidades de los Mundos Síndicos al sistema y descubran cuál ha sido el destino de aquellos a los que usted comandaba. Con vistas a asegurarme de que su presencia aquí se hace pública, le aseguro que la próxima vez que contactemos con algún planeta o cualquier otro representante de los Mundos Síndicos, les informaremos de que están ustedes esperando a ser rescatados.

Nuevo asentimiento con la cabeza. El director general síndico parecía cada vez más confundido, como si estuviese esperando a que llegasen las malas noticias.

—Lamento que mi flota no pueda quedarse mucho más en este sistema —continuó Geary—, por lo que no hay posibilidad por nuestra parte de ofrecer atención médica a sus heridos. De todos modos, las instalaciones médicas que hemos examinado en este sistema, aun con sus limitaciones y estando un tanto desfasadas, parecen presentar una capacidad funcional absoluta, además de que todas ellas siguen teniendo en su interior un suministro adecuado de materiales reutilizables.

El director general volvió a encontrar su voz por fin.

—¿Por qué me está contando todo esto?

—Estoy cumpliendo con mis obligaciones según lo estipulado en el derecho de la guerra —afirmó Geary con voz firme y lenta—, así como con las obligaciones que me exige mi propio honor y el de mis antepasados. Ahora permítame decirle una última cosa. —Geary se inclinó hacia delante—. En cuanto vuelva a comunicarse con sus superiores, por favor, infórmeles de que cualquier otra fuerza de los Mundos Síndicos que intente enfrentarse a esta flota sufrirá el mismo destino que han padecido ustedes.

El director general se limitó a quedarse mirando a Geary un buen rato.

—¿Quién es usted? —preguntó finalmente, con una voz tan seca que casi resultó ininteligible.

—Ya sabe quién soy —desafió Geary—. Me he dado cuenta de que me ha reconocido.

—Pero usted está... ¡Él está muerto!

—No. No lo estoy. —Geary tocó con un dedo la imagen del director general—. Me llamo John Geary. Hace mucho tiempo se me conocía como *Black Jack* Geary. Ahora estoy al mando de esta flota y voy a llevarla a casa. Cualquiera que desee intentar detener esta flota tendrá que vérselas conmigo.

Geary pudo ver cómo varios miembros del personal síndico que estaban dentro de la cápsula de salvamento del director general hacían gestos repentinos sobre sus pechos. El capitán tardó un momento en darse cuenta de que se estaban haciendo unas señales antiguas de protección contra las fuerzas oscuras. *Creéroslo si queréis, a mí me vale con que os asuste a la hora de plantearos la posibilidad de meteros otra vez con esta flota.*

Aun así, debería molestarme más ver ese tipo de cosas. ¿Será cierto lo que me

dijo la copresidenta Rione? ¿Estará empezando a gustarme que me vean como algo más que un simple humano?

—¿Me lo estoy empezando a creer yo también después de una victoria como esta? Geary asintió al director general síndico.

—No se lo tome a mal, pero espero que no nos tengamos que volver a ver hasta que esta guerra se haya acabado. —A continuación cortó la conexión y se quedó mirando al espacio en el que se había estado proyectando la imagen del director general.

Tal vez unas dosis de realidad me mantengan con los pies en la tierra. Geary tecleó algo en los mandos de su visualizador hasta obtener los datos de las pérdidas que había sufrido la flota de la Alianza. El capitán se quedó mirando al informe y después volvió a apretar los botones de nuevo.

—¿Siguen entrando los informes por aquí? —preguntó Geary.

La capitana Desjani miró sorprendida ante la pregunta.

—Los informes de bajas se actualizan continuamente gracias a los datos individualizados de cada una de las naves —indicó Desjani.

—No puede ser —insistió Geary.

Desjani solicitó los mismos datos.

—No veo que haya ningún problema en el flujo de datos. Consultor de comunicaciones, vuelva a comprobar los flujos de datos procedentes de las naves y asegúrese de que estamos recibiendo todo correctamente —ordenó Desjani.

—Sí, señora. —Un minuto después, el consultor volvió con el parte—. No se han detectado problemas en el flujo de datos de las naves, capitana. Se ha confirmado que todos los flujos están activos, excepción hecha de los que hemos perdido por las bajas de las naves.

Desjani miró a Geary un buen rato.

—Es sorprendente, pero ha sido una batalla casi totalmente unilateral —murmuró—. Hasta a mí me cuesta creer los resultados, pero lo que estaba viendo usted era un recuento exacto del número de bajas y de los daños sufridos por la flota.

—Demos gracias a las estrellas. —Geary volvió a deslizar los ojos por la lista de nuevo, esa lista tan gratamente corta de bajas sufridas por la flota de la Alianza—. Así es como se supone que debemos trabajar. En teoría. Aprovechando al máximo nuestra superioridad numérica, explotando las debilidades de la formación enemiga y concentrando la artillería en el punto decisivo hemos desbordado la capacidad de las naves síndicas y hemos evitado que ellas hicieran lo mismo con nosotros. No vino mal que el comandante síndico combatiese sin mucha inteligencia.

—Supongo que dio por supuesto que íbamos a luchar del mismo modo en que lo hemos hecho en el pasado —señaló Desjani, meneando la cabeza con aparente incredulidad—. Nunca me habría creído la diferencia que podría marcar un mero

cambio de táctica.

—Si el valor por sí solo hubiese decidido batallas, el curso de la historia de la humanidad habría sido muy diferente. —Geary se obligó a leer la lista de naves perdidas lentamente. *Puede que haya sido una confrontación casi unilateral pero hasta en una victoria tan clara el ganador pierde algo*—. ¡Mierda! —Geary acababa de ver el nombre del buque de guerra que se encontraba en el primer lugar de la lista y sintió una sensación de entumecimiento en su interior. La *Arrogante*. Perdida indefectiblemente. Comandante Hatherian. Lo siento.

—¿Señor? —La capitana Desjani miró por encima de Geary—. Ah. La *Arrogante*. Estallido del núcleo de energía.

Geary no pudo mirarla.

—¿Tiene alguna idea de lo que sucedió? —inquirió.

—Está en el archivo resumen, señor. ¿Lo ve? Durante la primera batida de la Zorro Cinco Dos sobre la formación síndica, la *Arrogante* pasó cerca de varias unidades más ligeras que, cubiertas por el fuego de unos buques de guerra síndicos, se lanzaron al ataque. La *Arrogante* se movió para ponerse por encima de ellas y ser ella la que disparase primero. —Desjani asintió con la cabeza y su gesto se ensombreció—. El comandante Hatherian demostró ser un buen oficial al mando.

—Sí. —Geary no creía que pudiese decir nada más, consciente de que si no hubiese trasladado a Hatherian a la *Arrogante*, el oficial estaría ahora en la *Orión* y seguiría con vida. Pero también, si no le hubiera dado el mando de la Zorro Cinco Dos al capitán Numos y si Numos no hubiese dilapidado su ventaja de maniobra, y permitido por ende que algunas de sus naves se quedaran atrapadas bajo la concentración de fuego enemigo, entonces la *Arrogante* no habría tenido que sacrificarse para proteger a esas naves. *También eso fue culpa mía. Fui yo quien tomó la decisión de poner a Numos al mando a pesar de que no me fiaba de él*—. También hemos perdido algunas unidades ligeras. *Daga, Veloz, Venenosa*. Y otro crucero pesado. El *Ingrato*.

—Sí, es una pena también. Necesitamos todas las escoltas que podamos tener. Pero hemos recuperado a parte de sus tripulaciones —se consoló Desjani.

Geary se quedó mirándola, tratando de comprender cómo un oficial de flota, cómo un ciudadano de la Alianza, podía asumir con tanta tranquilidad la pérdida de naves y tripulaciones. Desjani parecía en parte triste por las pérdidas, pero también en parte jubilosa al mismo tiempo. *¿De verdad se ha vuelto tan bárbaro mi pueblo como para que no les importe perder naves y tripulantes?*

En ese momento Desjani señaló la lista de bajas y su rostro se entristeció de una manera que a Geary le sirvió de alivio.

—En toda victoria hay que pagar un peaje, hasta en una de las tuyas, señor. Con todo, ninguno de los que hoy hemos perdido tenía razones para temer verse cara a

cara con sus antepasados. —Desjani meneó la cabeza, con la mirada distante—. Después de la batalla de Easir, no sabíamos qué pensar. Seguimos en posesión del sistema, pero el precio que tuvimos que pagar fue enorme. Perdimos todos y cada uno de nuestros cruceros de batalla en el sistema y la mitad de nuestros acorazados. Nuestras escoltas ligeras se vieron diezmadas. Fue un intercambio casi de nave por nave con los síndicos, ¿pero realmente honramos a nuestros antepasados perdiendo tantas naves? En un caso como aquel uno nunca lo sabe a ciencia cierta. —Desjani hizo una nueva pausa—. Por aquel entonces yo era una joven teniente. Me ascendieron a capitana de corbeta. Hacían falta muchos oficiales.

Oh, mierda. No lo había comprendido en toda su extensión. Geary asintió sin hablar, tratando de encubrir lo embarazoso que le resultaba aquello y la vergüenza que le producía haber pensado que a Desjani y a los demás no les importaban las bajas. Sí que les importan. Pero se han acostumbrado a ello. Han visto morir a tantos, tantas veces. Es la vida misma, así que no dejan que algo así los supere.

Geary se preguntó cuántas naves y cuántos tripulantes habrían muerto en Easir. Se preguntó si alguna vez tendría el valor de echar la vista atrás a la historia de la batalla para enterarse. Tú lo sabías, Geary. Sabías que habían tenido que afrontar un número terrible de bajas, año sí y año también. Pero realmente no llegaste a ser consciente de lo que aquello significaba. No comprendías cómo se estaban sintiendo a causa de aquello. Es algo a lo que se han acostumbrado, se han acostumbrado a ver morir a sus amigos y camaradas como a cualquier otro. Yo todavía no me he acostumbrado. La guerra, esta guerra, sigue siendo algo nuevo para mí, a pesar de que tengo ya un siglo a mis espaldas. Geary volvió a sentir el frío en su interior, pensando en los miembros de su tripulación que habían muerto hacía tiempo en Grendel. Y entonces, por primera vez, se preguntó si Desjani había sentido alguna vez aquel frío al recordar a sus camaradas muertos.

Geary estiró la mano y sujetó a Desjani con firmeza por el hombro, lo que le granjeó una mirada de sorpresa por su parte.

—Todos ellos nos honraron, Tanya. A nosotros, a sus ancestros, a los que sobrevivimos para vencer en esta batalla. Gracias.

Desjani parecía confusa.

—¿Por qué, señor?

—Por honrar su memoria con sus propios esfuerzos. Por continuar la labor por la que ellos murieron —explicó Geary.

Desjani apartó la vista y meneó la cabeza.

—No soy la única, capitán Geary —recordó Desjani.

—Lo sé. —Geary dejó que su mano cayera—. Pero me siento honrado de haberla conocido a usted y a todos los demás tripulantes de esta nave.

Geary volvió a mirar la lista de nuevo, repasando el número de naves destruidas y

siguiendo después por el largo recuento de daños sufridos por las otras naves. Esa lista era mucho más larga, pero ninguna de las naves que se encontraban en ella había recibido daños de gravedad. Aun así, había hombres y mujeres que habían muerto a bordo de las naves al penetrar el fuego enemigo en los compartimentos. Geary se percató de que Desjani lo estaba observando fijamente.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—No sé si comprende lo que ha ocurrido aquí, capitán Geary. Le he hablado de Easir. Los que siguieron vivos después de esa batalla se consideran a sí mismos como supervivientes. No hay orgullo alguno en ello y, como decía, no hay gloria. Pero usted ha hecho algo en Kaliban. —Desjani señaló a la lista de fallecidos—. Sus descendientes se sentirán muy orgullosos de que sus antepasados murieran aquí, lo mismo que todos y cada uno de los integrantes de esta flota, que lucirán su orgullo por haber estado aquí durante el resto de sus vidas.

Geary meneó la cabeza.

—No ha sido una batalla ni mucho menos pareja. Desde el comienzo fuimos superiores en número a los síndicos, por un amplio margen además. Incluso si dejamos al margen lo desastroso de las tácticas empleadas por el comandante síndico, tampoco ha sido una gran victoria. —Geary se detuvo ahí y no añadió que sospechaba que había gente que no se sentiría demasiado impresionada por la victoria.

Geary hizo una pausa momentánea, bajó la vista, cerró los ojos y respiró lenta y profundamente para relajarse. *Estoy empezando a odiar de verdad estas conferencias con la flota.* El capitán volvió a alzar la cabeza y miró alrededor de la mesa.

La mayoría de los oficiales allí presentes parecían, al menos en apariencia, compartir la euforia de Desjani por la reciente victoria. La excepción más evidente la constituía un bloque de comandantes de navío sentados a ambos lados del capitán Numos y la capitana Faresa, que tenían rostros pétreos en el mejor de los casos y en el peor lanzaban miradas capaces de fulminar a cualquiera. Geary los miró uno a uno, leyó los nombres de sus naves y se dio cuenta de que todas habían sido asignadas a la formación Zorro Cinco Dos en la batalla. Alguno de aquellos oficiales le devolvió la mirada cuando Geary posó la suya sobre ellos, pero la mayoría se las apañó para evitar el contacto visual.

Geary se echó hacia atrás y se tomó un momento para recorrer con la mirada al resto de oficiales «sentados» alrededor de la mesa, así como a la capitana Desjani, la única persona aparte de él que estaba presente físicamente en la sala.

—Pronto abandonaremos el sistema Kaliban. Nuestro trabajo aquí ha finalizado y les hemos dado una buena lección a los síndicos. Quiero agradecer personalmente a todas las naves de esta flota su contribución a la victoria en la reciente batalla. —

Aquellas palabras recibieron un montón de sonrisas a modo de respuesta, amén de una creciente antipatía entre el grupo de Numos—. Mi intención es abandonar Kaliban mañana. Nos dirigiremos al punto de salto que da acceso a un sistema llamado Sutrah. Es probable que Sutrah no esté abandonado y haya un mundo perfectamente habitable allí, pero no parece muy probable que tengan un gran número de defensas.

Finalmente Numos tomó la palabra, con voz gélida.

—¿Y por qué no vamos a Cadez? —discrepó.

Geary se quedó mirando a Numos un buen rato.

—Porque Cadez es un objetivo demasiado evidente. Está en línea recta hacia territorio de la Alianza y, además, se encuentra dentro de la hipernet síndica —razonó Geary.

En esta ocasión fue Faresa la que tomó la palabra, con su habitual tono agrio.

—Podemos alcanzar la hipernet síndica por ahí y llegar a casa muy rápido. ¿Por qué no quiere que lo hagamos? —inquirió Faresa.

Geary notó que la cabeza le bullía.

—Quiero llegar a casa lo más pronto posible, igual que cualquiera de ustedes —repuso el capitán.

—¿En serio? —desafió Faresa.

—Sí. Le recuerdo, capitana, que los síndicos podrían reforzar fácilmente y con rapidez cualquier sistema perteneciente a su hipernet. Si yo fuera el comandante síndico y supiera que estamos en Kaliban, enviaría una gran cantidad de unidades a Cadez para protegerla de nuestra hipotética llegada y para evitar que usemos la puerta hipernética de Cadez —razonó Geary.

La comandante Crésida intervino con una naturalidad exagerada.

—Como los síndicos tienen una puerta en Cadez, no les hacen falta los puntos de salto, ¿verdad? Pueden minar las salidas de los saltos hasta los topes —apuntó Crésida.

El capitán Tulev asintió con la cabeza.

—Eso es cierto —corroboró.

Numos hizo un gesto de desdén.

—Yo no soy de los que tiene miedo a enfrentarse a una fuerza síndica potente. —Las palabras y el tono daban a entender claramente que la reciente victoria en Kaliban no contaba demasiado para él ya que la fuerza síndica era bastante inferior en número.

El capitán Duellos, con la mirada perdida en la distancia, tomó la palabra con un tono de voz moderado.

—Y aun así su trabajo en la última batalla contra la fuerza síndica no puede calificarse exactamente de impresionante —acusó Duellos.

El rostro de Numos se enrojeció fruto de la ira. Fue en cambio la capitana Faresa la que respondió por él.

—No es culpa del capitán Numos que las naves que se encontraban bajo su mando estuvieran mal colocadas a propósito con el objetivo de negarles un rol adecuado en la batalla —criticó Faresa.

Tulev meneó la cabeza.

—El comandante de la flota dio las instrucciones pertinentes a todas las formaciones. Yo las escuché tan bien como usted —corrigió Tulev.

—¡Usted estaba lo suficientemente lejos de mi formación y lo suficientemente lejos también de los síndicos en ese momento! —bramó Numos con brusquedad.

Esta vez fue el rostro de Tulev el que se volvió completamente rojo.

—¡Las naves que estaban bajo mi mando se enfrentaron a más unidades enemigas que las tuyas! —repuso Tulev.

Geary intervino con un tono lo suficientemente enérgico como para cortar la discusión.

—Damas y caballeros, no estamos aquí para cuestionar el valor de nadie —recordó.

Numos se volvió a centrar en Geary de nuevo, actuando como si no hubiese escuchado la amonestación del capitán.

—¡Si se me hubiera dado la oportunidad de enfrentarme al enemigo, no habría dado motivos para que nadie diese a entender que carezco del valor necesario! —rugió Numos.

—Sus órdenes, si las hubiera seguido correctamente, le habrían dado una buena oportunidad de demostrarlo —replicó Geary, tratando de no perder los papeles.

—Usted se encontraba a muchos segundos luz del lugar en el que estaba yo y, aun así, insistió en mantener el control absoluto de los movimientos de mis naves —reprochó Numos.

—Eso no me ocasionó ningún problema con ninguna de las otras formaciones involucradas en el combate, capitán Numos. Se limitaron a cumplir las órdenes que recibían sin más —indicó Geary.

Numos se inclinó hacia delante, alzando la voz.

—¿Está usted diciendo que el deber del capitán de una nave de la flota de la Alianza se reduce a seguir órdenes al pie de la letra? ¿Que no tenemos potestad para emplear nuestras naves en función de lo que nos dicten nuestros años de experiencia? —berreó Numos.

Geary aguantó a duras penas las ganas de devolverle el bocinazo a Numos, pero se tomó un buen rato para calmarse antes de volver a intervenir.

—Usted sabe bien que sus instrucciones para esta batalla incluían la autoridad de alterar los movimientos como fuera necesario si usted creía que la situación táctica lo

requería —recordó Geary—. Usted tenía esa potestad, capitán Numos. No intente culparme a mí ni a nadie más por los resultados de sus propias acciones.

Numos se quedó mirando a Geary con gesto adusto.

—¿Me está acusando de incompetencia? ¿Está intentando dar a entender que la responsabilidad de las bajas que hemos sufrido es mía? ¿Está...

—Capitán Numos —lo interrumpió Geary, que no se dio cuenta de cómo había sonado su voz hasta que vio cómo reaccionaron los demás—, la responsabilidad de todas las bajas de esta batalla recae enteramente sobre mí. ¡Era yo quien estaba al mando y no eludo las responsabilidades que ello conlleva! —Numos hizo ademán de volver a intervenir, pero Geary lo cortó de raíz—. Y en lo que a usted respecta, señor, permítame hacerle saber que si sigue comportándose de una manera tan insubordinada y poco profesional se estará acercando peligrosamente hacia el precipicio de la destitución. ¿Me he expresado con suficiente claridad?

Numos movió la boca pero siguió sin articular palabra alguna. A uno de sus lados, la capitana Faresa miraba a Geary tan ferozmente que parecía capaz de socavar un agujero hasta a través de su pesada armadura.

Geary volvió a mirar alrededor de la mesa. El capitán ya se esperaba encontrar a aquellos reunidos en torno a Numos todavía haciendo piña con él, pero para su sorpresa hubo otros muchos oficiales que no parecían muy cómodos con la amenaza de Geary. Entonces vio en sus rostros, en el modo en el que se comportaban, algo más, algo que le sorprendió. *No están del todo contentos con la victoria, ¿verdad?. No están contentos con el hecho de que hayamos vencido de una manera diferente. Querían vencer, pero no a costa de cambiar el modo en el que estaban acostumbrados a luchar, aquel que ensalzaba el valor individual y que cada uno hiciera la guerra por su cuenta. Ahora no quieren que tome medidas enérgicas contra uno de los suyos, ni que le insista en que debe actuar con más disciplina.*

Había excepciones, como la de la capitana Desjani, que seguía imbuida en una sensación de orgullo total por la victoria que acababan de cosechar. Finalmente Geary se dio cuenta de que los adoradores de *Black Jack* Geary estaban divididos en dos bandos. En el más pequeño se encontraban los oficiales que, como Desjani, estaban deseosos de obedecer cualquier cosa que les ordenase Geary porque creían que no podía equivocarse jamás. El bando más grande, no obstante, quería que Geary los condujese hasta la victoria, pero sin cambiar nada. Lo único que querían era que un héroe legendario se pusiese al frente para ejecutar las mismas acometidas gloriosas contra el enemigo que siempre habían utilizado. Y para ellos suponía un gran problema el hecho de que su héroe les exigiese que lucharan de una manera en la que cada nave funcionaba de verdad como una parte de un todo superior.

Quieren un héroe que reafirme todo lo que han hecho antes y que de algún modo consiga que funcione mejor. Pero ahora se están dando cuenta de que yo no soy esa

clase de héroe.

El silencio se extendió por la sala y Geary finalmente se dio cuenta de que todo el mundo estaba esperando a que retomase la palabra.

—Quiero que sepa todo el mundo que nunca he visto un grupo de oficiales más valerosos. Todos y cada uno de ustedes son valientes y decididos. —*Lo cual puede ser un defecto. Ser tan decidido como para que a uno no le importe morir es tan malo como tener demasiado miedo a morir. ¿Cómo les puedo convencer de que esto es así?*—. Espero que la última batalla haya servido de demostración de cómo empleando buenas tácticas... —*No. Joder. Van a pensar que estoy diciendo que hasta ahora han empleado malas tácticas. Lo cual es cierto, pero no es lo que quiero decir*—. Tácticas eficaces conseguimos infligir muchas más bajas de las que recibimos. Somos una flota. Una organización de combate. Eso nos proporciona un potencial inmenso y tenemos que explotarlo. Nunca querría que ninguno de mis capitanes tenga la sensación de que lo único que pueden hacer es seguir órdenes al pie de la letra. Es muy importante tener capacidad de reacción ante los cambios de situación. El comandante Hatherian, al que nuestros antepasados tengan en su gloria, hizo exactamente lo que debía hacer cuando sacó a la *Arrogante* de su posición asignada para proteger a otras naves que se encontraban en peligro.

Geary no sabía cómo estaban reaccionando ante sus palabras. Empezaba a preguntarse si sería capaz de comprender de verdad a estos tripulantes de la Alianza, cuyos pensamientos y costumbres diferían de las suyas en un siglo y en todos los cambios que este tiempo había traído consigo.

—Iremos a Sutrah. Evaluaremos las condiciones allí existentes y cualquier cosa que podamos averiguar sobre los movimientos síndicos antes de decidir cuál será nuestro siguiente objetivo. —Algunos asintieron con la cabeza para expresar su aceptación, pero todo el mundo permaneció en silencio—. Eso es todo. Enhorabuena de nuevo por lo bien que lucharon ayer.

Geary se quedó sentado esta vez y observó cómo las imágenes se iban esfumando rápidamente. La capitana Desjani, que parecía ligeramente confundida por la actitud deprimida de Geary, se despidió de él y se marchó a toda prisa a encargarse de los quehaceres de la nave. Geary se percató de que la imagen de uno de los oficiales había permanecido activa en la sala una vez que ya se había marchado el resto de la gente.

—Capitán Duellos —saludó Geary.

Duelos asintió a modo de respuesta al ver que Geary reconocía su presencia.

—Ya se lo ha imaginado, ¿verdad? —afirmó Duellos.

—Eso creo. Discúlpeme por ser tan directo, pero, joder, ¿cómo pueden ser tan estúpidos? —inquirió Geary.

Duelos suspiró y meneó la cabeza.

—Costumbre. Tradición. Ya le dije antes lo importante que es el orgullo para esta flota. El orgullo y el honor, las últimas cosas a las que uno se puede agarrar cuando falla todo lo demás. Bueno, están orgullosos del modo en el que han luchado.

Geary también meneó la cabeza.

—¿Acaso no ven que hay formas mejores de luchar? —se quejó.

—Ah, eso llevará mucho tiempo, si es que se nos concede el suficiente. —Duelos esbozó una ligera sonrisa mientras Geary lo observaba—. Después de que llegáramos al sistema interior síndico y nos infligiesen tantos daños llegué a la conclusión de que probablemente nunca volvería a ver mi hogar. Por eso he aceptado que es posible que no lo consigamos.

—Lo conseguiremos —arengó Geary.

—No me atrevería a creérmelo completamente, pero si volvemos a pisar una vez más el espacio de la Alianza, le pagaré todas las copas que sea usted capaz de beberse. —Duelos parecía cansado—. Debe darse cuenta de que los oficiales que usted dirige no están habituados a la mano dura. Por suerte usted no es un partidario de una disciplina absolutamente estricta. Eso es lo que había leído de usted. Un comandante de ese tipo ya habría perdido el mando de la flota a estas alturas. Estos oficiales necesitan que alguien los lidere de verdad, pero no van a tolerar que se les enseñe el látigo.

—No soy un oficial de los que sacan el látigo, pero tengo que demostrarles que las viejas formas sí que funcionan —afirmó Geary.

—Sí. Pero llevará tiempo, como he dicho. Tiempo para olvidar una serie de costumbres y adquirir otras. Tiempo para encadenar victorias que refuercen los nuevos hábitos. —Duelos se puso de pie y se dispuso a abandonar la reunión—. No desespere, se lo ruego. Todos lo necesitamos, incluso aquellos que creen que no le necesitan. Quizá debería decir que especialmente los que creen que no le necesitan.

Geary le dedicó a Duellos una sonrisa amplia.

—No me puedo permitir rendirme.

—No. No puede. —Duelos realizó el saludo de rigor y su imagen se desvaneció.

Geary se obligó a levantarse de su asiento y se quedó mirando al compartimento, ahora vacío. Necesito mantener menos reuniones. No. Por mucho que las odie, tengo que seguir manteniendo reuniones. Es la única oportunidad que tengo de ver a todos estos oficiales, aunque no me guste lo que veo.

Geary volvió a caminar hacia su camarote, tan profundamente sumido en sus pensamientos que le sorprendió verse ya a la altura de la escotilla. Se frotó los ojos y se planteó la opción de utilizar un parche de medicamentos, pero finalmente decidió no hacerlo. Aquellos fármacos ofrecían la garantía de no provocar una dependencia física, pero lo último que le hacía falta era crearse una adicción psicológica a la tranquilidad temporal que proporcionaban.

El día de hoy se ha ido ya a la mierda, así que bien podría ponerme al día con el papeleo. Geary pidió la lista de mensajes pendientes y empezó a hojear el material entrante todo lo rápido que pudo, hasta que llegó a un documento que le hizo detenerse. «Informe de Inteligencia sobre posibilidades de explotación de las instalaciones de los Mundos Síndicos en el sistema Kaliban.» No pensé que los síndicos hubieran dejado nada que mereciese la pena explotar.

Geary empezó a leerlo y después comenzó a pasar los párrafos a más velocidad a medida que empezaba a resultar obvio que los síndicos habían dejado pocas cosas interesantes a sus espaldas, amén de que lo que podía tener cierto interés tenía décadas de antigüedad y, por ende, era de dudosa utilidad.

Espera un momento. Geary dejó de pasar páginas y volvió hacia atrás hasta encontrar algo que le había llamado la atención. *Aquí está.* «La cámara acorazada de seguridad de las instalaciones de la sede central ha sido abierta en algún momento mucho después de la marcha de las autoridades de los Mundos Síndicos. Se llegó a esta conclusión después de examinar los daños infligidos sobre la cámara acorazada a causa de su ruptura física mediante el empleo de herramientas eléctricas. El análisis de la presión ejercida para cortar el metal indica que había una temperatura ambiente en el momento de utilizar las herramientas eléctricas, lo cual solo es posible si la instalación hubiera sido sellada y abandonada durante un tiempo. Hasta donde se ha podido saber, la cámara acorazada se vació antes de ser sellada, así que no se han podido determinar las razones del asalto. Dado que los intentos de recolectar datos por parte de la Inteligencia de la Alianza no son responsables de los daños, la opción más probable es que estos fueran provocados por elementos delictivos, si bien las razones que los llevaron a intentar acceder a una cámara acorazada de seguridad en una instalación abandonada es algo que escapa a cualquier tipo de comprensión. También resulta imposible saber por qué los que penetraron en la cámara utilizaron brocas cuyos diámetros no encaja con los utilizados dentro de los Mundos Síndicos o de la Alianza. La única conclusión que se puede extraer de tal hecho es que se utilizaron brocas no convencionales para evitar que se identificara al responsable del asalto.»

Geary leyó varias veces esa sección del informe, tratando de descubrir qué era lo que no encajaba. El hecho de que la cámara acorazada de seguridad hubiese sido abierta mucho antes de la llegada de la flota de la Alianza a Kaliban no tenía sentido alguno, eso estaba claro. Alguien debía de creer que había algo de valor en su interior, pero los síndicos eran muy puntillosos con el seguimiento del procedimiento estándar, así que a buen seguro cualquiera que tuviese algo que ver con los síndicos habría sabido que tal procedimiento estándar presuntamente incluía eliminar absolutamente todo lo que hubiera en el interior de la cámara acorazada de seguridad antes de abandonar el sistema estelar.

En ese momento Geary se puso a reflexionar sobre el uso de brocas no convencionales como método para evitar que les siguieran el rastro. Ahí estaba el quid de la cuestión. La conclusión era lógica. Sería mucho más fácil rastrear brocas no convencionales que convencionales, porque habría innumerables millones de brocas convencionales tanto en los Mundos Síndicos como en la Alianza.

Pero eso dejaba una cuestión pendiente. ¿Por qué tomarse la inmensa molestia de emplear brocas no convencionales?

La única razón era que esas fueran las únicas que uno tuviera a mano. Porque no pertenecía ni a los Mundos Síndicos ni a ninguno de los mundos conocidos por la Alianza.

Un gran avance, Geary. Ni siquiera te lo habrías planteado si los infantes de Marina no hubieran sugerido la posibilidad de que los síndicos estuvieran preocupados por la existencia de inteligencias no humanas. El caso es que ni siquiera los infantes de Marina estaban preparados para aceptar esa conclusión. La única razón por la que la mencionaron era que se sentían en la obligación de destapar tal posibilidad. Sistemas operativos destrozados y brocas no convencionales no son exactamente pruebas fehacientes de la presencia de inteligencias alienígenas en el espacio síndico.

Pero tengo que plantearme esa posibilidad. Este informe sobre las brocas no convencionales se ajusta a una posibilidad creíble, si bien no acaba de tener sentido. ¿Cuántos pequeños detalles como ese se habrán archivado y olvidado porque después ha aparecido algo que sugería una explicación alternativa? Una explicación que no exigía afirmar que podría haber fuerzas alienígenas involucradas y que no habría desatado las carcajadas de la gente. He repasado los archivos clasificados del *Intrépido* y no he encontrado ninguna prueba sobre la existencia de vida inteligente no humana. Pero incluso en mis tiempos la creencia generalizada era que estábamos solos ahí fuera, por lo que se tendía a deformar los hechos de tal modo que acabaran corroborando las asunciones generalizadas.

La campana de su escotilla anunció la presencia de un visitante. La verdad era que no tenía ganas de hablar con nadie, pero no podía permitirse declinar una conversación sobre algo que podía ser importante.

—Adelante —indicó Geary.

Victoria Rione se adentró en el camarote, con el rostro sereno, sin ofrecer ninguna pista, como de costumbre, sobre sus pensamientos íntimos.

—Capitán Geary, ¿podemos hablar? —solicitó la copresidenta.

Geary se puso en pie y de pronto se sintió incómodo al percatarse de lo arrugado que estaba su uniforme.

—Claro. Espero que no sea nada grave. —*Como acusarme de ser un dictador en ciernes de nuevo*—. ¿Puedo preguntarle algo primero?

—Por supuesto —admitió Rione.

Geary le ofreció un sitio y después se sentó él sobre el suyo.

—Señora copresidenta, doy por supuesto que tiene usted la intención de compartir conmigo cualquier información clasificada que usted conozca si se lo pido —indagó Geary.

Rione le lanzó una mirada inquisitorial.

—Usted tiene acceso a todas las informaciones clasificadas de esta nave, capitán Geary —recordó la copresidenta.

Geary agachó la cabeza de tal modo que Rione no pudiera verle hacer una mueca.

—Tal vez haya cosas demasiado espinosas como para estar siquiera en las bases de datos del buque insignia de una flota. La información puede quedarse en los canales de mando —insistió Geary.

Rione meneó la cabeza lentamente.

—No sé a qué información se puede estar refiriendo.

—¿Sabe algo la Alianza, hay algo de lo que usted esté al corriente, referente a inteligencias no humanas?

La cabeza de Rione se quedó paralizada a media negación.

—¿Por qué me lo pregunta? —musitó la copresidenta.

—Porque encontramos algo en Kaliban que indujo a pensar a alguno de mis oficiales en esa posibilidad —reveló Geary.

—Me gustaría saber qué es. En respuesta a su pregunta, no estoy al corriente de nada por el estilo. Le aseguro que nunca he visto nada al respecto de ese particular. —Rione miró hacia arriba como si estuviera esperando encontrar alguna señal de inteligencia alienígena visible por alguna parte—. Encontrar seres inteligentes no humanos constituiría un acontecimiento muy significativo en la Historia de la humanidad. Podrían descubrirnos un montón de cosas. Quizá nos ayudasen a explicar cosas que no comprendemos. Tal vez incluso nos explicasen cosas sobre nosotros mismos que no comprendemos. —La copresidenta sonrió levemente, aunque aquella sonrisa no tenía nada de divertida—. Por ejemplo, por qué nos hemos tirado cien años enfrascados en una guerra. O incluso por qué empezó.

Geary estuvo a punto de ir más allá, pero se detuvo al escuchar sus últimas palabras.

—¿Nunca llegamos a saber por qué los síndicos lanzaron su primer ataque? —inquirió Geary.

Rione lo miró especulativamente.

—No. Tampoco sabemos en qué momento sucedió aquello. Como creo que podrá confirmar, el primer ataque fue totalmente por sorpresa, porque no había indicios de que la escalada de tensión hubiese llegado hasta ese punto —respondió la copresidenta.

Geary le dio vueltas a aquella respuesta, recordando con claridad el asombro que le sobrevino en Grendel cuando se enteró de que los síndicos estaban preparando un ataque. *Totalmente por sorpresa, exactamente como ella ha dicho.*

—Di por sentado que las razones habrían quedado claras a estas alturas —reconoció Geary.

—Pues no. Nuestras mejores indagaciones nos han facilitado respuestas complejas, capitán Geary. No hay claridad alguna. Parece que fue un cúmulo de factores —indicó Rione.

—«Parece que fue». —Geary se mordió el labio inferior durante un instante—. Vamos, que no sabemos exactamente por qué atacaron cuando lo hicieron. No sabemos ni por qué atacaron.

—Pues no —repitió Rione—. No a ciencia cierta. Su consejo ejecutivo no comparte sus deliberaciones con nadie. La respuesta está seguramente enterrada en los archivos secretos de los líderes de los Mundos Síndicos.

Geary asintió con la cabeza al escuchar las palabras de Rione, pero su cabeza había generado una pregunta que no podía ignorar.

—¿Entonces no sabemos de ningún... factor externo que pudiera haber influido en los actos de los síndicos? —inquirió Geary.

Rione extendió las manos describiendo un gesto de incompreensión.

—No sé de qué puede estar hablando. ¿Factor externo? —Sus ojos se abrieron como platos—. No se refiere a seres inteligentes no humanos, ¿verdad? ¿Era por eso por lo que preguntaba acerca de ellos? No me está sugiriendo que ellos tuvieron algo que ver o provocaron la guerra, ¿verdad?

—No. No, claro que no. —Nada más lejos de mi intención querer sugerir tan abiertamente una cosa así. Solo pregunto. Si los síndicos se toparon con seres inteligentes no humanos, ¿hace cuánto fue? Hace más de cuarenta y dos años; eso seguro, si lo que hicieron los síndicos al cerrar Kaliban quiere decir lo que podría querer decir.

¿Se encontraron los síndicos con seres alienígenas inteligentes? ¿Cuándo los encontraron? ¿Qué ocurrió?

¿Tuvo algo que ver con el comienzo de esta guerra? ¿Podría explicar por qué atacaron los síndicos y por qué esta guerra ha continuado a pesar de que la victoria parece inalcanzable para ninguno de los dos bandos? ¿Pero cómo podría tener algo que ver con cualquiera de las dos cosas?

De puertas para fuera, Geary se limitó a sonreír cortésmente.

—Gracias, señora copresidenta. Ahora dígame, ¿qué quería usted de mí?

Rione parecía un poco sorprendida por el hecho de que Geary cambiara de tercio de manera tan brusca, pero siguió con la conversación sin protestar por ello.

—Me da la sensación de que debo contarle lo que los comandantes de mis naves

me han contado a mí. Aquellos oficiales leales al capitán Numos están intentando propagar entre la flota el rumor de que usted lo mantuvo a él y a las naves de su formación deliberadamente al margen de la batalla para poder quedarse usted con todos los honores.

Geary se dio cuenta de que, en un momento, no había podido evitar echarse a reír.

—Por desgracia, ya sé que es así. Estoy seguro de que los comandantes de sus naves le proporcionarán los detalles más escabrosos de mi última conferencia —adelantó Geary.

—¿Entonces ya ha hecho frente a esa cuestión? —preguntó Rione.

—¿Hacer frente? Sí. —Geary dejó que sus sentimientos salieran a flote—. ¿Atajado? Eso ya es harina de otro costal. Hay algunas cuestiones de fondo también involucradas en todo esto.

—¿Se refiere al descontento por sus cambios en la manera de luchar de la flota de la Alianza? —indagó Rione.

Geary se limitó a quedarse mirando a su homóloga durante un buen rato.

—Solo por curiosidad, ¿cuántos espías tiene usted en el interior de mi flota, señora copresidenta?

Rione se las ingenió para parecer ligeramente sorprendida por la pregunta.

—¿Por qué iba a tener espías en una flota amiga, capitán Geary?

—Se me ocurren un montón de razones —sugirió Geary—, muchas de las cuales tienen que ver con no quitar ojo de encima a lo que el comandante de la flota se trae entre manos en todo momento. Empiezo a creer que tampoco se fiaba completamente del almirante Bloch.

Rione hizo un gesto evasivo.

—El almirante Bloch era un hombre ambicioso —replicó la copresidenta.

—Y ya he podido saber lo que piensa usted de los hombres ambiciosos —ironizó Geary.

—Me provocan la misma sensación las mujeres ambiciosas, capitán Geary. ¿Se siente orgulloso de su victoria en Kaliban? —preguntó Rione.

El capitán empezó por decir simplemente que sí, sorprendido por una pregunta tan a quemarropa, pero después hizo una pausa al inundarle otros pensamientos.

—En cierto modo —admitió finalmente—. Era mi primera acción al frente de la flota. Creo que orquesté las maniobras bastante bien. Predije de manera bastante aceptable los movimientos del enemigo. Pero no fue perfecto. —Geary hizo una nueva pausa—. Me gustaría haber podido hacer lo mismo sin perder ninguna nave ni ningún tripulante. Pero estoy orgulloso de esta flota. Lucharon bien.

—Sin duda. Los resultados de la batalla fueron gratificantes —corroboró Rione.

—¿Así es como se siente en estos momentos, señora copresidenta? ¿No se lamenta de haberme permitido mantener el control de las naves de su república y de

la federación Rift? —inquirió Geary.

Rione meneó la cabeza.

—No. Siempre y cuando seamos sinceros.... y estamos siendo sinceros, ¿no, capitán Geary?...

»Debo decirle algo que tal vez descubra por su cuenta. Mis comandantes de navío están impresionados por nuestra victoria en la batalla, si bien la mayor parte de ellos comparte con muchos oficiales de la Alianza un cierto malestar por la forma en la que se luchó. Su escepticismo hacia este *Black Jack* Geary era mayor que el de los tripulantes de la Alianza, por supuesto, porque para ellos usted es un héroe extraño. Ahora —suspiró profundamente— empiezan a creer que hay un fondo de verdad detrás del mito.

—Que los antepasados me asistan. —Geary permitió que sus sentimientos aflorasen, lo cual dejaba a las claras que ya se fiaba de Rione hasta ese extremo—. No hay ningún fondo de verdad tras ese mito, como usted bien sabe.

Los dientes de Rione rechinaron con tanta fuerza que los músculos de su mandíbula empezaron a sobresalir.

—Todo lo contrario, ya se lo he dicho antes, capitán Geary. Es usted la encarnación de ese mito —corrigió la vicepresidenta.

—¡Usted sabe que no es cierto! —bramó Geary.

—¡Lo que yo sé es que usted ha salvado a esta flota en el sistema interior síndico, sé también que ha sido usted el que la ha traído hasta aquí y la ha conducido hacia una victoria aplastante y sé que ningún hombre normal y corriente podría haber conseguido algo así! —Rione se quedó mirándolo como retando a Geary a que refutase sus palabras.

En lugar de dejar que la ira inspirase su respuesta, Geary se puso a reírse de sí mismo.

—Mi estimada señora copresidenta, nunca habría llegado tan lejos si un montón de gente no hubiera pensado que yo era un regalo que las estrellas le habían hecho a la flota de la Alianza. Pero usted sabe tan bien como yo que hay montones de personas que tienen cada vez más dudas sobre la veracidad de esa versión.

Rione le devolvió la carcajada, si bien en su tono había más sarcasmo que hilaridad.

—Me da la sensación de que usted encontrará la forma de apechugar con eso, capitán Geary.

Geary devolvió el sarcasmo e hizo una ligera reverencia en su dirección: —Gracias por depositar su confianza en mí —afirmó.

Rione se puso de pie, dio unos cuantos pasos y se volvió hacia él.

—Me acabo de dar cuenta de que ha dicho usted «confianza» y no «fe» —murmuró la copresidenta.

Geary se encogió de hombros.

—Es lo mismo —espetó el capitán.

—No, no lo es. Voy a compartir una confidencia más con usted, capitán Geary. No soy sobrehumana. Deseo con todas mis fuerzas creer en usted, creer que usted es la esperanza que todos necesitamos, que es un regalo de nuestros antepasados. Pero no me atrevo a hacerlo —confesó Rione.

La sonrisa de Geary se esfumó y el capitán bajó la vista hacia el escritorio durante unos instantes.

—Entonces ya somos dos los que no nos atrevemos a creerlo —asintió Geary—. Si yo llegara a hacerlo, sería más peligroso para esta flota que el enemigo mismo.

—Estoy de acuerdo. El caso es que por sus actos resulta difícil dudar de usted. —Rione sonrió de nuevo y esta vez la sonrisa parecía auténtica—. Ya tiene su victoria en Kaliban. ¿Qué va a hacer ahora, capitán Geary?

Geary caminó unos pasos para observar el paisaje estelar. Por primera vez en mucho tiempo, se quedó buscando en su interior hasta que reconoció algunas de las estrellas del espacio de la Alianza. Quedaba tanto todavía. Su resobrino Michael Geary, que había muerto a bordo del *Resistente* en el sistema interior síndico, no iba a volver a ver el espacio de la Alianza. Ni tampoco la tripulación de la *Arrogante*. Pero había un montón de tripulaciones más que seguían confiando en él, que seguían creyendo que *Black Jack* podía llevarles de regreso a sus hogares. Y tenía una resobrino en el espacio de la Alianza que podría contarle cosas de la familia que había perdido en el tiempo.

—¿Que qué voy a hacer? Como estoy seguro de que ya habrá escuchado, voy a llevarme a esta flota hasta Sutrah. Al final acabaré conduciendo a esta flota hasta casa, me da igual quién o qué se interponga en mi camino.

Nota sobre el autor

Jack Campbell es el seudónimo de **John G. Hemry**, autor de tres series de ciencia ficción militar y oficial de la marina norteamericana retirado.

El padre de John era miembro de las Fuerzas Armadas, por lo que el escritor creció entre Pensacola, Florida y San Diego, California. Se graduó en Kansas en 1974, año en el que se inscribió en la Academia Naval de los Estados Unidos.

Basándose en su experiencia como marine escribió las series 'Stark's War' y 'Paul Sinclair', pero es bajo el seudónimo de Jack Campbell que ha conocido el éxito, gracias a la serie 'La flota perdida', uno de los fenómenos superventas de la ciencia ficción militar en Estados Unidos y gran parte de Europa.

Bibliografía de Jack Campbell

—Series

La flota perdida (como Jack Campbell)

— Dauntless

Intrépido, La Factoría de Ideas, Ventana Abierta n° 31, 2009

— Fearless

Próximamente en La Factoría de Ideas

— Courageous

— Valiant

— Relentless

Ethan Stark (como John G. Hemry)

— Stark's War

— Stark's Command

— Stark's Crusade

Paul Sinclair (como John G. Hemry)

— A Just Determination

— Burden of Proof

— Rule of Evidence 2005 — Against All Enemies

—Relatos

1997 — One Small Spin

— Odysseus

— Crow's Feat

— Down the Rabbit Hole

— Generation Gap

— Section Seven

— Mightier Than the Sword

— Small Moments in Time

— Standards of Success

— Working on Borrowed Time

— Lady be Good

— Kyrie Eleison

— As You Know, Bob 2007 — Do No Harm

— These Are the Times

— The Bookseller of Bastet

— Rocks

—No ficción

2000 — Interstellar Navigation

— Project Horizon and LUNEX: Cold War Plans for Military Bases on the Moon